

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



HOMENAJE A GASTÓN BAQUERO

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ

La carta de los diez

ORLANDO MÁRQUEZ

Del cubano y la sociedad: una breve reflexión

PEDRO PÉREZ SARDUY

¿Y qué tienen los negros en Cuba?

CÉSAR LÓPEZ

Orígenes en la poesía de ORÍGENES

otoño de 1996

2

900 ptas.

REVISTA
encuentro
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR

Jesús Díaz

DIRECTOR ADJUNTO

Pío E. Serrano

SECRETARIO DE REDACCIÓN

Carlos Cabrera

EDITA

ASOCIACIÓN ENCUENTRO DE
LA CULTURA CUBANA

c/ Luchana 20, 1º Int. A

28010 • Madrid

Teléf.: 593 89 74

Fax: 593 89 36

SECRETARIO

Felipe Lázaro

COLABORADORES

Luis Aguilar León • Eliseo Alberto •
Ramón Alejandro • Uva de Aragón •
Constantino Arias • Gastón Baquero •
Beatriz Bernal • Elizabeth Burgos •
Wilfredo Cancio Isla • Mihály Dés •
Maite Díaz • Manuel Díaz Martínez •
Manuel Fernández Santalices • Leopoldo
Fornés • Luis G. Fresquet • Luis Manuel
García • Alberto Garrandés • Julio
Girona • Ofelia Gronlier • Orestes
Hurtado • Emilio Ichikawa • Lázaro
Jordana • José Kozar • Alberto Lauro •
César López • Noemí Luis Gutiérrez •
Eduardo Manet • Luis Marín • Orlando
Márquez • Mario Merlino • Julio
Miranda • Marcia Morgado • Eduardo
Muñoz Ordoqui • Fabio Murrieta •
Joaquín Ordoqui • Mario Parajón •
Pedro Pérez Sarduy • Ricardo Alberto
Pérez • Marifeli Pérez-Stable • Enrique
Patterson • José Luis Posada • José
Prats Sariol • Enrique del Risco • Raúl
Rivero • Guillermo Rodríguez Rivera •
Rafael Rojas • Efraín Rodríguez Santana •
Felipe Ruiz Alonso • Rolando Sánchez
Mejías • Zoé Valdés • René Vázquez
Díaz • Carlos Victoria • Nelson
Villalobo • Fernando
Villaverde • Alan West •

2

otoño de 1996

■ Homenaje ■

POEMAS INÉDITOS

Gastón Baquero

EL JARDÍN DE LA MUERTE • 3

EL CANTO DE CAROLYN • 4

HOMENAJE A GASTÓN BAQUERO

Felipe Lázaro • 5

■ Entrevisto ■

Gastón Baquero por Efraín Rodríguez Santana

LA POESÍA ES COMO UN VIAJE • 6

LA PRIMERA MIRADA.

APUNTES DE UN LECTOR DESLUMBRADO

Efraín Rodríguez Santana • 14

LA CARTA DE LOS DIEZ

Manuel Díaz Martínez • 22

EL PERIODISMO EN CUBA: OTRA VUELTA DE TUERCA.
PRÁCTICAS COMUNICATIVAS Y DESAFÍOS PROFESIONALES

BAJO EL MODELO DE PRENSA SOCIALISTA

Wilfredo Cancio Isla • 31

PASADO PRESENTE • 38

¿Y QUÉ TIENEN LOS NEGROS EN CUBA?

Pedro Pérez Sarduy • 39

NOTAS PARA UNA HISTORIA DEL CATOLICISMO
CUBANO CONTEMPÓRANEO

Manuel Fernández Santalices • 81

LA CANCIÓN DE LOS PERDEDORES

Raúl Rivero • 89

MATAR A UN POETA

Raúl Rivero • 91

LEÍDO EN LA HABANA

José Prats Sariol • 92

CARTA ABIERTA.

SER INTELLECTUAL EN CUBA: FICCIÓN (O REALIDAD)

Ricardo Alberto Pérez / Rolando Sánchez Mejías • 95

SONES PEREGRINOS

Alan West Durán • 105

EL COLOR DEL FUTURO

Enrique del Risco • 112

ORÍGENES EN LA POESÍA DE ORÍGENES

César López • 113

ACERTIJO
Emilio Ichikawa Morín • 122

DON UFANO • 130
Luis G. Fresquet

LAS PRISIONES DE REINALDO ARENAS
Fabio Murrieta • 131

■ Encuentro del Instituto de Estudios Cubanos ■

CUBA: DISCURSOS SOBRE LA IDENTIDAD
Enrique Patterson • 49

DEL CUBANO Y LA SOCIEDAD
Orlando Márquez Hidalgo • 68

■ La mirada del otro ■

LA ISLA CONTINENTAL.
LA CUBA QUE VI FUERA DE CUBA
Mihály Dés • 97

■ En proceso ■

EL SALÓN DEL CIEGO
Carlos Victoria • 123

■ Textual ■

CUBA: LOS REQUISITOS DE LA
COMPETENCIA DE LA ECONOMÍA GLOBAL
Guillermo Gortázar • 139

CUBA, TRUCUTÚ Y ROBINSON CRUSOE
Luis Aguilar León • 142

■ Buena letra ■

MAÑACH: LA TRANSPARENCIA / Rafael Rojas • 144
LA IMPLACABLE ENERGÍA DE CAÍN / Alan West • 147
UNA MIRADA HABANERA / Noemí Luis Gutiérrez • 149
DEL HÉROE GALLO AL HÉROE GAYO / Mario Merlino • 152
ANCAS DE RANA A LA CRIOLLA / Fernando Villaverde • 154
EL PREMEDITADO AZAR DE LA CUERDA / Luis Manuel García • 157
LA HISTORIA DESPUÉS DE LA BATALLA / Leopoldo Fornés • 158
UN HOMENAJE MERECIDO / Joaquín Ordoqui • 161
PALABRA DE KOZER / Orestes Hurtado • 162
MODELOS DE TRANSICIÓN, UNA POLÉMICA / Felipe Ruiz Alonso • 164

■ La isla en peso ■

168

■ Cartas a Encuentro ■

185

DISEÑO Y MAQUETACIÓN
Equipo Nagual, S.L.

IMPRESIÓN
Navagraf, S.A.
Madrid

Precio del ejemplar: 900 ptas.

Precio de suscripción (4 núm.):

España: 3.600 ptas.

Europa: 6.250 ptas. / \$ 52.00

América: 7.500 ptas. / \$ 62.00

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA publicación trimestral independiente que no representa ni está vinculada a ningún partido u organización política dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo indicación en contrario.

No se devolverán los artículos que no hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996
ISSN: 1136-6389

Portada

Conquista del espacio
(148 X 110 cm.) 1995

Ramón Alejandro



El jardín de la muerte

Gastón Baquero

*El abnegado perrito del Duque de Enghien
quiso morir junto a su amo. Metido entre las balas
saltaba de un lado al otro como si jugase
con el destino, pero la muerte
parecía desdeñarle, porque a su vez la muerte
iba y venía, como jugueteando, entre
el trémulo cuerpo del duque y los saltos del perro.
El fiel animalito se empeñó en cubrir de rosas
el sepulcro de su amado dueño:
recorría las avenidas del cementerio, recogiendo
rosales en flor, plantas, raíces, para llevarlas
al lecho funeral del duque. Tapizó el entorno
con lucientes guirnaldas, y se echaba a dormir
entre las rosas, allí donde sentía los lejanos latidos
del corazón amado. El perrito del Duque de Enghien
fue tomando más y más figura de rosal, se volvió rosa
él mismo, y un día ya nadie pudo distinguir, entre
los ramajes, cuáles eran las puras rosas del jardín
y quién era la transfigurada imagen del perrito abnegado:
todo era ya rosas en aquel resplandeciente
jardín de la muerte.*

El canto de Carolyn

Gastón Baquero

*Me desperté domingo esa mañana que era jueves,
porque los jueves viene a visitarme
la señorita Carolyn Plowright, de origen desconocido.
Trae entre los brazos carnosos tulípanes, y la boca
llena de canciones.*

Nunca he sabido

*si Carolyn viene de Madagascar o de la Isla de la Reunión;
no me hace falta saberlo.*

Muda de nacimiento,

*nos lo decimos todo con el idioma de la mirada. Los ojos
hablan en amor, no en turkestaní, no en rumano, no en japonés.*

Abro para ella

*una botella de champagne. Se moja apenas los labios. Le basta
para embriagarse. Cuando la dulce Carolyn Plowright
se embriaga, baila una violenta danza. De su tierra
posiblemente: no sé cuál es su tierra. No necesito
saberlo. Mueve su gran abanico de plumas de garza escarlata,
y la habitación se transforma en un suntuoso navío.*

Viajamos sin movernos

*ella y yo, Carolyn Plowright y su feliz esclavo, viajamos
basta fuera del mundo. Constelaciones desconocidas
nos rodean, paisajes coloreados, canto coral de insólitas aves,
y extraños ángeles travestidos de mariposas ríen estruendosamente.*

Cuando

*Carolyn Plowright cierra su abanico, descendemos.
Consumido ya el jueves vestido de domingo, me echo a dormir.
Duermo hasta el próximo jueves al amanecer, cuando
me despertaré domingo siendo jueves, porque ella, Carolyn Plowright
volverá a entrar por la ventana, con
su fastuoso abanico de plumas de garza, y
traerá blancos tulípanes pegados a su pecho.*

*Traerá además las canciones,
las nunca antes oídas canciones de su tierra.*

Homenaje a Gastón Baquero

FELIPE LÁZARO

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ofrece su homenaje a una de las figuras cimeras de la literatura escrita en español en este siglo: nuestro entrañable Gastón Baquero. La excelente entrevista y los provocadores apuntes de Efraín Rodríguez Santana constituyen una muestra del entusiasmo y la seriedad con que los escritores de las últimas promociones de la isla se están acercando a la obra de quien durante décadas fue un autor inexistente en su patria.

La publicación en España, en 1995, de los volúmenes de *Poesía y Prosa* de Baquero ha supuesto, para muchos, el descubrimiento de un gran escritor. “Gastón Baquero es un lujo cubano (...) que hemos tenido, casi sin notarlo, mucho tiempo en España”, escribió Luis Antonio de Villena, y el crítico Víctor García de la Concha no duda en considerarlo como “uno de los más cuajados creadores líricos actuales de nuestra lengua”. Un escritor, en resumen, que ha alcanzado la condición de clásico, y en cuya poesía encontrará el lector el enriquecedor goce estético que proporciona siempre una obra de excepción.

Defensor de una cultura nacional que se nutre con los aportes de todos, su actitud ha sido un ejemplo de amor y tolerancia. Cuando publicó, en 1991, sus *Poemas Invisibles*, los dedicó “a los muchachos y muchachas nacidos con pasión por la poesía en cualquier sitio de la plural geografía de Cuba”.

Gastón Baquero ENTREVISTO por *Efraín Rodríguez Santana*

La poesía es como un viaje

DESDE HACE YA UN BUEN TIEMPO VENGO COMPARTIENDO con el poeta Gastón Baquero tardes que se han inscrito para mí como inolvidables. Realizo un estudio de su obra poética y ello me ha permitido adentrarme, digamos, en las primeras estancias de sus recintos más confiables. Como es bien conocido, él observa y escucha con finísimo oído los rumores y el estruendo de lo que lo rodea, y la amistad le asiste con frecuencia y admiración desde las partes más inimaginables del planeta tierra.

Su natural capacidad de incisión, su sentido de la equidad, la manía de buscar aquel ángulo inédito de cualquier tema que caiga en sus manos, lo singulariza, lo extraña, lo hace apetecible a la inteligencia y la música de la comunicación.

Es así cómo yo he descubierto a Gastón, en el privilegio de la otra cubanía no contaminada de etiquetas espurias. Y es así, que por razones muy profundas, yo, que provengo de una Cuba presente, he descubierto, gracias a él, otros miradores, otras dimensiones de la insularidad que nos empa y a veces nos enceguece.

Asistir, como buen oyente, a la disección de personajes de inmensa valía, a trozos de nuestra historia que se han desdeñado por desidia, a sarcasmos amorosos, a puntillosas reiteraciones de los hechos que nos fueron vedados, ha constituido el imprescindible reconocimiento de cuánto nos espera por recomponer.

Dentro de ese reconocimiento se yergue la poesía de Gastón Baquero, desafiando la sonoridad universal, buscando el espacio que le pertenece, al lado de José Lezama Lima, Dulce María Loynaz, Eugenio Florit, Eliseo Diego, Cintio Vitier o Fina García Marruz. Allí se encaja para hablar de sus “cien mil fugas mentales” y para esbozarnos otras aristas de la invención.

Efraín Rodríguez Santana

Y es precisamente esta entrevista, un modo de entender la poesía, la propia y aquella que ha sido una forma de revelación en su vida. Con inefable objetividad se conversa de sí mismo y los demás, sin dejar resquicio alguno a la complacencia o a las buenas maneras laudatorias. Es exacto y avizora un mundo mejor preparado para el ejercicio de la creación. Estigmatiza y abre una brecha para la meditación de nuestro tiempo, como si estuviera sintiendo siempre la necesidad de volver a empezar.

Con Gastón Baquero, con su obra, seguiré conversando acuciosamente, como ya lo hacen “los poetas que llegan y seguirán llegando”.

E. R. S.

LA ADANIZACIÓN DE LA PALABRA

Siempre, periódicamente, cada ser humano, generación, raza, pueblo, tiene una manera de acercarse o alejarse de Dios. Siempre se repite eso, porque en el fondo no hay más que un sólo episodio en el mundo, que es el del Paraíso, Caín, Abel, Adán. Volvemos a los orígenes, estamos en el origen, reiterándonos. Exactamente lo veo como un señor que se libera de lo que le rodea: antecedentes, historias y recuerdos, inclusive enseñanzas, para volver por sí mismo a empezar la historia del universo dentro de él. Es bueno reencontrar el mundo, y entonces él vuelve a pensar, digamos, en la primacía del mundo a través de las palabras que va descubriendo. Por ello, el gran ideal de todo poeta, se supone que es llegar a construir su propio lenguaje. Hay poetas que no tienen palabras muy nuevas, sin embargo, poseen una manera. Lo ideal es encontrar el vocablo personal, propio. Los grandes poetas son dueños de un idioma exclusivo, ese es el caso, por ejemplo, de Vallejo. Ya hemos explicado muchas veces cómo Vallejo entra en el lenguaje, no sólo digamos de peruanidad, sino de vallejidad, que es lo que le da singularidad a su poesía. Porque puede pasar que dos o tres poemas sean casi iguales en autores distintos; sí, pero cada uno de ellos ha encontrado palabras y modos de decir, que es lo que lo convierte en personal.

El poeta viene a ser como un Adán ante el universo y va bautizando el mundo con sus signos. Pues, ya tiene usted ahí un productor, un creador, un poeta. Cada hombre supone que puede hacer como un Dios, como un Adán; de ahí esa idea que a mí me gusta mucho de la adanización de la palabra.

PONER EN CLARO

Bien, creo que uno es de todas maneras contemporáneo, no puede evitarlo. En el mundo actual, el que me tocó vivir, cuando yo aparezco, digamos, por la puerta de la poesía, la voz para mí más importante, más reveladora fue la de Eliot, puesto que halló un modo tan distinto de decir las cosas, una manera de hablar del yo, que no es la del romanticismo, del yo enfermizo y personalista, ése que habla de sí mismo permanentemente; no, sino del ser humano, del ser. Eliot es el gran poeta del ser, no diré que enloquecido, pero sí confundido por el universo que lo rodea, rastreando con bastante dificultad sus caminos y sus catarsis. Cuando él abre la boca y empieza a comentar se está liberando de

muchas cosas, al tiempo que explica un mundo muy difícil de entender. Entonces yo creo que sí, que la poesía es una herramienta de trabajo.

En mi situación no es que escriba poemas para explicarme el mundo, sino que con ellos descubro la forma más concreta, más clara de expresar una idea, un entendimiento del mismo, una noción de las cosas. Nunca diría una inspiración, no creo en eso de la inspiración, sino en la búsqueda de la explicación de lo que me rodea, del ser que está ahí, cómo se manifiesta ese ser relacionándose con el mundo y expresándose.

En ese sentido, pienso que mis poemas tienen algo que enunciar, porque son, vamos a decirlo con una frase antigua, “el mensaje de mi verdad personal”, es decir, en cada poema de uno está la persona completa y lo que la persona es, inclusive en el poema que parezca más alejado, más trivial. Todo lo que el hombre hace tiene la huella completa del hombre. Uno no puede nunca separarse de su sombra ni de su ser, y el ser se expresa a plenitud, con totalidad. Cada minuto de nuestra vida, cada segundo, es un sumando y un resultado de toda nuestra existencia. Todo lo que hemos vivido está vivo en cada segundo que vivimos. Aquí entramos en un punto que vale la pena revisar un poco; se trata de lo que hemos llamado biográfico, por una parte, y confesional, por otra; lo que se llama creador. Es decir, todo lo que el hombre hace es biográfico, cada gesto de la mano, cada idea que surge, cada palabra que brota de los labios, pues llena completa la vida de uno, desde que nació y quizá desde antes, hasta que muera. El yo está siempre íntegro en todo eso. Por lo tanto, me parece obvio, y por eso huyo de la poesía del puro yo, de esbozar las cosas personales que están ya contadas, que están implícitas. Buscamos otra cosa, lo que puede añadir la imaginación, es decir, el yo que usted añade al yo de la naturaleza suya; lo que usted añade, busca, crea, lo que usted inventa.

Me gusta pensar en mis poemas sencillamente como un acta notarial de las cosas que he visto y sentido en el mundo, o que veo y siento. La manera que tengo de contarle a los demás y quizás a mí mismo lo que se me ha ocurrido, que me ha ocurrido, porque puede ser que te haya ocurrido a ti o que se te haya ocurrido, las dos cosas. Es lo que puede hacer la poesía: poner en claro esa sensación o esa novedad, ese añadido que tú le pones al mundo tuyo, puesto que se supone que el hombre es el único ser viviente que puede añadir cosas.

PRIMACÍA DE LO BELLO

La poesía es una penetración en la sustancia del universo. Tienes que entrar rectificando mucho lo personal privado. Si esa manera, que es un poema ahora distinto, puede ser bella, mejor. Se supone que en la poesía interviene, aparte del elemento filosófico, ontológico de la averiguación, la búsqueda de la belleza. No sólo basta que sea ontológicamente valiosa, sino que además ha de ser bella. Y ese es el problema de la poesía, uno de los problemas ante los cuales yo me he enfrentado y me sigo enfrentando.

Si no hay ritmo no hay belleza, si no hay armonía no hay nada. No sé si realmente en mi poesía está todo lo bello que yo hubiese querido. En realidad, me molesta mucho mi tendencia a lo bonito. Lo bonito no es lo bello propia-

mente dicho. Tengo una tendencia a veces a lo bonito porque es más cómodo, es más fácil. Uno no se exige nunca bastante y en lugar de buscar lo bello muchas veces se conforma con lo bonito.

Nunca me he enfrentado de veras con una poesía más fuerte, más terrible, es decir, la poesía fea, la poesía capaz de lo feo. Ese es un tema que está por desarrollar todavía. Ha habido en ciertos poetas norteamericanos de estos últimos tiempos, una búsqueda de soltar los ropajes de lo que llamamos hermoso lírico, para hallar el poema desnudo, puro en sus huesos, los huesos siempre son bastantes feos. A mí esa idea me seduce mucho. Reconozco que por debilidad de mis fuerzas para trabajar, para producir algo, no soy capaz de enfrentarme con lo feo, No, no me gusta. Tendría que haber aprendido desde hace mucho rato, lo bello que puede ser una cosa fea y lo feo que puede ser lo bello, y sin embargo, ya no tengo tiempo de hacerlo.

No es que me sienta frustrado en el sentido de decir yo he fracasado en la vida, no, no, eso es una tontería; he hecho lo que he podido, pero que no es lo que hubiera querido, ni lo que soñaba, ni lo que pienso que es la gran poesía. La gran poesía tiene que ser una creación muy fuerte y libre, sin temor a ninguna frontera, ni de ética, ni de estética. Me he sentido prisionero de mi manera, mi vocación, mis costumbres. Como decía Ortega, “vivir es caer preso en un contorno inexorable”, y yo he vivido como todo el mundo en un contorno inexorable que no me ha gustado nada. Tenía que haber sido un poquito más libre y romper. Espíritu de ruptura es lo que me ha faltado y me sigue faltando. A mí me da mucha pena no haber hecho la poesía que yo realmente apreciaría más: de ruptura, el gran himno, el gran grito, la poesía en grande, en una palabra, sin prejuicios, sin trabas, sin lastre.

OBSERVAR DESDE LA MÚSICA

Lezama, que tenía esa manera de ser bastante exigente, me dijo una vez: “Lo malo de usted es que escribe con el oído. Yo escribo con el ojo, porque el verso ha de caer del ojo como una gota de resina”. A mí esa definición me parece maravillosa. Creo que sí, que el verdadero gran verso debe ser como un diamante que cae hecho ya sobre la tierra. Pero no es mi caso, nunca le he dado tiempo a mis versos para ser gotas de resina, la sonoridad me ha arrastrado y tengo muchos poemas que son puramente musicales. Yo he escrito con el oído. No es que sea un defecto, porque cada uno tiene su manera de expresarse. Él era más bien un ojo en el universo y yo soy un poco un oído. Sí, tengo cierto sentido de la música y casi todo lo observo desde la música. Cuando yo no cierro un poema con cierta forma precisa, que termine con una coda elegante, el poema sencillamente no lo siento hecho. No trabajo el poema desde el punto de vista gramatical, ni silábico, sino auditivo. Tengo, inclusive, muchos poemas que son puramente música, que luego resultan muy creativos, y se aducen criterios diversos, sin embargo, lo son en razón de su música. En realidad, a mí me hubiera gustado escribir himnos, grandes himnos como los griegos, Novalis, Hölderlin.

Existe un problema muy importante en la poesía, digamos antillana, del Caribe, la mía. El verbo tiende a desatarse, es como una especie de furia y en no-

sotros se produce un exceso de verbalidad. Es que tenemos una tendencia al discurso. Me gustaría escribir himnos, todo lo hecho, transformarlo en grandes cantos. Por ejemplo, hay ahí un poema que algunas veces he comenzado y he vuelto a dejar, se llama “Himno a la soledad de Haydn”, pero no acabo de soltarme, de soltarle el pelo, para alzar la voz en grito hacia afuera, porque el himno es muy arduo, sobre todo si uno quiere que al mismo tiempo se contenga dentro de los límites de la belleza, es decir, de una música bella.

MI TEMA ES LA DESTRUCCIÓN DE LO BELLO

Mi esperanza es que la muerte sea otra estancia, otra manera de ser. Pero mi experiencia, digamos vital, mi conciencia vital, es que es una destrucción. Y entonces entre esas dos cosas, entre la esperanza de que sea una nueva forma de vida y la sospecha, digamos, empírica, de que sea una destrucción, se bambolea el espíritu, porque la muerte me atrae a veces como una gran promesa de otro mundo, y a veces me aterrera la aniquilación del mundo. Eso en la poesía se da mucho. Realmente yo tengo, como todo el mundo, una vieja lucha con la muerte, sobre todo se tiene más lucha con la muerte en la adolescencia que en la madurez. Yo ahora lo pienso mucho menos que cuando era muy joven, paradójicamente, porque cuando somos muy jóvenes vemos la muerte casi como una cosa lejana pero que podemos casi dominar, y cuando ya nos vamos acercando a ella de verdad o ella se acerca a nosotros, pues se van borrando los límites, y no la vemos con tanta nitidez como en la juventud. En la juventud es cuando se ve clara la muerte porque es mayor la destrucción que va a producir.

En realidad, nunca he considerado que la muerte sea uno de mis temas. Lo que muere o lo que desaparece. Mi tema verdadero es, según creo, la desaparición de las cosas, la destrucción de lo bello, sobre todo. Ese poema mío que se llama “Manos”, lo cito porque me parece atrapa mucho de eso. Son unas manos tan bellas, que uno desea que sean eternas, y se llega al extremo de que para evitar la destrucción, preferiría comérselas asadas, con “un fino polvo de azafrán / Unas cucharaditas de aceites de la Arabia perfumante”. Esa es la idea, lo impercedero de la belleza. Lo que en el fondo, pues, es pura retórica, porque, por supuesto que la belleza es impercedera, pero es que nos olvidamos de que todo es impercedero, y también la fealdad.

CENIZAS DE UN GRAN INCENDIO

Valéry decía que en realidad lo que entregamos como poema, son como las cenizas de un gran incendio. Y yo insisto en que mi poesía, sí, es aplaudida y tal, pero se aplaude porque tenemos una idea muy pobre, muy pequeña de la poesía. El hombre ha achicado tanto las cosas del mundo, que también ha achicado la noción de la poesía y no le exige todo lo posible. La poesía es efectivamente una creación, una recreación del mundo, una adanización como hemos dicho al principio. Es decir, tenemos que darnos cuenta de que Adán era un gigante fabuloso, tremendo, posiblemente tenía una estatura de veinte o de treinta metros de alto, y unos músculos terribles, y caminaba casi

entre las estrellas, y nada tenía que ver con estos hombrecitos que somos nosotros ahora, que estamos muy empequeñecidos.

El poeta lleva mucho tiempo hablando en voz baja, y creo que es muy poco lo que hemos conseguido y, por tanto, hemos deteriorado demasiado y depreciado el concepto de la poesía. Llamamos poesía a demasiadas cosas que no lo son: sencillamente buenos sentimientos, buenas ideas. No creo que pueda llegar a nada de eso porque con esa cosa se nace o no se nace.

Tampoco es que me quite mérito, o que diga, soy una hormiguita que no ha hecho nada, no, no. Yo tengo orgullo y mucha frescura para situarme entre los poetas, no es eso. Es que creo que todavía no estamos maduros para una poesía. Por eso, es que concedo tantísimo valor a toda la poesía de Lezama, porque Lezama fue más allá de todos nosotros, aunque supongo que no es el poeta definitivo del mundo americano.

Sobre todo pienso que eso es un problema general de la cultura, existe una gran crisis de la sensibilidad que incluye, por supuesto, todas las demás crisis. Hay una gran decadencia del idioma español, aunque cuantitativamente está más rico que nunca porque lo habla más gente. Sin embargo, esto no es culpa de España ni de Hispanoamérica, sino de que el mundo está viviendo un momento donde la cultura no es acento primordial. Será porque la técnica lo domina todo, será porque se esperan una nuevas maneras de pensar y de expresarnos; lo cierto es que hay una gran miseria estética actualmente en todo el mundo, y por supuesto, existe en la lengua española y en poetas de la lengua: en América y en España. No creo que sea una decadencia llamada local, sino que el poema es parte de una caída de la cultura en el alma del hombre. La cultura está siendo subestimada o mandada hacia abajo por las nuevas maneras de ver el mundo.

Vendrán nuevos lenguajes, nuevas maneras de pensarse, viene una nueva poesía, una nueva música, una nueva pintura, que ya, lamentablemente, yo no las veré, ni podré participar en ellas. Sin embargo, asistimos ahora a los últimos fuegos de una decadencia, bastante triste, a veces, y la poesía es símbolo de todas esas cosas, y ahora lo que está anunciado es casi una muerte, una retirada. Sí, yo soy muy pesimista a nivel mundial, no sólo a nivel hispanoamericano o español. Es bastante pobre lo que estamos haciendo. En un mundo de tenores, cuando no suena la voz del tenor es que la cosa anda mal.

LA LIBRETA DE POESÍA DE MI TÍA MINA

Mi infancia transcurrió en una típica casa cubana, donde la gente, aunque su situación económica no era muy buena, era de mucha lectura. Era una casa donde se leía mucho, se trabajaba y se leía mucho. Mi madre era una lectora tremenda, creo que leyó los peores libros del mundo, aunque leyó más que nadie. Yo le llamaba el prontuario de los libros malos. Aparte de que trabajó toda su vida mucho. Siempre estuve en un ambiente de libros, eso es lo que te puede interesar para el aspecto de la literatura luego. Pues bien, inclusive, en aquella casa estaba esa tía mía, que era como las típicas muchachas de aquella época, todas tenían una libreta de poesía, les gustaba recitar, gran ambiente

aquel; creo que en casi toda Cuba pasaba eso, en Banes era muy general. Y esa fuente te acerca al mismo libro. Y yo busqué fundamentalmente la poesía porque esa tía mía, Mina, pues tenía esa locura y siempre estaba con sus libretas. Era costumbre que los muchachos se pasaran libretas unos a otros, había hasta una rivalidad en eso de los poemas. Cuando yo empecé a leer con cierta fluidez, yo le leía poemas y ella los iba copiando. Poesía de aquella época: Amado Nervo, Darío, y los poemas, por supuesto, de Juan de Dios Pesa, una de las peores poesías de América. Imagino que eso me dio también cierto sentido del ritmo. Siempre tuve esa inclinación, y de pronto escribí, sin saber cómo; hice unos versitos y se los mostré a Mina. Ella dijo, ah qué bonito, vamos a ponerlo en la libreta. Fue mi primera, digamos, entrada en la literatura escrita, porque ella los puso en su libreta.

LA VIDA SOLA SE HACE UN PROYECTO

La verdad es que no sé, porque las cosas van apareciendo naturalmente, por sí mismas, inesperadas. Es decir, yo nunca he hecho un proyecto de literatura ni de nada, la vida sola se hace un proyecto. Veo personas que tienen unos objetivos fijos, yo apuesto a lo que sale, eso tiene el peligro de la improvisación, pero tiene la maravilla de la espontaneidad, he hecho lo que se me ha ocurrido. Yo nunca me he proyectado ni me he programado para escribir, no, no, yo escribo. Las cosas van surgiendo de una manera muy espontánea. Yo siempre he hecho lo que yo he querido, lo que he deseado hacer.

Lo que puede tener algún interés es la intercomunicación, la relación que uno establece espontáneamente entre todas las cosas por opuestas que parezcan, es decir, que de una cosa que la gente llama no poética puede salir un acto poético y a la inversa, de un acto supuestamente poético no sale nada luego. Y ahí está lo maravilloso del intento de creación que uno hace, porque transformas las cosas. La poesía es lo que no está, uno intenta poner en un lugar algo que uno cree que falta, o que no está bien como está. En definitiva, puede decirse que todo señor, cuando escribe poesía, lo que hace es reescribir la vida que él quiso vivir. Yo pongo siempre de ejemplo las Coplas de Manrique, sabemos que el padre de Manrique era un verdadero horror, era una desgracia aquel hombre, entonces cuando el padre muere, él crea el padre que quiso tener. Las Coplas son tan maravillosas, precisamente, porque son falsas. Siempre queremos crear lo que idealmente deseamos y yo comprendo que toda mi poesía sea eso. En el fondo, uno casi siempre escribe el mismo poema, con distintas variantes, máscaras y puertas, matices. El hombre no puede saltar fuera de su sombra y siempre escribe su propia biografía. En el fondo uno tiene dos o tres temas. El asunto de mi poesía es el viaje. Por ejemplo, en ese poema donde yo hablo del pobre señor gordo y herido, y digo: “cenizas esparcidas en la luna, quiere que sean las tuyas cuando eleve su máscara de hoy”. Esa idea, de las cenizas en la luna, eso es constante en mí, la idea de estar en otro sitio, de viajar a otro mundo, de ir a otro planeta, eso lo hago constantemente. La poesía es siempre lo lejano, es decir, uno pone lo que no está, por eso me molesta mucho la poesía que sea textualmente des-

criptiva, me parece que es muy pobre. A mí el descripcionismo no me gusta nada. Yo escribo lo que invento, por eso le llamo *Magias e Invenciones*. Lo que me pasa a mí no es que le tenga miedo a la realidad, es que la realidad resulta inefable, imposible de poner en habla, transformar en palabras un pedazo de pan es casi imposible. Entonces es eso, la búsqueda por otro camino de ese pan dentro de mí, no describir el pan, porque es muy difícil, no hay nada más difícil que describir una cosa concreta: un pedazo de pan, una hormiga, un martillo. Sin embargo, es relativamente fácil evocar o inventarlo, vivir a través de una imagen, de un giro poético.

PALABRA A LOS COLEGAS CUBANOS

Si alguien me preguntara cuál es mi palabra, no quiero decir mensaje, porque es muy solemne, mi comunicación con colegas, hermanos de Cuba, poetas cubanos donde quiera que se encuentren, aquí no hay más que unos poetas cubanos en todas partes, pues sería decirles que recordemos siempre que pertenecemos a una colectividad muy valiosa y muy importante. Yo creo que realmente es un honor, dentro de los méritos que cada uno pueda aportar, de lo que signifique cada persona, es un honor participar en una manifestación como ésta de la poesía en Cuba.

Es evidente que en nuestro país, como ocurre en Colombia también, la fuerza de la poesía ha sido siempre muy determinante, y que vamos a decirlo de una manera un poco solemne, ser poeta cubano implica un compromiso con la poesía. Lo que yo tengo que decirles a los nuevos, a los que vienen detrás, es que están demostrando que tienen el ímpetu, tienen el instinto muy bien logrado. He sentido esa necesidad de participar, de pertenecer de veras, con los hechos, con lo que uno pueda aportar, a ese gran movimiento. Porque efectivamente la historia de la poesía cubana me parece de una importancia enorme. Se podría señalar los momentos que parecen más oscuros de la historia nuestra, y sin embargo, siempre la poesía está allí presente. Los acontecimientos cubanos, más grandes o más pequeños, han tenido detrás un poeta, como mínimo.

Eso ha pasado siempre en Cuba, por ejemplo, hay toda una poesía que yo llamaría del 20 de Mayo, la poesía de la Independencia. Es como si se rompiera una mazorca de maíz, que salen los granos saltando por todas partes. ¡Cuántos poetas salieron enseguida a cantar la gloria de la independencia, de la nueva república! Y en todos los momentos, así pasó en el 68, en el 95 y sigue pasando. Ahora mismo, me parece a mí que estas circunstancias especiales por las que está atravesando Cuba, que no es más que un episodio de su historia, que una evolución propia que el destino le tiene asignada a esa historia; pues, ahí la presencia de los poetas es determinante.

Lo que quiero decir, es que me satisface pertenecer a una colectividad que tiene un significado, que tiene un sentido, que está cumpliendo una misión, la misión de mantener la presencia de la poesía en Cuba en el alto nivel que siempre tuvo.

La primera mirada

Apuntes de un lector deslumbrado

1. Acercarnos a la poesía de Gastón Baquero, desde el primer poema hasta el último, nos permite vislumbrar un universo participativo, estructurado, con paciente quehacer, sobre la base de una especial capacidad inventiva y de una sensible recepción de las sonoridades que acompañan a la naturaleza humana.

Serán la antología *Diez poetas cubanos* (1948) y el estudio de “La visión poética de Baquero” en *Lo cubano en la poesía*, ambos de Cintio Vitier, los que con más amplio registro iniciarán el delineado del mapa baqueriano, asumiendo puntos de análisis que se convertirán en obligada referencia para cualquier interpretación posterior.

Recordemos algunos de los títulos antologados que constituyen piezas emblemáticas de la poesía de Gastón Baquero: “Soneto a las palomas de mi madre”, “El caballero, el diablo y la muerte”, “Testamento del pez”, “Palabras escritas en la arena por un inocente”, “Octubre”, y “Saúl sobre la espada”. O aquella definición de Vitier que abre espacio al discernimiento de uno de los temas recurrentes en esta obra: el del tránsito, la transformación y los cambios de estado de la naturaleza y del ser humano. “El poeta sabe (...) que él, forma soñada, inocencia soñada, es el testigo absoluto, el bufón de Dios, el que inventa nuevos sueños y testifica inocentemente los reinos de la muerte”¹.

2. Junto a estas y otras definiciones, proponemos una serie de inferencias que toman en cuenta constantes, obsesiones y preferencias de este dinámico y sorpresivo cuerpo poético:

a) La muerte como acto de fragilidad de la existencia, pero también como transformación y cambio.

¹ VITIER, CINTIO: “La visión poética de Baquero” (decimocuarta lección), en *Lo cubano en la poesía*. Universidad Central de Las Villas, Impresores Úcar, García, S.A. La Habana, 1958, p. 419.

b) La otredad como indagación perpetua del ser que es uno y otro a la vez, a través del ciclo de las metamorfosis.

c) Presunción de la mascarada, del conjunto de máscaras incruentas, necesarias, forzadas al desempeño de múltiples papeles debido a la existencia en medio del caos.

d) Dentro de las apelaciones al sueño de las formas, la venia de lo aparential –lo que es no es–. Y una nueva interrelación: nutrirse de lo aparential para llegar a lo no aparential.

e) La forma como fondo (cita que Baquero hace de Valéry). Lo aparential como lo esencial. La irrupción de una o varias preguntas –definiciones, azar– dinámicas, distributivas, interrogativas, al acecho de una respuesta presumiblemente imposible.

f) La latencia como expresión de transgresiones temporales y espaciales en una poesía que se nutre de lo intemporal y de lo simultáneo.

g) Encanto de lo dramático, con una ineludible presencia operática. Intensidad descriptiva de la redención a través del dolor que engendra la muerte real, no la especulativa.

h) La inocencia más allá de su denotación primitiva. También como evidencia a través de la cual se constata el registro de lo imposible. La inocencia como bufón de Dios. El poeta como bufón de Dios. La inocencia con sus preguntas imposibles a Dios, formas aproximadas de la supervivencia en medio del caos.

i) Dilema entre inocencia y culpabilidad –puntos equidistantes del lento “sueño inocente” de las formas que también es culpable.

j) Adán condenado, pero también la adanización de la palabra en el camino de la reconstrucción de Dios.

k) Proliferación de los pares relacionables de *Memorial de un testigo* serán profusos y permanentes. Pares opuestos sólo en su especificidad, ya que serán perfectamente intercambiables, deslizantes a uno y otro lado de sus fronteras significativas. Es este procedimiento uno de los pilares sobre los que se asienta el sistema de invención de Gastón Baquero.

3. Baquero ya es muy consciente de que el hombre se enfrenta por igual, y a veces con la misma crudeza, al enigma y la nada. Que la sustancia del ser humano está religada a algo superior, o está condenada al vacío. La poesía sirve para poner en relieve tales dicotomías, y por esa función excepcional es que ha valido y valdrá. Es por ello que este poeta es nuestro contemporáneo. La poesía, el poema, el poeta, ante su principal materia de creación: el caos.

4. Cuando se intenta explicar la poética de este autor, se suele tener muy poco en cuenta una serie de definiciones capitales contenidas en sus numerosos ensayos y estudios sobre el tema. Definiéndola, explicándose la poesía contemporánea, Baquero pone en claro su propia concepción creativa. En los ensayos “La poesía como problema”, “La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo”, “La poesía de cada tiempo”; en los estudios y acercamientos a poetas de la magnitud de Juan Ramón Jiménez, T. S. Eliot, Luis

Cernuda, Saint-John Perse, César Vallejo, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, Rubén Darío, podemos extraer las coordenadas filosóficas, ideológicas, religiosas, poéticas y estilísticas que pudieran definir la lírica del cubano.

5. Gastón Baquero es un diligente examinador del acontecer poético. Él mismo se encarga de construir una especie de árbol genealógico del cual se siente heredero. Intentemos al menos un esbozo parcial del mismo, a partir de sus propias definiciones:

- Edgar Allan Poe (“búsqueda de lo trascendente: rebelión”)
- Baudelaire (“El misterio: el mal y lo diabólico”)
- Mallarmé (Lo poético como acto puro”)
- Verlaine (“la música pura”)
- Rimbaud (“purificación, adanización de la palabra, nueva gloria de nombrar las cosas”)
- J. Laforgue (“rehacer a Dios”)
- Apollinaire (“andamios verbales más estrepitosos. Poesía totalmente nuestra, la de Apollinaire en adelante”)
- Ezra Pound (“forma de hermetismo creciente”)
- T. S. Eliot (“desconcierto moderno ante la noción del tiempo. Análisis objetivo, fenomenológico de las emociones cotidianas”)
- Saint-John Perse (“el cronista de los elementos del mundo”)
- Paul Valéry (“sentimiento contemporáneo ante la muerte y la renuencia a morir, testimonio de la irregularidad y del neohelenismo”)
- Trakl, Dylan Thomas, Cocteau (“poesía llena de símbolos vivientes y tan actuales. Cobertura del mundo por la vía del milagro”)
- R. M. Rilke (“la síntesis entre la poesía moderna y la reconquista del saber metafísico a través de la poesía”)
- Juan Ramón Jiménez (“Reencuentro con Dios –deseante indeseado–”)
- César Vallejo (Baquero cita al poeta peruano: “cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios”)

El detallado estudio que Baquero realiza del “itinerario maldito” de buena parte de estos poetas nos conduce a una primera clave definitiva dentro de su creación: “el camino de la reconstrucción de Dios”.

6. El cubano da buen testimonio del tironeo que se produce entre los dos polos significativos del dilema de sentimiento y pensamiento que envuelve a nuestro siglo: el del “milagro” o presencia del enigma y el de la nada o la entera disolución. Expresa categóricamente que acercarse a uno u otro polo, en último término, comporta el camino de reconstrucción de Dios.

En la siguiente cita se define con precisión este concepto de la “reconstrucción”. Dice Baquero: “Se ha recordado en más de una ocasión el término griego *poiesis* y en ocasiones se ha indicado aquella palabra querida por los teólogos medievales: heurística. Pero en términos corrientes puede afirmarse que se ha redescubierto el valor de invención del mundo, de capacidad para fabricar, mediante fábulas, los contornos verdaderos de la realidad, y que, en

consecuencia, se comprende que la poesía es la prolongación en el hombre de la imagen y semejanza de Dios, en cuanto a creador”².

Baquero que es un relativista, y en esa dimensión un hombre de gran comprensión, sabe que el poeta forzosamente debe y tiene que acomodarse a la imaginación –más aún a lo imaginable– porque la realidad en sí misma es insatisfactoria. Lo que importa es partir de esa realidad, de sus signos más ocultos, para subvertirla y sobredimensionarla. Y este ha sido su principal empeño, para ello se ha valido de lo hermoso y de la música que encanta para acercarse con sus interrogantes al flamante enigma que nos es correspondiente.

Esto lo hace más origenista y lo emparenta al pensamiento lezamiano. José Lezama Lima establece su cosmogonía fabulosa e hiperbólica sobre la base de un principio pascaliano capital para él: “como la verdadera naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza y nosotros hemos colocado la poesía en el sitio de ella”³. Lo que nos permite entrever aquel afán incomparable de completamiento de lo perdido, de llenado del vacío, que tiene diversas complementaciones aglutinadoras en un solo y hermético cuerpo verbal.

7. El cuerpo verbal de Gastón Baquero se enarca, se estira como un gato. Su poesía es resistente junto al decursar del tiempo. Se vale de él, lo mistifica, lo enrarece, lo disuelve y reconstruye dentro de espacios inauditos, a través de lo que él ha denominado “tiempo unísono” y “juego de permutas”. La invención diseña nuevos derroteros y fronteras dentro de lo real-imaginario, con lo cual se intenta siempre una recuperación de las esencias espirituales y de existencia en una especie de evolución humana muy decantada.

La resistencia es lo imaginable, la realidad es el ámbito de contricción de lo inventivo que para Baquero emerge de la hondura de lo bello y de una síntesis pluralizada y reordenada libremente a partir de los códigos culturales, sociales, religiosos, filosóficos y estéticos vigentes. Es así que se parte del conocimiento previo –en el autor y en el lector– para, con afán deleitoso y ejemplar, demostrar que esos códigos, todos los códigos, pueden ser trastocados, subvertidos, reemplazados y así poder llegar a una lectura nueva de los acontecimientos. Una lectura inédita de la naturaleza humana y de los objetivos que la acompañan ante la eterna fabulación que Dios hace de nosotros. Volvamos a recordar al inocente, al poeta, ambos son el bufón de Dios.

8. Se insiste no solamente en un procedimiento, sino en el valor ético. Hay más estética cuanto más ética. Y ésta es quizá la más profunda raíz de los origenistas católicos. Baquero, uno de sus insignes integrantes, deja sentada su filiación a ese concepto cuando afirma: “Podemos ir reconociendo ya que si el hombre volvió a buscar a tientas el cuerpo secreto de la poesía fue porque intuitivamente descubrió que necesitaba sustitutos para el Dios que había perdi-

² BAQUERO, GASTÓN: “La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo”, en *Ensayos*, Fundación Central Hispano. Salamanca, España, 1995, p. 14.

³ “Interrogatorio a Lezama Lima”, en *Recopilación de textos sobre José Lezama Lima*, Serie Valoración múltiple, Ediciones Casa de las Américas. La Habana, 1970, p. 31.

do”⁴. Y añade: “pero ambos lados del paréntesis que encierra un acto puro está la nada –territorio inhabitable para el hombre”⁵.

9. El poeta cubano, sin embargo, no se aferra a una simbología católica ortodoxa, más bien muchos de esos símbolos pasan por la matización de los mitos domésticos de la tierra oriental de la infancia, del mestizaje visto y escuchado a través de su flamante sensualidad, de la rica trabazón de ambientes y costumbres hispano-cubanos, y de la copiosa y universal cultura con la cual recrea. Gastón es un poeta con Dios. Y Dios es la adanización de la palabra, es la búsqueda de la belleza para volver a nombrar las cosas y es también una presumible parada en los infiernos. Dice Baquero: “por la belleza siempre se llega a Dios, aun cuando se haga una estación en el infierno, y hay quienes se sienten tan seguros en el infierno, como otros se sienten seguros en el paraíso”⁶. Es su peculiar modo de aproximarse a la gloria y a la angustia, a lo plausible y a lo escéptico, al sí y al no, a la vida y a la muerte. Es, al mismo tiempo, una forma convincente de palpar la cosmología viva de la poesía contemporánea, estudiada e incorporada acuciosamente por él, en tanto es la vía que lo puede conducir a la nueva originalidad, al redescubrimiento de la sustancia de la poesía que tiene un sentido afirmativo para él: “siempre hay algo detrás de la nada: este es el infierno del pensador y el paraíso del poeta”⁷.

Llegados a este punto, vale la pena citar aquellas certezas de María Zambrano sobre dos grandes de la poesía cubana:

“Bastarían la poesía de Lezama y la de Gastón Baquero para que se probara esto: que la suntuosa riqueza de la vida, los delirios de la substancia están primero que el vacío; que en el principio no fue la nada. Y antes que la angustia, la inocencia, cuyas palabras escritas y borradas en la arena permanecen sin letra, libres para quien sepa algo del Misterio...”⁸.

10. Toda la obra poética de Baquero es una suerte de fundición de ismos, de hitos poéticos, donde se asienta lo hermoso en total pujanza y reivindicación. Ante la expresión uniforme y desgastada de la realidad ordinaria, él impone lo bello como acto de fundación. De aquí su apego a la definición heideggeriana de creación: “poetizar es fundar por la palabra de la boca”⁹. O la

⁴ BAQUERO, GASTÓN: “La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo”, En *Ensayo*, Fundación Central Hispano. Salamanca, España, 1995, p. 14.

⁵ Op. cit., p. 15.

⁶ Ibid., p. 22.

⁷ Ibid., p. 40.

⁸ ZAMBRANO, MARÍA: “La Cuba Secreta”, en *Orígenes*, no. 20, Invierno, La Habana, 1948.

⁹ BAQUERO, GASTÓN: “La poesía de cada tiempo”, en *Ensayo*, Fundación Central Hispano. Salamanca, España, 1995. p. 49. Al respecto, Baquero es mucho más explícito: “Se trata de que la poesía es la tarea más directa, individual, solitaria y espontánea que el hombre puede acometer. ‘Poetizar –dice Heidegger– es fundar por la palabra de la boca’. Fundar, o sea, construir el universo, descubrir los

que traduce de Horacio, Fray Luis de León: “clavarse como una viga entre las estrellas”¹⁰.

11. Esa palabra bella lo es en la medida que se impregna de una música inefable y de una sensorialidad extrema, irrepresible e irrepitible, emparentada con la máxima gobernabilidad de los recursos inteligentes de lo combinatorio. En tal medida, la historia para nuestro poeta es como la construcción de una sinfonía. Todo vestigio de causalismo queda rechazado de plano y en cambio es predominante la consistencia rítmica de los grandes momentos históricos que se remodelan a través de su vehemencia y plausibilidad sonora. Al respecto, Baquero testimonia: “El hombre es sonoro, como es sonora la estrella. Esa música lejana que nos llega subterráneamente del pasado, esa remota melodía que denominamos ‘La Historia’, sólo es apresable bajo especie de ‘forma’. Y de forma audible, por supuesto, aunque los materiales empleados por el hombre para darle caza sean –a tenor de la vocación de cada cual– la palabra o la piedra, el color o el sonido”¹¹.

12. Otro aspecto concluyente es el referido a la composición del poema como acto deliberado. Baquero se refiere, sin duda, a la premeditación constructiva, arquitectónica, estructural del poema, y al alcance que puede ofrecer semejante entramado. Para ello se vale de un sinnúmero de recursos, aunque son tres los rectores:

- a) El instrumento incorporador de la mirada, para diseñar y pintar.
- b) El tacto como equilibrio y mezcla de los pares opuestos y relacionables a la vez, a saber:
 - la verosimilitud de lo inverosímil.
 - la realidad de lo irreal.
- c) La capacidad auditiva, el excepcional registro que posee de manera innata para combinar parejamente melodía y concepto.

13. Dentro de ese amplio marco compositivo debemos destacar además:

- a) La mirada recelosa hacia la inspiración y la fiebre creadora –al decir de Baquero–. Y apuntamos nosotros que aunque su verso es suntuoso y expansivo, el poeta ha entablado desde siempre una tenaz batalla contra la retórica baldía y la exuberancia ilímite.

fundamentos de lo circundante, explicarnos la fundación de nuestro propio ser. Y todo eso, hecho a pura melodía, rítmicamente, traduciendo en música cuanto sea noción, descubrimiento, relato, testimonio.”

¹⁰ BAQUERO, GASTÓN: “La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo”, en *Ensayo*, Fundación Central Hispano. Salamanca, España, 1995, p. 13. Y completa la idea de la siguiente manera: “Horacio afirmaba que al recibir el vate, el poeta, los favores de la diosa poesía, crecía de tal manera su estatura, que llegaba a enterrar su cabeza entre las estrellas”. (Fray Luis virilmente traducía ‘clavarse como una viga entre las estrellas’). Pero no podía adivinar Horacio que siglos después procurarían los hombres, con vivo ardor, enterarse de por qué puede ocurrir eso y de por qué la poesía significa tanto.”

¹¹ BAQUERO, GASTÓN: “La poesía de cada tiempo”, en *Ensayo*, Fundación Central Hispano. Salamanca, España, 1995. p. 48.

- b) Lo anecdótico y narrativo, bajo el imperio de una correlación a veces irónica, con ciertas dosis de humor explicativo, nunca corrosivo.
- c) La simultaneidad.
- d) El “juego de permutas” de lo histórico-cultural.
- e) Fusión mítica de lo trascendente y lo cotidiano.
- f) Relación del pasado con lo augural y premonitorio.
- g) Atomización y reordenamiento de lo espacial y temporal hacia la esperanza. A este propósito, Baquero aclara: “Pero un caos que perdura se convierte en un orden nuevo, en otra arquitectura. Una desesperación demasiado desolada, demasiado terrorífica, demasiado nihilista, acaba por convertirse en una forma sui géneris de esperanza”¹².

14. Al observar cómo la poesía cubana va hoy reorientando su definición mejor, aquella que tiene que ver con una porción de libertad ilimitada, me pregunto: ¿Qué nos brinda y brindará la obra de Gastón Baquero? ¿En qué parte de su vasta sabiduría y arrogancia de bien se detendrán “los muchachos y muchachas nacidos con pasión por la poesía en cualquier sitio de la plural geografía de Cuba, la de dentro de la Isla y la de fuera de ella?”.

En consecuencia, aquí aventuro algunos de los dones poéticos que como brújula servirán para orientarnos:

- a) La poesía está por encima de todo sectarismo político. Toda su poesía, desde “Soneto a la rosa” hasta “Canto de Carolyn”. Baquero es incisivo con respecto a tales actitudes:

“Se mantiene en pie la petición de sectarismo político, y no falta el zángano que antes de opinar sobre la poesía de un poeta inquiere su filiación. Es el terror a elogiar a un contrario o rechazar a un correligionario. Es la cobardía de los antifranquistas que niegan a Aleixandre porque está en España, y de los franquistas que olvidan la grandeza de Juan Ramón Jiménez porque está en el exilio. Unos y otros, los que someten a esta circunstancia la apreciación de un poeta, son unos enemigos mortales de la poesía y sembradores sempiternos de guerras civiles”. (De “La poesía de Luis Cernuda”).

- b) La repetición junto a Heidegger: “lo seguro no es en el fondo seguro; es inseguro”.
- c) “Ese sentirse muerto de antemano nunca le ha impedido a un hombre continuar viviendo, sobre todo si hace de su vivir una llama de lo amoroso” (De “La poesía de Luis Cernuda”).
- d) El poeta es el ciego que ve más. Es el único capaz de “relacionar iluminativamente las cosas entre sí”.
- e) “Hoy la poesía es útil de nuevo. Trae los avisos, las sentencias, las anticipaciones”. (De “La poesía como problema”).
- f) El poema “Brandenburgo 1526”, un canto de amor a Cuba.
- g) Un canto contra la tiranía: el poema “En la noche, camino de Siberia”.

¹² BAQUERO, GASTÓN: “La poesía como reconstrucción de los dioses y del mundo”, en *Ensayo*, Fundación Central Hispano. Salamanca, España, 1995. p. 40.

(...)

Todo mi delirio había consistido en recitar en voz alta a

Mallarmé,

mientras el camarada Stalin leía monótonamente

su Informe anual al Partido: cuando él decía usina,

yo decía “Aparición”, cuando él hablaba del Este,

yo decía en voz muy alta: “¡esa noche Idumea, esa noche

Idumea!”.

Y en los momentos en que enumeraba tanques, cañones,

y tractores,

yo decía: “Nevar blancos racimos de estrellas perfumadas”.

h) Fidelidad a la integración racial y a la cultura universal. Amor a lo cubano desde una decantada Tradición. Un ensayo: “Tres siglos de prosa en Cuba”. Un estudio: *Indios, blancos y negros en el caldero de América*. Dos patriotas: José Martí y Antonio Maceo.

i) José Martí: “De un amor como de un dolor brotaba en él un poema” (De “Preámbulo a Martí poeta”)

j) Un tipo de resistencia ante la adversidad cubana de hoy:

(...)

Cuando yo mismo sueño que estoy solo,

tiendo la mano para no ver el vacío,

y esta mano real, este concreto universo de la mano,

con destino a sí misma, inexorablemente creada para ser

osamenta y ser polvo,

me rompe la soledad, y se aferra a la mano del niño,

y partimos

hacia el bosque donde el Unicornio canta,

donde la pobre doncella se peina infinitamente,

mientras espera, y espera, y espera, y espera,

acompañada por las rotas soledades de otros seres,

conscientes del misterio, decididos a insistir en sus

preguntas,

reacios a morir sin haber encontrado la clave de esta

trampa.

(De “Silente compañero” en *Memorial de un testigo*).

La carta de los diez

UN MEDIODÍA DE MAYO DE 1991, LA POETISA MARÍA ELENA Cruz Varela llegó a Radio Enciclopedia, la emisora habanera donde yo trabajaba como periodista y director de programas musicales. Fue a pedirme la firma para una Declaración de Intelectuales Cubanos. La copia de la Declaración que mi amiga y antigua alumna extrajo de su enorme bolso y me dio a leer allí mismo, en la puerta de la emisora, ya traía las firmas de ella, del poeta Raúl Rivero, de los periodistas Fernando Velázquez Medina y Víctor Manuel Serpa y del escritor Roberto Luque Escalona. Puse mi nombre en aquel papel, y tuve la certeza de que en ese instante cambiaba el curso de mi vida.

Que una decena de intelectuales divulgue un pliego de peticiones moderadas dirigidas a su gobierno –que otra cosa no es la famosa Declaración– puede ser que no alcance ni el rango de noticia de tercera plana en un país donde sea normal que los ciudadanos intervengan libremente en la vida política, pero en la Cuba de Castro nuestro pacífico gesto de autonomía adquirió la calidad de una insurrección.

En la Declaración pedíamos, entre otras cosas, un diálogo cívico, en el que estuvieran representadas todas las tendencias políticas existentes en el país, para hallar una solución cubana a la crisis cubana; la elección de los diputados a la Asamblea Nacional mediante el voto directo y secreto de la ciudadanía; la libertad inmediata de los presos políticos; la supresión de las trabas que impiden a los ciudadanos cubanos salir del país y regresar a él libremente; y la reimplantación de los mercados libres campesinos para estimular la producción agrícola y reducir la escasez de comida.

Se entregaron sendas copias del documento en el Consejo de Estado y en el comité central del Partido Comunista –el único partido que permite Castro, que es, casualmente, el suyo. Al mismo tiempo, teniendo presentes las “orientaciones” de Fidel –que ha dicho y repetido que toda la prensa, menos la cubana, es para sus opositores–, se enviaron copias a periódicos y radioemisoras de Estados Unidos y Europa, gracias a lo cual nuestras demandas fueron conocidas por los cubanos de la isla, quienes para enterarse de lo

Manuel Díaz Martínez

que pasa en Cuba oyen la radio extranjera. No perdimos el tiempo mandando la Declaración, rebautizada por los periodistas como Carta de los Diez, a los medios de prensa cubanos porque sabíamos que no la publicarían jamás. No la publicaron ni siquiera por ser el objeto de la campaña de vituperios y mendacidades que desataron contra nosotros.

Esta campaña, que se extendió a la radio y la televisión, comenzó el 15 de junio con un editorial del periódico del comité central del Partido Comunista. El editorial de *Granma*, titulado “Una nueva maniobra de la CIA”, empezaba presentándonos como “los herederos ideológicos del anexionismo” y terminaba acusándonos de “traición” y de “abyecta colaboración con los enemigos históricos de la nación cubana”. Hay que conocer los procedimientos del Estado policíaco castrista –idénticos a los del KGB en las épocas más sombrías del estalinismo– para comprender que, con ese editorial, la dictadura iniciaba contra nosotros un proceso punitivo que nos franqueaba las puertas de la cárcel. El primer paso, clásico, de este tipo de proceso –descalificar política y moralmente al contrario– ya estaba dado. A partir de ahí todo podía suceder.

En ese primer paso se incluyó un Pronunciamiento del Consejo Nacional ampliado de la UNEAC, aparecido en *Granma* dos días después del editorial. El encargado de dirigir la faena que le correspondió a la UNEAC en la operación de acoso y derribo puesta en marcha por el gobierno contra nosotros fue el joven presidente de esa organización, Abel Enrique Prieto, quien unos meses después, en el IV Congreso del Partido, sería elevado por Castro al buró político. En el Pronunciamiento de la UNEAC –un calco del editorial de *Granma*– se nos acusó de ser “ejecutores de una operación enemiga” y de querer fabricarnos, mediante “el ejercicio de la traición” y no por nuestra obra, “un expediente fuera de Cuba”.

Fueron escasos los intelectuales cubanos que resistieron las presiones oficiales y se negaron a suscribir ese documento, portador de acusaciones tan graves y falsas al fin, en ningún momento probadas. Entre los que se negaron recuerdo a la poetisa y ensayista Fina García Marruz, a los poetas César López y Emilio de Armas, al historiador Manuel Moreno Friginals y a los narradores Reynaldo González y Alberto Batista Reyes. Éste último fue fulminantemente destituido de su cargo de director de la Editorial Letras Cubanas. Mejor suerte tuvo Reynaldo González, que sigue siendo el director de la Cinemateca de Cuba.

En aquellos aciagos días se me acercaron –algunos fueron a mi casa– muchos firmantes del Pronunciamiento, unos para disculparse por su debilidad, otros para quejarse por haber sido engañados, otros en busca de la verdadera historia de la Carta y todos para ofrecerme ayuda, monetaria inclusive, en mi situación, que se presentaba difícil con tendencia a empeorar. El novelista Lisandro Otero, en una sesión de la Academia Cubana de la Lengua, de la que ambos somos miembros, me dijo que él firmó el Pronunciamiento porque le aseguraron en la UNEAC que se publicaría sin la línea en que se nos acusa de ser “ejecutores de una operación enemiga”. El novelista Miguel Barnet y el poeta Pablo Armando Fernández me confesaron que a ellos los incluyeron en la lista de firmantes estando uno en México y el otro en España. Que yo sepa,

nunca protestaron por eso, pero Pablo Armando condenó con firmeza mi expulsión de la UNEAC. En unas declaraciones que dio al periodista canario Juan Cruz dijo: "...la expulsión de Manuel Díaz Martínez de la Unión de Escritores por haber firmado constituye una gran estupidez, que atenta contra todos los escritores cubanos. No es la primera vez que sucede, pues en 1971 Reynaldo González y yo también fuimos expulsados de la Unión de Escritores (por su apoyo a Heberto Padilla). En 1991 es aún un atentado peor recurrir a estos métodos" (*El País*, Madrid, 28.10.91). Otros cuyos nombres figuran al pie del Pronunciamento, como el pintor Alberto Jorge Carol, en aquel momento presidente de la Sección de Artes Plásticas de la UNEAC, poco tiempo después pidieron asilo político en el extranjero.

Carol, en carta que me envió a Cádiz desde Madrid con fecha 10 de junio del 92 (y que consta en mi archivo, como todos los documentos que aquí cito), revela que en la UNEAC usurparon las firmas de muchos intelectuales. Prueba de ello es que el pintor Mariano Rodríguez, ya entonces fallecido, y el tenor Raúl Camayd, que por aquellas fechas agonizaba de cáncer en un hospital de Miami, aparecen suscribiendo el Pronunciamento. Dice Carol en su carta: "Poco después de conocerse vuestro manifiesto, la Presidencia de la UNEAC redactó dos declaraciones respondiéndolo. En ambas figuró mi nombre. Pues bien, yo no fui partícipe de esas declaraciones, supe de ellas por la prensa y no sólo nunca las firmé, sino que hice constar mi protesta por la manipulación de que había sido objeto. Si algún día aparecen los documentos originales, se comprobará que no los he suscrito. (...) El "apoyo masivo" de los miembros de la Unión a esos textos de la Presidencia fue bastante dudoso e irregular. Mariano Rodríguez, el pintor, resulta que firmó desde el otro mundo. Amigos míos presenciaron cómo varios artistas hacían cualquier garabato irreconocible al lado de su nombre en la lista de firmantes y además, junto a otros nombres, con el consentimiento de las personas encargadas de recaudar adhesiones, que así cumplían más pronto su meta. Pero conozco a artistas que sí firmaron porque tenían miedo y ahora viven en España".

Hubo quien me reprochó mi temeridad y me amonestó fraternalmente por haber suscrito la Declaración de Intelectuales Cubanos. Una noche, un diplomático europeo amigo mío me llamó por teléfono para decirme que en su casa me esperaba alguien recién llegado del extranjero que quería verme. Acudí a la cita. El incógnito recién llegado resultó ser un intelectual cubano muy vinculado al régimen, que va de país en país haciendo creer a todo el mundo que él cree en la "revolución". Después de abrazarme e interesarse por mi salud y mi familia, este viejo conocido, que de tonto no peca, provocó mi asombro diciéndome: "¿Estás loco, Manolo? ¿Cómo vas a firmar una cosa como ésa en este país? ¿Es que tú no sabes que vivimos bajo una dictadura totalitaria? Te van a cortar las manos, amigo mío, como vuelvas a hacer eso".

Parando en seco y a la tremenda la manifestación de autonomía que significaba nuestra Carta, el régimen, que conocía el malestar existente en la intelectualidad, sobre todo en el sector más joven de ésta, quiso evitar que el ejemplo cundiese.

La represión directa sobre los que firmamos la Carta no se hizo esperar. A la periodista Nancy Estrada Galbán la despojaron de su puesto de redactora en la revista *Mujeres*. A mí me rebajaron de categoría laboral en la radioemisora y me quitaron los programas de información cultural que tenía a mi cargo. Al teatrista Angel Mas Betancourt, que era subdirector del Teatro Musical de La Habana, y al germanista y traductor Jorge Pomar Montalvo, jefe de departamento de la Editorial Arte y Literatura, los despidieron. A Pomar lo echaron a la calle después de vejarlo en un “acto de repudio”, en el que, desde luego, vejaron más a sus compañeros de trabajo obligándolos a tomar parte en la canallada. Nancy Estrada y su esposo, el poeta y narrador Bernardo Marqués Ravelo, también firmante de la Carta, soportaron en su casa dos de esas ordalías que, según aseguró Castro a fines del 91 a una periodista del Canal 23 de la televisión de Miami, en Cuba no se hacen. A los que éramos miembros de la Unión de Escritores y Artistas y de la Unión de Periodistas nos conminaron a retractarnos y, al rehusar hacerlo, nos expulsaron de esas organizaciones. He aquí la carta que recibí de la UNEAC, fechada en La Habana el 3 de julio de 1991 y firmada, no por Abel Enrique Prieto, que evidentemente escurrió el bulto porque la historia es amiga de guardar papeles que en un momento dado pueden ser incómodos, sino por Ramón Rodríguez Rodríguez, Secretario Ejecutivo de la Presidencia: “Manuel Díaz Martínez: El pasado 15 de junio, el Consejo Nacional Ampliado de la UNEAC, en cumplimiento de lo establecido en el artículo 27, inciso ch), de nuestros Estatutos, acordó por unanimidad expulsar de nuestra organización a aquellos miembros que, luego de conocerse el papel de la CIA en la gestación y promoción de la llamada “Declaración de Intelectuales Cubanos”, se mantuvieran vinculados a esta maniobra. Como usted se encuentra entre los señalados por el acuerdo del Consejo Nacional de la UNEAC nos vemos en el deber de comunicarle que queda expulsado de nuestra organización”.

La Unión de Periodistas quiso hacer pública y espectacular mi expulsión, y a ese efecto convocó una asamblea en la emisora donde me ganaba la vida. Ante los trabajadores, el entonces vicepresidente de la UPEC, Lázaro Barredo, que fue acompañado por cuatro o cinco individuos más de esa organización, leyó un acta en la que se repetía el editorial de *Granma*. En respuesta leí un texto que redacté para el momento, en el que le decía a la UPEC que, mientras no las probara, sus acusaciones (es decir, las del gobierno) no pasaban de ser difamación y terrorismo verbal. (Por supuesto, aún están por verse las imposibles pruebas.) Mis inquisidores pretendieron convertir aquella asamblea –más de dos horas duró el careo que mantuve con ellos– en un “mitin de repudio” contra mí, pero les faltó el apoyo de los trabajadores. Sólo uno, en este caso una, habló para pedir que me echaran de la emisora dada mi incompatibilidad ideológica con eso que algunos siguen llamando “la revolución”. He olvidado sus palabras, pero no la dulzura de su voz cuando aconsejaba que me santearan. Meses más tarde la complacerían.

En medio de aquellos acontecimientos, una tarde fue a buscarme a la emisora el agente de la Seguridad del Estado al que habían dado la encomienda

de “atenderme”. (En Cuba, cada escritor o artista de alguna significación tiene asignado un policía, un “psiquiatra”, especie de confesor a domicilio, por lo general con grado de teniente, que vigila, analiza y orienta a su oveja para salvaguardarla de las seducciones del lobo contrarrevolucionario. De vez en cuando, este “hermano de la costa” –que así también los llamamos– confía alguna misión sencilla a su pupilo o pupila para comprobar su fidelidad a la patria, es decir, a Fidel, ya se sabe.) Mi “psiquiatra” se hacía llamar Octavio y era una réplica del teniente Colombo, ese detective desaliñado y socarrón que ha hecho famosa una teleserie policíaca norteamericana. Octavio Colombo, duplicando aquella tarde la dosis de bobalicona amabilidad que empleaba siempre en su trato conmigo, me llevó en su tartajoso automóvil a un chalet de aspecto hogareño que la Seguridad tiene en el reparto Siboney. En el salón nos esperaba, de completo uniforme, un tal coronel Reynol o Reiniel o Renoir. Sin andarse con rodeos, con ademanes cortantes y cara de piedra, el coronel me sometió a un corto pero severo interrogatorio que concluyó con una sana admonición: si no me apartaba de la disidencia, correría riesgos muy serios, porque ellos (los de la Seguridad) estaban decididos, incluso, a matar para impedir que regresara a Cuba “la gente de Mas Canosa”, que los asesinaría a ellos. Terminado el interrogatorio, mi “psiquiatra” se brindó a llevarme en su coche hasta mi casa. En el trayecto se pasó todo el tiempo aconsejándome remedios caseros para mejorar el funcionamiento de mis riñones.

De los diez primeros firmantes de la Carta, sólo uno, Raúl Rivero, permanece en la isla. (Contra todo riesgo ejerce la profesión, ilegal allí, de periodista independiente.) Los demás emigramos: María Elena Cruz Varela está en España, el novelista Manuel Granados vive en Francia, el también novelista José Lorenzo Fuentes, Bernardo Marqués Ravelo, Nancy Estrada, Víctor Manuel Serpa y Roberto Luque Escalona están en Estados Unidos, y yo envejezco en Las Palmas de Gran Canaria (mi isla de repuesto, según mi amigo chileno Hernán Loyola). Algunos conocieron las ergástulas de Castro –Cruz Varela, Jorge Pomar, Fernando Velázquez, Luque Escalona y los cineastas Jorge Crespo Díaz y Marco Antonio Abad–, mucho más numerosas que las plazas hoteleras de toda Cuba.

Nuestra Carta tuvo una pronta y vasta repercusión internacional, potenciada por los castigos –denunciados de inmediato– que nos infligió la dictadura en su afán de poner coto a lo que se anunciaba como el nacimiento de una disidencia a cara descubierta dentro de los círculos intelectuales. El 31 de mayo de 1991, *El Nuevo Herald*, de Miami, publicaba una declaración de apoyo a nosotros firmada por escritores cubanos en el exilio y por intelectuales extranjeros. Este documento, en el que se reconocía nuestro derecho a “asumir un papel activo, libre, honesto y comprometido en la sociedad cubana, ante la delicada situación que padece la isla” y se recababa la atención de los gobiernos, las organizaciones de prensa, los medios de comunicación y las instituciones de derechos humanos para que siguieran “atentamente en el futuro próximo” nuestro destino dentro de Cuba, aparecía suscrito por Mario Vargas Llosa, Oscar Arias, François Revel, Susan Sontag, Hugh Thomas, Jorge Semprún, Fer-

nando Savater, Néstor Almendros, Germán Arciniegas, Fernando Sánchez Dragó, Javier Tusell, Xavier Rubert de Ventós, Gastón Baquero, Carlos Alberto Montaner y Heberto Padilla, entre otros.

A mediados de noviembre del 91, María Elena Cruz Varela es objeto de un conato de linchamiento. Varios individuos asaltaron su casa, destrozándolo todo –la máquina de escribir, me dijo María Elena, la lanzaron por la ventana– y emprendiéndola a golpes contra ella y su hija. Acto seguido, los asaltantes arrastraron a la poetisa por los pelos escaleras abajo y en la calle, en medio de un aquelarre “revolucionario”, la hicieron arrodillarse, con las manos sujetas a la espalda, y le introdujeron en la boca varias de las octavillas que el grupo de oposición que ella dirigía había distribuido por La Habana, en las cuales se invitaba a los cubanos a sumarse a la lucha pacífica por la transición democrática. Cuando sus verdugos se hastiaron de atormentarla ante la presencia cómplice de un cordón de agentes policíacos, María Elena fue conducida a una comisaría. Después de tres días de encierro obligatorio en su minúsculo piso de Alamar –en la calle, todo el que quería apuntarse un tanto con el gobierno tenía a su disposición un altavoz para injuriarla–, la metieron en una celda en Villa Marista, la Lubianka de la Seguridad del Estado, y una semana después, sin que pudiera entrevistarse con sus familiares y su abogado, fue juzgada sumariamente por “difamación” –calificó de amanuenses a los diputados de la Asamblea Nacional– y “propaganda enemiga” y condenada a dos años de cárcel. En el mismo juicio fueron condenados por las mismas causas y a la misma pena otros dos de los firmantes de la Carta: Jorge Pomar (que había sido ferozmente golpeado por karatecas de las Tropas Especiales) y Fernando Velázquez.

Fui testigo de María Elena en el juicio de apelación, que se celebró en una escuela del barrio habanero de Santos Suárez convertida en juzgado. Las calles que rodean la escuela estaban tomadas por una muchedumbre en la que se mezclaban militantes de los grupos de oposición y elementos de las Tropas Especiales (policía antimotines) y de las Brigadas de Respuesta Rápida (escuadrones de civiles y de policías camuflados de civiles, organizados por el gobierno para sustituir, en la represión callejera, a la policía uniformada). Cuentan con patente de corso para “disuadir” por cualquier medio a quienes manifiesten su descontento con el régimen). Los de las Brigadas estaban armados con tubos metálicos, trozos de cabillas y otros objetos contundentes mal disimulados entre papeles de periódicos. A la sala donde se celebraba el juicio, ocupada por “cederistas” y sicarios vestidos de civil, sólo permitieron la entrada de algunos familiares de los reos. Yo, junto a los testigos de Pomar y Velázquez, permanecí en un jardín contiguo a la sala, donde aguardábamos el momento en que nos llamasen a declarar. Aún estamos esperando que nos llamen. Cuando el juicio concluyó, con las sentencias ratificadas, como es de rigor en Cuba, a los condenados los sacaron esposados por una de las calles laterales. El plan de obsequiarlos con un “mitin de repudio” a la salida fue cancelado a última hora, cuando a la muchedumbre que aguardaba en la puerta principal se sumaron diplomáticos y periodistas extranjeros.

Mi mujer y mi hija Claudia me esperaron en la calle, dentro de aquella densa y tensa muchedumbre. Las encontré aterradas por lo que vieron y oyeron mientras en el interior de la escuela se desarrollaba el juicio. Esperamos a que salieran la madre y la hija de María Elena para acompañarlas a su casa, y con ellas fuimos en busca de nuestro coche. Los hombres y mujeres que la dictadura había congregado en torno a la escuela para que nos agredieran nos dejaban paso, y sentí que nos miraban con más curiosidad y respeto que odio.

Al calor de estos hechos escribí un artículo para que todo el que quisiera saberlo supiera qué son y cómo nacieron los “actos de repudio” y cómo fue el que sufrió María Elena. El artículo se lo di en La Habana al periodista Juan Cruz y apareció en el periódico *El País*, de Madrid, el 8 de enero de 1992, un día después de haber firmado yo el Proyecto de Programa Socialista Democrático con Elizardo Sánchez Santa Cruz, Vladimiro Roca y Gustavo Bager, entre otros. Aquel 8 de enero recibí llamadas de Madrid, de Sevilla, de Cádiz, de Las Palmas de Gran Canaria: mis amigos españoles, alarmados por el artículo, querían saber “si había tranquilidad en mi casa” y si hacía falta hacer algo por mí.

Echado del trabajo –en un país en que el Estado es el único empleador–, a expensas de lo que a la dictadura se le ocurriera hacerme y, sobre todo, harto de vivir en el cepo de Castro, decidí salir de la isla. La Diputación y la Universidad de Cádiz me habían invitado a dirigir un seminario de poesía cubana en aquella ciudad. La carta-invitación que me habían enviado la presenté en el ministerio de Cultura –antes de mi expulsión la habría presentado en la UNEAC– para que allí me gestionaran el permiso de salida, como era habitual. Pero resultó que al ministerio de Cultura no le interesó que yo fuese a Cádiz a hablar de la poesía cubana. El funcionario que me atendió cumplió la orden de decirme, a los once días de tener en su poder la carta-invitación, que yo debía gestionar mi salida del país por vía particular, esto es: internándome en el laberinto cubano de los trámites de emigración, que pueden demorar interminables meses y hasta años. Y no me quedó más remedio que iniciar los trámites por la única vía que aparentemente me dejaban, la que, para mí, tenía obstáculos adicionales. Me di cuenta, tan pronto como di los primeros pasos en el laberinto, de que la dictadura había tomado la decisión, muy propia de su estilo y calaña, de no prohibirme la salida, pero no dejarme salir. Después de unas fracasadas gestiones de Pablo Armando Fernández para que el ministerio de Cultura cambiara de actitud hacia mí y de no sé ya cuántas visitas mías a negociados, departamentos, direcciones, secretarías, dependencias, sectoriales, unidades, etcétera, sin obtener otra cosa que más confusión y “peloteo”, una tarde, de pronto, tropezaron en la puerta de mi casa dos oficiales de inmigración enviados por dos mandos distintos para que me presentara con los papeles en dos sitios a la vez. Al día siguiente, un vecino nuestro, oficial de la Seguridad del Estado, se presentó en casa como comisionado para facilitar todo lo concerniente a la salida. Y en veinticuatro horas nos dieron el permiso para irnos, y en cuarenta y ocho tomamos el avión. Ni tiempo tuvimos de hacer las maletas. Ahora estábamos conminados a partir en el acto.

Decisivas fueron las gestiones que para lograr nuestra salida de Cuba hicie-

ron el poeta Jesús Fernández Palacios, director de la revista *Cádiz e Iberoamérica*; Josefina Junquera, vice-presidenta de la Diputación de Cádiz; el poeta José Agustín Goytisolo; y Manuel Fraga Iribarne, presidente de la Xunta de Galicia y amigo personal de Castro. Casi seguro fue ésta última la que cortó el nudo gordiano. Conté, además, con el generoso y decidido apoyo de los tres diplomáticos de mayor rango de la embajada de España en La Habana en aquellos momentos: el embajador, Gumersindo Rico; el consejero político, Ignacio Rupérez; y el consejero cultural, Jorge de Orueta.

Mi casa de Infanta 15 era, en aquellos nuestros últimos días cubanos, como una olla de presión puesta a llama viva. Ofelia y yo —nuestras hijas ya estaban en el extranjero, una en Chile y la otra en Canarias— vivíamos esperando a cada minuto que se desatara el vendaval de insultos y pedradas del “acto de repudio” y que viniera la policía a detenerme. Extraños sujetos montaban guardia durante horas junto a la verja de la entrada de mi edificio. Voces desconocidas me amenazaban por teléfono. Por los megáfonos del ministerio de la Industria Básica, donde mi mujer era traductora técnica, el sindicato y el partido difundían comunicados contra la “banda de intelectuales vendidos a la CIA”, y en mi trabajo la administración intimidaba a los empleados para que me retiraran el saludo y me hicieran el vacío. En compensación, mis compañeros de la emisora, pese a sus lógicos temores, me trataban mejor que nunca, haciéndolo discretamente, y los vecinos de nuestro barrio, incluidos ejecutivos del CDR (Comité de Defensa de la Revolución) y algunos con los que apenas habíamos tenido trato, nos manifestaban su simpatía de mil maneras. Cuando, estando mi mujer de baja psiquiátrica y cobrando sólo la mitad del sueldo, me echaron de mi trabajo en enero del 92 por figurar entre los fundadores de la Corriente Socialista Democrática de Cuba, la gente del barrio, enterada de ello por las emisoras del exilio, comenzaron a presentarse en casa con verduras, huevos, arroz, dulces y otros alimentos, separados de sus exiguas cuotas de racionamiento o conseguidos a precios astronómicos en la bolsa negra. Ésa fue la misma buena gente que desde balcones y ventanas, sin importarle un rábano el operativo de la Seguridad que acompañó nuestra partida, nos despidió a voces deseándonos suerte a Ofelia y a mí la tarde en que salimos de nuestra casa para el exilio. (Yo, quizás, pueda regresar algún día a Infanta 15. Para Ofelia es ya imposible, salvo que sea verdad que hay otra vida después de la muerte.)

Quizás éste que contaré a continuación sea el episodio más elocuente de la temeraria solidaridad que recibimos de muchos de nuestros compatriotas en aquellos momentos amargos, tan contaminados de vileza y cobardía. En vísperas de nuestro viaje, un equipo de periodistas de la televisión italiana me entrevistó en casa. Tan pronto como se marcharon los italianos sentí unos leves golpes en la puerta. Era un vecino, el responsable de vigilancia del CDR. Venía a contarme que, mientras duró la entrevista, agentes de la Seguridad vigilaron la entrada del edificio y el oficial que los dirigía fue a ver al presidente del CDR para decirle que en mi casa había periodistas extranjeros y que no se me podía dar ningún “acto de repudio”, y que el presidente del CDR le respondió: “Pierda el cuidado, capitán, que a esa familia este Comité no le dará

ningún acto de repudio, ni ahora ni después. Si ustedes quieren hacerlo luego, el acto lo tendrán que organizar ustedes con gente de otro barrio porque de éste no van a poder movilizar a nadie para eso”.

Pero la dictadura me tenía preparada una despedida especial, sin las patadas en la puerta, el altoparlante largando injurias, las pedradas en las persianas ni la comparsa barriotertera del “acto de repudio” clásico, lo cual es de agradecer. El domingo 23 de febrero del 92, el día anterior al de mi partida, en el suplemento de cultura de *Juventud Rebelde* (periódico de la Unión de Jóvenes Comunistas), apareció un artículo titulado “Puente de plata”, que cubría de apiñadas letricas mal impresas más de una página del suplemento, que ya son ganas de incordiar. Junto a alabanzas como “un buen poeta, un hombre de innegable talento, que contaba con prestigio y reconocimiento intelectual”, “para admitirlo en su seno, la Academia Cubana de la Lengua debe haber tenido en cuenta sus buenos versos, que sin duda son la mayoría”, etcétera, con las que se busca impresionar bien al lector para que no dude en acoger como cierta, justa y equilibrada la aviesa imagen que de mi vida y milagros le ofrece, el articulista se burla con acierto (acto fallido), con una sorna que sin duda parte de sus propios e inconfesados desengaños, de mis viejos ardores comunistas. Donde se muestra chapucero es en las mentiras que se atreve a decir, confiado en la impunidad que supone el absoluto control que ejerce sobre la prensa la dictadura que le ordenó infamarme. Antes de ese artículo, no pensé jamás que mi obra fuera tan asiduamente leída ni que sería objeto alguna vez de un elogio tan alto. Después de la devoción de un lector, el odio de una dictadura es el mejor premio a que puede aspirar un poeta. Lo único que realmente me disgusta, porque ahí reside la verdadera ofensa, es que, para ocultar el nombre del auténtico autor de la diatriba encargada para despedirme, hayan escogido el del mecanógrafo que la copió al dictado, un hombre tan poco escritor y tan patoso.

La presencia constante de periodistas y escritores extranjeros en Infanta 15 y mi condición de miembro correspondiente de la Real Academia Española fueron, a mi entender, factores que nos libraron a Ofelia y a mí del “mitin de repudio” y de otras felonías similares con que el gobierno de Castro suele atormentar a quienes no se le doblegan. En nuestros últimos días en Cuba tuvimos la suerte de recibir varias veces la visita del hispanista italiano Antonio Melis, que ese año era jurado del premio literario de la Casa de las Américas, y de los periodistas españoles Diego Talavera (director del diario *La Provincia*, de Canarias), Fernando Orgambides y Juan Cruz (ambos del madrileño *El País*). Diego Talavera fue quien condujo el automóvil en que nos trasladamos al aeropuerto, y permaneció a nuestro lado, junto a mi padre y al poeta cubano Rafael Alcides Pérez, hasta que el avión de Iberia que nos sacaría del jardín de los suplicios levantó vuelo.

Las Palmas de Gran Canaria,
7 de abril de 1996.

El periodismo en Cuba: otra vuelta de tuerca*

Prácticas comunicativas y desafíos profesionales bajo el modelo de prensa socialista

Wilfredo Cancio Isla

EL PERIODISMO CUBANO ENFRENTA HOY UNA SITUACIÓN LÍMITE en la que se debaten sus opciones de sobrevivencia. La crisis económica de la isla ha traído drásticas consecuencias para los medios de comunicación. A partir de 1990, cuando el gobierno puso en práctica el primer corte a las publicaciones periódicas y espacios informativos, las restricciones han sido de un 80 por ciento en la circulación de la prensa escrita y casi de un 40 en la programación radial y televisiva. La tradicionalmente limitada circulación informativa dentro de la isla podríamos decir que atraviesa hoy por su etapa de *minimalismo*.

En términos cuantitativos, el reordenamiento de los medios de comunicación cubanos a raíz del denominado “período especial en tiempos de paz” ofrece cifras verdaderamente dramáticas.

Según datos oficiales, de las 733 publicaciones existentes en Cuba hasta 1990, sólo han continuado editándose 265; de ellas 212 son revistas y folletos de carácter científico-técnico, cuya circulación es vital para posibilitar el intercambio de información especializada por concepto de canje con universidades, bibliotecas y organismos internacionales. Sólo existe un diario nacional –*Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba– que se edita de martes a sábado, con ocho páginas en formato tabloide,

* Ponencia presentada durante el panel Política y Cultura en Cuba, en la 43ª Conferencia Anual de *The South Eastern Council on Latin American Studies*. Universidad Internacional de la Florida, Miami, 11-13 de abril de 1996.

pues los otros periódicos nacionales se han convertido en semanarios (*Juventud Rebelde* y *Trabajadores*) y los periódicos provinciales no sobrepasan, en la mayoría de los casos, una tirada semanal.¹

De las revistas canceladas a comienzos de los noventa, algunas han podido subsistir o reaparecer gracias a ediciones en el extranjero financiadas por instituciones académicas y culturales, o con donaciones de fundaciones y grupos de amigos. Otras han readecuado su perfil informativo y se orientan hacia el mercado del turismo, con ventas exclusivamente en moneda convertible. Durante 1995 aparecieron dos nuevas revistas, *Arte cubano* y *Contracorriente*, bajo los auspicios del Instituto Cubano del Libro, pero en todos los casos se trata de publicaciones con limitadísimo acceso al público nacional.

El uso de la fotografía periodística cubana –avalada por una sólida tradición desde los primeros años de la República– ha quedado reducido al mínimo de sus posibilidades ante la carencia de película, papel y espacio funcional.

En cuanto a la radio y a la televisión, el impacto de la crisis ha sido también demoledor. La programación televisiva se redujo a 135 horas semanales (con anterioridad eran 213) y en estos momentos los dos canales con cobertura nacional transmiten en el horario de 6:30 a 11:30 p.m., exceptuando los sábados, cuando se prolonga hasta las 2:00 a.m., con la tradicional presentación de un filme de medianoche –en el 85 por ciento de los casos de procedencia norteamericana. Los siete telecentros provinciales ofrecen una hora diaria de programación. Las transmisiones de radio han disminuido en más de 100 horas semanales en todo el país.

El noticiero ICAIC Latinoamericano, una popular revista cinematográfica semanal que durante los últimos treinta años acompañó las funciones de las salas de cine, desapareció por falta de recursos financieros y de equipamiento tecnológico.

Pero en realidad estas restricciones no son más alarmantes que otros problemas de fondo del periodismo cubano. Las limitaciones económicas y la crisis ideológica de la sociedad cubana de los noventa no han hecho más que acentuar el agotamiento del modelo comunicativo partidista –herencia de las concepciones leninistas acerca de la prensa–, que se aferra a la centralización de las decisiones y al control estricto de la información.

El estatismo del modelo de prensa cubano se sustenta en principios ejecutivos que revelan cada día más su inoperancia social y su pérdida de credibili-

¹ Nunca antes en la historia del país la prensa periódica había estado en una situación tan precaria. Durante los años cincuenta, que fueron de gran crecimiento y diversificación de los medios de comunicación nacionales, Cuba ocupaba el quinto lugar entre los países de América latina y el Caribe en cuanto a distribución per cápita de ejemplares de prensa: 70 por cada mil habitantes (Estadísticas de la UNESCO). En el Registro del Seguro Profesional de Periodistas de Cuba, de 1954, aparecen inscritos 19 periódicos y catorce revistas de La Habana, y otros 13 periódicos de localidades del interior del país, sin incluir en estas cifras publicaciones de tirada, circulación y permanencia limitadas, muchas de las cuales jugaron un importantísimo rol en el panorama cultural cubano de esos años.

dad pública. Se trata de un clásico *modelo ejecutivo de comunicación*², donde la información sólo es bien recibida (y aceptada) si contribuye a la ejecución de la política. Su funcionamiento –como sucedía en los países del bloque socialista del Este europeo– está basado en un esquema transmisivo lineal, verticalizado, con una concepción de los medios informativos como meros instrumentos ideológicos. Es importante apuntar que las críticas a este modelo se hicieron frecuentes en el propio sector periodístico cubano durante el último decenio y ya en 1990 el entonces presidente de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC) afirmaba que “el modelo que podemos llamar oficialista, apologético o unanímista (había agotado) sus posibilidades” (sic) y se hacía necesario intentar un camino propio.³

Durante largos años ha existido un reclamo latente entre los periodistas cubanos para favorecer su ejercicio profesional y diversificar los contenidos de los espacios informativos. Es curioso observar cómo los documentos programáticos emitidos por las instancias del Partido y el Gobierno con el propósito de impulsar estrategias informativas más adecuadas a las necesidades de la población, han sido sistemáticamente bloqueados por sus propios gestores con planteamientos tácticos de las funciones de los medios de comunicación, argumentando los “peligros de apertura” en coyunturas políticas comprometidas.

El llamado “síndrome del misterio” en el periodismo cubano (ocultamiento de información bajo censura deliberada con el pretexto de que *revelar deficiencias internas es entregar armas al enemigo*), ha sido la deformación burocrática de una actitud de fiscalización de los diversos niveles y dependencias gubernamentales en la vida del país. La llamada mentalidad de fortaleza sitiada ha generado durante años un temor colectivo a la revelación y a la diversidad expresiva, encubriendo toda información sensible y toda aparente divergencia en aras de la unidad frente a la inminente confrontación. Como ha observado Armand Matherlat, “el peligro de la racionalidad de la guerra es que es alérgica a la noción de contradicción. (...) Ninguna estrategia de guerra se construye a partir de la duda, la hipótesis, sino a partir de la creencia y las certidumbres”.⁴

Desde esa perspectiva paralizante, el discurso oficial ha subvertido la responsabilidad social de la prensa en un concepto de utilidad totalitaria. Definidos como *trabajadores ideológicos*, los periodistas cubanos han tenido que ejercer su función informativa bajo un férreo tutelaje de las disposiciones partidistas. El contexto inhibe la iniciativa personal y los intereses periodísticos quedan sujetos, en última instancia a la estrategia de conducción política.

² La definición pertenece al teórico Leonard L. Chu, que ha estudiado detalladamente el funcionamiento de los medios de comunicación en China. Ver Chu, Leonard: “De la Revolución a la evolución: treinta años de comunicación en China”. *Diálogos de Comunicación*, n.º. 24, junio 1989, pp. 50-59.

³ “En una cuerda fina y tensa” (Entrevista con Julio García Luis). *Juventud Rebelde*, 21 oct. 1990, pp. 8-9.

⁴ Matherlat, Armand: “La comunicación en Nicaragua: entre la guerra y la democracia”. *Estudios Sociales Contemporáneos*, n.º. 41, may-ago. 1986, pp. 25-25.

Según las resoluciones del Partido Comunista de Cuba⁵, la política informativa de cada órgano de prensa “corresponde de manera intransferible a su director”. Se trata de una de las bromas más colosales de la censura partidista, pues las designaciones de directores de órganos de prensa están regidas por la llamada política de cuadros, que prioriza el factor de confiabilidad político-ideológica por encima de las cualidades profesionales. Por esta razón, la historia más reciente del periodismo cubano acumula entre sus “cuadros confiables” a muchos burócratas acémilas –valga la redundancia–, cuya función esencial es servir de amanuenses de las directrices partidistas.

Es antológica la anécdota de la designación del primer director del periódico *Escambray*, en la provincia de Sancti Spíritus. Entre los candidatos para dirigir la publicación figuraban varios periodistas de formación universitaria con una trayectoria profesional notable, pero sin que hubieran demostrado fehacientemente su “firmeza ideológica”. Después de largas jornadas de consultas y aprobaciones, la dirección partidista optó por designar al frente de *Escambray* a una dirigente “confiable”, enfermera de profesión, cuyas credenciales eran su declarado disfrute de la lectura y su disposición a aprender los secretos del periodismo en el fragor del combate.

Las apelaciones de las instituciones estatales y partidistas a que se desarrolle un periodismo crítico han constituido parte fundamental del juego de la noria. Los documentos de los sucesivos congresos de la Unión de Periodistas de Cuba han declarado ese propósito con el respaldo de la dirección política del país, insistiendo en que la prensa debe ser una fuerza activa en la *solución* de los problemas nacionales.

Pero el requerimiento de que los trabajos periodísticos sobre deficiencias internas ofrezcan proposiciones concretas de cómo resolverlas, ha sido otra de las máscaras favoritas de la censura y de su derivación más estilizada, la autocensura. El axioma para neutralizar las visiones críticas de la realidad es muy elemental, pero resulta operativo para la estrategia del poder: el periodista no debe plantear problemas sin ofrecer posibles soluciones, evitando así insatisfacciones innecesarias en la población. Muchos artículos de prensa, emisiones radiales y reportajes televisivos con sentido crítico han terminado atenuando sus señalamientos después de consultas y sugerencias de los niveles gubernamentales o, simplemente han sido engavetados. Una de las alternativas que se pusieron en práctica durante los años ochenta ante casos como estos, constituía un verdadero contrasentido de la actividad periodística: el resultado periodístico no se difundía masivamente, sino que se iba a discutir con los responsables de la institución o el caso criticados.

De hecho, los esfuerzos de muchos periodistas por ejercer su función informativa con un enfoque científico y moderno, han tenido resultados fragmentados y discontinuos. Ha sido muy frecuente en el quehacer profesional

⁵ Acuerdo del Buró Político del Partido Comunista de Cuba del 4 de marzo de 1976, dado a conocer públicamente y discutido entre los periodistas.

de estos años, trastocar la actitud de búsqueda y replanteo del conocimiento en un acto pseudoinvestigativo mediante el cual el periodista se aproxima a la realidad a seleccionar ejemplos para validar una propuesta preconcebida sobre esa realidad y no para formular nuevas interrogantes a través de su investigación. La lección, los contratiempos a la hora de publicar o transmitir impone una etapa de incertidumbre –sobre todo si se trata de un joven periodista–, pero se llega a asumir con resignación: es más eficiente y menos conflictivo registrar sólo las respuestas previstas.

Si bien la crisis de los noventa ha potenciado una revitalización propagandística de los contenidos de la prensa con su consiguiente carga retórica, el panorama de los últimos cinco años merece una reflexión más amplia a partir de temas como los retos profesionales de los periodistas, el papel diferenciador de algunas publicaciones culturales, la formación de los futuros periodistas y el surgimiento de alternativas independientes del periodismo en Cuba.

Para comprender la situación actual de los medios de comunicación y de los profesionales del periodismo es necesario remitirnos a acontecimientos significativos de la segunda mitad de la década de los ochenta, que fueron indudablemente años de reactivación y dinamización para el pensamiento social y la vida cultural del país.

La crisis y el desmoronamiento de los regímenes de Europa del Este comprobaron la atrofia comunicativa de los sistemas de prensa del llamado “socialismo real”, desacreditando las concepciones miméticas que habían sido transplantadas a la experiencia periodística cubana. No puede olvidarse que el diario *Granma* llegó a publicar una sección titulada “De la vida del Partido” (tal y como lo hacía su colega soviético *Pravda*), mientras que en los documentos del IV Congreso de la Unión de Periodistas de Cuba se insta a estudiar “la rica y vasta experiencia de los medios de comunicación masiva de la comunidad socialista en el ejercicio de la crítica, fundamentalmente la de la Unión Soviética”⁶ para su aplicación en la prensa nacional.

Pocos años después, cuando soplaban los aires de la *glasnot* en la antigua Unión Soviética, las transformaciones ocurridas en publicaciones como *Sputnik* y *Novedades de Moscú* –ambas de gran circulación en la isla– recibirían un agresivo cuestionamiento de la dirección política cubana, que suprimió por decreto su entrada y distribución en el país. Sin embargo, las páginas de *Sputnik* y *Novedades de Moscú* habían esparcido ya un fermento emancipador y un claro mensaje para los periodistas cubanos.

La creciente influencia de Radio Martí a partir de 1985 y la agudización de las dificultades internas, silenciadas o escamoteadas por la censura partidista, pueden señalarse como factores que influyeron sobre las estructuras de poder y los colectivos profesionales para formular un proyecto de apertura informativa –se hablaba de una *nueva política informativa*–, definido en el documento *El periodismo en Cuba: situación actual y perspectivas* (1986).

⁶ Memorias del IV Congreso de la UPEC. Editora Política, La Habana, 1981.

Esta nueva política informativa planteaba, en esencia, el otorgamiento de mayor autonomía a los órganos de prensa, acceso real a las fuentes de información y respeto por los intereses de actualidad de la ciudadanía, y permitió circunstancialmente la aparición de algunos artículos y programas con una perspectiva de ejercicio polémico en relación con temas considerados tabú. La demostración de su inviabilidad en la realidad cubana constituyó acaso una de las más rotundas decepciones para el sector profesional, que había apostado hasta entonces por una apertura informativa como un proceso necesario para las radicales transformaciones que necesitaba el país.

Hacia 1988, en una encuesta interna del Centro de Estudios de los Medios de Comunicación Masiva (CEMEDIM)⁷, el 66,6 por ciento de los más de 500 periodistas cubanos entrevistados dijo sentirse insatisfecho con la aplicación de la política informativa. El 97,2 por ciento consideró que en el medio donde laboraban era difícil ejercer un periodismo de nuevo tipo, mencionando como dificultades la censura, la presión de las instituciones criticadas y la ausencia de respuestas a sus expectativas profesionales.

Durante una investigación que dirigí en 1991 sobre el proceso de producción de noticias en el Noticiero Nacional de Televisión⁸ —el espacio informativo de mayor audiencia del país—, el 24,3 por ciento de los periodistas dijo tener preferencia por cubrir informaciones (*make-news*) sobre afectaciones cotidianas de la población, pero paradójicamente la lista de prioridades se concentra en reuniones políticas, resultados productivos, planes económicos y actividades de la juventud comunista (UJC). La elección de los acontecimientos noticiables —según los propios entrevistados— se hacen a instancias de las fuentes informativas y muy pocas veces son resultados de una búsqueda personal activa.

En cuanto a los *valores-noticias* (requisito que deben cumplir los acontecimientos para ser procesados y convertidos en ítems informativos en el Noticiero de TV), un 19,1 por ciento considera, en primer lugar, la trascendencia político-ideológica, por encima de los valores de actualidad e interés humano, en virtud de que los criterios de selección hacen prevalecer los hechos que genera el sistema político. Sobre el punto de exclusión de acontecimientos en la agenda noticiosa, el 22 por ciento mencionó como causa a agentes externos (personas que no trabajan en el medio), que presionan para que no se ofrezcan cobertura a ciertos temas.

En definitiva, el derecho a la información del ciudadano cubano —escamoteado en el Artículo 53 de la Constitución de la República⁹ de 1992— se ha re-

⁷ Encuesta sobre la marcha de la política informativa, CEMEDIM, 1988 (Documento mimeografiado).

⁸ BARREDA, LISBET, ROLANDO NÁPOLES y ROLANDO SEGURA: *La construcción de la noticia en Cuba*. Trabajo de Diploma para la Licenciatura en Periodismo, facultad de Comunicación, Universidad de La Habana, 1991.

⁹ El artículo 53 de la Constitución de la República (1976) que fue reformada en 1992 dice: “Se reconoce a los ciudadanos libertad de palabra y de prensa conforme a los fines de la sociedad socialista. Las condiciones materiales para su ejercicio están dadas por el hecho de que la prensa, la radio, la televisión, el cine y otros medios de difusión masiva son propiedad estatal o social y no

ducido a la elección entre una escasísima variedad de lo mismo, lo que lo ha llevado a optar por otras fuentes informativas para configurar una imagen del mundo y de la realidad nacional.

Dentro del panorama de los noventa es importante señalar el papel desempeñado por publicaciones socio-culturales, editadas por instituciones artísticas y centros de investigación. Aunque sin un acceso masivo a la población, revistas como *La Gaceta de Cuba* y *Temas* han logrado desmarcarse un tanto del control oficialista e incluir en sus páginas artículos que problematizan la realidad del país desde una perspectiva más analítica, eludiendo el lenguaje panfletario agitativo de los periódicos y espacios informativos de mayor circulación y audiencia. No es de extrañar que en el más reciente informe del Buró Político del Partido Comunista de Cuba se ataque a un grupo de esas publicaciones, afirmando que éstas han incluido en sus páginas materiales que “apenas se diferencian de los que hacen académicos norteamericanos enemigos de la Revolución (sic), con un lenguaje supuestamente revolucionario que parece destinado a servir de cortina de humo a sus verdaderas intenciones”¹⁰

Pero el acontecimiento más relevante del período lo constituye el surgimiento y proliferación de asociaciones de periodistas independientes. La inmensa mayoría de estas agencias y grupos de trabajo están integrado por profesionales del periodismo que durante años laboraron en los medios de comunicación oficiales y muchos de ellos acumulan una vasta experiencia periodística; sus reportajes y artículos asumen temas y enfoques excluibles de la agenda informativa del Estado.

El auge del movimiento de prensa independiente ha recibido como respuesta gubernamental la prohibición y las represalias por asociación ilícitas. El periodismo no se incluye entre los más de 160 trabajos por cuenta propia autorizados en los decretos-ley de 1995, por lo que el desafío frontal de estos periodistas al mecanismo centralizado de la información es considerado un doble desacato a la autoridad.

Las redes de periodistas independientes, organizados en agencias como Cuba Press, Habana Press, Patria y Buró de Prensa Independiente de Cuba, funcionan en condiciones desfavorables, bajo asedio y vigilancia. Algunas agencias han llegado a agrupar hasta 30 reporteros, que envían informes manuscritos, mecanografiados o por teléfono a una oficina receptora, emplazada en la vivienda particular de alguno de sus miembros. Como no hay posibilidad de circulación interna de esas informaciones, los despachos son enviados al exterior por vías diversas y ya han comenzado a localizarse en INTERNET a través de los servicios de CubaNet, una red de voluntarios que proporciona información desde Miami y España.

pueden ser objeto, en ningún caso, de propiedad privada, lo que asegura su uso al servicio exclusivo del pueblo trabajador y del interés de la sociedad”. *Constitución de la República de Cuba*, Editora Política, La Habana, 1992, p. 26.

¹⁰ Informe del Buró Político. *Encuentro*, verano de 1996.

Cuba cuenta actualmente con más de tres mil periodistas, la tercera parte de ellos comprendidos entre las edades de 25 a 45 años. Un sesenta por ciento de la cifra total son graduados universitarios. Me parece necesario insistir en que no se trata de una masa amorfa, homogénea y fácilmente manipulable, sino de profesionales que forman parte de una dinámica extremadamente compleja y fiscalizada. No puede olvidarse que entre ellos también se destaca una notable cantidad de jóvenes creadores egresados de la Licenciatura en Periodismo, quienes se han formado con inquietudes intelectuales de más amplia perspectiva.

El rediseño del actual modelo comunicativo es uno de los retos esenciales que tiene ante sí la sociedad cubana en medio de las grandes penurias e incertidumbres sobre el futuro de la nación. Para el ciudadano cubano de hoy, cansado de las promesas y las consignas moralizantes que han atiborrado los medios de comunicación en los últimos 37 años, carece de sentido una participación en la vida política que no pase por su posibilidad de discusión y acceso libre a la información.

PASADO PRESENTE



Ama de casa, 1952. Constantino Arias

¿Y qué tienen los negros en Cuba?

*Tengo, vamos a ver,
que siendo un negro
nadie me puede detener
a la puerta de un dancing o de un bar.
O bien en la carpeta de un hotel
gritarme que no hay pieza,
una mínima pieza y no una pieza colosal,
una pequeña pieza donde yo pueda descansar.
(...)*

Fragmento del poema "Tengo" (1964) de
NICOLÁS GUILLÉN

CUANDO LLEGUÉ A LA HABANA A FINALES DE MAYO ÚLTIMO me encontré con la renovada efervescencia de un viejo tópico, hacia el cual los cubanos se aproximan con mucha cautela: el negro en Cuba. A sus 72 años, la señora Elvira Cervera, veterana actriz negra, acababa de presentar un proyecto teatral en el cual pedía "romper el *apartheid* que impide al actor negro interpretar personajes de la dramaturgia universal", al tiempo que proponía "constituir un espectáculo que sirva de marco a los actores (...) para testimoniar, analizar, enjuiciar, denunciar y rechazar la evidente limitación del actor de piel oscura en su intervención profesional en la escena cubana (teatro, cine y televisión)".

Para que no quedaran dudas de que actuaba de buena fe, la señora Cervera invocó el sagrado pensamiento del apóstol de la patria, José Martí —justo en el centenario de su caída en combate por la independencia de Cuba del colonialismo español—: "*Racismo justo es el derecho del negro* a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana... Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro".

Para el actor Alden Knight, 59, desde que la televisión llegó a Cuba hace 40 años, la imagen que ha proyectado siempre ha sido blanca. A excepción de los primeros diez o quince años a partir de 1959, el negro siempre ha sido caricaturizado. Es más, hoy día se pueden contar con los dedos de una mano, y sobra, los actores negros de la televisión cubana. Conocido efectivamente en toda la isla por su singular forma de “decir” la poesía –sobre todo la del fallecido Nicolás Guillén, Poeta Nacional–, Alden Knight dice que, de acuerdo a la situación actual, no tiene mucho sentido repetir el célebre canto de redención social para el negro cubano que Guillén escribiera en 1964:

“‘Tengo’ es la suma de lo que se consiguió en este país para los negros, para los pobres... y que ahora se ha perdido. He sostenido que cuando se diga de nuevo con toda honestidad ese poema, volveremos a recuperar lo que habíamos ganado hasta finales de la década de 1960, que fue una época de pobreza, pero también de igualdad”.

“Cuando sostienes que hay discriminación racial en Cuba, te dicen que no. ¡Sí, sí la hay! Si incluso cuando llegas a pedir trabajo en cualquiera de estas nuevas empresas que se están formando, te están mirando si eres negro o si eres blanco o si tienes una apariencia buena. Por supuesto, la apariencia buena consiste en que te parezcas al blanco; de lo contrario, la apariencia es mala. La necesidad de que ahora haya aquí empresarios extranjeros con otros puntos de vista la estamos asimilando de una manera humillante. Se está perdiendo la proyección de lo que para nosotros es ser cubano”.

“Yo provengo de una familia de jamaicanos: negros, pobres y extranjeros. Discriminados por las tres partes, además de guajiros. Hoy mi hermano mayor es jefe de economía de una fábrica de implementos agrícolas; mi hermana es directora de una Escuela Secundaria; detrás vengo yo, que me conocen en toda Cuba porque soy actor; luego viene mi hermano que es jefe de los ingenieros eléctricos en una planta de fertilizantes; otro hermano se graduó de médico en 1960 y hoy es un cardiólogo reconocidísimo; y el más pequeño es ingeniero oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Este tipo de familia negra yo nunca la he visto representada en la televisión cubana. Una familia que se ha desarrollado a partir de muchos esfuerzos”.

Por su parte, la doctora Lilliam Cordiés Jackson, 40, que representa la generación intermedia de negros cubanos profesionales, lamenta la pérdida de los valores familiares y el aumento de conductas antisociales inherentes a la presente crisis, y agrega que este tema debiera ser tratado ampliamente por los medios masivos de difusión, especialmente “en momentos en que la grosería y la vulgaridad se han homogeneizado en el país”.

Igualmente se muestra seriamente mortificada por la constancia de este tipo de conducta, que no se produce solamente entre los jóvenes. La doctora Cordiés opina que contrariamente a lo que algunos quieren proyectar, este comportamiento, subrayado por la situación que vive el país en la actualidad, no es únicamente patrimonio del negro cubano, “lo que ocurre es que el negro es mayoría y se ve más”.

Como especialista en medicina interna, la doctora Cordiés hace un parén-

tesis para celebrar los estudios científicos que sobre la hipertensión en los afronorteamericanos han realizado en EE UU. los doctores Savage y Saunders:

“La genética de la hipertensión arterial es en este momento una de las patologías que más se están estudiando. No solamente en el negro, sino en todos los sectores de la población, pues se piensa que si se puede modificar el factor genético, se podría mejorar la calidad de la vida y, sobre todo, dar lugar a otras expectativas. Pero el caso de Cuba es de lo más simpático porque cada vez que presentamos un trabajo de raza en un foro internacional lo que nos dicen es que en Cuba no hay razas puras, porque la Organización Mundial de la Salud (OMS) solamente reconoce tres razas: la caucasoide, la negroide y la asiática. Por eso en este país te encuentras gente rubia, pero que demográficamente es negra.”

La doctora Cordiés y sus hermanas –tres médicos y una filóloga especializada en África– son conocidas desde pequeñas como “las hijas de Lilliam y Juan Emilio”. La doctora Cordiés revive la presencia de sus padres cuando evoca su memoria: “Mi padre era el centro intelectual de la familia, pero mi madre es el centro material”.

Nacidas y criadas en Santiago de Cuba, la segunda y más caribeña ciudad del país –conocida por su rebeldía, hospitalidad y heroísmo, además de por su mayoritaria población negra–, las hijas de Lilliam y Juan Emilio recibieron de sus padres, además del constante amor familiar, una desvelada preocupación por la independencia y la superación cultural:

“El negro sabía que una de las formas que tenía para enfrentar la discriminación era imponer su conocimiento. Mi padre fue un médico negro. Era el africano típico. Parecía un zulú, alto, corpulento, ampuloso, de andar pausado y voz perseverante. Ése era mi padre. Intelectualmente era un hombre superior (...) En aquellos tiempos el negro en Cuba tenía sociedades donde se reunía y se discriminaba al negro que no sabía, no al negro que no tenía. Cualquiera podía ir al Club Aponte¹, pero allí no podía ir el negro que no supiera mantener una conversación (...) y eso se ha modificado, es otra generación, son otras motivaciones, otros intereses, otro tipo de vida (...) La gente ha hecho mini-sociedades, aunque en Santiago de Cuba todavía perdura cierto sentido de la familia, donde la figura del más anciano es la más importante en la familia, quizás rememorando a nuestros ancestros africanos (...), por eso digo que esa pérdida de los valores no se da únicamente en el negro (...); el país se ha dado cuenta y se están aplicando una serie de medidas para resolver eso, pero va a ser difícil. Son dos generaciones que han nacido con esa desafortunada manera de ser. Hay que hacer muchos esfuerzos para rescatar la educación formal”.

Reynaldo Peñalver Moral, 70, periodista retirado, jugó un papel destacado en el movimiento de las organizaciones sociales de los negros cubanos con respecto a la discriminación racial en la Cuba prerevolucionaria:

¹ Muchas leyendas se han tejido alrededor de José Antonio Aponte, el esclavo que encabezó en 1812 la primera rebelión contra la dominación española de un modo práctico.

“Había una revista de corte intelectual llamada *Nuevos Rumbos*, que trataba la problemática del negro en Cuba, pero yo quería publicar otra más popular, que llegara a los estratos más desfavorecidos. Es así que logré sacar la revista *Sociales*. A partir de entonces me di cuenta que el periodismo era mi carrera”.

Convencido de que la situación del negro en Cuba tendría que cambiar algún día, el joven Reynaldo decidió hacerse periodista en contra de la voluntad de su padre. Para ejercer la profesión debía, primero, estudiar y colegiarse, por eso decide ingresar en la escuela de periodismo Manuel Márquez Sterling, “muy racista y clasista”.

“Tenías que ser blanco o hijo o pariente de alguien influyente. Los exámenes eran escritos y orales. Podías salir brillantemente en el escrito, pero después tenías que pararte frente a cuatro o cinco profesores blancos y responder a sus caprichosas preguntas. Cuando me gradué, estuve trabajando durante mucho tiempo para un periodista llamado Jorge Yanis Pujols, que me pagaba cinco pesos a la semana para que yo le escribiera crónicas que se publicaban bajo su nombre. El mismo periódico en que aparecían esas crónicas, nunca quiso aceptarme en su nómina”.

El triunfo de la Revolución por fin le trajo a muchos Reynaldos un poco de esperanza. Después de 1959 comienza a trabajar en la agencia estatal de noticias Prensa Latina. Siempre con la idea de ayudar a su gente negra, aprovecha la oportunidad de la visita de un grupo de negros empresarios de EE UU que viajó a la isla a conocer la “verdad de Cuba” y se entrevista con el director del periódico *Muhammad Speaks* (Habla Muhammad), quien le contó sobre Malcolm x y los musulmanes negros.

Con anterioridad a su primer viaje a EE UU en 1957, Reynaldo ya se mantenía al tanto de la lucha por los derechos civiles del negro norteamericano a través de sus revistas y periódicos:

“Yo recibía *Ebony*, *The Chicago Defender* y *The People’s Courier*... No sé si en estos dos últimos años se siguen publicando.”

En 1960 vuelve a Nueva York para cubrir la histórica visita a la ONU del entonces Primer Ministro, Fidel Castro, ocasión en la cual ambos conocen a Malcolm x:

“Él pensaba que yo era un West Indian (...), que Cuba era una isla de blancos nada más. Le expliqué a Malcolm x que la mitad de la población cubana era negra y mestiza, que la mezcla era tremenda. Y se entusiasmó mucho. Es así que conoce al comandante Juan Almeida, quien posteriormente se unió a la delegación cubana. Durante mi encuentro con Malcolm x, él me sugiere constituir en Cuba una rama de los musulmanes negros, yo le respondo que Cuba tiene su propia identidad religiosa con fuerte influencia africana. Me habla también de sustituir las grandes empresas nacionalizadas en Cuba, como Sears y Woolworth / que no empleaban negros/ por otras que fueran de propiedad de afronorteamericanos y negros cubanos. En fin, que en vez de yo entrevistar a Malcolm x, él fue quien me entrevistó a mí. Nunca me olvidaré de aquello que me dijo, que Fidel tenía que cuidarse de los blancos, que los blancos eran ‘diablos’. Yo le conté de un incidente que había ocurrido en la ciudad de Santa

Clara, cuando se intervinieron los clubes privados y circularon rumores racistas acerca de las aspiraciones de los negros y que Fidel dijo bien claro que aquí cualquiera podía bailar con quien quisiera, porque lo que había era que bailar con la Revolución.” Los que comprendieron el mensaje, iniciaron el éxodo.

Fue así que Reynaldo habló con uno de los ayudantes de Fidel para que concertara una entrevista con Malcolm x, encuentro que se efectuó en el mismo Hotel Theresa donde se hospedó la delegación cubana en el pleno corazón de Harlem, y del cual quedó un valioso testimonio gráfico gracias a que un fotógrafo amigo de Malcolm x se encontraba en el lugar preciso en el momento preciso. Esas fotos estuvieron sin publicarse durante largo tiempo. “Al parecer en los EE UU había muchos que no querían que esas fotos se conocieran”.

Sentado en el balcón de mi habitación en un hotel frente al mar, Reynaldo me contaba estas historias con la nostalgia reflejada en sus palabras y en el brillo de sus ojos:

“En estos momentos necesitamos mucho de ese acercamiento con nuestros hermanos y hermanas afronorteamericanos”.

Aquella tarde, Alfredo Martínez también había participado de nuestras reflexiones. Quince años más joven que su amigo periodista, Alfredo era otro que se había beneficiado de las bondades que la Revolución había ofrecido en sus inicios al desarrollar un amplio programa de educación gratuita generalizada. Aunque obtuvo su licenciatura en Artes, al principio optó por el trabajo administrativo en la radio estatal, pero muy pronto dejó la tarea burocrática para dedicarse al mundo del espectáculo.

Alfredo es categórico cuando señala que no cree que para resolver el problema racial en Cuba se deba imponer una política de acción afirmativa. Al igual que Reynaldo, él también quisiera ver la presencia afronorteamericana en la nueva apertura inversionista que Cuba está poniendo en práctica –por supuesto, una vez levantado el embargo–, no obstante, el ahora cantante y compositor de boleros, dice que si la comunidad empresarial afronorteamericana se decidiera a invertir en Cuba, quisiera que no ocurriera lo que ya se observa en la industria turística:

“Hay hoteles aquí en La Habana donde no ves un solo negro. Ni en el lobby ni fuera del lobby, ni limpiando el piso. Y hay empresas cubanas donde hay prejuicios, donde hay racismo. Y eso hay que superarlo y hay que superar la mala ‘maña’ / costumbre / de seguir con el prejuicio y poner al blanquito... No, no, vamos a poner al cubano, al que tenga capacidad, por oposición, que haya un balance, porque la Revolución ha propiciado la apertura en favor del desarrollo cultural de toda la gente.”



Luis Marín

Partiendo de estas reflexiones se observan tres corrientes de pensamiento a las que recurren tanto académicos y políticos, activistas y diletantes, cubanos y extranjeros, negros o blancos, amigos y enemigos de Cuba, en resumidas cuentas, todos mezclados, como los cubanos mismos.

La primera de estas corrientes afirma que el problema racial es un legado del pasado, anterior a 1959 y resuelto posteriormente. La segunda coincide con la anterior en que, efectivamente, el problema racial es un legado del pasado, pero argumenta que la Revolución ha sido incapaz de resolverlo y que, por el contrario, lo ha exacerbado y que, en última instancia, fracasó en darle solución al conflicto. La tercera reconoce el impacto positivo de la Revolución, pero señala que la Cuba pre-revolucionaria ya había abierto el camino para el avance de los negros y que ya se encaminaba hacia la integración.

Sin embargo, existe una cuarta interpretación, síntesis de algunas de las anteriores, que reconoce que Cuba ya era un país racista antes de 1959 y que el impacto de la Revolución fue contundente en el cambio de las relaciones raciales, erradicando así las mayores desigualdades; pero, al mismo tiempo, destaca la persistencia y el resurgimiento de ciertas tendencias racistas y discriminatorias, que se manifiestan a veces de manera sutil y en otras ocasiones francamente descarnadas, una práctica que nuevamente ha dejado ver su feo rostro.

Para la periodista y escritora Marta Rojas, 64, esto es el resultado de varias fuerzas que han conspirado al unísono, entre ellas la ideología heredada de la sacarocracia colonial española del siglo XIX y de las limitaciones de la política socialista/comunista del siglo XX que fueron implementadas a lo largo del período posterior al triunfo de la Revolución:

“Había un privilegio que estaba dado por una cédula Real de Carlos IV que se llamó ‘Gracias al Sacar’ de 1795 que en uno de sus artículos dispensaba por una suma de dinero de la calidad de pardo, cuarterón o quinterón al solicitante. Si un padre español quería prebendar a su hijo tenido con una negra, una mulata o una india, y darle la calidad de blanco, le compraba los papeles y legalmente era blanco, aunque fuera del color de nosotros (...). Contrario a los anglosajones, en estas zonas de acá, de las colonias hispanas, por una gota de sangre de blanco, ya eres más blanco que negro.”

Según Marta Rojas, este es el origen del blanqueamiento en las antiguas colonias españolas del Nuevo Mundo y, por supuesto, Cuba, al igual que Santo Domingo, Venezuela o Colombia, no escapa a este trauma que la escritora ha escogido como tema de su segunda novela, titulada, precisamente, *Papeles de Blanco* o *La Santa Lujuria*.

“Por ejemplo, en la Cuba revolucionaria, cuando se realiza el censo o se elabora el carnet de identidad, el enumerador te mira... y si dices *blanco*, él o ella pone *blanco*, y ni averigua si la madre es una negra o una mulata. Ahora los papeles de blanco no hay que comprarlos, se obtienen a gusto del consumidor. Yo creo que esa anomalía no se va a corregir nunca, porque ya forma parte de la cultura de la América hispana. ¡Yo no considero a nadie blanco en Cuba!”

Para los más jóvenes, como Mercedes Pérez-Armenteros, Responsable Regional de Servicios Comunitarios, estos problemas no le son tan ajenos. Ella na-

ció en Santa Clara en 1962, un mes antes de la Crisis de Octubre, aquel escalofriante acontecimiento protagonizado por EE UU, la desaparecida URSS y Cuba, que puso al mundo al borde de una conflagración nuclear. Sin haber cumplido sus primeros tres años de vida, aquella niña no presencié como sus padres, cuando una multitud de todas las edades y en su mayoría negros y mulatos, al frente de la cual iba un grupo multirracial de jóvenes “barbudos” recién llegados de las sierras, irrumpiera en el Parque Vidal y con justificada furia derribara los canteros que habían servido de barreras entre blancos, negros y mulatos.

“Desde hace cinco años trabajo como cuadro profesional en los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), hoy día una especie de Organización no Gubernamental (ONG). Lo que ha significado un vuelco general en esta organización.”

Muy atenta a la hermosa negrura de su piel y a los celos que provoca su posición profesional, para Mercedes su trabajo es lo principal. Sin distinción de grupos raciales, pero prestando mayor atención a los sectores más pobres, no sé de dónde Mercedes saca esa mezcla de talento y dedicación para atender los problemas de salud, economía y servicios en Santa Clara y el resto de la provincia de Villaclara.

“Antes, los CDR se ocupaban exclusivamente de la vigilancia revolucionaria. Hoy nos ocupamos de eso también, pero ponemos mucho más énfasis en las preocupaciones de la gente ordinaria del barrio, de las comunidades. Mi horario de trabajo es abierto. Empezamos un lunes y terminamos el domingo y así continuamos con el lunes siguiente. Es un trabajo duro, pero tiene su recompensa, sobre todo en tiempos difíciles como éstos. Yo no pudiera hacer esta labor si no fuera por mi mamá que me atiende al niño y mis hermanos que también me ayudan mucho. Desde hace cinco meses no tengo un fin de semana que sea respetado, y todo por la necesidad que hay.”

Víctor Aguilera-Noriega, nació también en 1962. Especialista en café, él es uno de los pocos negros que ocupa una posición de ejecutivo en el departamento comercial de la empresa estatal CUBAEXPORT. Al igual que el resto de los entrevistados, para Víctor también “el negro cubano ha logrado muchas libertades y derechos con el triunfo de la Revolución. Nadie, por muy racista que sea lo puede negar. Mi padre, abogado y mi madre enfermera, alcanzaron más que muchos otros en el período prerrevolucionario, pero ni ellos mismos niegan lo que el negro ha logrado con la Revolución. Yo solamente tuve que dedicarme a estudiar y a desarrollarme como individuo para poder alcanzar lo que he obtenido. Mi padre no. Mi padre para llegar a ser universitario tuvo que hacer miles de cosas, desde trabajar muy duro para pagar la carrera, hasta vincularse a la universidad masónica, a personas blancas y demostrarles fidelidad para que lo pudieran promover.”

Entonces ¿qué está ocurriendo en Cuba? ¿Cuán lejos o cercana está la mayor de las islas antillanas, a sólo 90 millas de las costas de la Florida, del concepto de democracia racial? A lo largo de su historia los cubanos han sido protagonistas de una serie de divisiones raciales -primero, debido a la colonización española y a la esclavitud de los negros africanos; luego, a finales del siglo XIX, por la importación de mano de obra barata china y, durante las pri-

meras décadas del siglo, de la proveniente de otras islas antillanas, y por la copia de la segregación al estilo sureño norteamericano en algunas regiones de la isla, como el norte de las antiguas provincias de Camagüey y de Oriente.

Se calcula que la actual población de la isla está compuesta por una tercera parte de blancos, una tercera de negros y otra tercera mestiza. La lucha de reivindicación racial de los negros ha sido larga, sin excluir la confrontación armada de 1912 que enfrentó a los partidarios negros de Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet con las fuerzas armadas del presidente de la República, general José Miguel Gómez. En 1959 la Revolución dio pasos osados para eliminar el racismo institucionalizado. Fue entonces cuando se implementaron amplios programas de redistribución para las capas más desposeídas, especialmente en lo concerniente a la educación y la salud. Hoy Cuba ostenta uno de los más bajos índices de mortalidad infantil del mundo (9.3 por cada mil nacidos vivos) con una esperanza de vida de 75 años.

Los afrocubanos son gentes “bien leídas y escritas”, como dicen los negros viejos. Hemos obtenido títulos en profesiones que antes de 1960 nos estaban proscritas de hecho. Por ejemplo, cuando matriculé por primera vez la carrera de Lengua y Literatura Clásicas en la Universidad Central de Las Villas, en mi ciudad natal de Santa Clara, resulté ser el único estudiante negro en mi curso. Hemos alcanzado igualmente un nuevo sentido de dignidad y orgullo del cual no nos será fácil renunciar. Encima de todo ello, la revolución cubana, con todos sus defectos, nunca ha estado divorciada del discurso y del simbolismo africanos. Cuba, que nunca ha perdido su sentido surrealista antillano ante la vida, está hoy mucho más orgullosa de sus raíces africanas que hace 37 años, y se muestra como una celosa guardiana de este legado cultural.

Sin embargo, con todo ello, no debe suponerse que el racismo en todas sus manifestaciones haya sido eliminado, y mucho menos en lo personal y social, así como en lo concerniente a las relaciones culturales. Debido a la presente crisis en Cuba –en parte por motivos internos, pero en gran medida debido a los agudos efectos del descalabro de los aliados del Este europeo a partir de 1989 y del endurecimiento del embargo y las hostilidades por parte de EE UU– el racismo ha brotado nuevamente en diversas formas. Pienso que al paso de todos estos años, los cubanos no hemos sabido romper el paradigma blanco y que, por consiguiente, es menester que nosotros, los intelectuales cubanos negros, brindemos mucha más atención a este fenómeno. Quizás, al igual que ocurre con los brasileños que están atrapados en las mismas incertidumbres, los cubanos hemos sido demasiado cautelosos, por no decir temerosos, en lo que se refiere al impacto que la composición racial pueda ejercer en nuestra nación/alismo/alidad.

En este sentido, me viene a la mente la siguiente reflexión del cineasta Rigoberto López, 49, quién asume parte de responsabilidad al reconocer que de manera “consciente o inconsciente Cuba no ha querido asumir la posición del negro como identidad en lo que va de estas últimas décadas y así siempre lo hemos visto –en el cine y la televisión– referido a los siglos XVIII y XIX. Hemos acordado tácitamente que hasta allá está bien tocar la presencia del ne-

gro en Cuba, con lo cual uno se exige de tener que abordar los conflictos del negro en una sociedad que nos es mucho más cercana y que, por lo tanto, nos involucra a todos de una manera o de otra.”

Yaun así no somos capaces de atravesar ese puente cultural entre España y Africa, a pesar de la presencia de toda la música afrocubana que va desde el desaparecido compositor Ernesto Lecuona (1895-1963), hasta “Mi Tierra”, ese cubanísimo himno dedicado a la mezcla de Cuba, interpretado por la cubana-miamense Gloria Estefan, la llamada “reina del pop-latino” (significativamente, ambos músicos de ascendencia hispana).



Para el estado en el que se encuentran las relaciones raciales en casi todos los países del mundo, el caso de Cuba no es el más alarmante, aunque no sería sensato postergar más su atención, a riesgo de provocar una repetición de los acontecimientos ocurridos en la capital en 1994, cuando en el intenso verano de aquel agosto tuvo lugar frente al malecón habanero, en la barriada de Centro Habana, lo que la prensa internacional describiera como “la mayor protesta antigubernamental en los 35 años de régimen revolucionario”. Aquellos acontecimientos fueron los eslabones iniciales de una serie de secuestros de embarcaciones estatales por parte de ciudadanos cubanos que querían escapar hacia los Estados Unidos. Aquella frustrada multitud la emprendió a pedradas contra varias tiendas que venden sus productos solamente en dólares, ubicadas en medio de una zona marginal densamente poblada por familias de todas las razas, pero predominantemente negras. Era una señal de aviso.

En 1966 Fidel Castro declaró que la discriminación racial desaparecería cuando desaparecieran los privilegios de clase. Si tomamos lo anterior como punto de partida, podemos concluir que en los últimos cinco años tales privilegios se han regenerado en una extraña alianza de materia prima nacional y componentes extranjeros. Las relaciones entre los cubanos de la isla (aproximadamente 11 millones) y los de fuera (unos dos millones, principalmente en los Estados Unidos y España) ha logrado acercar parientes y amigos que han aportado importantes remesas de divisas al país. Esto ha favorecido principal-

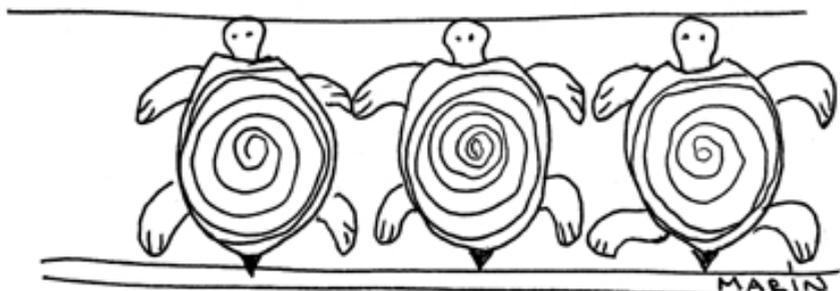
mente a los cubanos blancos en la isla, ya que cerca del 95% de los cubanos que viven en el exterior son codificados como blancos. En la década de 1990, la apertura a la inversión extranjera europea se hizo palpable, revitalizándose, sobre todo, la presencia española en la isla. Lo anterior vino aparejado con el turismo y la consecuente creación de enclaves donde las transacciones se realizan solamente en dólares, en unos momentos en que la economía interna es precaria. Ahora se ha destapado un nuevo trasiego, el del sexo, una parodia de los viejos tiempos, debido a que los turistas extranjeros, españoles en su mayoría, que viajan solos a Cuba, van a la pesca de jóvenes mujeres, sobre todo de piel oscura que se buscan la vida de esta forma.

Fue entre 1989 y 1993 cuando la economía cubana descendió extraordinariamente, en una cifra que se acercó al 50%. Es solamente ahora, al cierre de 1995, cuando se observan ligeros síntomas de recuperación. Existe un cauteloso optimismo sobre un futuro que pueda salvaguardar los elementos de justicia social que surgieron con la revolución. Esta esperanza estaría vinculada a la normalización de las relaciones con los Estados Unidos y el consiguiente levantamiento del embargo, siempre y cuando los cubanos de la isla estén fuera del alcance de las venganzas políticas que pudieran albergar algunos exiliados cubanos. Y esto es fundamental para los negros cubanos dado el tinte racista de los grupos de ultra-derecha blanca de Miami.

¡No es fácil! Es la frase que con mayor frecuencia se escucha en estos días en labios de los cubanos de la isla. Para los negros cubanos, al igual que para los de la diáspora, ciertamente tampoco ha sido fácil durante los últimos siglos. Sin embargo, tanto ahora como antes, los negros cubanos armados de todo nuestro bagaje cultural, no volveremos al barracón.

Me gustaría concluir con las *savias* palabras del maestro Manuel Mendive, 51, cuya obra plástica, dedicada a enaltecer la herencia africana entre los cubanos, es reconocida nacional e internacionalmente:

“La cultura afrocubana está virgen aún y se puede hacer mucho, mucho más. Mi obra es parte de la luz, o quizás de toda la luz que tiene la isla. Y el pueblo ilumina también la tierra, esta tierra de este mundo mágico que es el mundo que me acompaña, este mundo de sueños y realidades que nos hace fácil comprender las cosas difíciles de la vida.”



Luis Marín

Entregamos a continuación dos de las contribuciones presentadas en el encuentro del Instituto de Estudios Cubanos, que tuvo lugar este verano en Miami, y que son una buena muestra del rigor y la amplitud que caracterizan la línea de trabajo de esta institución. El IEC cumplió recientemente 25 años de labor. En ellos se ha ganado el reconocimiento de la mayor parte de los intelectuales cubanos de dentro y de fuera de la isla, y ha sembrado, en medio de grandes incomprensiones e incluso de virulentos ataques, la semilla del entendimiento que continúa germinando, pese a todo. La revista ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA se siente deudora del IEC y honrada por la colaboración que, estamos seguros, no ha hecho más que comenzar entre nosotros.

Cuba: discursos sobre la identidad

Enrique Paterson

I. LA REFLEXIÓN Y LA PREGUNTA SOBRE LA IDENTIDAD

La reflexión sobre la identidad es una enfermedad de pueblos jóvenes, los pueblos de antigua tradición no se preguntan lo obvio; *primero*, porque las identidades de los pueblos, siendo fáciles de percibir, son difíciles de definir; *segundo*, porque la identidad –ya establecida– de una nación no se desintegra, incluso, cuando desaparecen sus estructuras nacionales y su organización estatal (Polonia es un caso típico). Se inquiere o reflexiona sobre la misma, a mi juicio, en los casos en que la sociedad –habiendo recorrido un trecho breve– considera a éste una dimensión suficiente que hace posible –en la reflexión o en la pregunta– fijar ciertas constantes, ciertos rasgos estables, en momentos en que está sometida a violentos o acelerados cambios.

El resultado de la reflexión, o la respuesta a la pregunta, no es tan importante como *quién hace la pregunta y por qué*; como de igual modo, quién no se la hace, no es por eso menos ajeno, gestor y/o participante de la identidad. Para éste último, por el contrario, ella se da por sentado.

Dicho en otras palabras: el *nadador*, (en lugar de ponerse a explicar la esencia y características del nado) sencillamente, nada.

La pregunta, además, está *localizada y fechada*. Para que un grupo social se haga la pregunta, tiene que existir o haber existido alguna vez en un determinado territorio (este evento, por ejemplo, ubica a Miami y a la Isla como los términos que enmarcan la reflexión). Nadie que no haya vivido algún tiempo en la zona ártica, se preguntará la esencia del lugar; sin embargo, es raro que la pregunta venga de un esquimal. La pregunta o la reflexión sobre “la” identidad, en realidad se refiere a “mi” identidad en ese territorio.

II. LA HISTORIA DE LA PREGUNTA

En Cuba, esta reflexión toma cuerpo teórico a principios del siglo XIX, en la primera etapa reformista (Francisco de Arango y Parreño y José Antonio Saco). Luego, en la República, a fines de los años veinte (Fernando Ortiz y Alejo Carpentier, entre otros). Bajo el régimen castrista, en distintas etapas del período revolucionario; y en el exilio, a partir del impacto del éxodo del Mariel hasta la fecha.

LA SACAROCRACIA, LOS CRIOLLOS Y LA IDENTIDAD

A principios del siglo XIX Cuba entró en un proceso de acelerados cambios. La élite criolla había logrado afianzarse económicamente a la vez que mantenía un equilibrio étnico; aproximadamente el 43% de población blanca y 57% negra (el 36% eran esclavos), según el censo de 1817. La fuerza, la represión y el poder económico equilibraban el desbalance numérico del 14%, garantizando de ese modo el predominio de la población blanca.

El intento de convertir la isla en una economía de plantación que sustituyera a Haití como principal productor azucarero –a la vez que imponía un significativo aumento de la importación de esclavos– conducía a un dramático desbalance étnico a favor de la población negra del país.

La sacarocracia cubana, que ya tenía una identidad establecida, pensándose dueña (lo cual es cierto) y hacedora (verdad a medias) del país, inicia la primera reflexión sobre la identidad.

En el momento en que abogan por aumentar la trata de esclavos, tratan a la vez de prefijar, en perspectiva, qué medidas se tomarían para evitar que la necesaria preponderancia numérica del negro pusiera en peligro la identidad de la sacarocracia en el futuro.

El primer ideólogo importante de esta corriente de pensamiento fue Francisco de Arango y Parreño, Conde de la Graciosa, que en su *Discurso sobre la agricultura de La Habana y modos de fomentarla*, publicado en Madrid en 1793, conceptualiza el problema de la élite criolla y de su identidad en los términos de dos culturas y razas que entran en contacto y en conflicto:

“Dirán algunos que la diferencia entre *negros* y *esclavos* separará sus intereses, y será para nosotros en cualquier caso una barrera respetable. *Todos son negros: poco mas o poco menos tienen las mismas quejas y el mismo motivo para vivir disgustados de nosotros. (...) Prevengámonos de este lance ya que por nuestra desgracia no podemos excusarnos del servicio de estos hombres, ... cuidemos de combinar las miras*

políticas y militares examinando en negocio del modo que se explica en el proyecto.” (las cursivas son mías)

La agudeza sociológica de Arango es deslumbrante, descarta que la diferencia entre negros y esclavos sea una condición suficiente para que el negro libre deje de identificarse con el esclavo, “todos son negros”: el elemento cultural y racial prima –según Arango– sobre el clasista. Los esclavos son sometidos a la esclavitud; los negros libres al *apartheid*. Los negros libres –solidarios con los esclavos, por poner en peligro la estabilidad de la élite criolla– no deben tener acceso y participación en la vida socio-política, por eso pide Arango que se eliminen los dos batallones de milicias de negros y mulatos libertos que “acostumbrados al trabajo, a la frugalidad y a la subordinación, son sin disputa alguna, los mejores soldados del mundo” (idem). Teme que estos soldados, una vez licenciados, se conviertan en elementos subversivos. El discurso de Arango apunta a eliminar toda posibilidad de que los negros libres adquieran autoestima, pues la misma los conduciría a no aceptar el asignado papel de ser “la más desgraciada porción de toda la especie humana” (idem).

Sin dudas, Arango es el ideólogo que introduce el “miedo al negro” como categoría política y sociológica que marcará la conducta de la élite cubana, y el primero que propone medidas para eliminar paulatinamente al negro como futuro grupo social de peso mediante el estímulo de la inmigración blanca. La posición de Arango tiene dos momentos que pueden ser rastreados como una conducta constante de la élite cubana: **a)** los negros deben ser *usados* cuando sean necesarios (como esclavos, mambises, cortadores de caña, domésticos, sindicalistas, milicianos, deportistas, héroes nacionales del trabajo, etc.); **b)** de algún modo deben ser *eliminados* al pasar esta necesidad.

Es evidente que en Arango existe una idea clara del horizonte problemático donde, a su juicio, se revela nuestra identidad: los términos de la confluencia de dos culturas, dos razas y –sólo en último término– dos clases (esclavistas y esclavos), más allá de la relación clasista, interpreta la identidad de la élite como algo *diferente y en contra* de lo que el negro representa en el país. El dilema (yo diría que agónico) de la sacarocracia es que necesita a los negros y, a la vez, percibe su identidad en peligro por la presencia de éstos.

La disyuntiva se resuelve a través de un proyecto de “ingeniería social” tendiente a eliminar a los negros en el tiempo, mediante una política migratoria dirigida a ese fin y una política social que les restrinja derechos y oportunidades. Las formas que adopta esta doble actitud de la élite a lo largo de los siglos XIX y XX –convocar a los negros o excluirlos– son varias, pero en todas, de un modo u otro, el problema de la identidad se plantea con referencia a, y muchas veces en contra de, el negro.

En tal esquema caben las actitudes de la élite cubana del siglo XIX en muchas de sus variantes. Por ejemplo, en la segunda etapa reformista, Arango se une a Saco abogando por la supresión de la trata de esclavos. La coincidencia con Saco es una consecuencia lógica de su planteamiento anterior, a favor de la misma. La política de trata irrestricta puso a la población blanca en minoría.

Para 1846 había, aproximadamente, un 47% contra el 53% de la población negra; y ya, para 1867 había en la isla alrededor de un 58% de población blanca, y un 42% de población negra. La cual se reduce aún más como efecto de las dos guerras de independencia hechas sobre la espalda de este sector de la población. La disminución que se aprecia antes de las guerras de independencia, es consecuencia de una política tendiente a eliminar paulatinamente a los negros del paisaje demográfico del país, es por eso que ya desde 1832 Arango, junto a Saco, pide que se impida la entrada de más negros africanos a la isla. Desde 1826 Arango está convencido de que “Cuba no puede tener completa seguridad si no es *blanqueando* a sus negros” y propone: “quiero que... al propio tiempo... que se piense en destruir la esclavitud... se trate de lo que no se ha pensado, que es borrar su memoria” (*Obras* 1952, II, 306-307). El único modo de borrarla era desapareciendo a los negros del mapa, y/o blanquéandolos.

No será la élite criolla la encargada de blanquear al país, por ello es necesario alentar la inmigración blanca –los canarios– para que se encarguen de esa labor. Arango se presenta así como un precursor de la teoría del mestizaje, visto no como la síntesis de culturas diferentes que generaría una cultura nueva, sino como la difusión de una en la otra. En esto pues, no existen diferencias entre Arango y Saco. En Saco hay un desarrollo de las primeras posiciones de Arango, por eso éste las suscribe.

De hecho no existe una diferenciación ideológica de principio entre los ideólogos reformistas que están a favor de la trata y luego en contra, los abolicionistas y los anexionistas; a todos los une un hilo conductor: el miedo al negro y la pretensión de eliminarlos o mantenerlos al margen, aunque sean libres.

Los delmontinos –abolicionistas– comparten la misma posición de Saco en cuanto a la inmigración, y ello explica su oposición a la trata y a la esclavitud; responden al momento (b) del pensamiento de Arango, el cual establece la necesidad de eliminar a los negros de algún modo, pasada ya su utilidad. Lo específico de los delmontinos es que a tono con la política abolicionista que Inglaterra le impone a España, son abanderados del abolicionismo y opuestos a la trata desde el manto de una posición paternalista, típica de los miembros más avanzados de la élite cubana, aún vigente en muchos de ellos hasta nuestros días.

El paternalismo criollo hacia los negros, una actitud muy a tono con la ideología del Despotismo Ilustrado, está en *no* asumir respecto al negro una actitud moderna, lo que implicaría tratarlo como a un igual. Por el contrario, radica en la magnanimidad de –por su “superioridad”– hacerles saber que se les trata “como si fueran iguales”, debido a una “bondad” inherente de la cual el negro debe estar eternamente agradecido. Se trata de favores, no de derechos. De condescendencia, no de respeto. La respuesta que se espera del negro es la sumisión; de lo contrario, es un “malagradecido”. La otra variante –que diferencia el patrón español del anglosajón– es considerarlo igual, “a pesar de” ser negros, si éste es portador de alguna cualidad que, por naturaleza, es “propia de los blancos”. Tal *igualdad por salvedad*, propia del “paternalismo ilustrado” de los delmontinos, se aprecia con claridad en su actitud hacia el esclavo poeta Francisco Manzano. Domingo del Monte encabeza una colecta

para liberar a Manzano por que ha nacido con “el don divino” de la poesía. Si Dios le dio a Manzano una cualidad, al parecer, propia de los blancos –la poesía– era justo darle la libertad. Manzano –como negro– no merece ser libre, pero sí por un atributo que lo salva, el de poeta. Sucede lo mismo con el personaje héroe del poema *Especulo de Paciencia*, Salvador Golomón, “negro valiente”, que se merece la libertad por “valiente”, no por negro.

Según cálculos de Del Monte si en 1832 se eliminaba la trata, la esclavitud y los negros desaparecerían –por causa de las condiciones de vida que sufrían los esclavos– en veinte años. Contrario a la tradición anglosajona, la élite cubana podría estar dispuesta a acoger a un negro en particular (Manzano o Salvador Golomón), pero nunca como grupo social que, en su conjunto, lo destinaban a desaparecer por la vía del *blanqueamiento* paulatino o de la muerte.

El sector anexionista de la sacarocracia ve la anexión a Estados Unidos desde el prisma de la todavía inevitable necesidad del negro en el país, de modo que se mantiene en el primer punto de vista de Arango respecto a la introducción masiva de esclavos en la isla. A la vez, la necesidad de mantener la negrada a raya, les hace pensar en la anexión que les permitiría conservar el sistema al estilo de los esclavistas del sur norteamericano.

Pareciera que los independentistas, por sus tendencias políticas, estaban al margen del patrón conceptualizado por Arango. No del todo. La nacionalidad cubana era, más que todo, un “proyecto”; y la élite que se planteó el proyecto independentista –imaginario que culminaría la identidad del país– nunca pensó al unísono el abolicionismo, la igualdad de derechos entre la población negra y blanca y la independencia. Que estos proyectos no corrían parejos lo demuestra la actitud de Carlos Manuel de Céspedes en el tercer cuarto del siglo XIX. Céspedes, en el momento que inicia la guerra de independencia contra España, le da la libertad a sus esclavos. El acto, más que altruista, es práctico. La libertad es la premisa y la condición emocional para la incorporación de los negros a la tropa. Los negros fueron siempre necesarios para cortar algo: cañas o cabezas en los campos de caña o de batalla. La actitud de Céspedes cae en el momento (a) de la actitud de Arango: La necesidad de los negros para integrar las tropas.

No se han analizado en profundidad todos los rodeos de la élite independentista del 68 para declarar, sin cortapisas, la abolición de la esclavitud, ni las maniobras en el seno del gobierno y la asamblea para impedir el ascenso de los negros en los grados militares.

No se destaca, tampoco, la existencia en el siglo XIX de una clase media negra apta para ejercer funciones ciudadanas. Estos negros podían ser miembros del Ejército Libertador y, no sin muchas trabas, alcanzar altos grados; pero su presencia es nula en la Asamblea de Guáimaro: la fuerza de sus brazos sigue siendo necesaria, lo que es casi impensable es admitir su voz.

Los términos en que Arango se plantea la identidad llegan hasta José Martí, que la aborda más en su sentido político, ético e instrumental, como indispensable para aunar voluntades en aras de la independencia, –¿actitud (a) de Arango?– que en su dimensión cultural y sociológica.

Martí discute o evade el problema en su artículo “Mi raza”:

“En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. (...) En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. (...) Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la isla, no podrán ya ser negados...”

El humanismo martiano se destaca en sus palabras. “Hombre” es más que raza, y es cierto; como también es cierto que esta humanidad es abstracta y sin contenido si no se concreta en culturas y especificidades socio-históricas donde la raza está incluida. Ni Saco ni Arango desdeñaban la pertenencia de los negros al género humano, están hablando de hombres concretos en situaciones sociales y culturales concretas a los cuales la élite domina y explota, y donde la raza forma parte del sistema de justificación de la situación. El humanismo martiano, por lo general, no resuelve la comprensión a esa instancia, más bien lo enmascara. La segunda instancia martiana es la apelación a la necesidad: “cubano” es más que raza. La humanidad y la nacionalidad eliminan las diferencias. El intento de reconocer la identidad sobre la base de abstracciones que eliminan las diferencias, en aras de un objetivo común –si leemos el desarrollo posterior de la historia cubana– es esencialmente peligroso. “Los partidos políticos –dice Martí en el mismo artículo– son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres... La semejanza especial se busca y se halla, por sobre las diferencias de *detalle*” (La cursiva es mía).

Precisamente, lo que diferencia a negros y blancos a fines del siglo XIX cubano, eliminada la esclavitud después de la primera guerra de independencia, no era un problema de “detalle”, al contrario eran problemas serios de segregación y discriminación, de acceso a la propiedad, de derechos civiles y políticos, de valoración cultural, los cuales no pueden soslayarse en aras de una “humanidad” o “cubanidad” entendida al margen de esos problemas. Contrario a Saco y Arango, Martí es más político y hombre de letras que sociólogo. Arango y Saco, como sociólogos, están muy por encima de Martí. Los planteamientos de los dos primeros son crudos, objetivos, brutales. La solución racista, que esos problemas sufren en el pensamiento de tales autores, no elimina los términos reales del planteamiento. El humanismo martiano, tratando de rechazar la solución racista de Saco y Arango, elimina el problema en sí. Sin dudas, hay un avance en Martí, en el sentido de que no elimina, al menos, a los negros como cubanos, no obstante los elimina como negros, como sujetos con una historia y problemas sociales específicos. Ese “detalle” hace que el horizonte del pensamiento martiano no rebase –a su pesar– el espacio de la ideología racista de la élite cubana; y aparece con él, uno de los rasgos típicos de esa ideología en el siglo XX cubano: el discurso de la negación. La mejor forma de resolver el problema desde esta perspectiva, es no hablar de él. Es imposible que un grupo social afectado no abogue y luche en pro de sus reivindicaciones; desde los esque-

mas del discurso de la negación –al adoptar los negros la actitud reivindicativa– sobre éstos, más que sobre la sociedad, caerá el calificativo de racistas.

Martí elimina lo más sustancioso, a saber: el universo específico que crea la confluencia de dos culturas que, en interacción, generan algo nuevo, y –lo que es más importante– elimina la agenda de los negros como grupo social específico. Al respecto no hay dudas de que el apóstol tenía una visión más clara de lo “humano” que de lo “cubano”. ¿Podía, además, tenerla? ¿Es que en el imaginario martiano de lo cubano podía incluir a lo negro en la misma dimensión que incluía a lo español; es decir, con todos sus “detalles”?

Si la respuesta de Martí responde más al moralista, al político, o a ambos, es irrelevante en éste análisis. Es ética y literariamente bella, políticamente oportuna (de nuevo los negros son necesarios) y, sociológicamente, vacía.

Mediante la afirmación –abstracta– del humanismo, se esfuma el hecho social concreto de que tales hombres son blancos, negros y mulatos y que, como tales, ocupan posiciones sociales más por esos “detalles” del color que por su humanidad. El humanismo, y la frase oportuna, e incluso, las metáforas de auténticas buenas intenciones, trajeron el siguiente resultado: los negros, gracias a la prédica martiana, fueron en masa a la guerra del 95 como *hombres y cubanos* y, cuando advino la república, se les trató de nuevo como a “*negros*”.

La visión y el enfoque martianos no rebasaron el primer cuarto del siglo xx. Su creencia de que “en Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas” se desvaneció con la guerra racial de 1912. Y los “derechos políticos” ya concedidos por España antes de la independencia, no garantizaron la existencia de una sociedad desegregada. Arango y Saco, después de todo, sabían que ni con la independencia, se resolverían los términos de una identidad que, de existir, se definía en los términos de dos polos en extrema tensión.

LA REPÚBLICA Y LA IDENTIDAD

Mientras la sacarocracia cubana del siglo xix se planteaba el problema en tales términos, a nivel social y cultural se desarrollaban procesos de un carácter diferente a los métodos de ingeniería social que proponían. Mientras ellos pensaban a los esclavos como negros desde que llegaban de África, estos no existían en la realidad. Los esclavos venían ya con una identidad establecida; eran congos, mandingas, ibos, yorubas, fulbes o carabalíes cuyas lenguas y culturas eran diferentes. Fue la esclavitud la que mezcló africanos de distintas razas y culturas para convertirlos en negros. La conversión del africano en negro es su proceso de cubanización, un proceso violento y obligado que produjo el “ajjiaco” de estas culturas africanas con los valores occidentales y del cristianismo.

Mientras la sacarocracia, anclada en el criollismo, todavía se sentía ligada a España, ya había negros que, ontológicamente, eran cubanos. El estadio de lo criollo en el blanco (del que muchos aún no han salido) fue un proceso muy largo, mientras que la cubanización del negro, por su carácter obligado y violento fue muy rápida. El negro estaba forzado a asimilar la cultura occidental, a hablar español, a practicar el catolicismo, mientras que el blanco lo que recibe del negro es debido a la influencia que genera el contacto. Los negros son

producto de una mezcla forzada de las culturas africanas con la occidental, son un producto del nuevo mundo, son tan primos de los africanos como de los europeos. Los primeros en constituirse como una entidad étnica y cultural propia en el nuevo mundo, sin apellidos traídos de su lugar de origen, sin la posibilidad de regresar, estaban históricamente obligados a la mezcla y al arraigo.

La evolución de los blancos no se da a igual velocidad. La política de la sacrocracia aceleró la cubanización de los negros, a la vez que ella se mantenía en el estadio de criollez –la conciencia de sí del descendiente de español sin mezclas– que no reconoce al negro y a lo negro como parte de su identidad, reduciéndolos sólo a uno de sus lados, acaso el más débil, el de la africanidad. Los negros, por su naturaleza peculiar, no pueden rechazar lo europeo de lo cual también, culturalmente, forman parte.

En la república, el proceso de cubanización también ya está avanzando entre los blancos de las clases bajas que conviven y se mezclan con los negros. Precisamente, es en ese momento en que se pone en práctica la política migratoria de ingeniería social propuesta por los reformistas del siglo XIX. Cuba se llenó de españoles –los negros antillanos sólo entraban en función de las necesidades de la cosecha azucarera. Si la población blanca más antigua del país transitaba ya por un lento proceso de cubanización, la impronta migratoria del siglo XX la desacelera, por lo que la criollez se constituye en el elemento predominante de la población blanca que, además, concientiza ese estadio como la expresión plena de la cubanidad. Es precisamente en este sector donde se genera la nueva élite económica y gran parte de la clase media y profesional, creando en ellas un coto exclusivo donde la población negra del país casi no puede entrar.

Los negros, aunque en minoría, se convierten en un vector cualitativo de cubanía, son los que mantienen la cualidad, el carácter, en un mundo que cambia y que introduce, además, a chinos, judíos y libaneses. Productos ellos mismos de una síntesis, siguen sintetizándose con todo lo que llega. Habiendo dejado atrás el estadio de la criollez; su desarrollo está en enriquecer su cubanía, no en hacerla. No ha habido un grupo social que haya desarrollado una batalla más larga y exitosa preservando el carácter de una nación. Pero su mayor hazaña y aporte ha sido la permanencia contra viento y marea, y la propuesta de vivir la cubanía como la concreción y el desarrollo de un permanente enriquecimiento cultural. Siempre apostando por la apertura y la asimilación sin perder el carácter, por la creación.

La manifestación más importante de la cultura cubana –por la huella que ha dejado en la forma que tiene el cubano de percibir y valorar la realidad– es la música popular. Los negros la ocuparon, teniéndolo todo en contra, para darle, incluso imponerle, un perfil al país.

Mientras la élite criolla miraba a los negros y a su herencia como algo que, si no puede eliminarse, debe de estar en la periferia, éstos llevaban a cabo la “evangelización” cubana del país. Para los negros nunca ha sido importante si son mayoría o minoría, ni cuál es nuestra identidad. No es un problema como tal en la percepción que tienen de Cuba. Su presencia no es importante por

la dimensión numérica, sino por la *cualidad* y el *perfil* que le dan al país. La actitud del negro hacia el recién llegado ha sido la misma que se adopta en un toque de rumba: “incorpórate y baila”, un leitmotiv presente en toda nuestra música popular, la actitud de *apartar* o *mantenerse aparte*, o de *incorporar e incorporarse*, es lo que distingue al criollo del cubano.

No es hasta el siglo xx, y ya en marcha el proceso de blanqueamiento del país, que la élite intelectual vuelve a plantearse el problema de la identidad. Fernando Ortiz es quien encabeza dicha tendencia. Desde el planteamiento de Arango ha transcurrido mucho tiempo pero el programa social que propuso –blanquear al país– está vigente y hasta ha ocurrido, en 1912, una guerra racial.

El primer Ortiz no se aparta del esquema de Arango y de su valoración negativa de los negros como elementos nocivos al país. Pero hay en Ortiz una actitud distinta, mientras que en el análisis y la preocupación de Arango es hacia adentro (el destino del polo blanco), el de Ortiz es hacia afuera (el polo negro). Los negros son para Arango sólo una preocupación, la referencia de la hostilidad y del peligro, pero no se molesta en estudiarlos. Ortiz ya sabe que esa “mancha” étnica no desaparecerá, que están ahí, de modo que es mejor estudiarlos con pasión de entomólogo, para prevenirse de los males sociales que portan. Según él, son la causa fundamental del delito y la inmoralidad social. Precisamente, el acto de saltar de la actitud del rechazo, al *rechazo mediado por el estudio*, aunque prejuiciado, es un salto cualitativo de enorme dimensión cultural y teórica, un “viaje a la semilla”. El salto, además, conlleva el riesgo del naufragio, del no regreso, del colonizador conquistado.

Que Ortiz comienza el estudio del “otro polo” a partir del cual Arango pensaba la “identidad” cubana, permeado de los prejuicios que ya veíamos en la concepción de Arango y subsiguientes, se hace evidente en el prólogo y en el capítulo I de su libro *Los Negros Brujos* (La Habana, 1917), a Ortiz le interesa el estudio de los bajos fondos, de “La mala vida cubana”. Aunque reconoce que en todas las capitales existe el hampa, cree que en Cuba “La raza negra es la que bajo muchos aspectos ha conseguido marcar característicamente la mala vida cubana, comunicándole sus supersticiones, sus organizaciones, sus lenguajes, sus danzas, etc. , y son hijos legítimos suyos la brujería y el ñañiguismo, que tanto significan en el hampa cubana”. (Ob. Citada p. 19. Ed. Universal, Miami, 1973). La filiación lombrosiana de Ortiz refuerza los prejuicios presentes en la élite cubana respecto al componente negro del país. Según Ortiz, los negros –por naturaleza– están dotados de una “impulsividad brutal” (p. 13 idem) que conducía a que “En sus amores eran los negros sumamente lascivos, sus matrimonios llegaban hasta la poligamia, la prostitución no merecía su repugnancia, sus familias carecían de cohesión, su religión los llevaba a los sacrificios humanos, a la violación de sepulturas, a la antropofagia y a las más brutales supersticiones; la vida del ser humano les inspiraba escaso respeto, y escaso era también el que de ellos obtenía la propiedad ajena”. Desde esta perspectiva, el conflicto no era entre esclavos y esclavistas, más bien entre civilización y barbarie. Además, el enfoque no distingue que entre los esclavos vinieron personas de distinto nivel de educación y desarrollo, analfabetos y le-

trados en la lengua yoruba (que se escribe desde el siglo XVII) o en árabe, aristócratas y plebeyos. Todos, por negros, son salvajes. (“Todos son negros” –decía Arango). Las religiones de los negros, en realidad variadas, se reducen al fenómeno de la “brujería”, desde la acepción católica del término. El delincuente, en general –según Ortiz– aunque tenga “cultura”, adolece de una “primitividad moral” irreductible. Los negros, por su “impulsividad brutal”, son portadores de esta “primitividad moral” que hace que “en la actualidad, cuando ya algunas generaciones de individuos de color han vivido en el medio civilizado, cuéntanse también hampones negros... relativamente civilizados intelectualmente (que) conservan todavía rasgos de su moral africana, que los precipita a la criminalidad”. (ob. cit. p. 21).

El negro tiene que dejar de ser, tiene que borrar toda reminiscencia con la cultura africana y asumir el patrón criollo-europeo para ser *civilizado*. Sin embargo, su civilización será siempre sospechosa, pues los rasgos africanos, lo determinan como delincuente, como un bárbaro. La opción del negro es imitar y “blanquearse”, cualquier otro proceso cultural que implique sintetizar lo afro con lo hispano o europeo, significa incivilización. El negro, en Cuba, es en sí mismo esa síntesis; más que asimilarse se ha recreado y reconstituido uniendo esos dos elementos. Esa síntesis –pos su componente afro– es descalificada por Ortiz, y por ella, el negro está desterrado del paisaje “civilizado” del país, haciéndolo siempre un elemento sospechoso. Tal especificidad, lo ubica como factor del delito, en la versión maniquea de Ortiz. Es mejor –en aras de un propósito nacional– no hablar de esos “detalles” en la visión humanista de Martí.

La esclavitud en Ortiz no es vista como un acto inmoral en sí, sino porque –permitiendo el contacto de los blancos con los africanos– las clases espiritualmente más bajas de los primeros, se hicieron más inmorales en contacto con los segundos; de modo que las clases más altas –las más beneficiadas–del sistema esclavista aparecen, en esta concepción, como morales.

Ya en este libro, Ortiz tropieza con fenómenos nuevos que su enfoque no le permite valorar en su real dimensión; de hecho, tratando de explicar la naturaleza del hampa cubana, se tropieza con la transculturación y el sincretismo, nociones que aún no formaban parte de su sistema de conceptos. Analizando los factores étnicos del fenómeno delictivo, Ortiz dice que todas las razas aportaron a este fenómeno sus respectivos vicios “formando un estrato común a todas por la *fusión* de sus diversas psicologías, estrato que constituía y constituye el núcleo de la mala vida. Para llegar a esto fue preciso que algunos estratos sociales *resultaran accesibles a la vez a blancos y negros especialmente, en que ambas razas, desde varios puntos de vista, vivieran en un ambiente común favorable a la fusión, o, lo que es lo mismo, que las psiquis del blanco y del negro en ciertas capas sociales tuvieran unas mismas exigencias intelectuales, emotivas, etc., que fueran, en fin homogéneas*” (p. 16 ídem) (Cursivas mías)

Se destacan dos elementos importantes en el análisis de Ortiz:

1. La existencia de una “fusión” en el nivel “psicológico” (léase cultural), de un “estrato común” entre los negros y ciertos sectores blancos, rompiendo con eso la dicotomía entre la identidad excluyente de los criollos y la sinté-

tica del negro. Ortiz observa, descubre esta fusión, pero –como buen criollo– no la acepta reduciéndola sólo al mundo de “la mala vida”, y en ella le otorga al negro un carácter cualitativamente determinante en el proceso, pues ha sido su raza “la que en muchos aspectos ha conseguido marcar característicamente la mala vida cubana” (p. 19 ídem)

2. La afirmación de que la fusión es posible si para ambas existía un “ambiente común favorable a la fusión”, elemento que hará estallar, con el tiempo, la estructura conceptual racipositivista, que presenta al negro como portador cuasi-natural de las fuentes del delito, como elemento nocivo a la cultura del país. El elemento del “ambiente común” conduce a intelegir un tercer camino para conceptualizar la identidad como unidad de elementos en tensión, más que excluyentes; unidad *tensa* que, aunque no menos problemática, es totalmente diferente a los polos excluyentes de Arango y Saco, o a la identidad abstracta de Martí.

Por ahora, sin embargo, el concepto de la “mala vida” sirve así para definir y signar como negativos todos los aspectos de la vida social y cultural donde los negros hayan marcado su influencia. Desde esa perspectiva –dada la síntesis peculiar que los caracteriza– a la élite no le queda otra alternativa que el aislamiento en un país donde, día a día, la cultura popular adquiere el sello propio de la síntesis negra, a pesar de ser éstos poblacionalmente minoritarios.

Cabe preguntarse:

- a) si esta presencia negra está sólo en la esfera del bajo mundo, o en la mayoría de las manifestaciones populares de nuestra cultura,
- b) si es un fenómeno limitado y congelado en la historia o si, por el contrario, es vivo y dinámico; es decir, aún transcurriendo.

Ortiz –cuya honestidad científica no está en duda– se hizo, al parecer, estas preguntas y, desde ese momento, su obra adquiere una perspectiva completamente diferente, el giro del naufragio, la seducción que implica el no regreso, la paradoja del evangelizador evangelizado. Lo negativo pasa a ser positivo, pero ya estamos en presencia del segundo Ortiz.

La pregunta pertinente es ¿cómo Ortiz llega a este punto, donde su visión sobre lo negro da un giro de ciento ochenta grados, considerándolos ahora como un elemento imprescindible de nuestra civilización, y no como señales de una atávica barbarie? Más allá de su honestidad intelectual y del transcurso del tiempo, que permite leer el proceso etnocultural cubano, habría que decir que en Ortiz –contrario a Arango y compañía– hay, al principio de su estudio, prejuicios respecto a los negros, pero no intereses materiales, como en aquellos; tales intereses justifican más a Arango y Saco que a la élite posterior que –carente del criticismo propio de la modernidad– sólo actúa bajo las representaciones de prejuicios, una muestra evidente de barbarie. Por otro lado, coincide con un momento en que la cultura europea, en busca de vitalidad, comienza a ser seducida e influida por los estilos del arte africano. Y, por último; la experiencia del fascismo, que mostró cuán bárbara podía mostrarse la civilización europea.

Ortiz ve al negro como elemento que propicia la formación de una peculiar civilización en el mundo occidental, siendo Cuba –junto a Estados Unidos

y Brasil— uno de sus focos más importantes, por su capacidad de irradiación y universalidad. No es que el blanco no aportara a la cultura cubana elementos de tanto peso como África, es que el negro en sí es, en su existencia diaria, la síntesis de ambas culturas, mientras que el criollo puede mantenerse por mucho tiempo sin permearse de la cultura negra. La propuesta cultural del blanco en sus inicios fue unipolar. La del negro fue sintética, abarcadora; creando acá no sólo la mezcla o la universalidad de lo africano, sino también la síntesis de ésta con lo europeo y cualquier agregado subsiguiente. Los negros, en mayoría o minoría, se convierten en un vector de cubanía, son los que mantienen la *calidad* en un universo abierto y cambiante que introduce nuevos vectores culturales como chinos, judíos, libaneses, etc.

En Ortiz, en esta etapa, hay una transmutación de presupuestos. La permanencia de las creencias africanas, ya no es vista como elementos bárbaros, ahora se percibe en el sentido de las “religiones populares” —como Hegel consideraba a la religión de la Grecia Clásica— no son instituciones muertas, son elementos dinámicos que forman parte de la cotidianidad y de la trascendencia del colectivo que las practica, un “espíritu” que es la base de auténticas producciones culturales, el alma de una civilización. No hay civilización sin una peculiar mitología, los negros le brindaron a Cuba, con el sincretismo, una mitología viva, propia, y en desarrollo. La existencia y el carácter de una civilización están en sus producciones culturales, y en la capacidad de influir en otras. Los negros en Cuba lograron ambas cosas: por un lado crearon, con la música, el núcleo de la cultura nacional; música que, por otra parte, ha influido en el mundo dando a conocer a Cuba, introduciéndose y dejando sus sellos en otras culturas.

En su trabajo “La música sagrada de los negros yorubas en Cuba” (Revista *Ultra*, La Habana, julio 1937) Ortiz destaca esta especificidad, “los negros —dice— tienen su propia música”, además, “es necesario decirlo una y otra vez, pues todavía la vaciedad presuntuosa suele afirmar que los negros no tienen música, sino ruidos, ignorando quienes tal dicen la trama mélica de los ritmos que brotan de los tambores, y la exquisitez de sus melodías...” Ortiz achaca este desdén a la “supervivencia de una vieja postura de blancos coloniales...” que, “en su afán de justificar la subyugación por la supuesta inferioridad del esclavo, quisieron ver en los fervores musicales del negro, no sólo un entretenimiento infantil, desprovisto de valor estético, sino hasta una tara, propia de razas calificadas como deficientes y destinadas a la dominación ajena”. Como se ve, Ortiz ha cruzado el puente, el segundo Ortiz critica al primero. Pero es más, negar el valor, calidad y aporte de esa música es “muy lamentable en Cuba, donde *tantos sienten* la embrujadora ritmación negra en las venas y donde *tantos componen música negroide sin desearlo, o al menos sin decirlo, a veces sin comprenderlo y, casi siempre, hasta renegando*” (Cursivas mías)

Las afirmaciones de Ortiz son fuertes y, porque implican actitudes presentes en nuestra cultura, son trasladables al proceso histórico y político. Los negros creando algo propio —su música— le han dado algo propio al país, algo que “tanto sienten” y, a partir de tal patrón, muchos “componen música ne-

groide sin desearlo”. La presencia y determinación negra es tan fuerte, que los cubanos no negros, incluso sin desearlo, se expresan como negros. Lo que Ortiz está señalando es un proceso de colonización inversa, una conquista cultural pacífica que se da en contra e incluso al margen de la voluntad del conquistado que produce arte bajo el signo y con los códigos del conquistador.

El caso anterior, por involuntario a la vez que subyugante, se refiere a un sujeto que rechaza su conciencia, un caso típico de enajenación. Cuando la creación es con conciencia pero “sin decirlo”, se trata no sólo de prejuicios contra el negro, más bien de desprecio hacia sí mismo. Sin poder crear de otra manera son incapaces de reconocer el sello de la misma (de nuevo las actitudes de Arango); se usa lo negro pero se rechaza. Por último, si crean “sin comprenderlo”, se trata del total atrapamiento, y si se hace “renegando”, es como saber y no querer ser lo que se es.

Nadie en la historia de Cuba había hablado tan fuerte como Ortiz respecto de las contradicciones y contrasentidos de la conciencia –¿cubana?, ¿criolla?– de las élites empeñadas en negar el proceso de “evangelización” negra del país. La conquista cultural comienza en épocas tempranas, al respecto Ortiz señala en el mismo artículo: “Hoy de nuevo los valores artísticos y emotivos de nuestra música amulata se van imponiendo por el exterior, repitiéndose ese curioso fenómeno que se da en cada siglo y, en el XIX, hasta en cada generación. Así ocurrió con el baile de la chacona, el guineo, el parucumbe y otros, en el siglo XVI; luego con el tango, con la danza cubana y con la habanera; después con el danzón y el son; ahora con la llamada rumba”. De más está decir que el proceso se mantiene hasta nuestros días. Por otra parte, en su artículo, “Saba, Samba y Bop” (Mensuario de Arte, Literatura, Historia y Cultura, La Habana, Ministerio de Educación, mayo 1950, Año I, n° 6, pp. 4-22) Ortiz destaca que la música de los negros no sólo es auténtica y original sino que “en cuanto a los ritmos, lejos de ser bárbara, es actualmente la más ‘sofisticada’, o sea, la más intelectualmente avanzada”.

En la misma dirección, hace un análisis y cita investigaciones de autores reconocidos en sus respectivos países que señalan el origen afrocubano del tango, la influencia de la rumba en la samba brasilera, y de la percusión cubana y de músicos cubanos en la evolución del jazz. En Cuba, Brasil y Estados Unidos, Ortiz destaca el factor negro en el surgimiento de sus expresiones artísticas clásicas, y por ello, universales; y en todas, la presencia e influencia afrocubana es un elemento apreciable. El elemento afro-sintético, es lo que permite los vasos comunicantes más allá de las fronteras de hispanico y anglosajón. Tal universalidad ha permitido la conexión y unidad de complejos culturales que, a primera vista, parecen excluyentes.

El negro en el nuevo mundo, y en Cuba, ha realizado una hazaña cultural sin precedentes. Es cierto que su situación desventajosa no le permitió cultivar el pensamiento abstracto. Pero los criollos que se dedicaron a esas tareas son un eco apagado, ecléctico y retrasado de lo que se hacía en Europa. La copiaban, pero no influían en ella ni, de algún modo, la conquistaban. No así los productos culturales de los negros.

La concepción de Ortiz sobre la cubanía se expresa en forma lapidaria en el trabajo “Factores humanos de la cubanidad” donde afirma: “La cubanía fue brotada desde abajo y no llovida desde arriba”. El elemento germinal (“de abajo”) y el estéril “de arriba”(no hace llover), es una contradicción de la cultura y la sociedad cubana donde pueden rastrearse las causas del actual descalabro nacional. El conflicto no es sólo político, es cultural. El totalitarismo sería la última expresión criolla de imponer una idea restringida de la cubanía como modelo sociopolítico, a la vez que impide que ésta “brote”; nunca “ha llovido café”.

En la historia ha habido diferentes interpretaciones de la identidad –cubanía desde el punto de vista de Ortiz. Sus esquemas serían los siguientes:

1. La identidad criolla, exclusiva y excluyente, del siglo XVIII y XIX conceptualizada por Arango y Saco. Alrededor de la misma se generan proyectos políticos tales como el reformismo, el abolicionismo blanco, el anexionismo y el independentismo del 68 en sus inicios.
2. La identidad como abstracción que elimina las diferencias (Martí) y que, en definitiva, se disuelve en la práctica, en la primera, fuente del independentismo del 95.
3. La identidad como concreción y síntesis de culturas diferentes –el sincretismo– donde lo negro representa el elemento portador y ofertador de la síntesis (Ortiz). Que no ha tenido real expresión política, pero que se manipula por el régimen actual.

Todas estas teorizaciones tienen aún presencia en nuestra conciencia social y en el comportamiento de determinados grupos sociales. Incluso la posición de la cubanía abstracta, surgida en el discurso político martiano, de uso corriente a ambos lados del Estrecho de la Florida, se usa indistintamente a la de Ortiz –que es su negación– a menudo en el mismo discurso. A su vez, la concepción orticiana aún no ha sido sometida a crítica.

Es característico en la república, contrario a la situación del siglo XIX, la enajenación entre el sector de la élite intelectual criolla que se plantea el problema y la élite económica y política que se mantiene en los patrones de la sacrocracia reformista del siglo XIX. Así, mientras el proyecto autonomista tiene una realización práctica, la visión orticiana queda recluida al mundo de las ideas que maneja cierta élite, sin influir en la práctica social. Esto se aprecia, incluso en los gobiernos surgidos a partir de la Constitución de 1940. La herencia española se expone a voz en cuello, la africana se ubica en la trastienda. A escala económico, social y cultural, los negros, los primeros cubanos –según Ortiz– son los únicos para los cuales, a priori, la isla es hostil. Los únicos que no pueden acceder libremente a las ventajas del desarrollo económico y social.

Es interesante el contrapunteo entre el concepto de Fernando Ortiz sobre las bases de nuestra identidad, y la versión oficial de la misma. Mientras que Ortiz se refiere a un proceso que integra a los distintos componentes culturales y étnicos; la élite en el poder, a lo largo de todo el período republicano no asume ese discurso y propaga la idea de la identidad en la figura del culto a un individuo: Martí. Las raíces de la canonización de Martí por parte de la ideología oficial, elevando su figura como el ideal de la identidad nacional, y

proponiéndole a la nación el ideal martiano como un *telos* al que debe llegarse, o al que ya se ha llegado, forman parte de un proceso de enmascaramiento. No discuto lo relevante y determinante de Martí en el último intento independentista en el siglo pasado, en parte también frustrado, ni su papel como abogado y mártir de nuestras luchas por la independencia política; no obstante, llamo la atención acerca del desbalance entre la propagación de los ideales y la figura martiana y la práctica excluyente de la élite difusora de la imagen; entre el papel de Martí como héroe de la independencia y sus ideales como fundamento de nuestra identidad y el silencio casi absoluto acerca de quienes fueron los que mayoritariamente lucharon por esa independencia.

Pero, además, existe en el pensamiento de Martí una indistinción entre los conceptos de identidad, soberanía e independencia, siendo este último el centro de toda su actividad política. El primero, apunta hacia las raíces culturales que determinan la singularidad de un pueblo; los otros, al ejercicio de la voluntad popular y a la no subordinación ante intereses extranjeros, la indistinción o reducción de estas nociones a una unidad forzada tiene consecuencias fatales si se llevan a la práctica política como ocurre en la Cuba actual.

Los reformistas del siglo XIX, conscientes en algún modo de lo específico del problema de la identidad eran, en general, opuestos a la independencia. Martí, fervoroso luchador por la independencia, no había concientizado el problema de nuestra identidad. Por lo que, “el miedo al negro” no se convierte en un lastre para los objetivos de su acción política; y por lo mismo, lo negro es sólo un elemento referencial en su obra, entendido como una cuestión, llamémosle, de “detalle”.

La combinación de ambas actitudes, en la época republicana, determina un patrón de comportamiento que, en la práctica, asume los parámetros del enfoque reformista y, en el discurso, el enmascaramiento de la visión martiana.

LA REVOLUCIÓN Y LA IDENTIDAD

A pesar de la ruptura que la Revolución cubana significa respecto al estado anterior, no se observa una clara ruptura de principio respecto a las nociones que, sobre la identidad, profesa la nueva élite en el poder. Las nociones sobre la identidad han sido esencialmente las mismas. Las de Martí, sobre todo, en el discurso y en algunos momentos de su práctica. La facción revolucionaria en el poder es el resultado de una escisión en el seno de la élite anterior, y arrastra con ella la cosmovisión de la misma, su patrón de comportamiento. La promesa revolucionaria de restaurar el proceso constitucional de 1940 y de llevar a vías de hecho los preceptos constitucionales, pendientes de legislación –algo muy importante– si no eran postulados directamente conectados con el discurso de la identidad nacional, estaban indirectamente relacionados; era de suponer que una sociedad abierta, democrática haría aflorar los distintos intereses y visiones, que, en un proceso democrático pueden legitimarse; lo cual era una premisa para que los negros alcanzaran la voz. Sin embargo, después del triunfo, el proyecto revolucionario adopta, sobre el tema de la identidad, la parte más endeble del discurso martiano, cercenando la visión plura-

lista y democrática –no ausentes en el discurso martiano pero no es este aspecto– que había prometido.

No sólo se adoptó el aspecto reduccionista del discurso martiano, sino que se llevó a la práctica con una consecuencia pertinaz. Se eliminaron por decreto las manifestaciones exteriores de la discriminación racial (hoteles, playas, clubes) sin que con ello se atacara o se sometieran a crítica los valores eurocéntricos en que se fundamentaban. Atacaron los síntomas más que a la enfermedad. Pudiera decirse que, en el nivel de la conciencia cotidiana, seguían funcionando –sin crítica– las representaciones del primer Ortíz. El modelo del discurso martiano sirvió de base para decretar la igualdad: “revolucionario es más que negro, más que blanco, más que mulato”. A la vez, es el poder, en la figura del líder criollo totalmente absolutista –y por lo mismo más cercano a la mentalidad del plantador criollo que cualquier otro gobernante o régimen anteriores– quien define constantemente qué se entiende por “ser revolucionario”. Los negros son considerados iguales siempre y cuando todos los “detalles” para ellos importantes se sacrifiquen en aras de la unidad política alrededor de un partido y un líder auto-impuesto. Eliminando los factores externos de la discriminación, el régimen eliminó también las sociedades negras que, con todas sus limitaciones, eran un elemento que, en un régimen de auténtica democracia, tenían un potencial de organización con una base suficiente para desarrollar un movimiento de derechos civiles. Con un movimiento de este corte, los negros habrían podido lograr mucho más que lo que hicieron esas medidas revolucionarias. Mucho más que eso, habrían logrado como derechos lo que el régimen les ofrecía como prebendas.

Las medidas en sí, no tuvieron consecuencia jurídica alguna. De hecho en toda la historia jurídica del país no se legislaron criterios que permitieran medir y probar, ante las leyes, la discriminación de facto. El régimen, además, estaba imposibilitado de crearlas, pues su razón de ser está en sobredimensionar la discriminación –la política y de clase en este caso– sin eliminar la racial. Nunca una élite cubana en el poder eliminó de un plumazo y de la manera más sutil e inteligente la voz de los negros. Por vez primera en la historia republicana, los negros dejaron de estar organizados. Las sociedades de descendientes de españoles, hebreos y árabes no fueron suprimidas. ¿Por qué?

Acaso por ser los negros el único grupo social que objetivamente, a lo largo de toda la historia de Cuba, ha tenido una agenda de derechos civiles, sólo realizables –o sólo se pueden luchar por ellos– en un régimen de auténtica democracia. Además, es un grupo social que, interesado en el avance económico y social de sus miembros como grupo y como individuos, prefiere la economía abierta a la economía cerrada. La contradicción entre los negros y la antigua élite se expresaba, por una parte, por la pobreza que les limitaba el ejercicio de sus derechos civiles y el disfrute de beneficios sociales como la salud y la educación; y, por otra, por su apartamiento, eliminación como grupo, del ejercicio del poder político. Con la nueva élite la contradicción se basa en la ausencia total de participación como grupo en el ejercicio del poder político, y por la existencia de una economía cerrada que, a pesar de su capacitación profesio-

nal, los mantiene en el mismo *status* anterior. Habría que agregar los efectos de la memoria histórica que hacen que el sistema económico y político del totalitarismo rememore los métodos del régimen de plantación esclavista.

La exigua clase media negra, que lideraba a las sociedades, también comenzó a tomar el camino del exilio. Esta clase estaba, en el momento del triunfo revolucionario, alentando movimientos de derechos civiles y económicos en la misma dirección que lo haría el movimiento de derechos civiles norteamericano de aquel tiempo. Es de suponer que el movimiento cubano, con una tradición que venía desde el siglo XIX, hubiera resultado exitoso en un régimen de verdadero clima democrático.

La revolución, con sus medidas, apeló a los negros en el primer momento y las clases bajas negras respondieron. La apelación se debió al temor de que la alianza de la facción de la antigua élite con Estados Unidos pusiera en peligro a la naciente revolución. Así se buscó el apoyo negro, como Céspedes en su momento, de los que –careciendo de otro imaginario que no fuera Cubano tenían nada más que perder, momento (a) de la actitud de Arango. A la vez que les ponían un tapabocas a los “detalles” de los negros, con el pretexto de que se habían eliminado la discriminación, los utilizaban como carne de cañón. Lo que los negros pensaban adquirir mediante la lucha política, antesala de un proyecto económico y cultural de larga dimensión, se les otorgó –mínimamente– como un regalo del que tenían que estar agradecidos, y del que se esperaba una fidelidad. De nuevo se quedaban sin voz.

Ya en la década del 70, los negros se quejaban de discriminación y los jóvenes comenzaron a ver con interés el resultado de los movimientos de derechos civiles en Estados Unidos, mientras que el régimen los reprimía desde el momento que empezaron a plantear, aún dentro de la revolución, sus reclamos. El problema preocupó tanto al régimen que en la Plataforma Programática del Primer Congreso del Partido (1975), se plantearon cuotas de presencia negra. Que eran meras cuotas de presencia testimonial se hace evidente porque nunca se ha permitido que los negros expresasen sus problemas y reclamos específicos. Sin embargo, el régimen apeló en un momento determinado, por intereses políticos, al discurso orticiano. Tratando de justificar la presencia de tropas cubanas en África, el gobernante cubano expresó en público que los soldados cubanos no estaban allí por intereses políticos, sino por razones de hermandad ya que “somos un pueblo latino-africano” y que por nuestras venas –dijo– corría sangre africana. Justificar la participación en una guerra, no directamente conectada con los intereses de la nación, por vínculos de sangre no es lógico. No obstante, es la primera vez que una élite cubana en el poder declara públicamente ese otro lado de nuestra identidad, y establece vínculos con África dándole igual nivel de importancia –en aras de apoyar la política exterior soviética– que los vínculos primero con España, antes con Estados Unidos, o posteriormente con la Unión Soviética. Es destacable en este caso el uso del patrón de conducta tradicional, de usar a los negros y a nuestro lado africano, cuando son necesarios para determinados intereses políticos de la élite. Pero en este caso los africanos resultaron, al menos beneficiados, por la influencia que esta

presencia ejerció en la independencia de Namibia, la integridad territorial angoleña y el fin del régimen segregacionista de Suráfrica. Además de restablecerse un contacto que había sido cortado a finales del siglo XIX.

A la luz del discurso y la práctica de la revolución, habría que hacerle algunas preguntas al discurso de Ortiz, más allá del hecho evidente de la desvinculación entre *sustancia* (lo brotado) y *conciencia* (lo llovido), que su obra destaca.

- a) El peligro de confundir la cubanía con la ciudadanía (algo que Ortiz no confunde) puede conducir a un poder autoritario a autoproclamarse el administrador de la cubanía, como pretendió Arango y, de hecho, eliminar los derechos de miles de cubanos como ha ocurrido en el régimen actual y en los anteriores.
- b) La cubanía en el sentido orticiano es una percepción también criolla del proceso de nuestra identidad, que no destaca quien impone la síntesis, y cómo los mecanismos de la imposición están presentes en la síntesis misma.
 - ¿No sería la teoría de la mulatez, una forma más refinada del enmascaramiento que elevándola al *status* del ideal cubano, discrimina al blanco sólo en teoría, y al negro, en la teoría y en la práctica?
- c) ¿Puede definirse la cubanía más allá de indicar los mecanismos de un proceso?

EL EXILIO Y LA IDENTIDAD

La variante ideal de la visión de Arango y Saco, se dio fuera de Cuba. Las clases alta y media, desplazadas por el castrismo, se instalaron en Miami. Debido al hecho de que el grueso de los miembros de estas clases era blanco, y de que la clase media negra exiliada, en su mayoría, se instaló en el norte, se creó el espejismo o el sueño realizado de la sacarocracia criolla: los cubanos eran blancos. El sueño se había realizado, claro que fuera de Cuba. Muchos hijos ¡de cubanos! aún se preguntan si hay negros en Cuba, y hasta los norteamericanos del área se hacen la misma pregunta. Por otra parte, hubo una consolidación de las raíces españolas, producto del contacto familiar, el exilio en España y los viajes.

Para el cubano-americano criollo promedio el racismo es un problema de los americanos que los cubanos no han tenido nunca. Los negros que vinieron al exilio no vivían, sin embargo, en los mismos barrios que los blancos, y antes de las leyes de derechos civiles, sus compatriotas no les alquilaban. La comunidad negra cubana se ubicaba en una zona intermedia, Allapahatta, y en la medida en que dominaban el idioma inglés, se integraban a la comunidad negra americana o, en otras áreas, a otras comunidades latinas, o a ambas. Al parecer, la *unidad tensa* entre ambos grupos, hasta el momento, sólo es posible en Cuba.

Posiblemente ha sido el exilio quien ha introducido en los negros cubano-americanos el problema de la identidad. Los cubanos, negros y blancos, son clasificados en Estados Unidos como hispanos. El criollo, que siempre se ha sentido un hispano de carácter particular, no se siente molesto con la clasificación, aunque sea falsa; el negro cubano sí. La clasificación le tacha parte de su ser, lo diluye. Mientras no es negro en los documentos, sí lo es —con todas sus consecuencias— en la realidad. A modo de corrección, muchos negros cubanos se han clasificado en los documentos, con tal de ser negros, como afroamerica-

nos. La actitud es, además, reactiva. Mientras sus compatriotas no los asumían por la barrera infranqueable del color; del otro lado, la barrera del idioma es transitoria. De eliminarse las sospechas, pertenecen a las dos comunidades.

A partir de la oleada del 80, en el exilio se comenzó a resquebrajar esta concepción criolla de la cubanidad, en la medida en que, entre los nuevos exiliados, había en general matices de colores más variados; muchos se asombraban de lo oscuro que eran estos nuevos cubanos. La oleada de balseros también resquebrajó esta concepción, aunque en general, los balseros negros, en su mayoría sin parientes en el país, van al norte y al oeste. El derrumbe del comunismo y la desintegración de la Unión Soviética hizo pensar a muchos en la caída inminente del castrismo; y de nuevo, el problema de la identidad nacional comenzó a circular en el exilio y en la prensa. Los parámetros teóricos han sido los aquí analizados, haciéndose hincapie más en unos que en otros. También en La Habana. Pero, de modo esquemático, últimamente predomina en el exilio el enfoque martiano, y en La Habana, a nivel de discurso, el orticiano mezclado con el martiano.

El discurso sobre la identidad siempre ha sido un discurso blanco. En cuanto al negro, más que participar del discurso de *qué somos*, parece no interesarle tanto el problema ontológico como el jurídico: poner en blanco y negro los derechos y las reglas del juego.

Desde el punto de vista antropológico, el negro cubano ha sacado un resultado positivo de esta experiencia dolorosa, donde los criollos, tratando de definir la esencia del país, a primera vista, una preocupación lógica y epistemológica, han recurrido a recursos al margen de esta esfera, tales como la segregación, la discriminación o el paternalismo. A través de la experiencia de la esclavitud, la república excluyente y el totalitarismo castrista, los negros se han hecho universales a pesar de Cuba, si se tiene en cuenta la actitud de los negros cubanos ya avanzado el proceso revolucionario, e incluso antes: la aptitud de sentirse en –desde el punto de vista cultural– lo mismo en Madrid, en Lagos o Harlem ha sido el resultado. Experiencia de universalidad que no sé si todos los cubanos están aptos para practicar de manera vital.

Obras consultadas

1. ARANGO Y PARREÑO, FRANCISCO DE, *Discurso sobre la agricultura de La Habana y medio de fomentarla. Obras de Francisco de Arango y Parreño, T. I* Dirección de Cultura, Ministerio de Educación, La Habana, 1952.
2. SACO, JOSÉ ANTONIO, *Papeles sobre Cuba*, Ed. Nacional de Cuba, La Habana, 1962-1963.
3. MARTÍ, JOSÉ, *Obras Completas*, Artículos.
4. ORTIZ, FERNANDO, *Los negros Brujos*, New House Publishers, Miami.
5. *Estudios etnosociológicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991.
6. FERMOSELLE, RAFAEL, *Política y color en Cuba*, Ediciones Géminis, Montevideo, 1974.

Del cubano y la sociedad

“Os voy a referir una historia. Había una vez una república. Tenía su Constitución, sus leyes, sus libertades; su presidente, Congreso, tribunales; todo el mundo podía reunirse, asociarse, hablar y escribir con entera libertad. El gobierno no satisfacía al pueblo, pero el pueblo podía cambiarlo y ya sólo faltaban unos días para hacerlo. Existía una opinión pública respetada y acatada y todos los problemas de interés colectivo eran discutidos libremente. Había partidos políticos, horas doctrinales de radio, programas polémicos de televisión, actos públicos y en el pueblo palpitaba el entusiasmo. Este pueblo había sufrido mucho y si no era feliz deseaba serlo y tenía derecho a ello. Lo habían engañado muchas veces y miraba al pasado con verdadero terror. Creía ciegamente que éste no podría volver; estaba orgulloso de su amor a la libertad y vivía engreído de que ella sería respetada como cosa sagrada; sentía una noble confianza en la seguridad de que nadie se atrevería a cometer el crimen de atentar contra sus instituciones democráticas. Deseaba un cambio, una mejora, un avance, y lo veía cerca. Toda su esperanza estaba en el futuro... ¡Pobre pueblo!...”

Fidel Castro, *La Historia me absolverá*
Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983

LAS PALABRAS QUE SIRVEN PARA INTRODUCIR ESTE TRABAJO, provienen de aquellos lejanos y siempre presentes días de una década sangrienta en nuestra historia patria. Su autor, hoy Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República de Cuba, y Primer Secretario del Partido Comunista que es “la fuerza dirigente superior de la sociedad y del Estado” (Constitución de la República de Cuba, Capítulo I, artículo 5), describía de esta forma verdaderamente gráfica la situación de un país, Cuba, antes del –todavía lamentable– golpe de estado de marzo de 1952. El contexto en el cual fueron pronunciadas estas palabras es bien conocido: un juicio “secreto” en el hospital civil de Santiago de Cuba, donde el entonces incipiente líder de un movimiento armado hacía su autodefensa, acu-

Orlando Márquez Hidalgo

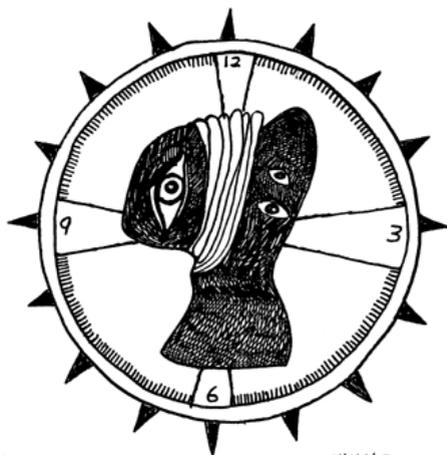
sado por haber atacado, para restablecer el orden y la Constitución de 1940, la fortaleza santiaguera conocida como Cuartel Moncada.

Es de notar esta descripción. El pueblo realmente había sufrido mucho, aún cuando existieran los canales adecuados para discutir, polemizar, denunciar y enmendar lo mal hecho, ejemplo vivo de lo que para muchos es la sociedad civil. Pero había un mal de fondo, un lastre pesado, una realidad de desentendimiento mayoritario. La falta de compromiso social flotaba sobre la hermosa Isla y aunque no faltaron nunca los pensadores, los cubanos ansiosos por impulsar hacia lo alto el orgullo y la dignidad nacionales, no era mucho lo que podían hacer, como mambises impotentes avanzando delante de una impedimenta inamovible, mientras pretendían enfrentarse a una realidad corroída pero sin aparentes resquicios para el asalto hacia la victoria, que no era otra que el avance de toda la república.

Creo, por otro lado, que nos faltaba tiempo. El tiempo ha sido siempre un factor importante en la historia de cualquier país, también en la nuestra y todavía lo es, aunque no lo percibamos así. Unas decenas de años pudieran ser suficientes para avanzar decididamente en la senda de la democracia, pero no en las condiciones de Cuba.

La joven república, adelantada en voluntad, academia y pensamiento, no había avanzado mucho en compromiso social. Cuatrocientos años de colonaje despótico, caracterizado periódicamente según el jefe de turno, hacen pensar más bien en el estilo personal, autoritario e incuestionable, para regular, exactamente definir las reglas por las que se regiría la vida nacional. De ese ambiente respiraron también nuestros libertadores. Abundan así, a lo largo de nuestra historia en el presente siglo, los ejemplos de hombres y mujeres mesiánicos, “elegidos”, caudillos y predestinados, “enviados” del bien, tropicales ángeles de guarda, “encargados” de salvar al país de los males que otros “ángeles”, considerados entonces “caídos”, habían traído. Aislados como isla geográficamente, aislados como individuos en nuestros actos sociales o políticos, el autoritarismo y la suficiencia en Cuba pocas veces han dejado espacio para el consenso, la diferencia, el voto dividido, la tolerancia interpartidista e intrapartidista, la crítica y el consejo, en fin, para la democracia.

Esto sin dudas sirvió para definir en buena medida nuestra experiencia democrática y, con ella, el pobre accionar cívico en los momentos decisivos de nuestra historia. En esos momentos se hizo patente el poco respeto existente por las instituciones democráticas, por parte de los fuertes, y la poca posibilidad de respuesta cívica, por parte de la sociedad civil. Era evidente desde entonces nuestra débil responsabilidad social.



Villalobo -
Nelson Villalobo

No menos importancia tiene el nacimiento maniatado de la república, con una enmienda impuesta que alteró la constitución y condicionó las mentes de la ciudadanía, especialmente las de las fuerzas políticas y civiles, convencidas –en la teoría y en la práctica– de que poco podía lograrse sin el beneplácito o aprobación del vecino del norte. Verdaderamente, es considerable la apatía social provocada por la cláusula plattista, cuya vigencia, expresó Jorge Mañach, “sirvió para debilitar la formación de una vigilante conciencia nacional”, con consecuencias que se prolongaron en el tiempo y que, de alguna manera, seguimos hoy arrastrando. Y si bien en 1934, con la firma de un nuevo tratado de relaciones entre Cuba y Estados Unidos, se deroga el derecho de intervención que establecía la Enmienda Platt y que había permanecido vigente desde 1903, en la práctica no desapareció del todo, principalmente en las mentes de las figuras políticas y económicas, y aún también en el pensamiento de amplios sectores de la población, tanto de la alta como media clase, obreros industriales y agrícolas. Representantes de todos estos sectores, opuestos años después al régimen marxista, expresarían públicamente su convencimiento de que la nueva situación duraría sólo el tiempo que desearan los EE UU. Nos acostumbramos a pensar que la solución de nuestros males vendría del exterior, principalmente del poderoso vecino inevitable.

Considero que la combinación de los dos factores enunciados anteriormente da una idea del por qué de nuestra débil –aunque existente– sociedad civil; así como de nuestra débil fuerza política, desgastada por la corrupción, las guerras internas, las desidias y el engaño al electorado. No faltó casi nunca la “injerencia extraña”, a la cual no supo oponerse la “virtud doméstica”, como enunciara Márquez Sterling. Cabe añadir, para enfatizar esta debilidad política, que entre los numerosos partidos tradicionales, no hubo ninguno capaz de considerarse mayoritario y llevar al poder por medio de elecciones a su candidato con absoluta independencia. Tanto M. M. Gómez, como Batista, Grau y Prío Socarrás, los cuatro presidentes elegidos por voto popular tras la derogación de la Enmienda Platt, necesitaron pactar con otros para lograr sentarse en Palacio.

Cuando la revolución llegó al poder y poco tiempo después tomó el rumbo inesperado que nos condujo hacia esta “etapa socialista-marxista-leninista-fidelista” (Mons. Carlos Manuel de Céspedes, “Promoción humana, realidad cubana y perspectivas”, Ponencia presentada en la Segunda jornada social católica, La Habana, noviembre 1994), la oposición de las fuerzas tradicionales fue grande, el desconcierto y el asombro mayor, pero la reacción, si bien adquirió carácter tanto pacífico como cruento, y tuvo cierta prolongación en el tiempo, demostró pronto su impotencia ante el empuje violento de la revolución a través de sus fuerzas de choque: los desposeídos del período anterior.

Las fuerzas políticas tradicionales no contaban con una amplia base popular. Si bien el nivel de vida de la población cubana, como demuestran las estadísticas de la época, era superior al de muchas naciones del continente, e incluso algunas europeas, no significaba que a las masas trabajadoras, importantes actores económicos, les hubiera correspondido también un protagonismo so-

cial importante. Ello facilitó el éxito del inesperado giro; y lo que había de ser una revolución humanista de restauración de las instituciones y garantías cuya desaparición había sido denunciada en el juicio del Moncada, se convirtió –no sin haberse vivido un breve período de felicidad y luna de miel entre lo viejo y lo nuevo– en un movimiento radical que barrió con todo lo anterior y propuso su sustitución del *anciène regime* por un nuevo programa, importado, ajeno a nuestra cultura. Y la “virtud doméstica”, débil antes, no estaba en condiciones de resistir. No podía. En su punto débil, su aislamiento de lo popular, fue atacada. Y mientras más aumentaba su impotencia más crecía el fuego abrasador de la revolución, y así, ante la violencia revolucionaria, cayó todo vestigio de oposición, fuera pacífico o violento.

No basta la existencia de nobles políticos, de honestos líderes sociales, sindicales o religiosos. El esfuerzo debe ser más amplio, y el compromiso debe ser asumido ampliamente entre los integrantes de la sociedad. Todos tienen un deber y todos tienen un derecho. La responsabilidad social, de modo extendido y universal, no es algo que nos haya caracterizado. No todos los pueblos la tienen, pero no en todos esa ausencia ha coincidido con las singulares circunstancias existentes en Cuba. Esta es una responsabilidad que debe conducir al respeto entre los contrarios, incluido el respeto a su dignidad como persona humana; la responsabilidad social implica necesariamente la aceptación de convivir en un orden moral adecuado, en el cual el logro del bien común sea propósito irrenunciable, cualesquiera sean las vías o ideales para lograrlo; donde el respeto a la ley y el respeto al cargo que se desempeña no sean pisoteados por el egoísmo individual o de grupo. La responsabilidad social conlleva también el deber de impulsar a todos hacia un compromiso con la comunidad, donde todos se sientan partícipes y constructores del espacio común. No hubo consenso político entonces y, sin éste, no hay democracia.

NUESTRO MOMENTO

Lo acontecido en estas cuatro décadas es bien conocido. Hoy la situación es especial. Ha quedado atrás el período romántico de la revolución. La máxima que condiciona la estabilidad político-social a la estabilidad económica también se cumple en Cuba.

Hablemos entonces de sociedad civil. Si alguien piensa en sociedad civil cubana, no debe establecer su base partiendo de otras experiencias, como las que se dan hoy en diferentes naciones latinoamericanas donde, ante el quebranto de las instituciones y pérdida toda confianza en los partidos políticos tradicionales, los nuevos movimientos políticos y sociales, nacidos de los barrios, de los sectores indígenas, intelectuales o económicos, liderados muchas veces por figuras inexpertas, se convierten en verdaderos protagonistas de las transformaciones sociales, no sin ser aupados, en ocasiones, por los medios de comunicación, aunque posteriormente puedan caer también por inexperiencia, por presiones o por debilidad, en la misma órbita de aquellos que antes denunciaron y se propusieron erradicar.

Nuestro caso es diferente. En Cuba se ha hablado de sociedad civil por estas

fechas, después de un prolongado silencio. En realidad el asunto, como describiera un intelectual del Partido comunista, “no fue objeto de atención por parte de las ciencias sociales cubanas durante un largo tiempo. En todo caso, los pocos análisis y comentarios que se dedicaban a este concepto lo veían como referido a dos planos posibles: la historia del ascenso y desarrollo de la sociedad burguesa...; o como un exclusivo ejercicio ideológico de ataque al socialismo...” (Hugo Azcuy, “Estado y sociedad civil en Cuba”, revista *Temas*, número 4, 1995). El mismo autor fue más lejos, y ante la aparente inminencia de las transformaciones sociales escribió –en pasado– que “el proyecto centralizador que significaba la incorporación de toda la población a unas pocas instituciones pudo funcionar en un modelo en el que también el producto económico y los servicios se distribuían centralizadamente...” Parecería que efectivamente ya no será más así, que esa etapa piramidal ha sido superada, que las instituciones creadas en el período revolucionario han perdido vigencia. Las nuevas relaciones económicas y sociales que aparecen hoy en Cuba demandan canales nuevos de expresión, más independientes y descentralizados, algo totalmente natural para personas como el citado autor, debido a “la pérdida relativa de la capacidad del Estado para resolver totalmente las necesidades de la población” (ibid), por un lado, y la pérdida de su absolutismo económico por otro.

Esto último refuerza aún más la tesis que considera normal e inevitable el resurgimiento de la sociedad civil. Pero independencia económica del Estado en Cuba significa mutación, transformación de la sociedad, de las relaciones, fin del igualitarismo y del paternalismo, resquebrajamiento de los mecanismos de control, a la vez que debilitamiento del esquema o patrón tradicional del estado socialista, a quien ya no correspondería satisfacer todas y cada una de las necesidades de la población, programar sus gustos y demandas, ni podría tampoco convocar como antes, cuando todos estaban bajo el control de las organizaciones de masas.

Permítaseme citar a otro intelectual y militante comunista cubano, investigador también –como lo fuera el anterior– del Centro de Estudios sobre América (CEA): “Cuando los actores políticos no pueden dar respuesta a todos los problemas sociales al macronivel, los actores sociales los buscan espontáneamente en el micronivel... Tal mecanismo responde a una dinámica recíproca entre los impactos de la coyuntura y el ejercicio decisonal y no puede sujetarse a un plan quinquenal ni a ningún dispositivo monolítico de planificación centralizada, cuyo dictum resultaría artificial... Es este escenario, conformado por la introducción progresiva del mercado, la legitimación de la desigualdad, la reducción de la capacidad de respuesta total de la esfera política conductora, los nuevos resortes de la informalidad, el restablecimiento de un espacio al individualismo, y la contradicción entre la ética del contrato y del provecho privado y la salvaguarda del bien común, el que da lugar a la revisión y recuperación de roles de la institucionalidad de la sociedad civil cubana, que apenas comienza a producirse, desde las organizaciones de masas revolucionarias hasta las organizaciones religiosas de todo género”. (Aurelio Alonso, “Catolicismo, política y cambio de la sociedad

cubana actual”, revista *Temas*, nº 4, 1995). Habría que añadir a estas organizaciones el sostenido movimiento disidente cubano. (En algún momento, durante este año, se celebró también, en la escuela del Partido “Nico López”, un seminario o taller para debatir sobre la sociedad civil.)

En efecto, durante las dos últimas décadas, un numeroso grupo de organizaciones, movimientos y partidos independientes del oficialismo han visto la luz dentro del país. Se habla de cientos de estos grupos. Se deduce que “buscan en micronivel” la solución que no da “el macronivel”. Hay entre ellos liberales, social-demócratas, demócrata-cristianos, martianos, marxistas, ecologistas, apolíticos por un arte independiente, cristianos militantes, santeros, ex-militares, ex-miembros del Partido y la Juventud comunistas, mujeres, hombres, adultos y jóvenes, profesionales y amas de casa, trabajadores y desempleados, algunos aplauden las presiones sobre el gobierno y otros las rechazan. Todos dicen buscar el bien para Cuba, y cada uno tiene su propia vía. Muchos han visto en el camino de la disidencia la vía hacia el exilio, otros un verdadero sacrificio arropado de incomprensiones, hostigamiento, prisión y hasta desgarramiento familiar.

Sus posibilidades de éxito son muy limitadas, pudiera decirse que prácticamente nulas. Quizás su mayor triunfo sea su propia presencia, su testimonio diario: están ahí. No hay espacio de acción libre para ellos y no lo habrá al parecer en un futuro inmediato.

La Constitución socialista que rige los destinos del país desde 1976, fue enmendada hace apenas cuatro años. En la versión inicial, en su artículo 7, se definían las organizaciones sociales y de masa que gozaban del reconocimiento oficial: “El Estado socialista cubano reconoce, protege y estimula a las organizaciones sociales y de masas, como la Central de Trabajadores de Cuba, que comprende en sus filas a la clase fundamental de nuestra sociedad, los Comité de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas, la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, la Federación Estudiantil Universitaria, la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media, la Unión de Pioneros de Cuba y otras que, surgidas en el proceso histórico de las luchas de nuestro pueblo, agrupan en su seno a los distintos sectores de la población, representan intereses específicos de éstos y los incorporan a las tareas de la edificación, consolidación, y defensa de la sociedad socialista” (Constitución de la República de Cuba, Edición Oficial, Ministerio de Justicia, 1977).

En la versión revisada de este artículo 7 se han eliminado algunos términos, como “protege”, así como los nombres propios de las organizaciones sociales y de masas, ya no se enuncian, no se privilegian sobre otras, pero el resto del párrafo permanece inalterable. Las organizaciones reconocidas siguen siendo aquellas que se comprometen en “las tareas de la edificación, consolidación y defensa de la sociedad socialista” (versión enmendada de la Constitución, Editora Política, La Habana, 1992). Es evidente que no era necesario enunciarlas, pues las reconocidas son sólo las que trabajan por mantener la estructura social existente y están, por demás, encabezadas la mayor parte de ellas por un alto funcionario del Partido o de la Juventud Comunista.

Tal vez, la no enunciación directa de las organizaciones reconocidas por el gobierno pudiera ser interpretada como un posible margen de acción para los grupos independientes, al menos para aquellos que se identifican con las corrientes socialistas o marxistas, pero con una interpretación distinta a la oficial. Sin embargo, la realidad es diferente. En su discurso del 23 de marzo del presente año ante el v Pleno del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, el General de Ejército Raúl Castro, Primer Vicepresidente de los Consejo de Estado y de Ministros, Segundo Secretario del Partido Comunista y Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, se refirió así al tema de la sociedad civil: no es la que refieren en Estados Unidos, sino la nuestra, la sociedad civil socialista cubana que componen nuestras potentes organizaciones de masas (CTC, CDR, FMC, ANAP, FEU, FEEM e incluso los pioneros), las sociales, que como es sabido agrupan entre otros a los combatientes de la Revolución, a economistas, juristas, periodistas, artistas y escritores, etc., así como otras ONG que actúan dentro de la legalidad y no pretenden socavar el sistema económico, político y social... a la vez que... junto al Estado revolucionario persiguen el objetivo común de construir el socialismo” (Gral. Raúl Castro, Informe del Buró Político al v Pleno del CC del PCC, *Encuentro*, nº 1, verano de 1996). De modo que el margen operativo legal para agrupaciones o movimientos independientes del Estado que buscan incidir socialmente es, puede decirse, nulo.

Más aún. Al hacer referencia a otras instituciones, como el Centro de Estudios de América y el Centro de Estudios Europeos, directamente vinculados al Comité Central del PCC, alguno de cuyos miembros comenzaban a pronunciarse de un modo u otro por el restablecimiento de una sociedad civil ampliada, tal como queda dicho anteriormente en este trabajo, el Gral. Raúl Castro fue enfático al afirmar: “Es necesario que el Partido culmine un análisis a fondo... y acabemos por establecer una política única, consecuente y sin blandenguerías...”

Es de destacar que este punto del informe estuvo enmarcado en una exposición mucho más amplia, en la cual se destacaba el papel del tan mencionado Carril 2; de la ley Torricelli, así como la Ley Helms-Burton, entre otros elementos condicionantes de la intolerancia oficial respecto a cualquier elemento que pueda quebrar la estructura existente. No es un secreto que un propósito que cobra fuerza creciente en la política de Estados Unidos respecto a Cuba, es precisamente el fortalecimiento de la sociedad civil cubana... para enfrentar al Gobierno.

Es un error intentar potenciar la sociedad civil para oponerse, como si en ello terminara y quedara agotada su razón de ser. La sociedad civil fuerte es un medio para lograr la salud de una nación, para comprometer a los ciudadanos a la obtención del bien común, para garantizar el futuro de un pueblo, de su cultura y la reafirmación de todos sus hijos en su nacionalidad. Una pretendida sociedad civil, surgida para destronar un gobierno, tal vez tenga éxito en esa empresa, pero morirá después de haberlo logrado si entre sus objetivos no comprende de antemano la inclusión de todos los hijos de ese pueblo en un

proyecto a largo plazo, si no ha pensado que lo primero es el hombre, que es al hombre a quien se debe transformar para que éste a su vez transforme la sociedad, más allá de los esquemáticos moldes de capitalismo y socialismo, en una sociedad plural, abierta, respetuosa de todos, celosa de su independencia nacional y de la dignidad de todos sus hijos, una comunidad humana en la cual el principio, el sujeto y fin de toda las instituciones sociales sea la persona humana (constitución dogmática *Gaudium et Spes*, 25,1), superior a las ideologías, los partidos, los grupos financieros o los modernos intereses globalizantes.

LA IGLESIA

Llegados a este punto, se hace necesario dar una visión eclesial sobre la situación cubana actual y el trabajo pastoral, irrenunciable, que la Iglesia puede hacer en ese contexto.

Hace varias semanas, una delegación de la fundación estadounidense ARCA visitó Cuba, coincidiendo con la celebración del ya mencionado V Pleno del CC del PCC. En un encuentro con funcionarios del Gobierno cubano, uno de los miembros de la delegación manifestó su interés y cierta preocupación por la lectura intolerante que es posible hacer del informe del Buró Político. El funcionario interpelado asintió al respecto, añadiendo seguidamente (cito libremente): “pero vea usted que no se ha mencionado a la Iglesia”, de lo cual podríamos deducir que “el problema no es con la Iglesia”. Ciertamente no se le menciona, pero tampoco se le reconoce entre aquellas instituciones o asociaciones que componen la “sociedad civil cubana”, lo cual, por otro lado, no es una contradicción dentro del sistema social imperante, pues la Iglesia no tiene entre sus “tareas” la “edificación, consolidación y defensa de la sociedad socialista”, como define el artículo 7 de la Constitución vigente.

Por otra parte, el modelo que prevalece en Cuba hoy no es precisamente lo que la Iglesia considera como el ideal de la sociedad civil.

Suelo afirmar, ante conocidos y desconocidos, que por parte de la Iglesia todo ha quedado dicho, con respecto a la situación cubana actual, en la carta pastoral “El amor todo lo espera” del año 1993. Pero también antes se había pronunciado, de forma individual o colectiva, a través de sus obispos, desde los años iniciales de la Revolución, cuando era evidente el rumbo marxista que tomaba el nuevo gobierno revolucionario, el cual no dejó ya espacio para restablecer una “opinión pública respetada”, la discusión pública de los problemas políticos, los partidos políticos, las “horas doctrinales de radio”, los “programas polémicos de televisión” y otros elementos de la sociedad cubana tradicional que habían desaparecido bajo la dictadura de Batista y habían sido denunciados por el propio Fidel Castro en el juicio del Moncada. Estos pronunciamientos eclesiales, en estas cuatro décadas, han sido tanto de carácter privado como público, no es cierto que haya habido silencio, al menos no de forma absoluta.

Es cierto que la Iglesia fue golpeada duramente, perdió protagonismo e influencia social. Padeció con el padecimiento de sus hijos, fueran laicos, religiosos, religiosas, sacerdotes u obispos; pero en honor a la verdad, debo decir, que mantuvo, y mantiene hoy, su independencia frente al Gobierno: no hubo

influencia estatal en los asuntos eclesiales, ni para nombrar obispos, trasladar sacerdotes o censurar homilías. No lo destaco como un mérito gubernamental, es lo normal; pero esta normalidad que en otras partes se violentó, fue respetada en Cuba. Lo que no ha ocurrido, sin embargo, con otros muchos aspectos de la vida eclesial, con la persona privada de sus miembros, con sus propiedades y sus derechos.

¿No comprende el Estado cubano que la Iglesia tiene una función social? ¿Tal vez lo comprenda pero su constante actitud defensiva no le permite aceptar esa vocación irrenunciable de la Iglesia? ¿No admite o no comprende que todo miembro de la Iglesia se siente motivado, por su propia vocación cristiana, a esforzarse por el logro de la justicia y lo manifiesta mediante la profesión de su fe? ¿Qué, si no, puede motivar a laicos, como Oswaldo Payá, a interesarse en la vida política cubana? ¿O a Dagoberto Valdés, laico interesado en la cuestión social y en la formación de la comunidad en la fraternidad y el respeto? Cada uno con proyecciones y aspiraciones sociales diferentes, actúan dentro de la legalidad, por lo que entienden, desde su vocación cristiana, es mejor para el país.

De cualquier forma, el ideal de sociedad que propugna la Iglesia es éste de “El amor todo lo espera”: “... el desarrollo de una sociedad se alcanza cuando ésta es capaz de producir mejores personas, no mejores cosas; cuando se mira más a la persona que a las ideas; cuando el hombre es definido por lo que es, no por lo que piensa o tiene” (nº 53). En el mismo documento se invita a eliminar lo que se considera “algunas políticas irritantes”, entre ellas, “el carácter excluyente y omnipresente de la ideología oficial” que identifica por igual Patria y socialismo, Estado y Gobierno, cubano y revolucionario” (nº 47); “las limitaciones impuestas, no sólo al ejercicio de ciertas libertades, lo cual podría ser admisible coyunturalmente, sino a la libertad misma”, etc., manifestando que, un cambio en este sentido, conduciría al país hacia una sociedad más amplia, más sana y pluralista y “hacia la consolidación de un estado pleno de derecho” (nº 48).

La vía que propone la Iglesia para lograr esto es el diálogo. No puede ser otra. Un diálogo entre cubanos, sin distinción, y la promoción de canales adecuados para la participación en todas las escalas de la sociedad, según el principio de subsidiaridad, porque “ni el Estado ni ninguna sociedad más amplia deben suplantar la iniciativa y la responsabilidad de las personas y de las corporaciones intermedias” (Catecismo de la Iglesia Católica, nº 1894).

La Iglesia, inmersa en nuestra realidad social, algo puede hacer a través de sus instituciones de servicio, de sus movimientos y de sus diferentes comisiones pastorales. Pero debe distinguirse entre Iglesia y otras fuerzas políticas o cívicas que existen en Cuba. Si bien la Iglesia como institución permanece sólida e independiente frente al gobierno cubano, no se debe ver en ella al partido de oposición, ni tampoco a la encargada de llenar el vacío de sociedad civil independiente que existe en Cuba. La Iglesia tiene funciones sociales que le son inherentes por naturaleza, no por coyunturas sociales, y su misión es el anuncio del evangelio que transforme el corazón del hombre, para que este sea capaz de crear y desarrollar una civilización de justicia y de amor, al mis-

mo tiempo que reconoce el derecho y el deber de los laicos a participar en la vida política o social. En este sentido no es poco, aunque sí muy limitado, el trabajo de Cáritas, extendida ya a los barrios a través de las Cáritas parroquiales; funcionan también los movimientos eclesiales como el de Trabajadores Cristianos, el Familiar cristiano, el Estudiantil Universitario. Nunca faltan las dificultades, pero en ello precisamente radica su valor. También de gran incidencia social es el trabajo de la Pastoral carcelaria, tan importante como difícil, muy vinculado al ciudadano común preso o a sus familiares pues no siempre es posible el acceso al detenido.

Quisiera detenerme en este punto para hablar de un trabajo que considero válido y meritorio, verdadero ejemplo de lo que se conoce como articulación entre el macro y el micronivel, como componente de una sociedad amplia.

Un católico pinareño, ex-presos político, en 1989 logró crear una entidad que sin dudas le habrá tomado varias noches de insomnio, se le conoce como Hermandad Ayuda al Preso y sus Familiares. En los inicios, se trabajó para ayudar sólo a presos políticos, hoy su campo se ha ampliado, ha dejado de ser parcial, se ha abierto a toda categoría de confinados. ¿Qué es? Tan sólo un vehículo de servicio para aquellos sancionados por las leyes: un canal de ayuda material y apoyo moral al preso y sus familiares, movilizándolo a la comunidad. Todo ello abiertamente, sin secretos –aunque con la discreción de una cristiana modestia– sin movimientos clandestinos. Sus estatutos prohíben la acción política partidista, porque lo considera ajeno a su actividad estrictamente caritativa.

Su inspiración es cristiana; no es proselitista, pero exige que sus miembros sean cristianos prácticos y su lema es tomado del evangelio: “Porque tuve hambre, y me dieron de comer...; estaba enfermo, y me visitaron; preso, y vinieron a verme” (Mt 25, 35-36). En la actualidad mantiene estrechos vínculos con la Comisión diocesana de pastoral carcelaria y participa en el Consejo diocesano que preside el Obispo de la Diócesis. Pensemos en el lema que lo inspira. Son palabras de Jesús anunciando cómo habrá de ser el Juicio final, donde no preguntará por los honores personales logrados, ni por las batallas ganadas, ni por la ideología profesada, ni siquiera por el número de conversiones logradas. Según el Evangelio de San Mateo, Jesús sólo se interesará por lo que cada hombre haya hecho a otro hombre.

EJEMPLO A CONSIDERAR

Considero que la Hermandad ha alcanzado cotas elevadas, y ha palpado, desnuda de ideologías y corrientes políticas antagónicas, la tersura de la verdadera libertad: la libertad del espíritu. La libertad, en su expresión humana, nos es necesaria, ¡y cuánto! Se le compara incluso con el aire que respiramos. Pero la libertad del espíritu es el apéndice nasal, sin ella no disfrutaremos del aire; nuestra angustia nos resultará crónica; nuestros propósitos siempre por alcanzar; el enemigo político no será jamás un digno contrincante, sino obstáculo que debemos aniquilar; la lucha no será por el bien común, sino por el bien del grupo; el consenso social puede ser enterrado; la pasión aplastará a la razón.

No he venido aquí a dar catecismo a los exiliados, tan hermanos como los que están en Cuba. Pero espero sepan comprender que, como cristiano, no puedo dejar de anunciar la liberación cristiana, me está prohibido. ¡Y cuánto disfruto de que así sea! Dejémosnos interpelar por Jesús en cada uno de nuestros actos, especialmente en aquellos donde podemos poner en juego el destino de millones de personas. Y si Jesús, lamentablemente, resultara demasiado lejano, entonces que nos interpele la humanidad, la cual debe ser no sólo inspiración para nuestros actos, sino también espejo donde nos veamos reflejados.

Como cubano, les diré que sufro el día a día como otros hijos de esa tierra y todo cuanto pueda padecer nuestra insatisfecha nacionalidad. Sufren los del exilio, lo sé, y sufren los que han exiliado su corazón dentro de Cuba. Ante el sufrimiento no hay otra tarea que hallar el remedio, y el remedio, es mi opinión, llegará con la capacidad de renuncia personal, con la conquista primero de la libertad del espíritu, para abrir las puertas al contrario que quiera levantar la nación de todos.

No es romanticismo tardío, ni utopía decimonónica. Es la asombrosa valentía que los medios de comunicación nos dan noticia desde el Medio Oriente, amenazado hoy por grupos de intolerantes, o desde Johannesburgo. ¿Somos menos capaces los cubanos? No lo creo: en cierta forma lo demuestra la Hermandad de Ayuda al Preso y sus Familiares.

CONSIDERACIONES FINALES

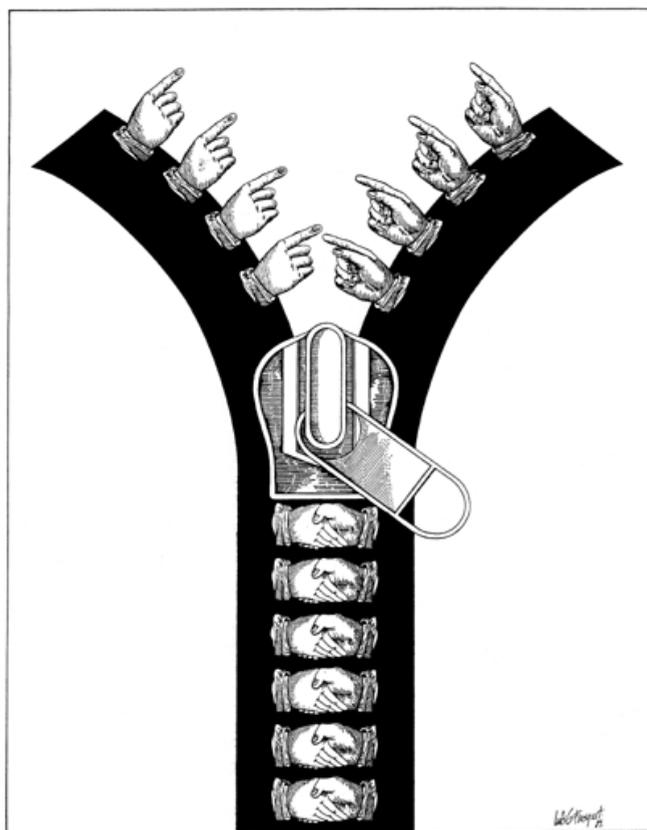
1. Es bueno reconocer nuestra débil experiencia en la responsabilidad civil, y por tanto, nuestra pobre experiencia democrática durante la primera mitad de este siglo. Un mayor respeto hacia las libertades y derechos de los ciudadanos habría ayudado a la ciudadanía a asumir con mayores fuerzas su responsabilidad social. No culpo a ningún cubano porque no haya sido así. Nos faltó tiempo para madurar nuestra nacionalidad.
2. Las intervenciones extranjeras en los asuntos cubanos sólo deben ayudar a implementar una estrategia desarrollada por los propios cubanos. Ciertamente que somos parte de una comunidad internacional, y las sugerencias y consejos no deben ser subestimados, especialmente cuando no se dan dentro de un país las condiciones necesarias para el entendimiento de las partes y la convivencia de los diferentes pensamientos sociales o políticos. En los últimos tiempos se ha visto una mayor incidencia de los organismos internacionales en los conflictos internos de determinados países, lo cual refuerza la tesis de la interdependencia global, aunque, lamentablemente, esta incidencia o preocupación internacional se somete a intereses económicos por sobre los intereses que atañen a la dignidad humana; si los Balcanes fueran ricos en petróleo, la rápida intervención que vimos en el Golfo Pérsico se hubiera repetido en la antigua Yugoslavia. Si Cuba fuera rica en recursos naturales estratégicos, ¿cuál habría sido la política de los fuertes respecto a nuestro país? No podría responder y no gusto de las especulaciones, pero recuerdo con amargura cómo los cientos de muertos de Tiananmen, por demandar reformas políticas, no constituyen obstácu-

lo para mantener relaciones políticas y económicas con el gobierno que ejecutó la matanza.

3. El propósito de estimular una mayor responsabilidad social en Cuba, de donde quiera que provenga, debe estar dirigido a la persona concreta, sujeto de la transformación y perfeccionamiento social. Cualquier intento por potenciar una comunidad humana con el objetivo único de oponerse a un régimen establecido, difícilmente escapará de los intentos manipuladores. Podrá tener éxito inmediato, pero no prepara al hombre para un mañana más venturoso.
4. La experiencia vivida en Cuba, y por los cubanos, en las últimas décadas, ha de ser asumida con responsabilidad y sin prejuicios temerosos que nos indispongan para la concertación y el diálogo futuros. Debemos mirar al pasado, y al presente, para aprender y no repetir los errores. El odio no se borra con odio, ni desaparece el dolor por la acción vengativa. Los extremos opuestos no deben olvidar, por otro lado, a una multitud que ha sido considerada masa, pueblo, grupo de hombres a dirigir, cuyos intereses no son siempre consultados ni se corresponden necesariamente con los de los oponentes, sin dudas los más influyentes y los de mayores posibilidades de incidir y, por el mismo hecho, los más responsables. La experiencia revolucionaria es una realidad de nuestra historia. Revolución..., término de tan variadas interpretaciones como mentes se aventuren a definirla. Esta de 1959 no fue la primera, los revolucionarios han existido a lo largo de todo nuestro siglo y desde antes también, pero ésta ha sido la más radical y pienso que sea la última. Sus postulados ideológicos corresponden a un momento histórico y un momento es sólo eso, un momento, un fragmento de tiempo vivido que conforma parte de la historia pero no define necesariamente una ruta invariable e incuestionable para las generaciones que le suceden. Para muchos cubanos de dentro de la Isla, revolución significa educación y medicina gratis, todo cuanto se puede demandar a la vida; para otros, revolución tiene otro significado, no se detiene en estas satisfacciones humanas, pues su costo material, humano y espiritual ha sido muy alto, tanto que no debe costar más. A las generaciones futuras corresponderá juzgar con mayor certeza este momento nuestro, y en ese juicio seremos incluidos también nosotros. Esta experiencia, por dolorosa o traumática que sea, es nuestra, no será la de otros. Hay siempre en el dolor de los hombres un misterio indescifrable, un misterio que no comprendemos por mucho que nos esforcemos en hacerlo; pero el dolor no nos debe paralizar. Si la revolución ha sido para muchos cubanos de hoy ese misterio indescifrable —que para otros ha sido lo contrario— ello no debe sin embargo limitarnos en nuestra búsqueda de soluciones, ni conducirnos a una interpretación enajenante que nos haga vernos inferiores ante otras sociedades. No hemos sido los únicos que han conocido una revolución de tipo radical. Tal vez corresponda a las generaciones futuras comprobar, mejor que nosotros, aquella tesis de Crane Brinton que defiende cierta paradoja en las revoluciones. Para Brinton, “las sociedades débiles y decadentes es-

tán libre de revoluciones;... las revoluciones son, perversamente, un síntoma de fortaleza y de juventud en las sociedades” (Crane Brinton, *Anatomía de la revolución*, Ed. Aguilar, 1958).

5. La Iglesia, única institución presente en los quinientos años de historia cubana, no debe ser desoída. La acompañan dos mil años de accionar en la humanidad, no tiene prejuicios sociales ni persigue metas políticas. Es Madre y Maestra, y cuando no ha sido así, es porque sus hijos no la han querido escuchar, le han tapado la boca. Para ella el hombre es anterior a las ideologías y está en mejores condiciones de interpretar el paradigma cubano actual.
6. El tiempo, que tiene su tiempo, cuenta con los hombres y debemos prepararnos para ello, pensando y actuando sobre la conciencia nacional de los que se llaman cubanos, desbrozando el camino hacia una sociedad que nos abrace a todos, que –si bien se alimenta en el pasado– no pretenda regresarnos atrás, que no olvide el presente, y mire hacia adelante, hacia una sociedad transformada porque los hombres se han transformado.
7. Tengo fe en el futuro de Cuba y quiero tener fe en que las generaciones presentes podamos preparar ese futuro.



Luis G. Fresquet

Notas para una historia del catolicismo cubano contemporáneo

Manuel Fernández Santalices

I

EN LA CULMINACIÓN DEL SIGLO XIX COMENZÓ EL ÚLTIMO acto de la Cuba colonial con la independencia de la Isla, una causa por la que habían luchado los cubanos a lo largo de casi toda la centuria. La “Guerra de independencia”, que el patriotismo, autoridad moral y la inteligencia política de José Martí lograron que fuese realidad con el apoyo del valor y la capacidad estratégica de Antonio Maceo y Máximo Gómez, se inició signada con una sólida declaración de principios, el “Manifiesto de Montecristi”, y la autoridad que le prestaba la presencia de tres jefes insurrectos infiltrados en territorio de la Isla. Incluso la muerte de Martí, poco tiempo después, dio a la epopeya un sentido de oblación casi sagrado.

La Iglesia española no mostró ninguna comprensión hacia los deseos de los cubanos, empapadas como estaban la Iglesia y la Corona de un integrismo hispano-católico que veía la secesión de los territorios coloniales de América como poco menos que una herejía y en todo caso una grave infidelidad.¹ Los obispos de la Península se dedicaron a la triste tarea de enviar tropas de voluntarios a Cuba para aplastar la “insurrección”. Los de Cuba tampoco entendieron unos anhelos de independencia que se planteaban con la mayor generosidad y nobleza. De los dos obispos de la Isla, el de La Habana, que regía eclesiásticamente su mitad occidental, tuvo la desgraciada iniciativa de conceder que las iglesias de su diócesis fuesen utilizadas por el ejército español para fortalezas. Sólo al final tuvo palabras

¹ “Alto ejemplo de patriotismo están dando los obispos españoles al promover en sus diócesis respectivas la formación de batallones de voluntarios que defienden en Cuba la integridad de la patria, el honor de la bandera y con ello la fe de nuestros mayores...” (“Blanco y negro”, Año VI, N° 262, Madrid, 9 de mayo de 1896)

comprensivas para los cubanos en armas. El arzobispo de Santiago de Cuba, menos intransigente y más piadoso, intentó por lo menos detener aquella lucha pidiendo al Capitán General español la capitulación de la plaza.

Todo esto a despecho de que el Pontífice romano entonces reinante, León XIII, que al parecer *in pectore* guardaba simpatías por los anhelos de los beligerantes cubanos, aceptó llevar a cabo una mediación, a instancias de Alemania, en el conflicto de la Isla. Los españoles, exhaustas sus tropas, aceptaron una tregua, pero los cubanos, que seguramente no querían pasar por otro “Zanjón”, se negaron a dejar la lucha, aunque para entonces ya había caído en el campo de batalla otro de los tres grandes jefes insurrectos, Antonio Maceo.

La Providencia de los gobiernos norteamericanos sobre la Isla era más que ambigua y los sucesos que apoyaron la intervención de sus tropas en la guerra hispano-cubana resultaron misteriosamente sospechosos. Esta ocurrió cuando la guerra estaba moralmente ganada por los cubanos y tácticamente habían logrado éxitos espectaculares.

La fuerza de los efectivos en la intervención norteamericana precipitó las cosas y España fue derrotada. Imperó la *pax americana* con olvido casi siempre del heroísmo de los cubanos.

Al final se supo que buena parte del clero nativo había apoyado la insurrección cubana al precio de prisión, muerte, destierro y penas canónicas.

II

La reorganización de la Iglesia católica en Cuba a partir del final de la guerra hispano-cubano-norteamericana con la capitulación de España como potencia colonial y el establecimiento de un gobierno intervencionista norteamericano, la situó en una perspectiva ciertamente difícil e incierta. Si por una parte se vio liberada de las interferencias que le suponía el Patronato regio español, una reestructuración dentro de esa situación de “independencia” debería contar con las coordenadas políticas que la intervención armada, a última hora, de los Estados Unidos hacía presentes. Es evidente que la Santa Sede debió elegir entre dos posibilidades: la que le pedían los sacerdotes cubanos en su Manifiesto²: constituir una Iglesia de carácter nacional, y la menos viable de una pro-norteamericanización. Sólo así se explican los nombramientos de obispos estadounidenses, de un prelado italiano avezado en las lides diplomáticas con Norteamérica por su posición, y de un Delegado Apostólico para Cuba que, aunque de origen francés, había estudiado la carrera eclesiástica en EE UU y llevaba años de obispo de la Iglesia estadounidense. Aparte de que todo ello sirviese para negociar con el Gobernador norteamericano, sobre todo las indemnizaciones económicas a la Iglesia de Cuba por los bienes incautados durante la vigencia española de las leyes desamortizadoras, pronto se vio que el destino de la Gran Antilla era marchar hacia el *status* de una Repú-

² Manifiesto del clero cubano nativo al M.H.P. de la R.C., Habana y septiembre de 1898. Impreso en Key West, Fla., U.S of A.

blica independiente, aunque de momento con apéndices constitucionales que la limitaban enojosamente. Así, posteriores designaciones episcopales “cubanizaron” la Iglesia. Pero los nombramientos para las dos diócesis ya existentes y las cuatro de nueva creación, resultaron un tanto erráticos e inestables, aunque a veces por motivos aleatorios.

En esta Iglesia, que padecía escasez de clero debido a las crisis del siglo anterior y la clausura temporal de los seminarios, nacen, por iniciativa de algunos religiosos y laicos clarividentes, las instituciones católicas laicales que darían una fisonomía particular y la consecuente vitalidad a la Iglesia cubana. Los católicos habrían de afrontar un anticlericalismo tenaz, unas veces difuso y en algunos casos orgánico, que hundía sus raíces en un pasado régimen hispano católico-integrista caracterizado así con mayor fuerza durante los treinta años de las luchas cubanas por la independencia.

III

A partir de 1940 el Episcopado cubano se estabiliza. Con los nombramientos de nuevos preladados para Pinar del Río y La Habana, se constituye, con permanencia, uno de los Episcopados más brillantes y activos de la historia eclesial de Cuba. Y fue precisamente este Episcopado el que creó y puso en marcha en Cuba la Acción Católica, incorporándole movimientos laicales creados en décadas anteriores.

Esta etapa eclesial coincide con el segundo período constitucional de la República; después del septenio de incertidumbre política que siguió al derrocamiento en 1933 del Presidente Gerardo Machado. Por primera vez los obispos hacen una declaración colectiva dirigida a los delegados a la Asamblea Constituyente, y las asociaciones laicales se movilizan conjuntamente para que por su voz fuese tenida en cuenta la opinión católica en la redacción de la nueva Carta Magna.

En este estado de espíritu crece el organismo eclesial a través de las instituciones educativas y por el aumento de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Los laicos asumen la conciencia de su misión participativa en la organización de la sociedad, también por la vía política, a despecho de una cierta opinión liberal-laicista y secularista a ultranza que pretendía negar la sal y el agua a los católicos cuando, como tales, reclamaban su derecho a una intervención civilista en los asuntos de la sociedad.

IV

Cuando una segunda crisis se produce en la mitad del siglo con el golpe de estado de Fulgencio Batista en 1952, los católicos ya están maduros para mostrar una sensibilidad en los asuntos de Estado. Les faltó, sin embargo, una comprensión más cabal por parte de la Jerarquía de la Iglesia y de sectores del catolicismo, que no dejaron de rodear con suspicacias alguna legítima acción política laical. Sin embargo, esos mismos obispos levantaron su voz responsablemente para denunciar una situación dolorosa de lucha civil que resultaba insostenible moralmente.

Se iniciaba así una larga etapa, aún no concluida, en la que todo el catolicismo, jerarquía, clero y fieles –quiso hacerse presente con los altibajos propios de una acción profética– que a menudo era mal comprendida o interesadamente rechazada.

V

La difícil relación de la Iglesia católica con el régimen revolucionario implantado en 1959, ha sido y es más que una simple confrontación ideológica entre contrarios. La naturaleza de ambas instituciones ha hecho que esta relación tenga motivos de interés en la observación de la dialéctica de los hechos históricos que se pueden contrastar y que en gran medida son incomparables con otros aparentemente similares.

Una voluntad de permanencia de la Iglesia católica, por su irrenunciable deber de predicar el Evangelio *ad gentes* y en toda ocasión, ha hecho que sea ella la única institución sobreviviente en un mapa social que tiene borrado todo vestigio institucional del pasado. Pero su presencia no es ni pasiva ni de erizado enfrentamiento; está situada “en medio de su pueblo” con vocación de anuncio salvador, como una instancia que quiere discernir los signos de cada tiempo para también intentar humanizar la vida social.

Por su parte, el régimen revolucionario implantado casi desde sus inicios bajo la inspiración de unos principios llamados “marxistas-leninistas”, calcados de textos canónicos y de unos regímenes que se habían establecido en otras latitudes, postulaba el ateísmo como confesionalismo de Estado y buscaba la supresión de todo vestigio religioso como rémora de un pasado de explotación capitalista.

Un elemento añadido a esta relación dialéctica en el escenario cubano es que ambas instancias han ensayado una adaptación de sus respectivas actitudes al compás de cambios operados a escala universal, aunque sin renunciar a principios fundamentales. Un buen observador podría notar las líneas tensionales que pautan los diversos tiempos.

Algún comentarista afecto al régimen señaló en cierta ocasión que la Iglesia católica en Cuba actuaba en zig-zags. Sin embargo, pueden apreciarse también los vaivenes de una política de Estado que tiene siempre presente su voluntad de desvalorizar todo lo posible la presencia de la fe cristiana en la sociedad cubana. Y puesto que debe tolerarse transitoriamente esa presencia no deseada, opta por la política un tanto rudimentaria de “el palo y la zanahoria”, para dar tiempo al tiempo.

Pero parece evidente que a despecho de todo esto, la Iglesia, puesto el oído y el corazón en un pueblo que sufre las consecuencias de alternativas político-económicas en el escenario mundial próximo y remoto, sigue su acción profética de anuncio y denuncia, ofreciendo a la vez un espacio de humanización en la vida de sus comunidades de fe, sin sombra de oportunismo.

VI

La elevación en 1994 del arzobispo de La Habana a la dignidad cardenalicia –el segundo Cardenal cubano– parece culminar un período que se inició con

la promulgación, en septiembre de 1993, del Mensaje de los obispos de Cuba: “El amor todo lo espera”. El mismo Cardenal Ortega lo dejó dicho en su homilía en la eucaristía con la que se celebró su regreso de Roma ya revestido de la púrpura: “Se abre ahora una *nueva etapa...* en este andar de la Iglesia en Cuba hacia el tercer milenio de la era cristiana”. Y aunque el régimen haya guardado un sospechoso silencio sobre los últimos acontecimientos relacionados con la Iglesia católica en Cuba, y al acto de recibimiento del neo-Cardenal haya enviado a la vice-Ministro de Relaciones Exteriores, al parecer con la intención de situar el nombramiento en el terreno de las relaciones entre Estados, no es posible que en su fuero interno el gobierno ignore la importancia de esta inflexión en las relaciones de la Iglesia con el Estado. Ambas instancias saben que están condenadas a entenderse en el espacio social común de la Nación. Pero es evidente que la Iglesia no parece dispuesta a volver a escuchar cantos de sirena, sino a seguir siendo voz profética que, en opinión del Cardenal Ortega, recuerde a todos, “sea a los más sencillos o a los de algún rango social, a la sociedad entera o a sus miembros gobernantes, que cada uno debe hacer lo que le corresponde por el bien de todos los seres humanos”.

Desde su nombramiento como Cardenal de la Iglesia, el Arzobispo Ortega Alamino ha pronunciado en una veintena larga de ocasiones a través de la isla de Cuba y en lugares del extranjero donde residen cubanos

exiliados, homilías y discursos que contienen un ideario pastoral no sólo referido a su persona y a su diócesis de La Habana, sino que pueden considerarse como los principios que rigen la acción de la Iglesia en Cuba en tres aspectos fundamentales: Iglesia, patria y sociedad.

VII

El Cardenal Ortega proclama que en Cuba la Iglesia está llamada especialmente a “testimoniar la esperanza cristiana y a sembrarla en el corazón de los cubanos”, a despecho de que “la fe del cubano ha sido sometida a dura prueba del silencio sobre Dios, del rechazo de la misma fe como un elemento anticientífico, retrógrado e innecesario para la vida”. Pero a esto ha sucedido en el pueblo un acercamiento, una apertura a los valores del espíritu. Y así “la Iglesia con pasos firmes, comenzó a andar por nuevas sendas de mayor empuje evangelizador”, dejando atrás temores e inhibiciones. Se da en la actualidad “un reconoci-



Villalago
Nelson Villalobo

miento social de la Iglesia no únicamente en su función cultural o celebrativa sino en su misión integral de anunciar proféticamente a Jesucristo, cuyo Evangelio convoca a todos los hombres a la fraternidad, a la paz y a la justicia”.

Esta mirada de esperanza puesta en la Iglesia, no deja de plantear cuestiones contradictorias. El Cardenal Ortega sabe que puede haber una “mirada política” sobre ella. “La Iglesia –dice– no es discernible si no se considera la fe que anima su actuación, no puede ser analizada con criterios meramente sociológicos, no es posible tener sobre la comunidad de los creyentes en Cristo enfoques meramente políticos”.

Sin embargo, en su misión de reconciliar y sembrar el amor, “la Iglesia no puede ser ajena a todo cuanto preocupa o angustia al pueblo de Cuba”. “Es toda la Iglesia la que debe mostrar su solidaridad en la caridad con tantos hermanos nuestros que sufren a causa de las carencias materiales”. Del trabajo de la Iglesia en Cuba; que es la evangelización del pueblo cubano, “vendrán la revitalización de los valores sociales, familiares y personales y muchos otros bienes”. Dice que la tarea de dar a conocer a Jesucristo es “ingente y enorme”, para que descubriendo en Él la verdad, “la verdad nos haga libres con esa libertad del corazón cristiano... Aquí está el verdadero quehacer de la Iglesia en Cuba”.

Saliendo al paso de ciertas críticas, el cardenal Ortega señala: “No tengo la misión de proponer o iniciar negociaciones políticas. Nadie nunca ha solicitado esto a la Iglesia en Cuba”. Sin embargo, “para fomentar la reconciliación entre personas, familias o pueblos, la Iglesia no tiene que esperar que nadie solicite su servicio. Esa es una parte de su propia misión”.

Dice también que la Iglesia en Cuba es “una Iglesia de reconciliados, de conversos, de catecúmenos que hacen el aprendizaje del amor cristiano... Es una Iglesia desbordada en su misión de sembrar paz y amor en las almas de muchos de nuestros compatriotas”.

En contraste con aquellos tiempos en que parecía que el ateísmo iba a ser el pensamiento común del pueblo cubano y que había que preparar a las futuras generaciones para que pudieran vivir en un mundo sin fe, “nuestra Iglesia vive un nuevo Pentecostés no estruendoso, sin lenguas de fuegos visibles, pero con un nuevo ardor evangelizador en los corazones”.

VIII

El Cardenal Ortega sitúa el sentido de la Patria para un cristiano con estas palabras: “La Iglesia universal, abierta a toda raza y nación, católica, no suprime el enraizamiento de los hombres en una patria terrestre, como trataron de hacerlo algunas ideologías en este siglo. El amor a la Patria es siempre un deber para todo cristiano”. Y añade estas palabras desgarradas: “Cuánto necesitamos los cubanos hoy sentir la Patria y amarla con todos los sacrificios que sean necesarios”.

Las grandes figuras de la Patria cubana son asimiladas a un pensamiento de esencias cristianas que está en los orígenes: “Luz y Caballero, Mendive, Martí, son herederos directos e indiscutibles de ese pensamiento cristiano que está en la fragua de nuestra cubanía como fuego integrador”. Especialmente Martí, que fue “el artífice de la libertad de Cuba, aquel que plasmó con su

pensamiento el contorno y talante de la Patria... Lo hizo como abanderado del amor. Todo cubano tiene que examinarse sobre el lugar que ocupa el amor en su relación con la sociedad”.

Y aún sobre Martí: “Los cubanos no debemos ignorar esta faceta, a menudo olvidada, del pensamiento martiano que convoca a todo nuestro pueblo al perdón y a la reconciliación”.

Tras su experiencia en el contacto con las comunidades cubanas fuera de la Isla, el Cardenal Ortega deja sentado que “somos un solo pueblo, una sola nación en diáspora”, y lo compara a un árbol “cuya sombra se extiende y sus frutos se recolectan en distintas ramas”: Tenemos las mismas raíces. La realidad de “una nación dilatada y a menudo dividida, es un llamado a nuestra conciencia de cubanos a hacer cuanto sea posible en el orden humano para labrar un futuro de esperanza, de amor y unidad en el seno de la gran familia cubana”.

Insiste en la inspiración cristiana en la formación de la Patria cubana: “Cuba es su historia y en esa historia, como en la de ningún otro país latinoamericano, hay una riqueza de pensamiento cristiano en la fragua de nuestra nacionalidad... Nuestras raíces están ahí firmes y bien plantadas y a ellas debemos volver”.

Se refiere a la Patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad, como símbolo patrio “que conjuga dulcemente, con abrazo maternal el amor a Dios y a la Patria”. Y añade que ella “invita al perdón, a la reconciliación y a la paz entre todos los cubanos”.

El Cardenal Ortega expresa esta urgente convocatoria: “Si en esta hora los católicos cubanos somos capaces de incorporar los valores patrios como parte de nuestra actitud de fe, estaríamos prestándole a Cuba nuestro mejor servicio, le daríamos a nuestra Iglesia un timbre de gloria”.

“A la Patria no podemos virarle la espalda” –dice–. Ya esta imprecación hace seguir una frase de Martí: “De la Patria puede tal vez desertarse, mas nunca en su desventura”.

Y sella su meditación sobre la Patria poniendo encima de todo el concepto de libertad, tan unido en Cuba al término de Patria, invitando a que se la ponga sobre las dificultades económicas en vista de la felicidad del pueblo: “Es necesario encarar con decisión el problema de la libertad, porque el hombre necesita de ella tanto o más que los bienes materiales”.

IX

El Cardenal Ortega pronuncia palabras sobre la misión de la Iglesia que contienen un anuncio y denuncia sobre la sociedad cubana actual: “Mover las conciencias para que los hombres y mujeres cambien en el sentido del bien; denunciar el mal, la injusticia, la falsedad y la falta de amor como pecados que ofenden a Dios; sobre todo anunciar caminos de esperanza para el pueblo”.

Esta misma voz profética de la Iglesia “debe también recordar a todos, sea a los más sencillos o a los de algún rango social, a la sociedad entera o a sus mismos gobernantes, que cada uno debe hacer lo que le corresponde por el bien de todos los seres humanos”. “Nuestro pueblo necesita una cura de amor, que sane tantas heridas”.

Recuerda aquellos momentos de ruptura en los cuales, durante estas tres últimas décadas, se vieron enfrentados tantos hermanos: “La época difícil en que era casi obligado llamar ‘rezagos del pasado’ a aquellos recuerdos maravillosos que había que reprimir internamente, porque una mentalidad falsamente científica, en nombre de un ateísmo extraño a nuestra cultura así lo exigía”.

Pero “el ateísmo fracasó... porque sobre un ‘no ser’ no se puede fundar nada”. El ateísmo “no caló en los corazones; ha dejado huellas, huellas de búsqueda, a veces angustiada y desesperada, a veces exaltante, a veces sorprendente y consoladora para los pastores de la Iglesia”. Porque fue la fe la que “conformó nuestra manera de pensar, de ver la historia, de considerar al prójimo, de concebir la familia, la amistad, el bien y el mal, la vida y la muerte... Fue la fe cristiana la que nos ayudó a cuajar como nación”.

El Cardenal Ortega aborda uno de los problemas de la sociedad cubana actual: “Instalarse fuera del país... sigue siendo hoy para no pocos hermanos nuestros su única esperanza. Esto es también un dolor de la Patria y de la Iglesia”. “A partir del proyecto de dejar nuestro país, cuya ejecución puede durar años, se produce una especie de ‘exilio interno’ que hace que muchos no tengan su centro de interés aquí. Sólo el poder del Espíritu Santo puede arrancar del alma del cubano sus ansias de escapar, que ha venido a reemplazar, en cierto grado, la verdadera esperanza cristiana”.

Pero también reconoce que “en el futuro será imposible escribir la historia de Cuba sin estudiar la contribución que han hecho a ella los cubanos que en estos años han vivido fuera del país”. No obstante, “es necesario deponer aún actitudes severas allá y aquí. En el reciente viaje a Miami y a Newark –cuenta el Cardenal– hablé el lenguaje eterno del Evangelio, el único verdadero cuando queremos promover la auténtica fraternidad y acercar corazones. Pero palabras como perdón y reconciliación propias de nuestra fe cristiana, eran rechazadas inmediatamente por algunos hermanos cubanos, incluso cristianos... Es mucho amor lo que necesitamos los cubanos de aquí y de allá”. “Cuba necesita del abrazo fraterno de los cristianos cubanos, que sea como fermento de reconciliación y anuncio de paz en el seno de nuestro pueblo de los dos lados del estrecho floridano”.

X

En una homilía pronunciada ante la Patrona de Cuba, la Virgen de la Caridad en su santuario del Cobre, el Cardenal Ortega incluyó esta oración que resume cuanto quiere la Iglesia para la Patria cubana:

“Madre de todos los cubanos: sana las heridas de tantos corazones, enséñanos a tratarnos con amor, ayúdanos a superar nuestras dificultades económicas y políticas, que Cuba no sea aislada y bloqueada, sino ayudada para superar esta crisis. Que nuestra independencia sea preservada y protegidas la justicia y la libertad de todos los cubanos”.

La canción de los perdedores

Raúl Rivero

El boulevard de San Rafael
limita al noroeste
ya en el Paseo del Prado
con la República de Haití

No hay ceremonial en la frontera
sino un eclipse y una penitencia
Este kilómetro de geografía cubana
esta feria
comienza abruptamente
no en el mar
ni en las estribaciones de una montaña
prodigiosa

ni en el borde de un río
como ciertos países
Se inicia en la desolación de un parque
donde una noche ardió hasta las cenizas
el encanto

Aquí están los perdedores
Este es su estado natural
En él ofrecen al transeúnte su mercadería
de chorombolos y hojalata
Las damas pueden comprar en esta calle
los aretes de legítima chatarra
pero además se cogen ponches, infecciones
se traman direcciones y fechorías
se venden panes
con toda la familia de microbios
y emparedados con todas las epidemias
Tenemos crucifijos
imágenes de todos los santos
la Oración de la Santa Camisa
la del Buen Parto
la del Buen Camino
el Padrenuestro y el Ave María
Este es seguramente
el único sitio del mundo
donde las flores abren en el clandestinaje
y donde una muchacha instala una boutique
que ofrece sólo una caja de cigarrillos
un par de sandalias defectuosas
una estola de uso y una bufanda negra

En el boulevard de San Rafael
se puede comprar un vaso de agua fría
por diez centavos
de nueve de la mañana a nueve de la noche
Se puede adquirir una botella
de alcohol de los olvidados
el Hueso de Tigre Golden
el Chispa de Tren Dry Light
y el Salta Pa'trás Gran Reserva
recién pasados por un sínfin de angustias
riesgos y penalidades

Y en los portales
de las tiendas de la burguesía
se ha socializado la pobreza
Y junto a la figura de yeso del Indio Carinoa
de un púrpura
de un rojo
de un verde muy intenso
se puede comprar una camisa
de un verde
de un rojo muy intenso
que dice Tallahassee Florida USA

Es un mercado abierto
moneda nacional o la noble divisa convertible
en el sueño y la pesadilla
del hombre nuevo

Aquí estamos los perdedores
vestidos por el enemigo
Zapatillas Cad de cuatro dólares
un blue jean de dos mil pesos
en una casta de comisiones
y un pullover criollo
con la consigna
Socialismo o Muerte

Aquí vamos
con unas botas rusas
y una gorrita del Cincinatti
tratando de vender una pizza casera
tres bolígrafos chinos
y un jabón Nácar
robado anoche en los almacenes
de Sabatés

Este es el mundo que nos pertenece
En él ejercemos
la libertad de orinar
desafiantes
en el lobby del Royal Palm
abandonado por sus huéspedes
a toda prisa
el amor a medio hacer
el sueño interrumpido

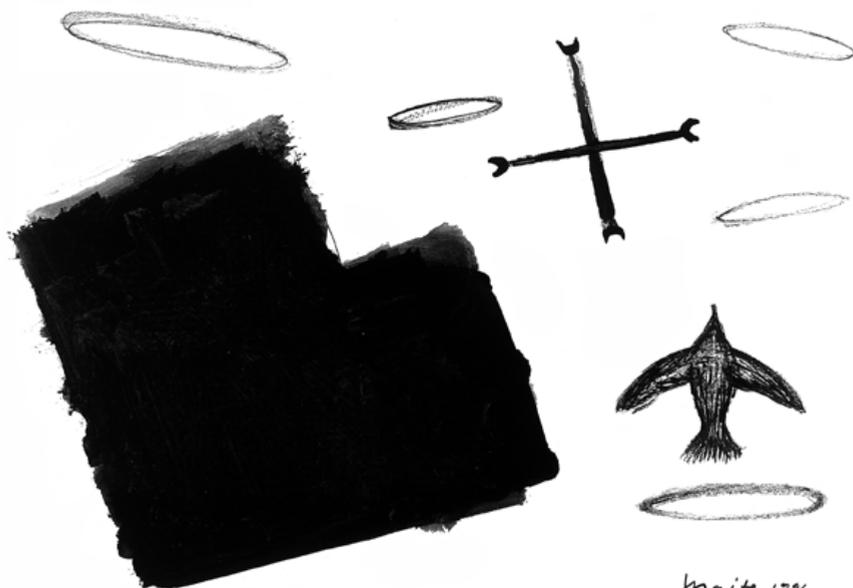
¿Mejor que nosotros
vendiéndonos y comprándonos chucherías?
¡Ni J Vallés!
Porque en el reflejo de sus vidrieras desnudas
nuestras mujeres se retocan
y piensan mucho en su peinado

Esto es un planeta
aquí pedimos el agua por señas
que sólo nosotros conocemos
Y hablamos un español
susurrante y cortado
cuyo diccionario se reescribe cada mañana
Las películas

los dramas
las comedias
son nuestras vidas
que pudieron ser algo
contados en la acera del Cabaret Nacional
o bajo la borrosa cartelera del cine Duplex
que anuncia todavía el estreno
de Memorias del Subdesarrollo

Este es el mundo de nosotros
el planeta de los anillitos de lata
las resistencias de aluminio
los grifos de fregadero
los zapateros remendones
los llenadores de fosforeras desechables
las cucharas de zinc
y los vasitos plásticos

Es el boulevard de San Rafael
nuestro como un aguinaldo de fin de siglo
que limita como se sabe
en el Prado con Haití
y en Galiano
con toda la sombra del porvenir.



Maite 1996

Maite Díaz

Matar a un poeta

Raúl Rivero

Es muy hermosa la muerte de un poeta
Lo recuerdan sus viudas
más piadosas
Hay muchas flores
y ofrendas oficiales
y los compinches de bares y cantinas
lo evocan en las barras habituales
con oleadas de rones melancólicos

Es excelente la muerte de un poeta
Porque podemos recordarlo
con poéticos discursos
donde se disimulan con tinta de notario
las odiosas manías que acosan a esos seres

Un poeta muerto permite que miremos
condescendientemente sus atrocidades
Se le perdonan los escándalos públicos,
su amor por los aviones comerciales,
el abandono de sus hijos,
la fidelidad a los alcoholes
y su vocación de perdulario
Las pocas irreverencias permitidas
se convierten en leves pecadillos
y las dudas, los traspies,
esas borrascas,
la sospecha, lo oscuro, lo sombrío
bajan en el ataúd con él
prendido en el alfiler de la corbata

Es maravillosa la muerte de un poeta
Enseguida surgen testimonios redactados
por un íntimo enemigo
y los atribulados editores de revistas
garantizan el número que viene
Tenemos además
un nombre nuevo

para instaurar un premio literario
y otra fecha para relleno en los periódicos

Una muchacha de provincia
ajada y sin jardín
por unos versos malos
en su caja de música
llora el viernes como nunca
por el destino
de la protagonista de la telenovela

Pero es bellísima la muerte de un poeta
porque la muerte es una celada del amor terrestre
Cuando se ha muerto un poeta
siempre hay alguien alegre
en una estancia deshabitada de ternura

Es imprescindible la muerte de un poeta
porque sus cantos a la patria se liberan
y quedan fuera del dominio autoral
los poemas que escribió a sus mujeres
Claro
es mucho más difícil
abandonar con naturalidad las rosas secas,
visitar el zoológico
y cortar los crisantemos,
recoger los vidrios,
mirarse en los espejos
y ocultar en las gavetas
o en otros intersticios los amores frustrados

Pero siempre es mejor un poeta muerto
Nos queda limpia toda su poesía
y nos libramos del conflicto diario
de convivir con un hombre que ama la vida
desastrosamente
un hombre que no quiere la muerte
ni en poesía.

Leído en La Habana

José Prats Sariol

LOS RASGOS ESENCIALES DEL COLOQUIALISMO se acendran y diversifican en el más reciente libro de Raúl Rivero¹. Al reflexionar sobre los artificios que singularizan esta modalidad expresiva se verifica la relevancia de este poeta dentro de las letras cubanas de hoy. Con independencia de los motivos temáticos –necesaria y saludablemente polémicos– la poética autoral vitaliza una estilística que aún resulta engañosa, que aún exhibe su apariencia de espontaneidad.

En efecto, la poesía conversacional tiene su paradigma en el emblema de su propio nombre, aunque desde luego nadie hable en prosa. Lograr la “conversación”, sin embargo, exige tanto talento y esfuerzo como cualquier otro sendero connotativo. Sus sintagmas –los poemas– quizás hayan producido la mayor avalancha de mediocridades en la historia de la poesía –no sólo en Cuba– pero ello no invalida a sus voces genuinas, ello no hipoteca el fragor encantado de los textos del venezolano Hugo Figueroa o del colombiano Juan Manuel Roca; de los que como Ginsberg o Enzensberger, Gelman o Padilla, sirven de referencias. Tampoco hace mella en el efecto de vigor y desenfado que viene logrando Raúl Rivero –ininterrumpidamente– desde *Papel de hombre* (1968), *Poesía sobre la tierra* (1970), *Poesía pública* (1981), *Cierta poesía* (1984)... Que muchos crean que textos conversacionales pueden ser escritos por cualquiera no significa que sea cualquier poesía. Los cualesquiera, los sudorosos asedios de la oligofrenia culturosa, resbalan sin manchar sobre el cauce conversacionalista.

Un breve comentario al que considero el poema más representativo de *Firmado en La Habana* puede dar las argumentaciones mínimas:

¹ RIVERO, RAÚL: *Firmado en La Habana*. Editorial SIBI, Florida, 1996.

PREGUNTAS

*Por qué, Adelaida, me tengo que morir
en esta selva
donde yo mismo alimenté
las fieras
donde puedo escuchar hasta mi voz
en el horrendo concierto de la calle.*

*Por qué aquí donde quisimos árboles
y crecieron enredaderas
donde soñamos ríos
y despertamos enfermos
en medio de pantanos.
En este lugar al que llegamos
niños, inocentes, tontos
y había instalada ya una trampa una ciénaga
con un cartel de celofán
que hemos roto aplaudiendo
a los tramposos.*

*Por qué me tengo que morir
no en mi patria
sino en las ruinas de este país
que casi no conozco.*

La interpelación preside. Las preguntas de respuestas implícitas desenvuelven el conversacionalismo lírico y épico. El tono confesional logra desde el “yo” del tercer verso la atmósfera íntima, la revelación y el zumo de la complicidad. Las paradojas balancean cada reproche que la interrogación abre, los profundiza, les da el calado imprescindible para que naveguen por el extrañamiento, por los avatares ontológicos y éticos, sobre lo circunstancial y lo accidental. Hasta que la pregunta final –síntesis del escarnio– resume la imprecación, funciona estructuralmente como retroalimentadora de cada uno de los versos precedentes, dentro de la ilación ininterrumpida, continua, que favorece la ausencia de comas.

La “soltura” conversacional revela, cuando la lectura detiene cada artificio, cada figura, una coherencia que con sabiduría ha logrado que la curva tonal del poema cierre arriba, intensamente, sin nada superfluo. Todo “Preguntas” forma una sola metáfora, una superposición analógica continua cuya espiral se guarda de cerrar la puerta, que como la técnica del *ubi sunt* –según Lausberg– se limita a enunciar los indicios imprescindibles para que el receptor sea quien forme la sinécdoque: la parte hacia el todo. Sólo así la ironía alcanza verdadera mordacidad, queda en la memoria afectiva, vuelve a cada “por qué” para entrar con Orfeo en el Infierno del poeta, en la condición de extranjero en su propio país. O al revés: en su condición de viajero por un país extraño. Tal ambivalencia, desde las paradojas existenciales, es la que recrude-

ce el pasmoso vigor de “Preguntas”, su energía de lava y de ciclón, de terremotos y furias –erinnias o euménides– las diosas griegas que acosan a Adelaida y al poeta, que representan el castigo.

Los veintinueve poemas de *Firmado en La Habana* –donde el autor vive– se mueven con mayores o menores márgenes por los artificios observados en “Preguntas”. Son signos bien fehacientes de un fértil desafío verbal que se remonta a la adolescencia del autor, nacido en 1945, y que se ha mantenido –como la compleja vida cubana– contradictorio y controvertido, pero siempre sin la purulenta máscara del oportunismo.

Desde “Malos sueños” hasta “Anda y dile así” se arma un bolero, un lirismo triste que da fe de su andar y simultáneamente tiene fe en su andar. Así se aprecia en la “niebla” de “No, si yo no estoy llorando”; en los juegos temporales de “Pan y circo”; en las ingeniosas burlas de “Ejercicio No. 1 sin piano ni guitarra”; en las intertextualidades presididas por una directa alusión de “Vida y haciendas”; en la sobrecogedora interpelación de “Patria” o en el sarcasmo de “La americana fea”; en el asesoramiento de Dylan Thomas de “Lección I” o en la proclama de “Orgullo Nacional”; en el reportaje desolador de “La canción de los perdedores” o en los desdoblamientos –develadores y desveladores– de “Disfraces”.

Ante cada poema el lector siente un adjetivo que no por tener diversos significados, de estar abrumadoramente discutido, ha dejado de perder resonancias: revolucionario. Pero el adjetivo exige una profunda limpieza. Liberarlo de acepciones mecanicistas y astronómicas, neohegelianas. Es claro que afirmar que la poesía de Raúl Rivero es revolucionaria quiere decir que se trata de una poética rebelde, perturbadora, sediciosa. O mejor: disidente. Indica la acción y efecto de revolver, de no aceptar, de crítica permanente que a todo riesgo huye de fundamentalistas y restauradores. Es la eterna inconforme, la que nunca se arregla ante el espejo, la que no apuesta ni al pasado ni al futuro. Es la de panfletos a lo Dante y a lo Swift. Su eticidad unen el sol y la luna del mundo moral. Pone en crisis las teleologías. Le saca la lengua hasta su propia imagen. Y por supuesto que no otorga talento ni nos obliga a coincidir con sus ideas, pero tampoco pierde en elegancias edulcorantes, en abulias de cansancio y cobardía, su emblema de escéptica lucidez. Y salta de nube en nube a sabiendas de que los pusilánimes y miedosos –la burocracia del espíritu– no le perdonarán la vida. No le importa. Paga su precio. Sabe que los fantasmas de la anarquía son siempre preferibles a las medallas y los cerdos de la abyección, de la doble moral, en aquellos intelectuales carentes de autenticidad.

Firmado en La Habana es una excelente muestra de que por encima de crisis espirituales y materiales, los poetas cubanos mantienen su juventud expresiva, su estilete afilado. Ni se esconden ni esperan. Las desgarradoras “razones vitales” que aquí compartimos con Raúl Rivero –duélale a quien le duela– confirman una vez más que se trata no sólo de un poeta insoslayable sino en profundo proceso creador. Cada poema parece sugerir la difícil espontaneidad, la compleja sencillez conversacional. Parece decirnos de nuevo “que ama la vida desastrosamente”, “que no quiere la muerte/ ni en poesía”.

Carta abierta. Ser intelectual en Cuba: ficción (o realidad)

Ricardo Alberto Pérez
Rolando Sánchez Mejías

EN AGOSTO DEL PRESENTE AÑO TUVIMOS LA OPORTUNIDAD DE Entregar una pequeña muestra de poesía cubana actual a la dirección de la revista *Cúpulas* del Instituto Superior de Arte de La Habana. La muestra fue aceptada por la dirección de la revista, pero, posteriormente, fue mutilada por la rectora de dicha institución, Graciela Fernández Mayo. Alegando razones políticas, eliminó los textos del escritor Rolando Sánchez Mejías.

Finalmente, retiramos la muestra de la revista; y su directora se vio forzada a abandonar su cargo en ésta.

En la situación actual, este hecho, de abierta censura, no debe observarse como un caso aislado. Hay que recordar el “cierre” de la revista *Credos*, del mismo Instituto Superior de Arte, así como la censura parcial sobre los libros de narrativa de los premios organizados por la Unión Nacional de Escritores, y dos libros de la colección *Pinos Nuevos* del Instituto Cubano del Libro. (El último número de la revista *Credos* permanece en las oficinas del Instituto Superior de Arte, y uno de los libros de la colección *Pinos Nuevos* permanece en los almacenes; el otro, no se publicó).

Los funcionarios y dirigentes de las instituciones culturales cubanas no cesan de hablar de una “apertura”, en el campo de la literatura que borraría “los errores y tendencias negativas del pasado”. Hace poco, el actual presidente de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (y miembro del Buró Político), Abel Enrique Prieto, en carta pública de respuesta a la carta abierta de Rolando Sánchez Mejías, expresó lo siguiente: “hemos puesto al margen prejuicios y distanciamientos, enconados durante décadas de hostilidad, y las posiciones políticas (pasadas y presentes) de los que hacen o han hecho su trabajo de creación lejos de Cuba”. Más adelante, continúa: “Sentimos que la responsabilidad por todo el patrimonio cultural de la nación pertenece

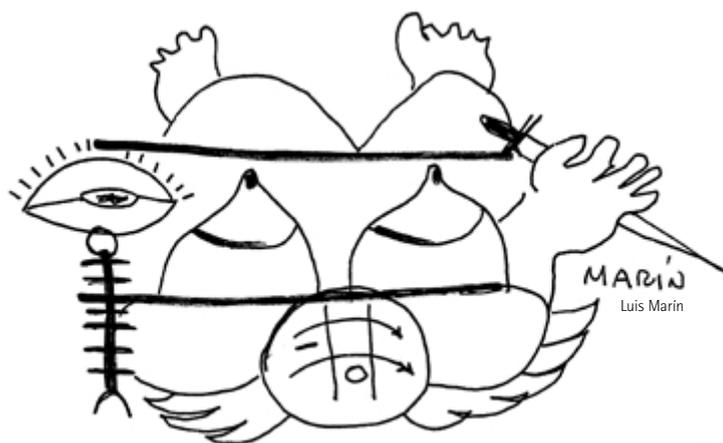
a las instituciones e intelectuales de la isla”. Respecto a lo primero, es posible extraer dos contradicciones: lo que realmente ocurre es que se publican aquellos autores y trabajos que no representan ningún signo evidente de diálogo, es decir, son asumidos, por las revistas cubanas, como mera arqueología; además, ese “gesto” deja fuera todo lo que se produce dentro de la isla que no encaje en los límites impuestos por la censura. Respecto de lo segundo, resalta el nacionalismo barato y no exento de violencia cultural: pues que se sepa, ninguna cultura *viva* es exclusiva de instituciones e intelectuales, menos que menos de funcionarios dirigidos por un Comité Central.

¿Para qué crear tantas instituciones culturales, escuelas de arte, etc., si finalmente la censura y la vigilancia sobre la producción artística e intelectual se imponen; si el exilio –“blando” o “duro”– va siendo el único camino para gran parte de las nuevas promociones de artistas y escritores cubanos?

Además del fuerte aparato burocrático y de vigilancia por parte del Estado, la censura en Cuba –durante más de 30 años: infinidad de libros censurados, autores “congelados”, revistas clausuradas, libros convertidos en pulpa, proyectos rechazados...– tienen otras causas; una de ellas concierne a la *imposibilidad legal* de grupos literarios, publicaciones privadas y formas públicas de intervención social al margen de las instituciones del Estado; la otra, concierne al mal llamado “intelectual cubano”. Si por intelectual se entiende aquel hombre que a través de la palabra interviene en la vida cívica y cultural de su país sin que medie el Estado y sin que sea obstaculizada su libertad de palabra, se hace muy difícil explicar su presencia en Cuba. La mayoría de los “intelectuales” cubanos han sido comprados con viajes, sueldos, puestos y otros tipos de compensaciones...

Cultura y civilidad no son dos aspectos de la misma cuestión: eso deben aprenderlo los políticos cubanos. ¿Cuándo lo aprenderán? La Utopía parece haberles concedido *todo* el tiempo: el aprendizaje, como muestran los hechos, siempre puede ser postergado.

La Habana, octubre 9 de 1996



La Isla Continental

La Cuba que vi fuera de Cuba

M i b á l y D é s

UNA INTRODUCCIÓN QUE POCO TIENE QUE VER CON EL RESTO

Cuba convierte a todos sus visitantes en pequeños colonos potenciales, dispuestos a formular sentencias de trascendencia histórica sobre sus experiencias en la Isla, sean positivas, negativas o mixtas. Un viaje organizado de unos días, con playas y criaderos de cocodrilos incluidos, proporcionan suficiente material a cualquiera para hablar con soltura y convicción sobre los cubanos y el régimen que padecen u ostentan, según el enfoque del Colón contemporáneo y multiplicado por el turismo masivo.

De hecho, todos los viajes, todos los encuentros con el Otro, inspiran juicios parecidamente fundados. Se es capaz de opinar sobre realidades absolutamente ajenas e ininteligibles por mucho menos que un viaje trasatlántico. Unas secuencias del telediario resultan más que suficientes para que uno se haga una composición de lugar de los más enredados conflictos internacionales, para que tome partido y, sobre todo, para que logre su pequeño orgasmo moral, su catarsis de cada día. Amén.

Lo que pasa es que en el caso de Cuba se mezclan demasiadas cosas y a menudo la implicación (pro o contra, da lo mismo) es mayor. El hoy menguado mito de una revolución diferente sólo ha sido uno de los elementos de vínculo y muchas veces apenas un elemento para disfrazar otras atracciones. La fascinación por Cuba, por sus paisajes geográficos y humanos es muy anterior a la revolución castrista y al aliciente de la carne fresca y barata; pero lo cierto es que ha crecido después de ella. En el fondo se trata de una variante de la fascinación por el trópico, lo exótico y por el *buen salvaje*, con todas las implicaciones culturales que esto supone.

En el caso del interés de España hacia la Isla intervienen, además, otros elementos sobradamente conocidos

que convierten el afecto hacia Cuba en una relación paternalista nunca confesada. La lengua común en lugar de servir para un cabal entendimiento sólo acentúa esa desigualdad: el arrebatador acento cubano y el genio idiomático de los isleños se convierte en una gracia folclórica, un hecho pintoresco, una manera de hablar simpáticamente infantil, y el cubano en un encantador salvaje que habla *nuestro idioma* de un modo tan curioso y divertido que impide tomarlo en serio del todo tanto a él, como a sus problemas. Otro tanto hace la necesidad de ver al cubano siempre presto a bailar, a entregarse a la pachanga y a la fiesta. Esa visión despectiva disfrazada de admiración permite explicar la terrible situación de los cubanos con el recurso de que ellos, a pesar de todo, lo están pasando bien, sonríen, bailan y fornican despreocupadamente, porque ellos son así de alegres.

La relación del español con lo cubano es mucho más compleja que la del ex-colonizador que mantiene una relación nostálgica-posesiva con la Isla. Parafraseando el dicho popular: en Cuba se perdió más que una colonia. Y lo que de veras se perdió fue nada más y nada menos que el paraíso, al menos para los españoles que querían hacer (e hicieron) dinero y encontrar una realidad menos ruda y opresiva que la peninsular. Y curiosamente se perdió no con la *independencia* (ya que la verdadera invasión de los *indios* españoles-catalanes continuó en la época republicana de Cuba), sino con la *dependencia* de la doctrina marxista-leninista, cuando la idea del paraíso terrenal fue sustituida por la del utópico.

Resulta muy comprensible que en el contexto de uno de los regímenes más reaccionarios, autoritarios y provincianos de Europa todo espíritu mínimamente democrático, toda persona con una pizca de sentido de justicia social simpatizara con la revolución cubana. Pero también resulta lógico que esta simpatía, precisamente porque se alimenta no de un conocimiento real y ni siquiera de una auténtica afinidad sino de una necesidad ideológica, construya una imagen artificial de Cuba, más basada en los deseos que en las realidades. Nace entonces, alentada por el régimen de Fidel Castro, esa visión de una Cuba prerrevolucionaria tercermundista, analfabeta, sumida en la miseria, burdel y colonia de los Estados Unidos, que la revolución viene a transformar en una sociedad igualitaria y justa.

De hecho, nunca me he encontrado a ningún *progre* español ni latinoamericano que conociera siquiera mínimamente la Historia y la Economía cubanas más allá de los lugares comunes y las medias verdades. Que supiera, por ejemplo, que en los años cincuenta Cuba ocupaba el segundo lugar entre los países latinoamericanos en cuanto al PIB, adelantada sólo por Venezuela, país que gozaba de la efímera bendición del *boom* del petróleo, y donde el reparto de los bienes era mucho más desigual que en Cuba. Hasta el Partido Socialista Popular (antiguo Partido Comunista cubano), propicio, como todos sus correligionarios, a anunciar el derrumbe definitivo ante cada bache, se vio en la necesidad de redactar una resolución en plena dictadura de Batista según la cual si bien había en Cuba una profunda crisis política, no se podía hablar de crisis económica. Los que hasta hoy hablan de la *época americana* no saben que la economía

cubana de entonces dependía menos de la norteamericana de lo que después de la revolución dependería de la soviética, que la mayoría de la industria azucarera estaba en manos cubanas y que uno de los mayores males de la economía, el monocultivo, resultó ser un mal menor en comparación con lo que se convirtió la dependencia del azúcar en la época castrista. Los nuevos colonos suelen utilizar el giro “lo construyeron los americanos” cuando se refieren a edificios públicos y privados que denotan cierta opulencia y modernidad, cuando en realidad la inmensa mayoría de ellos es obra de capital y arquitectura cubanos, incluidos túneles y el imponente conjunto de la plaza de la Revolución (Biblioteca Nacional, Teatro Nacional, Ministerios, el monumento a Martí).

En cuanto al analfabetismo, naturalmente existía, pero mucho menos de lo que quisieran los que necesitan un pasado prerrevolucionario subdesarrollado. De hecho, Cuba fue uno de los países más alfabetizados de América, tan sólo adelantado por Argentina y Uruguay.

Esto no quiere decir que en Cuba las cosas iban bien y mucho menos se pretende justificar o magnificar la época batistiana, régimen corrupto y represivo, pero ¡helas, esas cosas pueden ocurrir (Chile de Pinochet, Corea del Sur, Hong Kong, Taiwán, etc.)! en una economía boyante.

Para España la comparación con Cuba es casi humillante. A nivel político ninguno de los regímenes tenía que envidiarle nada al otro. Pero en cuanto a libertades individuales, costumbres, consumo, y nivel económico, Cuba estaba mucho más desarrollada que la España de los 50. Basta ver las ruinas de supermercados, grandes almacenes, coches, salas de cine y diversión, basta ver los pisos de El Vedado. Un poeta cubano me contó la siguiente historia: como su familia no tenía suficientes recursos para enviarle a estudiar a Estados Unidos lo mandó a España. En la residencia universitaria, después de unas semanas, trabó amistad con un chico español, quien, en un momento de intimidad, le preguntó si tenía alguna enfermedad de la piel. “No, ¿por qué?”, contestó el cubano. “Entonces, dijo el español, ¿por qué te pones una pomada o que sé yo en el sobaco cada mañana?”

El malentendido de esos estudiantes de medicina (sic) españoles que no conocían el desodorante resulta ser tierna ignorancia anecdótica en comparación con el malentendido histórico de generaciones de jóvenes ilusos que defendían una Cuba ideológica y se negaban a reconocer la real. Pero en vez de seguir disecando esas imágenes distorsionadas de la Isla, se me ha ocurrido recuperar algo de mis primeros encuentros con Cuba, aún antes de llegar a visitarla.

UNA RADIO Y UN MAPA

La primera vez que recuerdo haber oído el nombre de Cuba, debió ser en 1962, cuando la Crisis de los misiles. Yo tenía once años y estábamos delante de la radio. La televisión prácticamente no existía aún en Hungría (en Cuba empezó justo doce años antes). Así que la vida social húngara giraba alrededor de la radio, concretamente uno de esos aparatos con una lucecita verde, un ojo en el centro y que nosotros llamábamos “cazamundo”, lo que quería decir que se podía escuchar algo más que las dos emisoras oficiales. Debió ser

después de la cena y las noticias de las ocho. Debieron decir algo terrible acerca de Cuba que llegó a excitar a mi padre, un comunista duro pero también puro, esto es, idealista. Contradicciones mayores han existido. “Miremos en el mapa” ordenó mi padre, y nunca sabré si quería averiguar dónde estaba Cuba o, como reconocido estratega en la familia de la política internacional, quería ubicar el conflicto en su más general contexto geopolítico. Yo naturalmente no sabía dónde se encontraba Cuba, ni siquiera su nombre me sonaba. Me acuerdo haber mirado incrédulo aquel gusanito (aún no sabía que se trata de un lagarto verde) tratando de penetrar en el coloso del norte. No podía imaginar qué daño podía hacerle a los americanos ni qué tenía que ver con ellos. Pero se me contagiaba la excitación de mi padre y llegué a desear de todo corazón que se hiciera justicia y que los cubanos dispararan aquellos misiles de una vez y luego, viniera lo que tuviera que venir.

Gracias a la revolución ahora nadie tiene que recurrir al mapa para encontrar a Cuba. Pero éste es un logro que comparten todos los países que alcanzan un sitio duradero en las primeras planas de los periódicos, desde Bosnia, Palestina o El Salvador hasta Afganistán, Chechenia o Burundi. La diferencia radica tan sólo en que ningún otro país pequeño logró permanecer como centro de atención durante tan largo tiempo como la Cuba castrista.

Después de aquel episodio delante de la radio y frente al mapa, no volví a tener una relación directa con Cuba hasta los veinte años, salvo una experiencia gastronómica que no registré como cubana. Ocurrió más o menos por las mismas fechas de mi descubrimiento de la Isla. Las tiendas de comestibles se llenaron con unas extrañas conservas de origen tropical, que contenía una especie de crema o sirope de color amarillo y de un exótico sabor dulzón afrutado. Por aquellas fechas, principios de los sesenta, en los países comunistas no era precisamente común encontrar víveres de origen tropical. A lo que sí estábamos acostumbrados era a ver en las tiendas conservas oriundas del Campo de la Paz, esto es, del COMECON, del Campo de la órbita soviética. Por lo general eran las mismas cosas que Hungría ya producía con mejor calidad y presentación: pepinos polacos, mermeladas soviéticas, compotas búlgaras... El negocio consistía en comprarle a los países hermanos productos que no podían venderles a nadie y que, por lo general, tampoco podíamos utilizar nosotros. Una variante aún más perversa de ese intercambio tribal de la *solidaridad* se producía cuando un país se veía obligado a entregar barato, casi regalado, productos para los que hubieran podido encontrar un mercado mucho mejor. En el caso de Cuba esto ocurría con el azúcar, por ejemplo. Hungría intercambiaba autobuses Icarus por un azúcar cubano que no necesitaba ya que tenía su propia azúcar de remolacha, ciertamente de peor calidad, pero mucho más barata y absolutamente comestible. Tanto el azúcar cubano como el autobús húngaro hubieran podido encontrar mejores compradores. Por esa misma razón, la Unión Soviética estaba invadida por los más exquisitos cigarros cubanos que los isleños no habían visto desde principios de los sesenta, que en Occidente no se encontraban ni a precio de oro, y que los rusos, acostumbrados a sus *majorkas*, no querían ni regalados.

A partir de finales de los sesenta empezaron a aparecer productos más exóticos en Hungría: guisantes y judías verdes en conserva chinos, bastante buenos, unas incomedibles mini-conservas de carne vietnamitas (de las que el sutil humor de Budapest decidía que eran hechas de sobras de soldados norteamericanos) y unas curiosas naranjas cubanas, que luego no logré encontrar en la isla, que daban un abundante y sabroso jugo. Pero en los tiempos de la extraña mermelada no se encontraba ningún producto ultramarino en Hungría. Sin embargo, ni el exotismo ni la rareza pudieron con el conservador estómago de los magiares, entrenado en grasa de cerdo, paprika y pimiento. Las misteriosas conservas tropicales se amontonaban en las tiendas y ni siquiera rebajadas a mitad de precio hubo manera de venderlas. Mi padre, un hombre de principios, no podía dejar de expresar su solidaridad con la conserva socialista y compró cantidades industriales de ellas. Éramos seis hermanos pero aún así demoramos más de un año en consumirlas. La comíamos en el desayuno, como mermelada, la llevábamos a la escuela untada en el pan como si fuera mantequilla, se hacían pasteles con ella y muchas veces la comíamos para la cena acompañada de un té mejorado con una pastillas de sabor a limón. Al principio nos gustaba, pero, como es natural, con el tiempo llegó a empalagarnos. Mas cuando finalmente se acabó, empezamos a sentir nostalgia por ella. En fin, llegó a formar parte de nuestra infancia, un recuerdo irrecuperable más, como el de un verano en el lago Balatón, o el olor de los libros de texto a principios de septiembre. Muchos años después logré identificar la misteriosa conserva: era una especie de mermelada de mango cubana.

FRAUDE Y EXPULSIONES

Volví a tener contacto con Cuba a los 20 años, en mi primer curso en la Universidad de Budapest. Una de mis especialidades era Letras Hispánicas y el contacto con los latinoamericanos resultó para mí no sólo natural sino también necesario, ya que en la facultad se podía hacer cualquier cosa menos aprender de verdad una lengua. Fueron los años de la Unidad Popular en Chile y nosotros, hijos de un régimen socialista no electo (y, aunque más llevadero y *goulash* que las otras dictaduras del proletariado, con la experiencia del 56 en Hungría y del 68 en Checoslovaquia a nuestras espaldas), estábamos fascinados con la idea de un socialismo democrático que llegara al poder por sufragio universal.

De manera nebulosa y hoy difícilmente reconstruible, Cuba entraba en el mismo paquete de mis simpatías con el Chile de Allende. Otra vez la ignorancia, el *wishfull thinking* y esa fascinación por lo exótico que, sin saberlo o quererlo, es desprecio: es verdad que esos negritos y muláticos siempre tan alegres y entusiastas con su revolución sufren necesidades a causa del pasado y el criminal bloqueo, pero ellos están contentos con lo que tienen, con lo que han logrado y lo que les ha dado la vida, Fidel Castro y la cartilla de racionamiento. Tienen lo que tenían que tener. Porque en aquel entonces ya había leído, fascinado, a Guillén. Y también a Carpentier. Yo tenía mis dudas respecto de los regímenes marxistas-leninistas. Pero si en Cuba se podían escribir libros tan sutiles sobre las contradicciones y las fuerza destructora de las revolu-

ciones como *El siglo de las luces* y *El reino de este mundo*, de Carpentier, la cosa no debía estar tan mal. Además, y sobre todo, el régimen comunista cubano no lo percibimos como tal, sino como una revolución diferente, más espontánea y popular, que buscaba una solución propia a una situación intolerable: miseria, subdesarrollo, esclavitud, enfermedades, explotación...

En fin, no sabía nada, pero actuaba como quien lo tiene todo claro. Mi ignorancia fue compensada con una supuesta ética de la justicia social y esto me dio una fuerza de argumentación imbatible. Me acuerdo de una discusión con un estudiante de español que acababa de regresar de Cuba donde estuvo un año como becario. Era un tipo ya en sí deleznable: un viejo de al menos veinticinco o veintiséis años, que andaba con traje y corbata como un funcionario, tenía entradas, cara que ahora identifico como de futuro ejecutivo pero entonces simplemente me parecía un imbécil, cara de queso, rasgos que ya empezaban a diluirse y una manera de hablar pedante. Él hablaba mal de su experiencia en Cuba. Decía que aquello era el Tercer Mundo; miseria, ignorancia y represión y que los cubanos no eran serios, no les gustaba trabajar y otras cosas por el estilo. Yo protesté indignado y él me respondió con la siguiente imagen automovilística, que aún me indignó más: la diferencia entre el comunismo y el capitalismo es como entre el Moskvich (un coche soviético todavía peor que el Volga) y el Mercedes. “¿Cómo puedes comparar?”, le dije preso de una furia incontenible... Ni hoy estaría de acuerdo con él, aunque por otras razones. Como es lógico, su postura prepotente sólo me afianzó en mis creencias y, como también es lógico, ese caballero hizo después una carrera en el aparato del Partido.

Más o menos por esas mismas fechas hice amistad con algunos becarios cubanos. La verdad es que fue algo más difícil. En lugar de una ligereza tropical, los estudiantes cubanos parecían más bien reservados. O mejor, reservadas. Porque ¿mala jugada de la memoria o signo de mis auténticos intereses?, sólo me acuerdo de chicas. Concretamente de dos, las más abiertas, las que a veces se atrevían a aparecer en las Fiestas Latinas que organizaban los estudiantes hispanoamericanos. Curiosamente las dos terminaron casándose con húngaros, pero aún más curiosamente, esto ocurrió muchos años más tarde. Antes, en el presente del que estoy hablando, fueron expulsadas de Hungría. Fue un caso que sacudió a la pequeña comunidad latina de Budapest. Una sacudida que valió por un despertar ideológico para muchos.

Las cosas ocurrieron de esta manera: hacía tiempo que las cubanas no aparecían por ningún lado. Yo pensaba que era por esa reserva que las caracterizaba. Llamarlas por teléfono era prácticamente imposible: había un sólo aparato para cientos de residentes. Además, tampoco teníamos una relación tan estrecha. En cualquier caso no me extrañaba demasiado porque con estas amistades uno siempre queda en algo que luego sólo se cumple por casualidad. Pero un día me encontré con una amiga ecuatoriana, hija de un líder comunista, bajita ella y gordita, tímida y amorosa, buena gente, en definitiva. Ella me lo contó: casi todos los estudiantes cubanos del curso preparatorio (donde enseñan la lengua húngara y los conocimientos básicos del país), unos treinta en total, fueron botados, como dirían los cubanos (¿o debería de-



Julio Girona

cir retirados?) por las autoridades cubanas por fraude en el examen del idioma magiar. “¿Fraude?”, pregunté porque no entendía nada. Mi español a la sazón era bastante limitado y ni siquiera conocía el concepto de fraude electoral, debido a que en nuestras elecciones unicandidistas no hacían falta semejantes artimañas. ¡Pero fraude en un examen! Sonaba muy grave, sobre todo, cuando me enteré de que esos criminales del estudio sólo habían utilizado sus notas de clases para responder el examen. Una compañera de ellos los chivoteó y la embajada armó un show acusándolos de no haber actuado como revolucionarios de las aulas, sino como estudiantes normales y corrientes. Fueron expulsados en muy poco tiempo, ni les permitieron despedirse de sus amigos y compañeros. La ecuatoriana, cuya versión me fue confirmada diez años más tarde por las dos amigas a las que volví a ver en Cuba, estaba desolada: ni siquiera la autorizaron a acompañar a su mejor amiga al aeropuerto.

En una situación mucho más pintoresca y artística volví a tener una experiencia parecida. No en cuanto al fraude escolar, sino por la actitud “indigna” de alguien que despierta los celos de las autoridades cubanas. En septiembre de 1971 me llamaron a trabajar en Budapest como traductor con el Ballet Nacional de Cuba. Me acuerdo del impacto, ¡cómo voy a olvidarlo!: esas chicas

de todos los colores de la paleta, exageradamente pintadas, flacas y estilizadas como títeres o maniqués con gruesas medias de calentamiento, haciendo movimientos extraños y, para un servidor que venía del campo de las letras, hasta obscenos, en cualquier lugar, pasillos, cantina, camerinos... No parecían de este mundo, pero en mí despertaron sensaciones más bien mundanas. Como yo era el último mono entre los intérpretes y tenía menos experiencia, no se me había asignado ninguna tarea especial. Estaba como en reserva, por si hacía falta acompañar a alguien al médico o cosas por el estilo, así que me pasaba la vida en la cantina y alrededor de los camerinos, resolviendo pequeños servicios caseros, como ayudarles a pedir un sandwich a la plancha. Tenía mis amores imposibles entre las solistas, pero finalmente sólo pude trabar amistad con algunas de las jóvenes promesas. No sospechaba que de esas pláticas tontas, de ese coqueteo torpe saldría un agravio mayor contra la revolución. Más tarde me enteré de que una de mis amigas había sido devuelta fulminantemente a Cuba en la siguiente escala de la gira, Polonia, y entre las acusaciones contra ella figuraba la supuestamente demasiado buena relación conmigo.

Como en el caso de los becarios acusados de fraude, esta chica también vio truncada su carrera de por vida. Fue expulsada del Ballet Nacional, al igual que a aquellos les fue vedada la carrera universitaria. Jamás me he encontrado con semejante ambiente de represión y miedo en ningún colectivo. Todos los pasos, los gestos y las relaciones de los cubanos estaban controlados. Y no solamente por los encargados del Ministerio del Interior, sino también por sus compañeros y nadie sabía quién denunciaría a quién. Siempre había entre ellos muchísima gente encantadora, cosa que entre cubanos no es difícil de encontrar, pero su gracia se reducía por fuerza a la bobería, a los chistes, a lo banal. No sólo tenían miedo a hablar de política o a iniciar una aventura amorosa, sino a seguir un programa de visitas por la libre o comprar ciertas cosas que podían ser consideradas como concesiones al imperialismo. Me acuerdo de una ruleta de bolsillo que un bailarín finalmente no se atrevió a comprar.

Así conocí Cuba antes de llegar allí y lo más patético del asunto fue que esas experiencias no fueron suficientes para ayudarme a desarrollar una posición crítica. Consideraba esos horrores cotidianos como exageraciones acaso inevitables; como la enfermedad infantil de una revolución justa y necesaria. Hizo falta que, independientemente de Cuba, tomara una postura crítica frente al marxismo-leninismo, que conociera mejor la historia de los países socialistas para que, ya en mi primer viaje, pudiera entender también esa versión tropical del comunismo. El resto era ver y leer. Como siempre.

Sones peregrinos

En homenaje a Enrico Mario Santí

EMPIEZA ESTE SON DE SÍLABAS, SIGUIENDO A GÓNGORA EN sus soledades (¿o quizás a Bobby Capó con “Hola, soledad?”); son-ando, silbando a plena voz, sinsontes que dibujen arabescos y abismos, serensé de vacilón, historia y memoria. Ninguna cultura vive sin música, es tan medular como respirar. Moverse, circular; tomemos la ruta de un vasilabón, allí se conjugan los elementos en juego deleitoso: Res-pir-a)ndo. En Cuba respirar es ritmo, “condición esencial de la vida, tan misteriosa como la vida misma y la energía cósmica”. Por eso Longinus decía que “el ritmo viene de Dios”. País endiosado (¿endemoniado?) Cuba: *res rhythmus*, que viene de *rhuthmos* (ordenar, educar, propocionar), del verbo fluir (*rhein*), y de *rhusmos* (forma). *Res rhusmos*: forma de la vibración, figura del tiempo. Es cosa que ordena, evento, continuidad, dentro y fuera de la historia: *res*. En otra ocasión dije que la música es más espesa que la sangre. Luego leo que Eximeno, en el siglo XVIII, hizo estudios para demostrar la conexión entre los movimientos de la sangre y la música. Ese movimiento es energía nace de una conflagración de signos históricos, se consume en la pira. Aire y fuego se hermanan para dar calor: soneo y canto de transculturación. Ritmo es locución: hoguera de sílabas en loca ecuación buscando el *locus* de la libre corporeidad: notas que se sacrifican para entreabrir el compás del corazón. Sacrificio en huida, en fuga, y que va de juerga. Trashum(e)ante, va con ese ritmo de andar, camina así.

EN TEMPO RUBATO, MULATO

Carpentier cita a Pierre Boulez, de un encuentro de 1956 en Caracas: “Durante años me tuvieron fastidiado hablándome de folklore en países donde en ninguna parte hallaba yo valores folklóricos verdaderos... Hasta que fui al Brasil y pude escuchar una batucada... Ese día entendí que el folklore no era lo que había conocido hasta entonces... De la batucada brasileña a la *Ionización* de Varese, sólo hay un

paso...” Más adelante añade el cubano “un folklore no vale por sus temas, sino por su espíritu”. Hay un tono hegeliano a este comentario de Carpentier que sin menospreciar lo autóctono, rechaza el nacionalismo musical como trampa, como espejismo ontológico. Nada encarna mejor el comentario de Carpentier que la música de Leo Brouwer, en particular piezas como “Danza Característica”, o “Paisaje cubano con lluvia”. La primera es una milonga cuyo ritmo está emparentado con los del son y la conga. Brouwer, recoge un tema divertido y popular “Quítate de la acera” y lo desarma y lo recompone varias veces. En “Paisaje...” el compositor empieza con lo que parece ser una vertiente naturalista, con la guitarra imitando las gotas que caen. Pero luego, del minimalismo pasa a lo aleatorio, terminando como empezó. Tiene a la vez la sencillez de una canción de cuna, el ritmo de un fenómeno natural, pero la fuerza acumulativa es de una especie de geometría sagrada (y abierta). El folklore puede ser moderno por completo, no es algo estático, sin evolución posible.

TAMBOR Y ESPÍRITU

La música de origen africano crea un ambiente de comunidad, primero mediante la voz, segundo por el tambor. Los dos producen una unión, pero no es unanimidad. No recuerdo quien haya dicho “la gente cree en lo que canta”, pero es justo en describir la capacidad de agrupar a las personas, colocarlas en ese torrente electrificante de ser parte de una sola voz. Los tambores simbolizan la tribu, es el medio de comunicación entre los vivos y los muertos, los humanos y los dioses. El tamboreo es evento público, un rito social y siempre una convocatoria participativa. La complejidad rítmica es tan extraordinaria que siempre cabe una voz más. Un sólo ritmo no domina, es más, un ritmo no tiene sentido si no es conversando con otro ritmo. Diríamos la afinidad polirítmica refleja una sensibilidad pluralista. Es decir, a múltiples ritmos corresponde una diversidad de fuerzas (naturales/sobrenaturales), y en lo social a una multiplicidad de pensamientos. Son rasgos que son dignos de mantener o recuperar, lo cual no quiere decir que el tambor sea de por sí un instrumento capaz de producir la democracia, pero igual que el folklore, no es el tema, es el espíritu lo que vale. Hay que tener cuidado en asignar a la música una ética, pero las siguientes palabras de San Agustín tienen un gran encanto persuasivo: “Si vivimos en la virtud, estamos bajo su disciplina, pero cuando cometemos una injusticia estamos sin música. Los cielos y la tierra, incluso todas las cosas en ellos que son dirigidos por un poder más alto, comparten esa disciplina de la música, porque Pitágoras dice que el universo fue fundado (y es gobernado) por la música”. O sea, hay que estar pendiente de ese ritmo oculto, el toque que no se oye, el que va organizando todos los ritmos distintos. Por eso se ve en los tambores el lema “El tiempo de Dios es el mejor”, o tal vez más preciso sería “El compás de Dios es el toque del absoluto”.

TÓCALO CON ABSOLUTO ABANDONO

Hegel colocaba el arte (la música) en el reino de lo absoluto. Para él no era algo estático, es decir, evolucionaba, así que tenía que ver con el espíritu y por

eso su insistencia en comparar el absoluto de Schelling con la noche en la cual todas las vacas son negras. (¿El absoluto cubano sería el día en que todos los blancos se confiesan mulatos?).

¿No será esta cita de Nietzsche una especie de mulatez germánica? “¿Nadie ha podido observar que la música emancipa el espíritu, que le da alas al pensamiento, y que mientras más músico uno se hace, más filósofo? El cielo gris de la abstracción se conmueve con los relámpagos: la luz tan fuerte que revela los detalles de todo, le permite resolver problemas; y el mundo se ve desde la cima de una montaña”. Cámbiese esa última palabra a monte y podría entenderse como un bello homenaje a Changó.

Pobre Schopenhauer, quería alejarse de nuestras penas cotidianas y la música era la forma más perfecta para transportarlo al nirvana (pero no por esto veía la música de forma escapista). Su toque no se quedó en el mundo, bien hubiera hecho falta un toque de santo para enterarse que la voluntad se menea y que lo absoluto, la cosa-en-sí o como quiera llamársele, está en la tierra; que se puede tocar, con todos sus registros y cuerdas.

Para Hegel, la música es capaz de demoler el espacio y dar un paso más directo paso a la subjetividad, la (auto)conciencia del espíritu. Es símbolo de la creatividad de la conciencia de poder llegar a lo absoluto sin mediación de conceptos u otras dificultades de la representación. Sólo la religión, el arte y la filosofía nos revelan una verdad sobre el espíritu, nos llevan a la comprensión del absoluto. Confluyen estas vertientes en un delicioso son montuno de Cachao, donde Rolando Laserie canta “No quiero honores / No quiero riqueza / sólo la belleza / de cantarle a mi gente”. Aunque no parece ser una canción abiertamente religiosa no olvidemos que el son viene del monte, como Obatalá, y ese coro al final es un himno bello casi handeliano (una aleluya de “a”s), dando ese toque especial al final cuando termina la melodía: “¡¡¡De película!!!” El espacio cubano, nombrado, brota en manantiales, está a su vez en todas partes y en ninguna (¿un espacio gnóstico de jodedera?): queda abolido el espacio y florece una subjetividad de película. Lo disoluto abraza lo absoluto.

DIVERTIMIENTO

Me acuerdo de un concierto de Celia Cruz con Eddie Palmieri y Tito Puente en el Boston Common. Al aire libre, en pleno verano. Estaba con miles de sillas, pero cuando la cosa se calentó de verdad y Celia empezó a cantar “Bemba Colorá”, la gente se botó. Empezó a bailar allí mismo donde los asientos y hasta encima de ellos, pero la policía lo prohibió. Algunos atrevidos empezamos a bailar en una pista que había no muy lejos de las sillas. Allí trataron de parar la cosa también. De repente, centenares, tal vez más de mil personas estaban bailando, por la pista, por los asientos, en la grama, en la calle. La policía, dándose cuenta de su tarea imposible, se rindió. La cintura pudo más que la censura.

TOCCATA DE UN TOCADO

Juan Blanco es bajito y a primera vista (y de lejos) parece un poco como el abogado especialista en impuestos que fue en los años cincuenta. Pero de cer-

ca y en conversación uno se da cuenta que es autor de “Circus Toccata”, una composición para tumbadora y computadora con nada menos que Tata Güines, encomendado, claro, por el circo para atraer gente. Pionero de la música electroacústica en Cuba, recuerda que dicha innovación no fue siempre bien recibida. Fue acusado de ser agente de la CIA y de “introducir técnicas extranjerizantes en la música cubana”. Afortunadamente, nadie le hizo caso a sus detractores. Entre sus defensores más consecuentes, Alejo Carpentier, quien le metió en dicha música, regalándole discos y partituras de Stockhausen, Webern, Schaeffer, Boulez, Berio y Nono. Al principio de la Revolución lo hicieron Jefe de la Banda Militar del Estado Mayor, contratado por el propio Che Guevara. Recibe una llamada de urgencia que viene de visita el Embajador de Checoslovaquia. Rápido convoca a sus músicos para ensayar el himno, y en un par de horas lo aprenden. Entre miles de personas en el Malecón se recibe al Embajador y empiezan el himno. Uno de los músicos viene a donde Juan para decirle que el Embajador tiene una expresión rara en la cara. Boberías, dice Juan, lo que pasa es que está tan emocionado de oír el himno de su país tocado por primera vez en América Latina. Después le cae la furia de sus superiores: ¡habían tocado el himno de Yugoslavia! Aunque fue encarcelado tres veces en época de Batista, nunca fue a causa de la música. Lo soltaron después de trece días de picar piedras.

Juan Blanco encarna el atrevimiento. “Me gusta hacer las cosas cuando son peligrosas. Hace tres años compuse una misa (1990). A mí me dijeron, por qué no te metes en el partido. Pero no. A mí me gustaba el partido cuando estaba en la clandestinidad. Ahora en el poder no me interesa”. En 1991, cuando estaban prohibidas las procesiones religiosas organizó un evento multimedia en un festival de música que incluyó una procesión con La Virgen de La Caridad del Cobre. Combina de manera fresca (en todos los sentidos de la palabra) un lirismo y una violencia que alternan explosivamente como en “Epitafios”. Por otra parte, su “Suite Erótica” empieza con una cita de los Salmos: “...porque estamos del todo hartos de menosprecios. Muy harta está nuestra alma del escarnio de los holgados y del desprecio de los soberbios”. Luego sigue con computadora y voz de hombre y mujer en lo que parece una variante del *Cantar de los Cantares*, evocando la frase del esposo: “Tu palabra es vino generoso a mi paladar que se desliza suavemente entre labios y dientes” (7:10). Signos, voces, máquinas, todos van haciéndose un mundo que emocionalmente nos atrae o desgarrar, y a la vez una distancia que nos permite reflexionar críticamente. Juan Blanco se describe a sí mismo como un hiper-romántico. No sé si su definición combina el Hyper Card con el Romanticismo, más bien diría que es un chamán del sonido, capaz de convertir lo cotidiano en carga y descarga de lo insólito.

ARIA ISLEÑA: LA POLÍTICA E MOBILE

Una de las primeras óperas cubanas se llamaba *El Diablo Contrabandista* (1840). Curioso porque hay que ser un poco de los dos para sobrevivir en la isla en el “período especial”. Pero sigamos el ejemplo de Saumell (y su ópera *Antonelli*, no estrenada), al proponer una actual-imaginaria, que incluso pode-

mos robar de Beethoven (el nombre por lo menos): *Fidelio*. Tal vez actualizarlo y ponerle *Fidelón*. Opera de rescate, y no hay isla en mayor necesidad de rescate en este momento que Cuba. Además, se puede seguir una buena tradición cubana de travestismo: acuérdense que Leonor se viste de hombre (con el nombre de Fidelio) para rescatar a su marido preso, Florestán. Nomino a Reinaldo Arenas como personaje de esta obra, vestido de Obatalá. ¿Por qué no? Su *El Color del Verano* es un libretto de ópera y la cantidad de personajes, coros y extremismos de todo tipo lo coloca en una dimensión faraónica digno de *Aida*. Luego, impersona a Fidel para rescatar a su amante preso Floresnoestánmarchitas, un jaguar que de día se parece a Lezama, de noche a Virgilio. La cárcel es en forma de piña. Pero da la casualidad que Fidel viene de visita a la cárcel ese día y se encuentran los dos Fideles. Cada uno acusa al otro de impostor. ¿Quién es más fiel (o será más fiera)? Se necesita un juez: buscan a Raúl vestido de Rita Montaner. En un toque wagneriano, sin duda, los dos cantan arias más largas que sus discursos, dejando a los otros personajes y el público roncando. Entre las tinieblas y los suspiros de todos los durmientes se aparece un fantasma, a lo Macbeth: el general Ochoa. Fulmina al Fidel de verdad con un machetazo más directo que el de Oggún. Se casan Arenas y su amante con Severo Sarduy oficiando en la boda y Raúl-Rita Montaner cantando un aria de bendición mientras el coro va construyendo balsas hechas de manuales de marxismo-leninismo soviéticos. Baja el telón.

EN MONTUNO

Decir que la música cubana es alegre es obvio. Los ritmos, las melodías y el espíritu bullanguero que emanan de un son, una guaracha, o una rumba levantan no sólo el pie sino hasta el ánimo de Kafka. ¿Antídoto a nuestras desgracias históricas, con la esclavitud, el dominio por países extranjeros, el exilio? Poco importa por qué: más provechoso es saborearlo. Pero hay veces que uno está abrumado, que ni siquiera Benny Moré o la Orquesta Aragón le saca a uno de la nota baja. Estás invadido de una melancolía que sólo hace pensar en Wagner, esa enfermedad del espíritu como decía Nietzsche. La única persona capaz de quitarme ese desconsuelo sin fallar es Chocolate: no importa cuán aplastante la tristeza, acoplado al frío atroz, con su cielo gris carcelario. No es poca cosa hacer desaparecer un invierno de Boston, más bien diría que es tan milagroso como bajar el santo. La dulzura de su tono, el fraseo tan preciso y libre a la vez, su manera de llenar el espacio con una ternura sandunguera es nada menos que un prodigio. Bien cabe la frase de Ortiz: “un ron sonoro para los oídos”. Sin olvidar las penas, los rechazos, y los fracasos, la trompeta de Chocolate habita un espacio que me atrevería a llamar la esperanza. Pero es tan sutil, como la falda de mujer ondulando en la brisa. Hay algo muy femenino en Chocolate que hace pensar en Oshún con su *oñí*, la miel que usó para embadurnar los labios de Oggún. Si Oshún tocara trompeta se llamaría Chocolate.

A MANO SINIESTRA ES LA FIESTA: LECUONA

Redescubren a Lecuona. Un pianista gringo, Thomas Tirino, y una compa-

ñaía disquera finlandesa se lanzarán a la obra pianística entera (175 piezas). Los números indican su asombrosa fecundidad: ¡¡cincuenta y tres obras para teatro (entre ellas zarzuelas y óperas), doce películas, treinta y cinco composiciones para orquesta, cinco ballets, 406 canciones, seis para piano y orquesta!! Lecuona también fue uno de los primeros en unir la música seria y popular, y su propia vida lo confirmó. Una noche podría estar dirigiendo una sinfónica y la próxima estaba en un club nocturno con sus Lecuona Cuban Boys rumbeando a todo trapo. Sin olvidar a Roldán, tal vez Gottschalk ha sido un precursor al montar su “Una noche en el trópico” con sus cuarenta pianos y tumbadoras en el centro del escenario. (¿Dónde habrán metido tanto piano, en un estadio?). Dicen que Lecuona no paraba de componer: garabateaba melodías en las servilletas de los restaurantes o jugando cartas con sus amigos, de repente se levantaba, disparaba una nueva composición y a los quince minutos se unía de nuevo al relajajo. Teniendo menos de cuatro años fue sorprendido por su mamá, repitiendo una pieza que había oído tocar por su hermana. Cuando entra su mamá le dice: “¡¡Mira mamá soy Gottschalk!!”. Interesante variante de la cita de Villa-Lobos, donde Lecuona parece indicar “Yo soy la música”. ¿Quién se atrevería a dudarlo?

MÚSICA Y MEMORIA

No es tan raro afirmar que la música es idónea para estimular la memoria, casi tan efectiva como el olor o un perfume. Incluso lo que a veces hace inolvidable una película es la música: la obra de Brahms en *Monsieur Hire*, la de Ignacio Cervantes en *Fresa y Chocolate*, Beethoven en *La Naranja Mecánica*, Prokofiev en *Alexander Nevsky*, Michael Nyman en *The Piano*.

¿Pero podemos decir que la estructura de la memoria es musical? Muchos han comentado que la memoria es esencial para entender una melodía, hilvanar su rumbo y coherencia; otros que evoca la infancia. (Un cha-cha-chá de la Aragón siempre me recuerda a los juegos de pelota entre el Habana y el Almendares). Hegel habla del recuerdo (algo más que memoria) como una forma de conocimiento mediante imágenes (*Bild*), formación o educación por la imagen-bildung). No es una imagen dibujable, más bien cercana a lo que dijo Bergson, al afirmar que la materia es un agregado de imágenes. “Por imagen queremos decir una cierta existencia que va más allá de lo que un idealista llama *representación*, pero menos de lo que un realista llama una *cosa*”. Entre la cosa y la representación, la música tiene su materialidad, su cuerpo. Música: memoria del cuerpo que despierta al mundo.

RUMBERAS EN MÉXICO: A LARGA DISTANCIA, PERO NO SIEMPRE POR TELÉFONO

En una entrevista Rosa Carmina habla de sus tiempos de gloria en los cuarenta cuando el cine mexicano se enloqueció con eso de las rumberas. El prototipo era el de la mulata sensual y sandunguera que transgrede los cánones sociales, y, después, claro, la cañonean, a veces a cañonazos. Como dice la canción: “El amor de la mulata / no se puede resistir / pura pasión que

mata”. Carmina trabajó con Juan Orol, ese cineasta que llevó el camp a su máxima apoteosis: al meta-kitsch. Vi algunas de sus cintas por televisión hace un par de años en Cuba y me quedé azorado: tenían un encanto desquiciante que siempre rayaba en lo grotesco. Cualquiera gana de parodiarlas queda coartada por su propia autoparodia, conciente o no. Asombrosamente Carmina dice: “Orol me enseñó a bailar rumba de cajón. No te sorprendas, porque él era español de nacimiento y cubano por formación. Llegó a Cuba pequeño y vivió en los solares. Vestido de diablito, le bailaba a la ceiba en los ritos y le encantaba todo lo de Changó”. Sin duda el orisha guerrero se filtró en su sensibilidad gangsteril *film noir* mezclado con el meneo de Tongolele.

Oshún parece ser el orisha más prominente en la película *Danzón*, otra muestra de la cubamanía mexicana. En una escena breve pero reveladora, Julia, la protagonista, camina desde el malecón en Veracruz, entrando al agua hasta los tobillos, y empieza a bailar un danzón con las luces de la ciudad en el fondo. Es un presagio del resto de la película, de la libertad/libertinaje del viaje, el amor, el anhelo, la desilusión, todos vinculados a una marea de imágenes y melodías. Presagio y advertencia: “si el ser humano intenta vivir fuera del ritmo, la Naturaleza lo castiga seguramente, más que si aquél hubiese tratado de vivir sin luz.”

Más tarde, con ironía enternecedora, Julia ve los barcos por los muelles con sus nombres de boleros o danzones: “Lágrimas Negras”, “Puras Ilusiones”, “Amor Perdido”, “Me Ves y Sufres”. Pero en vez de mulata transgresora hay una mestiza medio apenada: el mulato, Carmelo Benítez, se desvanece y reaparece como una flecha, figura esquiva del deseo. En el amor, navegar y naufragar se confunden, la memoria del cuerpo vence al tiempo.

FINAL: ¿RUMBÓN DE LA ESQUINA O ESQUINA SIN RUMBO?

Sones peregrinos, *Les Années de Pelerinage* en manos de Liszt, que comienza con “La Capilla de Guillermo Tell”. Una descarga romántica, con un drama y unos acordes que enardecen, así para abrir la camisa y recibir el primer balazo. Surgen imágenes de Rousseau bailando por el árbol de la libertad. Mejor pensemos en la sombra fértil de la ceiba, pleroma caribeño que nutre a todos con su poder divino, como la voz de Lázaro Ros o Mercedita Valdés. Es difícil no pensar en la canción de Carlos Varela, ese otro aficionado al suizo, tal vez con mango en vez de manzana. Pero ya se acabó la época de los hijos de Guillermo Tell, ni siquiera la flecha de Ochosi podría atrapar el futuro cubano, que sólo se deja ver por las hojas movidas de la manigua. El ciervo fue el detonante para San Huberto. ¿Lo serán los siervos para la isla? Varela lo evoca con otro espacio geográfico, en otra canción: “Y llegas al muro / Donde acaban todos / Donde empieza el mar”.

A la reducción de la utopía le corresponde la seducción de la melodía. El vacío, lo vacío se vence en el vacuao. La rumba tiene rumbo, el de ser rumboso. Abre caminos porque es la posibilidad, no como “espejismo de lo pasado en el presente”, sino como piedra de poder, canto e imagen.

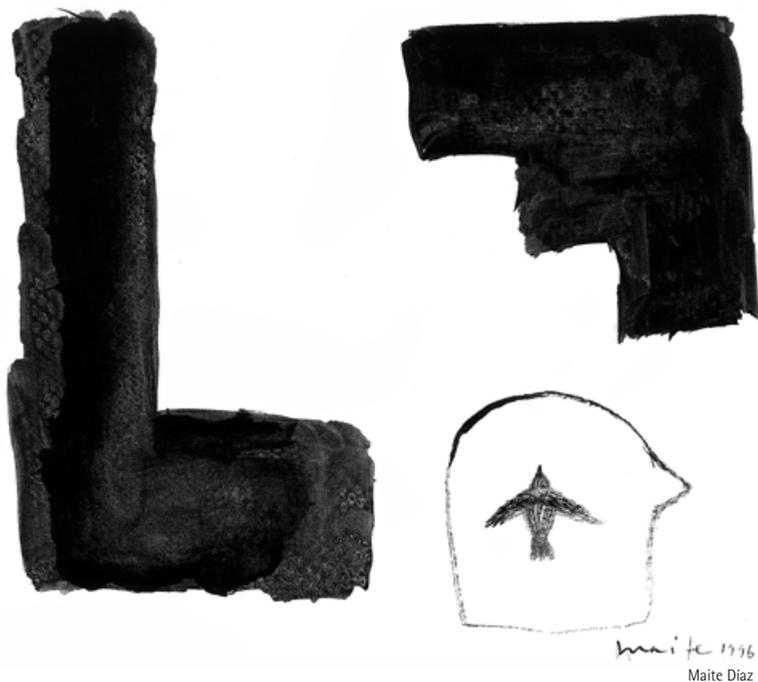
El color del futuro

Enrique del Risco

Cierto día, digamos un jueves por la mañana, un joven y humilde camaleón decidió que a partir de aquél momento su piel no adoptaría el color del lugar en que se hallara. Así, sin otros motivos que los que su conciencia le suministró, renunció a la propiedad que más distingue a un camaleón de otras especies y menos de su entorno. Hastiado de tanta hipocresía y doblez moral, según declaró, en lo adelante se empeñaría en recalcar sus diferencias con la realidad. Si, por ejemplo, se hallaba sobre un fondo verde, volvía rojo; negro, si lo rodeaba el azul o a cuadros si se movía por una superficie a rayas.

Esto, créanme, le complicó la vida al punto de verse obligado a huir constantemente de aquellos que, en circunstancias normales, lo hubiesen tomado por un trozo de césped o una ramita. Fue una fortuna que al poco tiempo le diera por escribir versos de tal suerte que, tras alguna difusión de su obra, los más sagaces especialistas en la caza del camaleón no lo veían ya como tal sino como todo un poeta.

En el presente es de admirar el sosiego del poeta cuando aun luciendo el color que más desentone con sus alrededores se atreve a recitar frente a sus peores enemigos, poemas en los que predice un futuro en que el mundo cambiará de color según la piel de los camaleones y no al revés como hasta ahora viene sucediendo.



Orígenes en la poesía de *Orígenes**

César López

“**E**RA DEL AÑO LA ESTACIÓN FLORIDA CUANDO”, LUEGO DE prolongadas conversaciones anteriores, José Lezama Lima y José Rodríguez Feo, unidos de cierto modo a Alfredo Lozano y a Mariano Rodríguez, deciden, a falta de las clásicas estaciones en la isla, inventarlas. Así aparecen sucesivamente, a partir de esa supuesta y a la vez real primavera de 1944, los números mítico-estacionales de la revista *Orígenes*; hasta que de forma casi inadvertida, tal vez sin ser notada (“¿estando ya la casa sosegada?”) queda la publicación sólo con la fecha y su creciente prestigio, desde el primer número de 1950, a mitad del camino de su vida, y desaparecen las inquietantes estaciones.

Lezama, que tiene que ver mucho con la selección del nombre, proporciona claves, secretas unas, evidentes otras, pero constantemente deja en el lector el gusto por la cetrería nominal. Y si Góngora aporta el inicio, casi obligado, de estas notas, se hubiera podido sorprender un guiño secreto del conde de Villamediana al descubrir, más tarde o más temprano, que “Era la verde juventud del año”. Claro que si se hubiera tratado de poetas cubanos muy anteriores –y no se piense tan solo en el siglo XIX– quizá Gaspar Núñez de Arce hubiera sido el elegido con aquello de que “Era a principios del ardiente julio, harto de Marco Tulio, Ovidio, Anquises, Plautos y Medeas...” Pero no, pues tal hartura no podía existir: se trataba de un inicio que si poéticamente tenía sus antecedentes –es decir, en una supralógica convincente– habría de ofrecer sabrosos consecuentes.

Orígenes se propone ir a la raíz, de ahí su bautismo; pero, sin embargo, no deja de ser inquietante y hasta diverti-

* Esta ponencia fue leída en el coloquio por los cincuenta años de la fundación de la revista *Orígenes*. En la Casa de las Américas, La Habana, Cuba, junio de 1994.

do en alto grado considerar una supuesta polisemia en el título. Cosa que por lo demás ha sido negada por casi todos los participantes en esta aventura, especialmente por los dos José. Nada tiene que ver este nombre con la filosofía y los filósofos. No obstante, la tentación es grande... El filósofo llamado Orígenes entronca con San Clemente de Alejandría en su incorporación al cristianismo de la tradición filosófica griega, y su doctrina identifica el mal con la privación y el no ser. Proclama la vuelta de todo a dios. Por la redención del Logos se produce una paulatina purificación mediante la cual todo vuelve al seno de Dios, pues el mal y la privación quedan completamente destruidos, relegados a la nada absoluta. La Apocatástasis. Todo cuanto es, por el mero hecho de ser, tiene que volver, purificado, a la bondad y unidad originarias del Creador. Dios lo es todo en todo. *Orígenes*, revista, reclama un cristianismo trascendido e incorporativo.

Ahora bien, lo más interesante de esta picardía interpretativa es que Orígenes, el filósofo y la revista, siempre han sido alabados y denostados. Admirados y rechazados. El pensamiento. La poesía. El poeta. El poema. El pensador. Lo pensado.

Agrego algo que puede, traspolándose, constituir revelación o guía, “Hay que advertir que seguir a Orígenes no significa siempre adherirse a todas sus doctrinas fundamentales... y menos aún a la que fue considerada como errónea: la teoría de la recapitulación del todo en Dios”. ¿De cuál Orígenes se trata? ¿Del filósofo? ¿De la revista?

También hay que traer a colación en este delicioso y supuesto paralelismo interesado la existencia de otro Orígenes (¿Premonición del apócrifo lezamiano que apunta a Rodríguez Feo?), el neoplatónico, compañero de Plotino, guardadores de doctrinas secretas. Lo inquietante, al menos para nuestros fines concordantes, es la escritura de este Orígenes. Un tratado *Sobre los demonios* y otro, más enmarcado todavía en nuestro tema: *Que solamente el rey es poeta*. Dilucidación de la identidad entre el plasmador del mundo y el Supremo Dios.

Pero Dios, al decir de Spinoza, se identifica con la naturaleza. *Deus sive Natura*, y esta carga sostiene por anulación de los postulados el edificio filosófico-poético de la obra y lleva sutilmente a un enunciado abarcante y abarcador. Naturaleza, Historia y Dios, como mucho más tarde lo vería Xavier Zubiri. Y así, como Dios es la naturaleza, nos queda en el centro la Historia. Aunque con extensiones a sus gemelos acompañantes, Naturaleza y Dios. María Zambrano parece percibirlo e insiste en ello en *La Cuba Secreta*, mas siempre matizando en el peculiar sentido de la historia que informa a Lezama y a la poesía en *Orígenes*. No olvidar que José Lezama Lima afirma: “Orígenes es algo más que una generación literaria o artística, es un estado organizado en el tiempo”.

Pero antes de entrar en el *corpus* que puede considerarse razonablemente como la poesía de *Orígenes*, independientemente de los conceptos generación, grupo, promoción –Poesía en la Poesía y para la Poesía. En *Orígenes* y de *Orígenes*– permítasenos detenernos en el primer número de la revista, primavera de 1944, y en lo que allí se presenta en el más amplio sentido de la Poesía.

Cuatro de los poetas que integran las huestes que nos ocupan aparecen en la entrega inicial. Con anterioridad se había hablado de la generación de *Espeuela de Plata* (1939-1941) a la que estos cuatro y casi todos los demás pertenecían. El tiempo, tal vez las estaciones, desplazará la denominación y en adelante serán conocidos como los de *Orígenes*. No sin discusiones, disentimientos, distracciones y disgustos. José Lezama Lima (“Juego de las decapitaciones”); Ángel Gaztelu (“Tiempos del Jardín”); Cintio Vitier (“Esfinge fugaz: Tu copa de vidrio. Baile. Puedo tocarme”) y Gastón Baquero (“Canta la alondra en las puertas del Cielo”). Llama la atención, independientemente de lo puro y fundamental poético, la inserción del trabajo de Aníbal Rodríguez “Notas para una fundamentación de la alegría” que parece tener mucho que ver con la actitud de júbilo gozoso de los congregantes de *Orígenes*. Más que el *gaudere*, el *hilarie*, la *laetitia*. Plenitud de sí misma. La revista.

Como quiera que ya Lezama ha publicado *Muerte de Narciso y Enemigo Rumor*, su magisterio queda establecido y por lo tanto impregna la supuesta no programación de la revista. “Juego de las decapitaciones” puede ser leído, también, como una formulación, poética, de la palabra en una acción imaginaria, las eras, el tiempo, el poema distinto. Mientras que los textos de Gaztelu y Vitier remiten a los postulados paradisiacos de los jardines invisibles, Baquero adelanta una escritura de afirmativa religiosidad que, significativamente, no aparecerá luego en ninguno de sus libros y en ésta, conocedor sagaz, inaugura, proclama y se extasía en el día anunciado por la alondra en las puertas del Cielo. No elige el ruiseñor, como hubiera preferido Julieta para prolongar las delicias en el iniciático altar de Eros; le queda la verdad a la doncella previa: “*It was the lark, the herald of the morn*”. La alondra, el heraldo de la mañana. Baquero toma título y cita del *Cymbeline* de Shakespeare, “*Hark! Hark! / the lark at heaven’s gate sings*” y lo transforma a lo divino. “*With every thing that pretty is, / My lady sweet, arise*”. Es Dios, la naturaleza, y no la dulce dama quien se levanta con todo lo que es hermoso. Dios, Naturaleza; la Historia queda temporalmente apartada en este texto. La imaginación se aferra al oscuro esplendor y espera, hasta más tarde, pez, ciudad, inocente que no obstante desconocer la lengua persa, vuelve a dormirse. Tal vez en la misma y demorada historia.

Y las puertas del cielo conducen al jardín, nocturno, insular, invisible de Gaztelu. “Tibios oros de siesta estremecidos / al marino rumor de la palmera. / Sueño oculto laúd por los sentidos / y en la flauta la sombra jardinera”. Si el religioso termina en tímida exclamación: “Qué abrigado el fulgor de tu mirada”, Lezama ya había preconizado algo más inquietante en su trabado texto del mismo número que estamos hojeando: “Que se había apartado de la ortodoxia y de la herejía, y que giraba como un reloj inspeccionado por una gata persa”. ¡Ah, Tertuliano, cuánto cierto incierto y posible imposible! El maestro nos remite otra vez, vía Pascal, a propuestas primeras. “Como la verdadera naturaleza se ha perdido, todo puede ser naturaleza”. La conclusión es ahora inevitable y Lezama la explicita: “Poner la imagen sustituyendo a la naturaleza”. Es decir, la sobrenaturaleza.

En el baile, extraño a la manera martiana, Cintio Vitier reproduce la vibración, eco, resonancia. “Oye nuca gradual de rocío / junto a la flor de la amena cuchillada marina. / Tu cabeza escinde su dogma, / su encendido paje risas y terror.” La aventura que comienza se orienta, pues “a la fiel epifanía de alga y ojo / en secretos diamantes sedentarios, / fiesta ignota, su adiós, recaudada de tu culpa”. Así “que nacer es aquí una fiesta innombrable” –ignota para Vitier, quien podía tocarse y “al pájaro de oí, durmiente / jardín...” y acordar las notas de los jardines invisibles, porque según Lezama “un pájaro y otro ya no tiemblan”.

No son estatutos, ni leyes, ni mandamientos. Sino una poesía que se ofrece en su revista, secreta gestión paradójicamente abierta.

Veamos ahora lo que traía y lo que inauguraba en su descomunal juego de tradición y ruptura.

Como el tiempo puede deslizarse y moverse en múltiples direcciones, y también detenerse “en su centro henchido”, muchas ocurrencias de esta poesía aparecerán, o permanecerán ocultas, de maneras no precisamente cronológicas, no sincrónicas, más bien en una diacronía espeluznante. “*Ubique daemon, ubique daemon.*” “*Ubique Deus, ubique Deus.*”

“Entre el gongorino rayo del reencuentro y reconocimiento y las bienaventuradas aguas placentarias de San Juan” se mueven Lezama y los poetas de *Orígenes* en *Orígenes*, pero sin olvidar, más bien subrayándolo, su estirpe insular de afanes fundacionales. Sin embargo, no sería, tal vez, ocioso recordar que en Góngora se reitera el “bienaventurado albergue a cualquier hora” y en San Juan de la Cruz vuelan flechas, “las flechas que recibes”, para justificar poéticamente todas estas imbricaciones. Para que no queden dudas, o para que aumenten las dudas ya existentes, Lezama Lima lo deja dicho unos años más tarde en la propia revista: “Cuando ese dualismo sea vencido, volviendo a sumergir en ese infuso espejeante, en el que el propio sentimiento de vivir adquiere una forma más sacramental, un misterio conocido al tocar la carne del hombre, volverá a presentarse la necesidad poética como alimento que rebasa la voracidad cognoscente y de gratitud en el cuerpo”.

Y como “va la metáfora hacia la imagen con una decisión de epístola” Cintio Vitier, en 1948, agrupa en *Diez poetas cubanos (1937-1947)* lo que puede constituir, impugnaciones y alborotos aparte, el motor actuante de la poesía de *Orígenes*.

El antólogo y prologuista, juvenil y sapiente, no se inhibe al presentar poetas y puntos de vista, *lo realmente distinto, corte profundo en el hervor (ya en buena parte cristalizado) de un trabajo poético que representa, junto al vigoroso movimiento pictórico que lo acompaña, la más secreta y penetradora señal de nuestra cultura en los últimos diez años.* De esta condición de secreto surgirá el texto de María Zambrano, ya paradigmático para adentrarse en estos afanes. Vitier no vacila y enuncia categorías: *poesía de penetración, aventura metafísica o mística, y por lo tanto muchas veces hermética, búsqueda de su propio canon, de su propia y distinta perfección* (claro que aquí tiene que aclarar que se trata de “la perfección que muere de rodillas” como afirmaba Lezama en el verso séptimo de *Muerte de*

Narciso (1937) y no ya del “monumento ceñido” de Eugenio Florit. *La expresión más perfecta, el cuerpo más trascendente y puro, en su angustia o en su alegría, de nuestra patria. Acierto de ir derechamente a las grandes fuentes vivas de la poesía contemporánea y eterna, sin excluir, pero también sin limitarse a la obra y su gestión, necesariamente tiránicas, de los maestros españoles e hispanoamericanos inmediatos.*

Cintio Vitier dice que para conservar la homogeneidad y el sentido rector de este libro ha hecho recaer su elección, por medio exclusivo, sobre un grupo... que realiza una obra casi totalmente desconocida fuera y aun dentro del país.

Los resultados no pudieron ser mejores si recordamos que además de María Zambrano, desde dentro, nombres tan preñados de futuridad como Alejo Carpentier, Octavio Paz y Vicente Aleixandre (ya aceptado desde entonces en su maestría) reconocieron de inmediato las señales de lo que con este libro estaba ocurriendo en la poesía del idioma y de la isla.

El propio Gastón Baquero, quien por otra parte no volverá a colaborar en *Orígenes*, más dedicado como estuvo por aquel tiempo a los menesteres del periodismo, consagra un artículo en su sección “Panorama” del *Diario de la Marina*. Año CXVI, a la colección, con el título “Diez poetas cubanos: una nueva antología de nuestra poesía ‘nueva’”.

¿La cronología, la concurrencia casi pareja, y el aire más o menos familiar de las obras respectivas, fueron los factores aceptados por el autor para hacer su selección. Escoger diez poetas en tierra donde hay más poetas que poesía, es una prueba de valor y una constancia de que el criterio no ha sido tentado ni adulterado por las consabidas sirenas del compromiso y el miedo al qué dirán”.

Esta primera aseveración da pie al listado dilecto y a otros argumentos: José Lezama Lima, Ángel Gaztelu, Virgilio Piñera, Justo Rodríguez Santos, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Octavio Smith, Fina García Marruz y Lorenzo García Vega. Las fechas de nacimiento van de 1910 (Lezama Lima) a 1926 (García Vega) aunque estos datos onomásticos son imprecisos y el mismo Lezama aparece como nacido en 1912. Si recordamos la fecha de aparición del libro (1948) notaremos que las edades oscilan entre treinta y ocho años, el mayor, y veintidós, el más joven. El antólogo cuenta veintiocho años. Esto explica, tal vez, e independientemente de los aciertos generales y particulares del profético prólogo, el tono desafiante, altivo y arrogante del mismo. El escándalo no puede ser mayor. Irrumpen con una labor de alrededor de una década y a casi un lustro de aquel primer número de *Orígenes* en cuyo editorial se afirmaba: “...como no cambiamos con las estaciones no tenemos que justificar en extensos alegatos una piel de camaleón”. Escándalo de la luz, escándalo del aire. Pauta que sigue brindando Lezama por la sierpe del cordobés. Escándalo de Cintio Vitier en su texto del mismo año así titulado.

Ahora bien, la selección tiene su razón, raíz, raciocinio. Poetas cubanos ya conocidos, no es permitido hablar de madurez excluyente si se comparan los nombres ya cimeros de esta antología, publicaron en la revista –Emilio Ballagas, Eugenio Florit, Mariano Brull, Dulce María Loynaz, María Villar Buceta y hasta textos póstumos de José Manuel Poveda, fallecido en 1926– al igual que otros más jóvenes –Fayad Jamís, Roberto Fernández Retamar, Pablo Armando

Fernández, Luis Marré, Pedro de Oraá, Fausto Masó, Edmundo Desnoes, Carlos M. Luis, Isidoro Núñez Miró, Alvar González Palacios, que aparecen ya en los años cincuenta— pero ciertos nombres ausentes, frecuentadores en distintos momentos de *Orígenes*, pueden llamar la atención. El primero sería Samuel Feijoó, nacido en 1914 y quien publica en la revista a partir del invierno de 1945, es decir antes de la composición de la antología. Luego se podría extrañar a Alcides Iznaga y a Aldo Menéndez, 1914 y 1918 respectivamente; aunque es justo señalar que ambos comenzaron a publicar en la revista a partir de la década del cincuenta, después de publicada la antología. Otro nombre sería Cleve Solís, nacida en 1926, estrechamente ligada al grupo, pero esto ya avanzado los años cincuenta. Sus proyecciones poéticas, sin embargo, se insertan nítidamente en la atmósfera origenista. Y alguien que parece tener un extraño e incierto destino flotante en la literatura cubana, Oscar Hurtado, una suerte de alma de Garibay lírica. Hurtado publica desde el segundo número de 1944 unas notas críticas y más tarde “Liras” y “Sonetos a la ceiba” en 1945 y 1946 respectivamente. Desaparece del ámbito injustamente en vida y en muerte.

Quizás sean éstos, aferrados a una nomenclatura lezamiana que también viene de Góngora, poetas no poetizables. Lo que no quiere decir en modo alguno que los diez poetas seleccionados y mantenidos en el tiempo y en el espacio como los poetas de *Orígenes* hayan tenido la misma resonancia ni gravitan de igual forma en la poesía de la lengua. Gastón Baquero, en el artículo citado, al hablar de los nombres principales que los precedieron —Emilio Ballagas, Eugenio Florit, Mariano Brull, Nicolás Guillén, etc.— afirma: “Hubo mucho de *mal entendu* en lo de llevar y traer a un poeta, no por su poesía misma, sino por su condición étnica, por su filiación política o por su capacidad para movilizar la propaganda. Aquellos poetas que merecieron la distinción de ser considerados como estelares en el movimiento renovador de nuestra poesía, coincidieron en valor propio y nombradía pero no nos atrevemos a asegurar que esta última obedeciese de veras a una apreciación cabal de su obra”. /.../ “Aquí a la gente le interesa en la obra de Emilio Ballagas, antes que su poesía trémula, llena de sentimiento elevado, enamorado de lo estelar, los estrépitos del negrismo; de Guillén, apenas interesa su gracia extraordinaria, su musicalidad de puro trópico, que da una de las pocas notas autóctonas de nuestra poesía, sino su temática política y su racismo rimado”. Insiste entonces en “aquello que haga historia, aquello que explique una de las formas históricas, de crecimiento, de cultura, para el país y el tiempo respectivo”. Agrega, no sin cierto dejo humorístico de irónica confesión: “Se conocían entre ellos, adoptando, sin quererlo, aire de capilla y de tradicional sociedad de bombos mutuos... y con la suerte inmensa de que casi ninguno de ellos encontró cabida en el cajón de sastre o desastrosa guía telefónica de Juan Ramón Jiménez...”. No sé cuál será la extensión real de ese “casi ninguno”, ya que de los diez poetas de esta antología cuatro aparecen en aquel cajón de sastre, guía telefónica de J. R. J. o granero, como también fue llamada, compilado por el propio J. R. J., Camila Henríquez Ureña y José María Chacón y Calvo.

Si reconstruimos, a manera de reiteración, algo de lo expuesto por Cintio Vitier en el prefacio a *Diez poetas cubanos* puede surgir la inquietud de lo impreciso que no sólo confirma lo que viene atrás, sino que también permite verificar lo ocurrido *a posteriori*, es decir, después del prólogo, cuando los poetas se desarrollan plenamente y alcanzan, para decirlo al lezámico modo, su definición mejor. *¡Ah que tú escapes!* La poesía es también sorpresa preparada para la memoria como bien sabía el constantemente citado. “Y en efecto, a las bellas variaciones en torno a la elegía, la rosa, la estatua (típicas de la generación anterior, y presentes aún en otros países hispanoamericanos) sucede entre nosotros un salto, que diríamos en ocasiones sombrío de voracidad, hacia más dramáticas variaciones en torno a la fábula, el destino, la sustancia; el justo y transparente endecasílabo es abandonado, por un verso imperioso e imprevisible; una poesía de deliquio da paso a una poesía de penetración”. Este postulado, tan discutible, tanto en su exposición como en su cumplimiento, permite, sin embargo, una coda más sostenida. Deducción del rechazo por lo propiamente realizado. Estética de la negación y negación de la estética.

Todos los movimientos poéticos, los estados de creación, muestran sus preferencias y abundancias, a veces deslumbrantes y otras machaconas a fuer de insistencia y manía. Los animales, reales, imaginarios, imaginativos, metafóricos, no constituyen excepción. Bastaría rememorar los cisnes modernistas, tan unánimes. Y a continuación el apogeo del buey. Nuestros poetas también muestran sus predilecciones y resulta deleitoso componer un cuerpo integrado por un elenco equino. Se trata sólo de un ejemplo casi animista, animal, animado. De una forma u otra el caballo preside. Y aunque en el caso de Lezama comparte con el seguro paso del mulo en el abismo ciertas preferencias, el riesgo y la presencia del caballo no es en modo alguno menor. El autor lo ha confesado: “Para provocarme esos ruidos o rocíos, venía una sustancia extensa y divisible como el alma del caballo, o inextensa e indivisible como el espíritu de Sócrates. Su galope, precedido y perseguido por el alma, hacía del caballo el habitante de una inmensa sustancia que rodeaba al caballo; pero si niego este cuerpo, este caballo, quedaba esa extensión que era el alma, que era como un inmenso caballo, como si en cada sitio regido por nuestra visión fuera inminente la aparición de un caballo. Un inmenso cuchillo, después de ese inmenso caballo, venía a pronunciarse, a reclamar sobre esa extensión. Caballos de cerámica griega, regidos por un concepto euclidiano de divisibilidad, venían a encarnarse en un alma que se despertaba de esa primera y embrutecedora extensión. Venía el caballo sobre su alma, la reclamaba también y después se diferenciaba bruscamente del espíritu, del espíritu de Sócrates. Si de acuerdo con Cartesio esa alma indivisible era un aire delicado que está difundido, el caballo participaba y se incluía al propio tiempo en un aire que era su alma, pero que extenso e indivisible lo dividía al ser impulsado por las progresiones de su velocidad al fuego soplado de su nariz. Pero mientras sea esa alma extensa del caballo se iba convirtiendo en toda la tierra y el caballo se tornaba en un gran cuchillo que cortaba las rebanadas delicadas de ese aire difundido, era necesario retornar a la cartesiana sustancia que piensa”.



Eduardo Muñoz. S/T (1991-93). Ensayo: Zoo-Logos. De la serie: Un día sí, un día no.

Vienen a la mente, como por imantación poética tan cara al fabulador de las aventuras sigilosas, fuentes homéricas. Caballos de Aquiles que con Cavafis continuarían “llorando por el interminable desastre que es la muerte” si el propio J. L. L no hubiera “reinventado” el ser para la resurrección.

Si aceptamos lo anterior lezamiano, en una aceptación polémica y no del todo adherente, tendremos que reconocer que del resto de los diez poetas es Cintio Vitier quien más se acerca a la tensión de la imagen del caballo y a la multiplicidad de sus posibilidades metafóricas. Desde temprano. “Bailaba naranja herida, olfato / de la muerte del caballo en lo infinito / bebiendo fastuosas celosías, / gruesas retóricas, tronos”. Y Lezama le establece hermético contrapunto, fuga per canon, “pasando hasta la fuente donde cae el caballo risible de alas amieladas”. Escándalo, otra vez, porque “todo este llegar me ocupa la dentadura del caballo al mediodía”. A partir de entonces se establece el recorrido, diferenciado, sutil e insistente. No puede ir solo el animal según Gaztelu, pues “Grande es el oficio, jinete, que se impone a tu mano / para guiar el paso del caballo y su cuádruple danza”; la danza es en Piñera un paseo que los suspicaces censores eliminaron de la edición de *La vida entera* en 1969 (aunque había sido publicado en la década del cuarenta): “Encanta el caballo viniendo de flanco, / el caballo con sus cuatro cascos provocando la tierra; / encanta en las mañanas con descargas de fusilería. / Pero advertid que el caballo no comparte nuestra admiración. // El caballo es llevado por su carne / y lo

que de él se mueve en un espacio es su forma: / su forma que podría ser una flor o un guante. / El caballo ocupa un espacio más su relincho. // Encanta el caballo cuando caracolea / pero estas suertes gentiles son la desesperación de sí mismas; / si el caballo quiere caracolear nada más que para sí / tendría que no caracolear nada más que para sí / tendría que caracolear y permanecer cosido al suelo. // Pero el pueblo es cruel y le encanta el caballo / en las mañanas con el asfalto mojado por el rocío. / Un latigazo, y el caballo avanza piafando. / Pero el pueblo ignorará siempre que el caballo / no sabe que él es un espectáculo matinal. // ¡Mirad cómo avanza un caballo llevado por su forma!” La marcha no termina y en *Galope inacabado* de Rodríguez Santos, el caballo no aparece pero se le escucha, José Martí lo sostiene en su secularidad –“los caballos no han comido porque no quieren comer”, “para el varón, el caballo”– o “jinetes pintados que circulan en torno...”. Cinco, pausa, vuelve Lezama Lima, “Nuncupatoria de entrecruzados”, “no es el cuello del caballo la libertad del movimiento, / pues su escultura tiene que ser mantenida en la noche / cerrada para gotear del vegetal”. Es entonces que Baquero lo adivina, “su caballo comienza a encantarse, el aire / se viste de una serena música, corporal, cristalina; / el caballo avanza hacia la muerte”. “Su corcel se arrodilla / lentamente en el aire”. “Como aquel otro paso donde cegaron al caballo... cuando metió sus cascos en la nada” en la reminiscencia de Eliseo Diego que se prolonga “sobre el negro caballo memorable”. Otra vez Cintio Vitier hace oír “el sonido / pequeño de un caballo influyéndome y luchando con la gran boca retórica...” Esos recursos son recatadísimos en Octavio Smith, “donde blancos corceles linajudos se reclinan y disipan”, “rubios corceles diminutos” que al contrario de Lezama “enunciados eran por la amistad del tiempo”. Hay como un desvarío, un insinuarse en la poesía que nunca volverá a ser como antes “ni sonar tanto a la vida / en el anacrónico caballo” para que Fina García Marruz introduzca una nota contraria en la propia esencia y decursar del caballo. “Es la hora de la aridez más honda. Eco olvidado y sólo cascoteo / de los caballos, como son de recatados fantasmas”. Sella para su futuro el disidente Lorenzo García Vega.

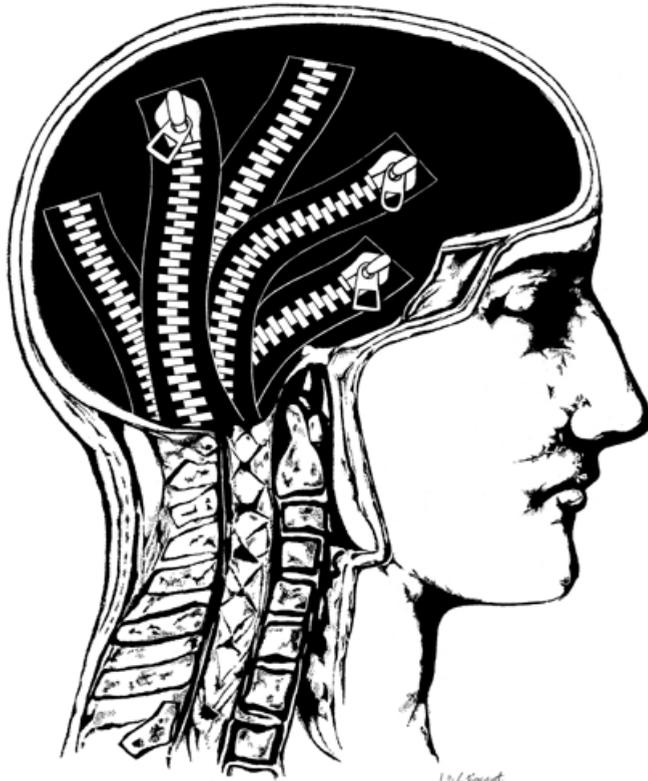
No termina la lectura, múltiples entrecruzamientos se podrían establecer en las varias propuestas de los diez poetas. Enlaces de palabras clave más allá del propio caballo. Estética que salta de las diferencias y niega un supuesto bloque compacto para, tal vez de ese modo, salvar la poesía.

No termina la lectura. José Lezama Lima decide “capar el caballo y poner allí una flor”. Cuchillo, flor, galope. Triunfo en la derrota. El supuesto náufrago podrá haber sido desdeñado, pero sobreausente, es ahora vencedor en la sobrenaturalidad que elimina los contrarios. A los otros queda discernir el movimiento de esta poesía. El equivalente ha transformado lo genésico del caballo a manera del torcido cuello del cisne modernista. Se ha expuesto una visión, acercamiento a la poesía en *Orígenes* y de *Orígenes*. Dentro están la poesía, el poema, el poeta. Fuera también.

Acertijo

Emilio Ichikawa Morín

Si en un rincón de Salamanca usted se encuentra en una tienda donde se comercia con santos, es decir, un lugar donde se lucra con lo sacro; y observa enfrente una sala de cine pornográfico, donde se adora devotamente el sexo: ¿dónde creería que hay, hombre religioso, más fervor depositado?



Luis G. Fresquet
Luis G. Fresquet

El salón del ciego¹

Carlos Victoria

UN PADRE Y UN HIJO, QUE NUNCA SE HABÍAN VISTO COINCIDieron por azar en un bar clandestino en las afueras de Camagüey, una tarde de abril del año 80.

El local, un rancho de madera y guano, en el fondo de un enorme patio totalmente tapiado, tenía un aire de efímero pegote si se le comparaba con la casa principal de la quinta, construida en los tiempos coloniales y carcomida por lluvias y vientos, ennegrecida, de ventanas ladeadas y condenadas por gruesos tablones, pero con un semblante patriarcal que ni aun la ruina podía desvanecer. En ella vivía un ciego llamado Julián. Él y su esposa atendían el negocio.

Gatos y perros convivían sin agravios bajo los gajos de mangos frondosos que daban sombra y frescor en el patio, ajenos al trajín de los clientes que entraban y salían de la choza convertida en taberna. Frutas caídas antes de su tiempo, algunas ya pintonas, hojas y desperdicios enmascaraban la tierra rojiza, emanando un olor empalagoso que se sumaba al tufo de la cerveza cruda. Pájaros agitaban el tejido de las ramas, trinando, pero su canto perdía resonancia ante el escándalo de los bebedores, pues el licor aumentaba el volumen de las voces vehementes que definían, juzgaban o transformaban el orden del mundo.

Pero esta tarde en la que el padre y el hijo, desconocidos el uno para el otro, coincidieron en el bar ilegal, los escasos clientes no armaban tanta bulla. El cielo encapotado oscurecía aún más la sombra natural bajo los árboles, donde el ciego y su esposa habían puesto unos bancos. Dentro del rancho, donde se despachaba la cerveza, y algunos conversaban o echaban pulsos o tiraban los dados, la mujer había encendido dos quinqués; la electricidad no llegaba a este sitio. La luz temblequeante reflejaba en el piso, las paredes y el techo las siluetas de los bebedores, y

¹ Primer capítulo de la novela en proceso *El salón del ciego*.

al proyectarlas las descomponía, las deformaba, las agigantaba; cada ademán y cada movimiento se repetían exageradamente, como trazados con carbón.

El padre había escogido el interior del rancho para tomar con un amigo de su juventud, al que no había visto en un montón de años. Los dos bebían en una mesa al fondo, junto a una ventana, apartados de los jugadores. Tenían un pasado en común que evocaban interminablemente, citando nombres de lugares y gentes y describiendo acciones con pelos y señales; con sus gestos materializaban escenarios y rostros, mientras vaciaban las botellas sudadas.

El hijo, acompañado de una mujer y un viejo, se había sentado afuera, a la sombra de los mangos. La primavera había degenerado en un prematuro verano, contaminado por nubes de mosquitos. En el verdor de la hierba y las ramas había algo amenazante, como si aquel color, que había llegado a su culminación, sólo pudiera ahora causar algún perjuicio: fabricar espejismos, entorpecer la vista. Los animales, dispersos en el patio, dormitaban en el denso sopor.

– Hace falta que llueva.

El ciego Julián atravesaba el patio sin la ayuda del bastón, custodiado por un par de perros. Tenía una voz profunda, un poco enronquecida, pero su sonrisa desmentía la gravedad del tono. Sus espejuelos, oscuros como su piel, mantenían un riesgoso equilibrio sobre la nariz, tan sumamente chata que se podía pensar que un puñetazo la había hundido en el rostro. Pese a la ceguera y a la vejez, su cuerpo flaco y musculoso se desplazaba con completa certeza, sorteando las raíces, los tachos de basura, los pedruscos; el dominio de su territorio lo investía de aplomo. En torno a su cabeza los mosquitos zumbaban.

– ¿Todo bien?

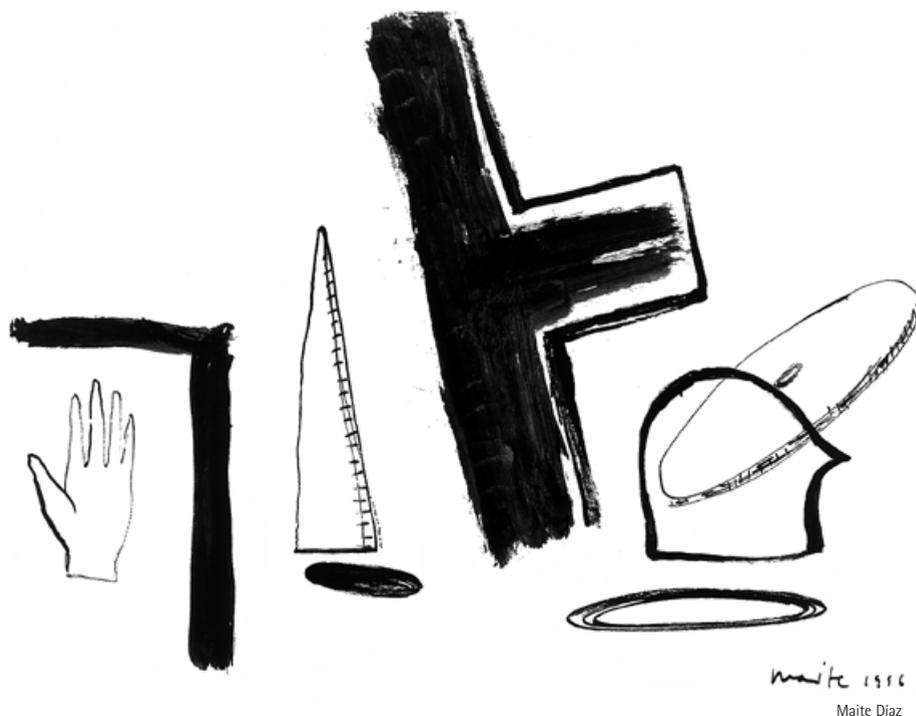
Una pregunta más bien dirigida a las plantas, o al cielo nublado. Los únicos clientes que tomaban afuera (el joven cuyo padre desconocido bebía adentro, la mujer y el anciano) se limitaron a decir un “sí” quedo, o a asentir con la cabeza, olvidando que el hombre que cruzaba ante ellos no podía ver. Pero nada importaba. El ciego y el calor sólo demandaban que el líquido espumoso se bebiera, y el trío cumplía a cabalidad la función. La mujer, que no pasaba de los treinta años, llevaba la batuta: su vaso de cartón se encontraba vacío. Los tres tomaban la cerveza en perga, ya que la embotellada resultaba más cara, y aunque el viejo, que era el que invitaba, guardaba en su bolsillo un fajo de billetes, a ninguno se le hubiera ocurrido que tomar era un lujo, o algo relacionado con el paladar. La cerveza cruda en los toscos envases bastaba. La mujer quería más.

– Ahora te toca a ti ir a buscarla, Miguel —dijo el viejo, poniendo en las manos del joven un billete de a diez.

– No me toca, ya yo fui la otra vez. Y la otra. Que vaya María, a ella le sirven más.

– ¿A mí? Esa mujer me odia.

– Mentira. Ese es su carácter. A ti te llena los vasos hasta el borde, es un asunto de mujer a mujer. A mí me los deja casi a la mitad.



María se puso de pie, convencida. Su mirada, que siempre se posaba sobre gentes y cosas con intensa fijeza, parecía ahora dispersa, dándole un aire de reflexión a un rostro que todavía era hermoso.

– Yo te acompaño, dijo el viejo, tomándola del brazo.

La irregular pareja se alejó hacia la choza entre filas de árboles y bancos, jaraneando con falsa intimidad; la tarde y el alcohol contribuían a la simulación y el arrumaco. El joven bebió un poco de cerveza y entrecerró los ojos. Sentía un poco de sueño: hacía dos noches que no dormía en su casa, deambulando por bares, por parques, por esquinas, discutiendo, jugando, contando o escuchando tramas enrevesadas, visitando personas a las que sólo lo ligaba el gusto por la juerga, haciendo el amor en camas que chirriaban, o en matorrales, o en callejones sin rastro de alumbrado, mataperreando por barrios dudosos, timando con su plática a borrachos dispuestos a pagarle un trago, enredando a veces en locas controversias que en más de una ocasión se habían resuelto en bronca.

Ahora una ráfaga repentina daba vida a los árboles, estremecía la verja de la entrada, mecía las barbas de los curujeyes, levantaba de la tierra las hojas, ahuyentaba el enjambre de mosquitos y hacía girar con frenético impulso, sobre el caballete de la senil casona, una veleta coronada por un gallo de hierro. La brisa adormecía al muchacho, que en ese instante sentía una rara calma. Sus pensamientos, siempre atropellados, habían cedido ante el roce del viento.

Adentro, el padre, al escuchar el aire que silbaba en el guano, se había quedado absorto. Al igual que su hijo, llevaba varios días de parranda, sólo que en un ambiente diferente: militar de alto rango, tenía acceso a atenciones y a lugares que para el hijo se encontraban vedados. Su presencia esta tarde en el tugurio obedecía a un capricho, o a un afán de aventuras: los credos políticos, los grados en los hombros, no habían mermado su avidez por la vida. Ni su sed de licor. Ni su atolondramiento. Jamás podía permanecer tranquilo en un mismo lugar por varias horas; y en esto el hijo, a pesar de no haber visto jamás al padre, era su vivo retrato.

Este desasosiego había puesto en peligro varias veces la carrera y el prestigio del padre; pero a la larga antiguos camaradas intercedían por él. Porque el padre se ganaba a la gente con sonrisas, con labia, con gestos generosos. Y además tenía un pasado heroico, había luchado en las montañas, dinamitado puentes, asaltado cuarteles, dormido a la intemperie con un fusil de almohada. Había cambiado, en esa época de insurrección, sus prebendas de joven de buena cuna, como decían entonces, por los riesgos de la guerra. Y poco después del final de la lucha, cuando el triunfal gobierno la había emprendido contra los ricos, el padre había accedido de buen grado, personalmente, en nombre de la revolución, a despojar a su propia familia. De eso hacía veinte años.

Precisamente ahora, cuando el viento arrastraba un aroma de lluvia, se acordó de su hermano mayor, que había acabado de morir en Miami, luego de casi dos décadas de exilio. Nadie como su hermano para atisbar los cambios en el cielo, para augurar sequías, ciclones y chubascos. Bebió con prisa el resto de cerveza que burbujeaba en la botella oscura. Nada más vergonzoso que ser un capitán sentimental.

Afuera el hijo cabeceaba en el banco, sumido en la modorra. Tenía el cabello largo, una barba y un bigote ralos que no se había afeitado en varios días, la ropa sucia, los zapatos rotos. A diferencia del padre, que cuando joven era presumido, el hijo apenas cuidaba su apariencia. Mucho menos en los últimos años, después de haber estado preso un par de veces; menos aún cuando pasaba por rachas como ésta, en las que sólo le importaba beber, atarantado.

Un bolero a toda voz interrumpió su ensimismamiento: era el ciego sacando agua del pozo, al parecer feliz al olfatear la lluvia. Cantaba con vigor, en un puro arrebatado, mientras doblándose sobre el brocal manipulaba la roldana.

El hijo, para desentumirse, se puso a caminar por el inmenso patio. La quinta había albergado, en los comienzos de la Guerra Grande, a un grupo de patriotas que conspiraba contra los españoles bajo la dirección de un famoso hacendado. Los ideales y las estrategias se habían examinado con febril convicción en los salones de la imponente casa, o tal vez bajo los mismos árboles; luego se redactaron manifiestos, se inventariaron armas y machetes, se leyeron sonetos sobre la libertad. Ahora, más de un siglo después, el hijo, que en otro tiempo había estudiado Historia, y que había leído apasionadamente manuales gruesos, biografías enjundiosas, hasta llegar a sentir como inmediatos sucesos de otras épocas, apenas recordaba que este sitio tuvo un significado en el extraño avatar de su país.

El ciego, que había sido empleado de los descendientes de los conspiradores, y que se había quedado como el único dueño de la quinta (sus patronos se habían marchado hacia Estados Unidos en el año 60, y él se volvió el legítimo heredero, a pesar de su piel rotundamente negra), había inaugurado el negocio hacía un año, aprovechando la dificultad de conseguir cerveza en cualquier parte; el joven se había vuelto un cliente habitual desde el principio, pues su casa no se encontraba demasiado lejos; podía incluso, con un poco de esfuerzo, venir a pie. El antiguo estudiante y lector había roto, no sólo con la Historia, sino con su propio pasado, y por lo tanto este lugar sólo significaba para él un refugio donde bebiendo eliminaba la vida del otro lado de la tapia. Ahora, después de cerciorarse de que nadie miraba, orinó tras la palma al lado de la verja.

El ciego vaciaba el agua del cubo en el abrevadero del corral de puercos; varios cochinos, gruñendo, se agolpaban en el chiquero alrededor del hombre. El joven se acercó estirando los brazos, bostezando, y recostándose a una estaca dijo:

– Tienen sed.

– Ni sé por qué estoy haciendo esto —dijo el ciego—. Va a llover y van a tener agua de sobra.

Pero ya el muchacho no escuchaba. Había hecho el comentario por ser cortés, y luego prosiguió con su sonambulismo inofensivo. Recordó que la noche anterior, durante un pestañazo en casa de un amigo, había tenido otra vez la misma pesadilla: en el sueño él creaba un lugar exacto al sitio en que dormía, de modo que la sensación de estar despierto era absoluta. Pero un detalle, tal vez un brazo colocado en la almohada que no correspondía a un cuerpo conocido, o una figura acurrucada en un rincón del cuarto, o una voz debajo de la cama que murmuraba frases en un raro idioma, le revelaban que algo había fallado, y que estaba a merced de una fuerza sinuosa que le impondría la muerte por asfixia. Sus miembros, tanto en el sueño como en la realidad, se contraían, se paralizaban, volvían a contraerse, como si alguien lo hubiera maniatado. Entonces despertaba.

Se alejó del chiquero hasta llegar al portal de casa, convertido en un ralo cobertizo. En las losetas cuarteadas crecían mazos de hierba, para deleite de patos y gallinas. Tupidas plantas trepadoras, de buganvillas y de cundeamor, aprisionaban las columnas raídas, las paredes con magulladuras que corrompían la carne del ladrillo. Los amplios ventanales habían sido atajados a punto del desplome por toscas tablas de algarrobo, claveteadas en cruz. La puerta estaba cerrada con candado. Ni el ciego ni su esposa confiaban demasiado en los clientes, que como el joven Miguel merodeaban, a veces en estado de absoluto torpor, por los alrededores. Por último el muchacho regresó al mismo banco debajo de los árboles, sintiendo con euforia la envoltura del viento, que atravesaba reciamente el mangal, doblando las ramas más endebles, esparciendo el olor del chaparrón cercano.

Adentro, en el fondo del rancho, el padre, cuyo amigo se había levantado a comprar más cerveza, observaba a la mujer recostada al mostrador junto al

viejo; se preguntaba si serían amantes. Le complacía ver en el sitio a otra mujer además de la esposa del ciego, que no era joven ni hermosa; en realidad al padre le resultaba casi imprescindible tener una presencia femenina cerca de él. Obligado, como militar, a moverse casi siempre entre hombres, valoraba con creces la imagen de una hembra; unos senos, una boca pintada, un sencillo contoneo de caderas, le devolvían su razón de ser.

Sus tiempos de seductor habían perdido brillo; a los cincuenta años, aunque en pleno dominio de su virilidad, con una esposa, tres hijas, dos queridas, la ardua supervisión de almacenes de víveres, su afición al alcohol, las pequeñas (pero peligrosas) intrigas entre mandos, alimentadas por rivalidades y por desconfianzas, apenas le quedaba lugar para nuevas conquistas. Pero esas trabas no le impedían apreciar, como ahora, la visión de los pechos redondos, pugnando por abrirse paso entre la blusa, y de los muslos a los que la tela se adhería con fruición. Disfrutaba a la vez de la voz femenina, del lenguaje y el tono que inexplicablemente denotaban una educación, no la vulgaridad que se podía esperar de una mujer que comprara cerveza en este cuchitril, a esta hora insólita del mediodía.

– Me preocupa Miguel —le decía en ese instante la mujer al viejo—. Siempre es tan alegre, tan comunicativo, y hoy hay que sacarle las palabras de la boca. Y la forma en que anda, sucio, hasta con mal olor.

– Es un caso perdido —dijo el viejo—. No sé por qué tienes que andar con él. No me pesa pagarle la cerveza, porque es tu amigo, pero es un tipo problemático.

– Él no es así. Tú no lo conoces como yo.

– No hay peor ciego que el que no quiere ver —dijo el viejo.

De inmediato la mujer le hizo una seña con el rostro alarmado, indicando que la esposa de Julián, que machacaba bloques de hielo a la luz del quinqué, podía haberlo escuchado.

El padre, que se esforzaba por seguir la conversación de lejos, por encima del diálogo de los otros bebedores, sonrío al ver el gesto, la sutil consideración de la mujer. Luego se olió con disimulo debajo de los brazos, porque era posible que al igual que el Miguel que mencionaba la desconocida (el nombre del padre era también Miguel) él apestará.

Bajo el efecto de una feroz resaca, había salido de Holguín el día anterior rumbo a La Habana, inquieto por las inesperadas noticias: el asalto a la embajada de Perú, que en este instante se encontraba repleta de gente que reclamaba asilo; la intempestiva decisión del gobierno de permitir la salida de Cuba por el puerto de Mariel. En el camino se había tranquilizado con una botella de aguardiente de caña, y al pasar en su jeep por Camagüey, la ciudad en la que había nacido, y en la que había transcurrido gran parte de su niñez y juventud, no había podido resistir el deseo de encontrarse con un viejo amigo, compañero del bachillerato, que con el tiempo había caído en desgracia. El padre actuaba muchas veces así, por impulso, zafándose del cepo de los pro y los contras.

Le había dado permiso a su chofer para que visitara a unos parientes, había

alquilado un cuarto de hotel, y ya vestido de civil había iniciado su imprevista parranda en esta capital de provincia, en la que cada barrio, cada plaza y esquina, conservaban la huella de los años remotos en los que su carácter había adquirido forma, o tal vez se había fragmentado o disuelto. Pero el calor y la humedad, sumados a la espesa neblina de los tragos, no le habían permitido que reflexionara sobre los accidentes de su vida impetuosa, y a la larga sólo le habían sudado la camisa. Que por suerte, ahora lo comprobaba, no tenía mal olor.

Afuera, el hijo aprovechaba la ausencia de la mujer y el viejo para contar el menudo de sus bolsillos. Había despilfarrado en menos de dos días su salario mensual de medidor de tablas. Aparte de tener la esplendidez de la gente muy pobre, el hijo, alebrestado por el licor, se empeñaba en gastar con urgencia el dinero, como el que se deshace de un objeto robado y por lo tanto comprometedor; y sólo cuando llegaba el momento, como ahora, en que ya los billetes se habían desvanecido, es que experimentaba la avaricia.

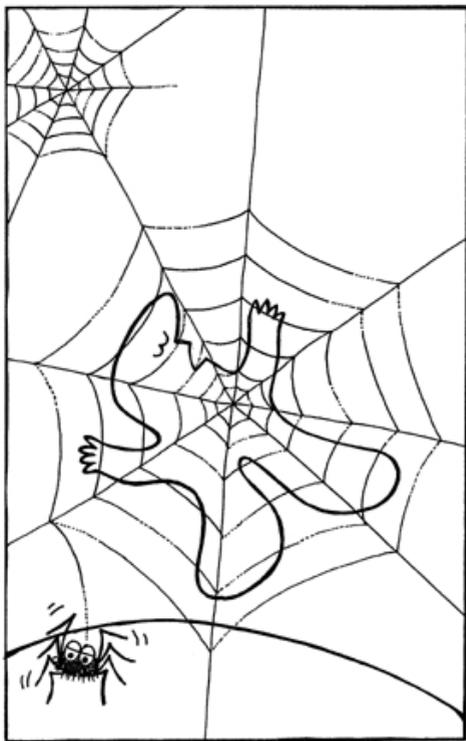
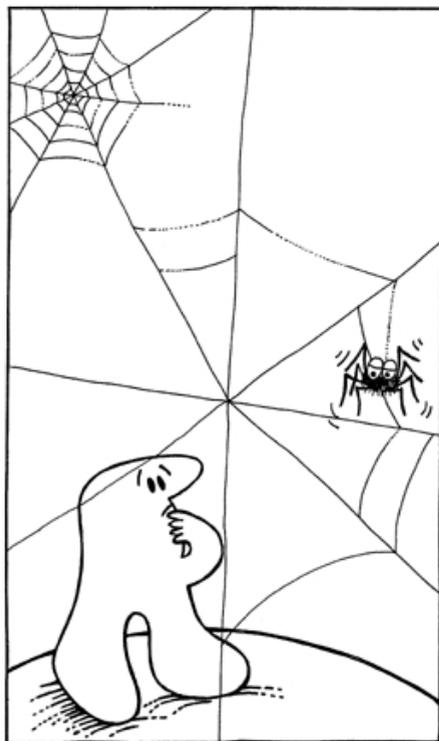
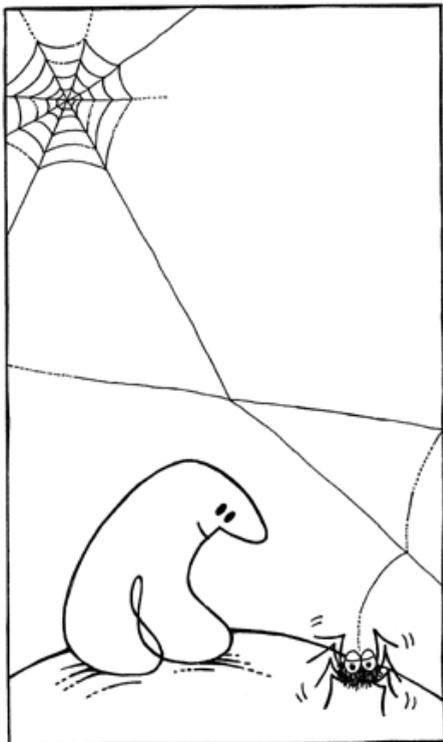
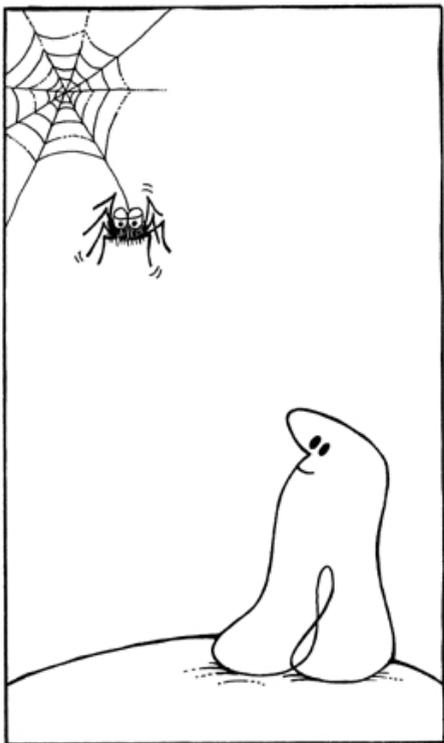
De repente decenas de pájaros que al parecer huían de la lluvia, o la anunciaban como heraldos ruidosos, invadieron el cielo en convulsas bandadas. Aleteando, graznando, formaban escuadrones que en un segundo se disolvían en manchas, para ascender o descender en filas, o en forma de embudo como un rabo de nube, o adentrarse en los árboles sacudiendo los gajos, picoteando las frutas, sin poder detenerse, y en zafarrancho volver a alzarse y bajar en picada.

El hijo los miró con el asombro que provocaba en él toda muestra de destreza o ardor. El padre los vio maniobrar a través de la ventana del rancho y pensó: Qué lástima no tener la escopeta. Porque el padre era un sobresaliente tirador, y una de sus tantas pasiones era la cacería. El hijo, en cambio, no tenía puntería, ni siquiera al lanzar una piedra. Ante esta inesperada invasión de las aves, el hijo sólo observaba las formas, los movimientos, los bruscos contrastes, y después viraba la cabeza; mientras que el padre sólo pensaba en los actos concretos, para entrar en acción.

Los pájaros siguieron su camino.

Inmensas nubes del color de la tizne se juntaban en moles, convirtiendo la tarde en el anochecer. Los truenos restallaban en la lejanía; los relámpagos hendían el cielo. El fagonazo de un rayo iluminó la palma al lado de la verja, calcinó en un segundo un par de pencas que cayeron estrepitosamente sobre un rosal marchito. Un ave rezagada, de plumaje mugriento, cruzó chillando como una exhalación entre las copas de las matas de mangos. En ese instante estalló el aguacero.

don ufano



Luis G. Fresquet

Las prisiones de Reinaldo Arenas

Para F. S.

*“Sé que hay palabras malditas,
que hay prisiones y que en ningún
sitio está el árbol que no existe”*

R. ARENAS

EXISTE, MÁS ALLÁ DE LA INSONDABLE PROFUNDIDAD DE LA mente, un límite físico en la experiencia del conocimiento, que marca la imposibilidad de continuar acumulándolo a la vez que una imperiosa necesidad de comunicarlo, como si la expresión fuera a transformarse en la única prueba tangible de su existencia y en vehículo de alivio para la soledad del pensamiento.

Ese impulso, que opera como una fe en la liberación de las palabras, requiere, como consecuencia, los espacios apropiados que contengan su propagación. Pero al retornar el agotamiento, la resequedad y la duda, el espíritu reclamará volver a los estados anteriores, el autoconfinamiento donde germinan y alborotan nuevamente las ideas. La soledad es el factor incoativo de la entrega: Zaratustra abandonaba la montaña amenazado por el desbordamiento de aquellos mares dentro de sí, pero intermitentemente debió regresar a ella como se busca una fuente para mitigar la sed.

Hay algo de perentorio para el alma humana en la fluctuación desde los marcos constringentes que la estrechan e incitan, hacia las vastedades desconocidas que la liberan. De las elogiosas diferencias atribuidas a la condición del artista, la más real puede ser precisamente esa capacidad desarrollada para vivir y calibrar como nadie todas las formas de la plenitud. Careciéndola, el esfuerzo

se orienta a alcanzarla, aún cuando haya que recurrir al aislamiento forzoso que violento y desate su conquista.

Para muchos escritores (Miguel de Cervantes, Fiodor Dostoievski, el Marqués de Sade, Óscar Wilde, Carlos Montenegro, *et al*), el haber padecido la fría humedad de una celda, lejos de entorpecer sus labores creativas, incidió en el ámbito estético verificándose en la constitución de un signo que se trasladaba de lo personal a lo cultural.

La prisión, como distanciamiento impuesto, ha asumido a lo largo de la historia diversas implicaciones epistemológicas formales y significativas¹, entre ellas la oposición fijada entre las modalidades del castigo, que exige reducción, y el anhelo de reafirmación vital que en ese instante dicta estallido y profusión. Ansia dominada por el rechazo a la esterilidad del sufrimiento y ennoblecida por el empeño de fraguar la dureza de un objeto tan frágil como la palabra.

Decretar restricciones es promulgar el poder que se ostenta queriendo confinar el sonido, la presencia o la imagen que molesta. Insistir, convencer, volver sobre la idea, borrar el silencio será entonces lo que quede al proscrito.

A pesar de que *Celestino antes del alba* permanece todavía como la única obra de Reinaldo Arenas publicada en Cuba, no podría afirmarse que el resto de su producción sea absolutamente desconocida hoy en el país.² Sorteando las prohibiciones, sus libros han llegado un poco como ya una vez lo hizo el *Don Quijote* a América.

En todo caso, habría que hablar de una lamentable resistencia que ha pretendido mantenerse ajena a los rumbos de la novelística hispanoamericana contemporánea, contexto donde la narrativa de este autor ha sido señalada por su riqueza imaginativa, el temprano grado de participación en la tendencia superadora de las estéticas boom y la innegable fuerza de cohesión, independencia y singularidad que con el tiempo alcanzó a dar a sus propuestas creativas.

La integración retardada e interferida de su obra en el seno del relato cultural cubano contemporáneo, orientado mayormente por el discurso político rector de la época, le instaló en la zona marginal de nuestra literatura, región donde ha permanecido apropiándose concientemente de sus códigos, negándose a aceptar su suerte y repensando a cada instante un camino de soledades, incomprensiones, vacíos y desvirtuaciones de sentidos.

¹ Cfr. *Vigilar y castigar*, Michel Foucault. Siglo XXI, México, 1984 (Primera edición en francés: Gallimard, París, 1975).

² Diversos especialistas, entre los que se cuentan Gerardo Mosquera y Rufo Caballero, han coincidido señalando la existencia de una vía cultural soterrada (catacumba criolla de la posmodernidad) por la cual se han hecho circular textos teóricos que han incidido contrarrestando la falta de información o beneficiando la actualización ideocomposicional de muchas obras. Yo haría aquí extenso el comentario a la literatura propiamente artística, no sólo de autores cubanos residentes en el exterior, sino a todo tipo de materiales, a veces fragmentados o mecanuscritos. Específicamente en el caso de las interrelaciones o referencias mantenidas con la obra de Reinaldo Arenas por narradores cubanos, véase la última novela de Guillermo Vidal Ortiz, *Matarile*, Letras Cubanas, 1994, un caso donde me parece sugerente la recuperación y el homenaje.

Cuando en 1965 el jurado constituido para otorgar el Premio Nacional de Novela “Cirilo Villaverde” de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, anunciaba que el entonces desconocido Reinaldo Arenas (Holguín, 1943) se hacía acreedor de la primera mención, también se iniciaba para la literatura cubana la historia de la posible justeza de las (auto)valoraciones en torno a la obra de este escritor.

Entre las razones que provocaron el surgimiento de esta llamativa variante discursiva, caracterizada en un extremo por la reserva que algunos manifestaban y en el otro por las combativas intervenciones de Arenas en favor propio, pudiera estar, de hecho, la inconformidad con el premio desierto del segundo certamen convocado por la UNEAC, esta vez en 1966, donde *El mundo alucinante* lograra una discreta mención honorífica, obra que luego de su publicación en Francia en 1969 obtuviera allí el galardón anual a la mejor novela extranjera. Dos años después de insistir por la vía de este género, el volumen de cuentos *Con los ojos cerrados* también alcanzaba mención en el evento citado.

Si bien carece de sentido juzgar desde nuestra posición la problemática del apartamiento, de la secundariedad con que se distinguió a cada texto en su momento, no ya por la probable existencia de un escaso índice de acercamiento poético en determinadas apreciaciones, sino por la soberbia que implicaría emprender una polémica subjetiva y oportunista destinada a cerrarse en el estrecho marco del aspecto competitivo de la creación, sí creo importante destacar la oposición crítica que hasta finales de los años ochenta se negó a aceptar en nuestra historia literaria –por motivos de evidentes conveniencias ideológicas, como ahora muchos cambios, por las económicas– la inclusión plena de la obra ejecutada por escritores en el exilio, como la del mismo Arenas, por ejemplo, o las de Severo Sarduy, Gastón Baquero, Lorenzo García Vega, Guillermo Cabrera Infante, entre los más reconocidos.

Pero no todo este relegamiento siempre concluyó con una asunción y aprovechamiento del punto de vista impuesto como ha ocurrido en Arenas. Obligado a justificarse en la literatura, y en la vida, a través de aquélla, su obra tiende a desplegarse en un espacio donde las inquietudes centrales giran alrededor de temas que se vinculan con la praxis literaria, entre ellos, por ejemplo, el que señala el modo en que la crítica logra incidir sobre el curso de fijación de los valores de un texto. Metadiscurso que partiendo del nivel de elaboración en el plano narrativo, como constante ideoestética de una totalidad, habría que considerar más seriamente en tanto relativa novedad de incidencia temática y formal de sus obras finales (*El color del verano* y *Antes que anochezca*), más allá de ese tono controvertido y ocasional que algunos prefieren llamar “delirios” y otros “egocentrismos”, y que se amplifica considerablemente si lo valoramos en un contexto donde el humor subvierte toda ética, llegando finalmente a un decoroso y muy particular trabajo de ficcionalización del testimonio, haciendo del referente real, mediante la caricatura, un fantasma literario.

Desde una posición de disidencia política, y perseguido cuando en la década del sesenta el gobierno cubano condenó a homosexuales a desarrollar tra-

bajos forzosos en los tristemente recordados campos de la UMAP³, asumir la marginalidad para Reinaldo Arenas se convierte en un proceso de asimilación y proyección, cuya fe en la libertad radica en las posibilidades de aprehender las esencias de lo vital desde una perspectiva socioculturalmente sometida:

“pero a poco que descubrió que es fácil integrarse a cualquier realidad siempre que no se tome en serio, siempre que secretamente se desprecie, y que en cualquier sitio hay oportunidad para perderse...”⁴

La tentadora invitación al riesgo, asociada a la obsesiva preocupación por los límites, y la atrapante voluptuosidad del que conoce las ventajas de la tendencia a la indefinición, devinieron en un apremio por vivir, expresado a través de la exploración de la metáfora de los encierros, recurrencia permanente que identifica el universo poético de Reinaldo Arenas.

La infancia, el campo, el amor, la muerte, el mar y la escritura serán los signos personales; esos que siempre tendrán una explicación y a los que habrá que regresar aunque se deseen olvidar. La persecución, el confinamiento, la ausencia de aire, la irreconciliabilidad con la política y la defensa a través de la ironía, una mezcla de interminables pesadillas mientras el tiempo, por supuesto, acaba.

Arenas siempre parte de establecer el diálogo consigo mismo, interpretándose en una persistente corrección de los hechos. Una buena parte de estas insistencias narrativas se da mediante grandes recuperaciones y dilatados regresos a los propios diseños, esquemas y configuraciones. Sería útil precisar, sin embargo, que no hay, a pesar de lo dicho, esa finitud que suele acompañar a los autores que se agotan en una ópera prima. Existe una renovación que sentimos escondida quizás tras el logro de esas historias totalmente definidas, sintácticamente bien articuladas, dosificadas informativamente, todo lo cual nos conduce a pensar que en el fondo del novelista está, básicamente, el autor de esos cuentos, en el sentido más técnico de la palabra, agrupados en *Termina el desfile*.⁵

Arenas se interesa en esbozar, más que una poética definida por contornos personales, un modo poético con una serie de potencialidades que se descompactan a lo largo de la obra, hasta el momento en que presumiblemente adquieren el dominio del texto, ya sea por naturaleza, o sencillamente porque estén programados para escapar al control del autor. Cuando esto ocurre, la mayoría de las veces se logra un efecto desencadenante desde el punto de vista narratológico, que desajusta toda previsibilidad en la sintagmática de las acciones.

³ UMAP: Unidades Militares de Apoyo a la Producción.

⁴ *Arturo, la estrella más brillante*, Montesinos Editor, Barcelona, 1984, p. 23 (Fechado en La Habana, 1971).

⁵ *Termina el desfile*, Seix Barral, Barcelona, 1981.

Esto es lo que se destaca por sobre otros aspectos en la presentación del mundo formativo de los personajes en contextos rurales –rasgo insuficientemente explorado en su connotación particularizadora. Aún cuando no podemos hablar de una renuncia al trabajo de universalización de referentes míticos campesinos o a su poetización –normas prevalecientes en Feijóo o Cardoso– la intención se dirige más bien a comprobar las leyes de un proceso de (re)creación imaginativa, a una mecánica de aprehensión o a la funcionalidad organizativa de ese tejido al pasar al interior del hombre. Dentro de ese espacio, la infancia es el tiempo de las impresiones, del conocimiento primario determinativo; el resto de la vida, la corroboración de que impera aquella lógica, en sus inicios más libre, ahora, cada vez más tensa y conducente a la anquilosis.

La escritura será así una barrera que lejos de abarcar se confunde con lo indefectible que puede imponer un deber, limitando la felicidad y la despreocupación:

“Celestino silba y todo, mientras hace los garabatos yo empiezo a sentirme alegre. Tan alegre, que pienso que algún día él terminará de escribir, y que entonces volveremos de nuevo a pasear en yegua por las lomas y haremos un castillo mucho más grande del que pensamos hacer”.⁶

Las palabras importarán sólo en tanto remedio obligado y falso y casi ínfimamente en su resonancia estética. En *Arturo, la estrella más brillante* se señala en más de una oportunidad la paradoja del vacío que se obtiene al considerar la alternativa del verbo como posibilidad de redención, aún cuando esto resulta la primera evidencia de un fracaso tenido de antemano, de toda una obra y de una vida volcada a ella:

“*He visto un lugar remotísimo habitado por elefantes regios*, había escrito hacía unos años, no muchos, cuando aún pensaba que un grupo de signos, que la cadencia de unas imágenes adecuadamente descritas, que las palabras podrían salvarlo...”⁷

Para este escritor, en parte víctima de los lineamientos de una política cultural que desatendió cualquier otra manifestación que no fuera la de exacerbar el proceso de transformaciones iniciado en 1959, y una de cuyas consecuencias más actuales se enmascara todavía tras el concepto de “novela cubana de la revolución”⁸, la literatura no puede ser una profesión de fe. Condenado en 1974 a dos años de privación de libertad, en un proceso entre

⁶ *Celestino antes del alba*, Ediciones Unión, 1967, p. 108.

⁷ *Arturo, la estrella más brillante*, Op. cit. p. 9.

⁸ No me declararía por la definición del concepto siempre que metodológicamente se aplicara para explicar la variante temática que refleja el proceso de transformaciones iniciado en 1959, así como todas las implicaciones formales que conlleve. Mientras se continúe utilizando para insistir en la separación de un sistema ya de por sí bastante lacerado y manipulado, lo consideraré una estratagema burda e incapaz.

cuyas agravantes se encontraba el haber publicado sus textos en el extranjero sin permisos oficiales, la creación adquiere para él un estado de duda que apela a lo germinal, no tanto a los significados concretos como a los procesos virtuales de significación que se podrían operar.

“Escribir. Dejar que todas las ocurrencias le salieran de la cabeza. No desperdiciarlas como ahora en que las ideas iban y venían y se difuminaban entre la oscuridad de la prisión. ¡Cuántas ideas! Y sin embargo, pensó mientras gritaba por agua y por luz, como un nuevo y reciente mito, las mejores ideas son las que nunca logró llevar al papel, porque dicho y hecho ya les hace perder la magia de lo imaginado y porque el resquicio del pensamiento en que se alojan no permiten que sean escudriñadas, y, al sacarlas de allí, salen trastocadas, cambiadas y deformes”.⁹

En numerosas ocasiones más de una obra debió ser reescrita a causa de su extravío o usurpación. Ante el inesperado palimpsesto que se obtenía, la escritura nunca llegaba a ser considerada un fin:

– ¿Crees que algún día podrás terminar de escribir lo que estás escribiendo?
– No sé lo que me falta todavía. ¡Pero ya siento que estoy al empezar!”¹⁰

En medio de tal desazón, el amor jamás será esperanza; más bien urgencia. Para llegar a la verdadera comprensión y significado del tratamiento del erotismo que brota de esta prosa, incluso para superar las valoraciones superficiales de que ha sido objeto el tema del homosexualismo en esta narrativa, será necesario descubrir el camino de la plenitud basada en la complementación de la satisfacción sentimental con el goce físico. Nemesia era la amante más pura no porque viviese para un amor determinado sino porque lo hacía para el amor absoluto.¹¹

Entre pares que establecen un litigio voluptuoso: escritura-silencio, tierra-mar, razón-imaginario, discurre el juego de la atracción y el rechazo, generándose la indecisión y la sospecha de una vida que se apresura hacia su fin.

El mar, salida geográfica y psicológica, recuerdo forzoso de que el aislamiento es arbitrario y contractual, será el reflejo de la cercanía y del encuentro de los espacios fronterizos, que limitan y al mismo tiempo convidan a una incesante transposición.

Otro de los aspectos relevantes que emprende el autor, no desligado de sus constantes ideoestéticas, es la potenciación de lo imaginativo, dato que funciona en sus relatos con la cualidad de un subsistema que irrumpe obligando

⁹ *El mundo alucinante*, Montesinos Editor, Barcelona, 1981, p. 47.

¹⁰ *Celestino antes del alba*, Op. cit. p. 113.

¹¹ *La loma del Ángel*, Dador Ediciones, Barcelona, 1987, p. 49.

a creer en su eficacia, con la particularidad de que éste resulta de más difícil florecimiento cuando se sufre. Entonces, no pasa de ser un consuelo más:

“a la imagen que se padece hay que anteponerla, real, la imagen que se desea, no como imagen, sino como algo verdadero que se puede disfrutar”.¹²

En medio de esos temas ineludibles para la contemporaneidad que son el acceso al poder y las ironías históricas, debe verse la carnavalización y el empeño lúdico del autor. La inalterabilidad del discurso dominante prevaleciente en Cuba en los últimos años, así como el rechazo por parte de éste al tema de las alternativas políticas, ha propiciado un reflejo de in(con)movilidad colectiva, así como ciertas formas de un estatismo teatral sorprendente.¹³ Y Reinaldo Arenas desacraliza y transfigura el mundo obsesivo de las neurosis de la ambición, logrando hacer del desenfado y el divertimento el otro extremo de su poética.

De encierros está llena su obra; enclaustramientos que son como modelos no sólo del mundo real, sino de su propio quehacer, cada vez más nítido, perceptible en sus tonos más originales. En Arenas, la referencia a las prisiones está impuesta por su propio existir. La búsqueda de la libertad es la reacción lógica frente a la persecución y la represión:

“No creo que seas tan tonto como para pensar que existe alguna manera de liberarte. El hecho de buscar es liberación ¿no es acaso entregarse a otra prisión más terrible?”¹⁴

Entre prisiones voluntarias también queda el mundo poético del creador. Desde Fray Servando, que “se había ido adaptando a las prisiones”¹⁵, y Arturo, hasta los capítulos dedicados a las detenciones que el autor sufriera y que constituyen, obviando ficciones, la parte central y más amarga de *Antes que anochezca*:

“antes había tenido ya la visión, por lo demás exacta, de que si el mundo en general era terrible, para él era una prisión estricta y asfíxica que se reducía cada día”.¹⁶

La prisión es el símbolo generalizado e histórico del ejercicio del poder, y en la circunstancia nacional de las novelas de Arenas, un espacio que frena e

¹² Arturo, *la estrella más brillante* Op. cit. p. 51.

¹³ En esencia, el mismo aire de mutismo escenográfico que transparentan los “Pequeños Teatros” de Roberto Fabelo, emparentados por la estética del grotesco político con otra de sus series más actuales, la titulada “Celebraciones”.

¹⁴ *El mundo alucinante*, Op. cit. p. 106.

¹⁵ Idem Op. cit. supra, p. 168.

¹⁶ *Antes que anochezca*, Tusquets, Barcelona, 1992, pp. 203-241.

interroga los conceptos de emancipación y transformación mediante la presencia de los costados que hacen frágil y vulnerable la rigidez de todo sistema humano.

La celda que se erige entre una realidad histórica y los deseos de un hombre, circunfiere las posibilidades y anticipa las marcas del destino que se espera. En qué medida favorecemos a construirla es algo que debemos preguntarnos.

La vida de Reinaldo Arenas transcurrió en una relación de entrega literaria y vital. De los rasgos anteriormente señalados, la muerte es donde se prefigura con mayor fuerza una connotación mítica en la inquietud por la trascendencia. Desde *Celestino antes del alba* hay un enfrentamiento a ella como posibilidad solucionadora, que va a ir paulatinamente permeando toda la obra. Ese sentido del fin fue cada vez mayor tras la certeza de lo irreversible de la situación a que arribó.

Enfermo en fase terminal de SIDA concluye Arenas sus páginas de memorias¹⁷, que pueden ser entendidas también como una relectura de toda su existencia y escritura, cerrando uno de los ciclos novelísticos de mayor autonomía en la literatura hispanoamericana contemporánea. El ensayo que *definitivamente* recupere su importancia en la literatura cubana *siempre* estará por hacer.

Reinaldo Arenas terminó su obra entregándose a sí mismo el 7 de diciembre de 1990.

¹⁷ Idem Op. cit. supra.



Maite Díaz

Cuba: los requisitos de la competencia de la economía global

Guillermo Gortázar

(Intervención en el seminario "Cuba y la Unión Europea".
La Habana, 16 de noviembre de 1995)

DESEO AGRADECER A LA ASOCIACIÓN DE PERIODISTAS EUROPEOS y a los Patrocinadores de este seminario la invitación para participar en esta sesión de hoy en La Habana, con el título genérico de "Cuba en el nuevo orden internacional".

¿En qué consiste este nuevo orden? Básicamente en la libre competencia de una economía global. Además de principios y valores a los que más tarde me referiré, lo que ahora me interesa resaltar es el hecho de la transformación esencial que supone la globalización de la economía. Hoy los estados nacionales son muy pequeños e incapaces para intentar imponer a sus ciudadanos ciertas condiciones que resulten no competitivas, tales como elevados impuestos o condiciones de producción inseguras, inestables u onerosas. El capital viaja por todo el planeta sin limitaciones y se instala allí donde recibe mayor seguridad y mejores condiciones de negocio. Y esto sirve tanto para el capital financiero como para el capital industrial y humano.

Hoy la economía, el capital financiero, la industria, los bienes y servicios tienen más capacidad que los gobiernos para definir políticas realistas y operativas. Dejenme ponerles un ejemplo.

En un reciente seminario sobre el futuro de la Unión Europea en Madrid, con asisten-

cia del Presidente del Gobierno español, D. Felipe González, el profesor italiano de Ciencia Política, Carlo Pelanda retó al Sr. González a manifestar abiertamente su intención y deseo de unir la peseta a la moneda única europea en un plazo definido. Pelanda espetó textualmente al Presidente que no era capaz de hacerlo puesto que si hacía eso, en ese momento, los operadores financieros de todo el mundo venderían esa divisa cayendo en picado su cotización. "Si esto es así, ¿me quiere decir quien manda en la nueva economía global, usted o el mercado?".

Creo que la anécdota viene a cuento por cuanto pone a los políticos, a los líderes políticos, en un papel mucho más humilde y limitado de lo que se ha venido creyendo.

El nuevo orden internacional es un nuevo equilibrio entre las soberanías nacionales, territoriales, y la soberanía de los ciudadanos de la economía global. Los estados nación surgieron para garantizar seguridad y desarrollo en un ámbito territorial delimitado por las fronteras. Las guerras, los tratados y el derecho internacional fueron expresión e instrumentos de la concurrencia entre las naciones entendida en términos de lucha por la hegemonía.

Hoy la hegemonía no es el resultado de una superioridad militar sino de la capacidad tecnológica y de las mejores posiciones

en la economía globalizada. El siglo XX ha demostrado la imposibilidad de un imperialismo hegemónico, lo cual ha costado la dura lección de dos guerras mundiales y largas décadas de tiranía del comunismo sobre más de la mitad de la humanidad. A diferencia del siglo XX, el siglo XXI se anuncia como el escenario de una dura batalla económica entre los ciudadanos del mundo, a la vez pacífica y generadora de progreso y bienestar.

¿Quiere esto decir que los estados nación han perdido por ello su operatividad, su sentido histórico? En absoluto. Esto quiere decir que los estados, que los sistemas políticos, deben ser conscientes de esta nueva realidad y facilitar el ámbito de competencia de su territorio, de su soberanía, para ganar posiciones de sus ciudadanos e instituciones en la economía globalizada. Por ello, la competencia en el nuevo orden internacional se plantea en un doble nivel: por un lado los ciudadanos globales entre sí y por otro los antiguos estados nación entre sí tratando de ofrecer los ámbitos más favorables para la inversión y la producción.

Y es que los mercados castigan duramente la inseguridad, la inestabilidad y los altos costes agregados a los productos por la sencilla razón de que es relativamente fácil encontrar otros ámbitos territoriales que ofrezcan seguridad, estabilidad y menores costes. En los países en los que la estabilidad y seguridad se da por garantizada, los costes son el dato fundamental: por eso los políticos tienen tantas dificultades en aumentar los costes generales (seguridad social, salarios, impuestos, etc.). Llega un momento en que el país “no es competitivo” y en vez de ser un reclamo de inversión internacional se convierte en una zona de expulsión de capitales. En el nuevo orden internacional, Cuba posee todos los elementos estructurales necesarios para ser altamente competitiva en productos agrícolas especializados, en turismo, en nuevas industrias y

como centro estratégico de toda América, resultado de su privilegiada ubicación y de su tradición histórica. Sus ciudadanos, con elevados niveles de educación e iniciativa, han demostrado que, en condiciones de libertad e igualdad, son capaces de superar y ganar posiciones allí donde se han instalado a pesar de las dificultades de idioma o de integración.

Cuba, el pueblo cubano, lejos de su tradición de economía abierta y competitiva, ha sido durante treinta años una víctima más de la economía no competitiva y subsidiada por la URSS. Con el derrumbe del comunismo, el Gobierno de la República trata de variar su modelo económico sobre la base de su integración y abierta competencia en los mercados internacionales. Desde hace tres o cuatro años las llamadas a la inversión en la Isla han chocado con la desconfianza e inseguridad de los inversores salvo en los casos en los que la rentabilidad y desproporción de condiciones en relación con otros mercados han compensado a algunos empresarios a realizar ciertas inversiones, sobre todo en el sector turístico.

El Gobierno de Cuba puede realizar reformas económicas en la única dirección posible: es decir, preparar a su país para que se desenvuelva en la nueva economía global. Pero muy a nuestro pesar observamos que las limitaciones y desconfianzas son mayores que el ritmo y alcance de las reformas necesarias. El Gobierno de Cuba ha creado una economía paralela del dólar, a la que sólo tienen acceso los extranjeros y una minoría privilegiada de la sociedad cubana. Con ello se limita el sentido profundamente moral que tiene el capitalismo de igualdad de oportunidades (a diferencia del socialismo) a la vez que se crea una suerte de “apartheid”, percibida y vivida muy intensamente por la inmensa mayoría de los ciudadanos de Cuba, ajenos a los beneficios derivados de la apertura económica.

Señoras y señores, se puede decir más alto pero no más claro: para ese viaje no cuentan con el Partido Popular de España. Nos negamos a dar una imagen de nuestro país, con el dinero de los contribuyentes españoles, de aprovecharnos de una situación de dificultad del pueblo de Cuba. El postcastrismo llegará y queremos decir bien a las claras que nuestro apoyo y solidaridad con el pueblo de Cuba es ilimitado pero no queremos contribuir en absoluto a prolongar un sólo día más la situación de excepcionalidad que vive esta República.

De forma insistente el Gobierno socialista español defiende que conviene favorecer el desarrollo económico de Cuba como preámbulo necesario para la transición política. Créanme que si hubiéramos comprobado que esta tesis tenía razón, se confirmaba en los hechos, el PP, yo mismo, me habría convertido en un apóstol del levantamiento del embargo y habríamos aconsejado las inversiones en este país a cuantos agentes y empresarios nos han venido a preguntar. Pero frente al mundo de los deseos se encuentra el mundo de las realidades. Cuatro años después del desembarco en La Habana de algunos inversionistas españoles y de otros países, las cárceles cubanas retienen cientos de presos políticos, los grupos de disidentes políticos son permanentemente hostigados, y por si fuera poco el señor Castro nos recuerda en su reciente entrevista de Telemundo que no tiene la más mínima intención de iniciar un cambio político: "Yo no creo en la democracia representativa, ni en los partidos políticos. En Cuba tenemos un buen sistema de gobierno y no veo necesidad de cambiarlo. En Cuba los políticos de mi generación son contrarios al multipartidismo".

Señoras y señores, el Partido Popular forma parte del grupo más influyente del Parlamento Europea y está próximo, a juz-

gar por los sondeos, a ser el próximo Gobierno de España en el plazo de apenas tres meses. Nuestro convencimiento es que el origen de las dificultades económicas de Cuba se encuentran sólo en una dimensión política que se resuelve iniciando una transición a la democracia, a las libertades plenas. Deseamos que esa transición sea pacífica, sin revanchismos, asistidos por el valor necesario e insustituible de la reconciliación nacional y con el más amplio acuerdo posible entre todos los cubanos sean residentes o no en la Isla.

El más firme deseo del Partido Popular es que se confirmen las previsiones y promesas hechas por el Gobierno socialista de España de inicio de cambios significativos en Cuba. No estamos planteando un intercambio de apoyo político por la liberación de "algunos" presos. Ese no es el camino con el que se va a contentar la opinión pública española y europea ya que es evidente que la cantera de nuevos candidatos a ingresar en la cárcel es ilimitada. Hoy es necesario un gesto político de calado. Por eso uno y alzo mi voz junto con cuantos dentro y fuera de la Isla están pidiendo la amnistía. El Partido Popular apoyará un acuerdo Cuba-UE tan pronto como sea concedida la amnistía y se proceda a la reforma del Código Penal de modo que abandonen las cárceles los presos llamados de conciencia cuyo único delito ha sido intentar ejercer derechos básicos reconocidos en la Declaración de Derechos del Hombre.

Cuba tiene ante sí un futuro abierto y prometedor. La grandeza de los líderes políticos se encuentran en preparar y consolidar los caminos de unión y de reconciliación nacional. Y una vez conseguida ésta, comprender que el mundo del siglo XXI exige a cada nación poner todos los medios para el pleno ejercicio de la nueva soberanía de los ciudadanos libres en la economía global.

Cuba, Trucutú y Robinson Crusoe

Luis Aguilar León

(El Nuevo Herald. Miami, 9 de junio de 1996)

De cómo, si seguimos, así, un Trucutú exiliado será el único capacitado para liberar a un Robinson Crusoe cubano.

Se suele proclamar en el exilio que toda nuestra lucha está encaminada “a la liberación de nuestros hermanos en la Isla”. Dada nuestra evidente, perenne y corrosiva tendencia a la polémica, y tomando en consideración los parámetros que usamos para medir el patriotismo de nuestros compatriotas, la frase merece escrutinio. ¿Quiénes somos los que “vamos” a liberar, y quiénes son los “hermanos” a quienes queremos liberar”.

Según las normas vigentes en el exilio, del “vamos” están excluidos los exiliados que vinieron de la Isla después de 1959 porque descubrieron sospechosamente tarde lo que ocurría en Cuba. Ello elimina al 70 por ciento de los exiliados. Y también quedan fuera los que de alguna manera participaron en los desmanes del régimen infame, es decir, un 10 por ciento de los exiliados. Igualmente desechamos a los tontos e inútiles, a los intelectuales, que siempre andan confundidos, a los “políticos”, a los “dialogueros”, todos los cuales participan en conjuras socialistas, a los que han ayudado a Fidel con opiniones disonantes, consonantes, o detonantes, a los que se acercan al poder norteamericano, porque tienen una lacayuna mentalidad plattista, a los “que no están claros” y a los que “están oscuros”. A los democratas-cristianos, a los socialdemócratas, a los liberales, a los que se disfrazan de conservadores,

a los cristianos sociales, y a todo ese tejido de siglas bajo las cuales se agazapan los comunistas o los fidelistas sin Fidel.

EL ÚNICO QUE CLASIFICA

¿Quiénes quedan, pues? ¿Quiénes son los puros, los verdaderos patriotas que “van” a liberar a los “hermanos” de la Isla? La drástica eliminación deja a salvo a un solo exiliado, a un tal Trucutú, que vive en Hialeah, quien llegó de Cuba en enero de 1959. Trucutú es sordomudo, y no ha oído jamás hablar de Batista o de Castro, se dedica a coleccionar sellos, y nunca ha participado en ninguna organización política, ni expresado opinión alguna que tenga que ver con Cuba. Trucutú es el único exiliado que clasifica y sobrevive en todas las encuestas como adecuado liberador de la Isla.

Ahora bien, ¿quiénes son los “hermanos” cubanos a los cuales tenemos intenciones de liberar?

Desde luego, no a los cubanos que simpatizan con el régimen castrista, lo cual excluye a un quince por ciento de la población de la Isla. Ni a los soldados que combatieron en Angola, ni a los milicianos, ni a los que forman parte de los indignos Comités de Defensa de la Revolución, ni a los que han ocupado casas “robadas”, ni a los miembros del Partido Comunista, ni a todos los presos políticos, porque muchos

de ellos son agentes del gobierno que se dejan torturar para engañar al exilio, ni a los que han ocupado cargos oficiales en La Habana o en los municipios, ni a los médicos que han contribuido a la salud pública del régimen criminal, ni a los enfermos que se han enfermado para hacerle el juego a la propaganda castrista, ni a los que se dicen “disidentes” para embaucar a la opinión internacional, ni a los curas que no se han proclamado abiertamente contra la dictadura. Ni al Caballero de París, porque ya está muerto. Que si vivo estuviera, largas explicaciones tendría que dar de por qué fue “precursor” de las barbas y el desaseo.

NUESTRO HERMANO DE REMEDIOS

¿Quién queda entonces?

Queda un ciudadano que vive en una finquita, cerca de Remedios, tan hirsuto y solitario que los vecinos lo llaman “Robin-

son Crusoe”. El régimen castrista lo ha dejado en paz, y Robinson, cuya edad se desconoce y de quien se rumorea que es sordo y mudo, no ha participado jamás en ninguna actividad política, social, cultural, partidista, comunista, opositorista o entreguista. Robinson Crusoe, vive hermético, insensible, inasible e injuzgable. Robinson Crusoe justifica nuestra lucha. Robinson Crusoe es nuestro hermano.

He aquí que, de acuerdo con los ácidos juicios de algunos extremosos exiliados, sólo Trucutú, el exiliado puro, está aceptado para “liberar” a Robinson Crusoe, el único cubano limpio que queda en la Isla.

Lo único malo es que ninguno de los dos se ha enterado de la enorme responsabilidad que pesa sobre sus respectivos hombros. Mientras tanto, peor que las cigarras de la famosa fábula, nosotros continuamos aserrando alegremente nuestro propio prestigio.



Ofelia Gronlier

Mañach: la transparencia

RAFAEL ROJAS

Jorge Mañach
Obras I. Glosario
Editorial Trópico
Cuenca, España, 1995, 177 pp.

EN 1967, ALEJO CARPENTIER LE REPROCHABA a José Ortega y Gasset aquella manía de escribir un ensayo sobre cualquier tema. En Cuba, durante la República, hubo muchos de esos *maniáticos*, afanosos cultivadores del “centauro” de los géneros, como Fernando Lles, José María Chacón y Calvo, José Antonio Fernández de Castro, Juan Marinello, José Lezama Lima y Cintio Vitier. Pero, tal vez, el más representativo haya sido Jorge Mañach; a quien Carpentier, que no se destacó en el ensayo como en la novela y la crónica, atribuía la introducción del *orteguismo* en nuestra cultura.

¿Qué amenaza había en el ensayo republicano, para motivar el reproche de este gran novelista, siempre leal a su género, en plena *Ofensiva Revolucionaria*? A mi juicio: la amenaza de la transparencia. Lo que Carpentier quería decir de la Revolución cubana, en *El siglo de las luces, El recurso del método* o *La consagración de la primavera*, debió expresarse por medio de alegorías. Lo que Mañach quiso decir de la República de 1940, del golpe militar del 10 de marzo de 1952, del asalto al cuartel Moncada, de la Revolución de 1959 y del socialismo de 1961, fue dicho de manera directa, aunque reposada: con el estilo y la lucidez que siempre caracterizaron su escritura.

La obra de Jorge Mañach está dominada por esa transparencia pública. El ensayo es para él un texto en el que se inscriben los *grandes problemas* de la cultura, la política y la nación. De ahí el extraordinario parecido entre su fisonomía intelectual y la de otros dos grandes ensayistas latinoamericanos, con quienes mantuvo una sostenida corres-

pondencia: el mexicano Alfonso Reyes y el dominicano Pedro Henríquez Ureña. Los tres encarnan el arquetipo del intelectual moderno en América Latina: en ellos se consuma la fusión entre elitismo y civismo, entre aristocracia y democracia, entre monarquía y república, entre la raíz hispánica y el injerto norteamericano.

Mañach fue un intelectual moderno, con todo el alcance y las limitaciones de dicha condición. La voluntad pública de su escritura lo llevó a algunos certámenes –las sonadas polémicas con Raúl Roa y José Lezama Lima, por ejemplo– de los que no siempre salió airoso. Pero su ubicación en el centro de las polémicas culturales confirma su modernidad como intelectual, esto es: su gravitación constante hacia el espacio público.

“Se hizo de una filosofía” –nos dice Mario Parajón. Toda una proeza doctrinal en el trópico. Se trata, como ha documentado Rosario Rexach, de una amalgama ecléctica –o más bien *electiva*: palabra que tiene entre nosotros tradición– en la que se entrelazan ideas de Heidegger, Husserl, Bergson, Scheler, Dewey, Whitehead, Zubiri y Ortega. Sin embargo, su idea de la nación cubana, que es el eje de toda su ensayística, no era, propiamente filosófica, sino sociológica y axiológica. Para Mañach, la nación era un tejido social, cuyo grado de integración y solidaridad morales le proporcionaban un mayor o menor civismo, una mayor o menor voluntad republicana y democrática. En este sentido, Cuba, por la debilidad de su cuerpo cívico, no era, según él, una nación moderna: era “un conato de Estado en una patria sin nación”, un simulacro de República, que reproducía, a gran escala, los vicios del antiguo régimen colonial.

A pesar de esta sombría visión de su propia cultura, toda la obra de Mañach gira alrededor de la nacionalidad cubana, su historia y sus posibilidades. En otra parte hemos señalado lo difícil que es no toparse, incluso en sus textos más ajenos a la cuestión cubana –*Examen del quijotismo, Dualidad y síntesis de Ortega, Dewey y el pensamiento americano*– con alguna alusión implícita o explícita a los

dilemas de la isla. Esta pasión por Cuba, aunque en su propio estilo, es equiparable a las grandes pasiones cubanas de Martí, Guerra, Ortiz, Lezama y Vitier.

Tal vez por esa pasión, que involucra al lector, las lecturas de Mañach han sido tan accidentadas. Después de 1961, su nombre, que tan ligado estaba en los orígenes de la Revolución, desapareció de la cultura oficial de la isla. En cambio, en el exilio, a donde llegó después de una inevitable y resuelta oposición al marxismo-leninismo, su obra ha corrido mejor suerte. En la isla no se publicaba una página de Mañach hasta hace apenas unos años, cuando se reeditó su célebre biografía *Martí, el Apóstol*. En el exilio, mucho de sus textos primordiales han sido publicados y reeditados. Baste mencionar su libro póstumo *Teoría de la frontera* (Puerto Rico, 1970), *El espíritu de Martí* (Puerto Rico, 1976), *La crisis de la alta cultura en Cuba e Indagación del Choteo* (Miami, 1991) y la excelente edición facsimilar de *Historia y estilo* (Miami, 1994) que hiciera la Editorial Cubana.

En la isla, raras veces los críticos se refieren a Mañach, y cuando lo hacen es para descalificar ideológicamente su obra. Al parecer, en los últimos años, esta situación ha ido cambiando lentamente. En 1994, *La Gaceta de Cuba* publicó dos ensayos sobre el importante pensador cubano. Los nuevos ensayistas de la isla demuestran un marcado interés por la obra del autor de *El sentido trágico de la Numancia*. Fuera de Cuba, escritores y críticos, como Gastón Baquero, Andrés Valdespino, Rosario Rexach, Mario Parajón, Jorge Castellanos y Gustavo Pérez-Firmat le han dedicado una buena cantidad de libros, ensayos, artículos y comentarios. De modo que la figura de Mañach se ha integrado al patrimonio cultural del exilio. Esto es una ventaja: su obra no ha sido totalmente olvidada, sus textos son releídos y reinterpretados. Pero es también una inquietante desventaja: Mañach es, hoy por hoy, un desconocido para los lectores más jóvenes de la isla. “Cuando falta una pieza clave del pasado –decía Michelet– la memoria es incompleta, el presente es borroso y el futuro imperceptible”. La advertencia se

puede aplicar al caso de Mañach en nuestra cultura.

Por eso nos alegra tanto la edición del primer tomo de sus *Obras*, con el que se estrena, además, la editorial *Trópico*. *Glosario* (1924), el primer volumen de esta colección es, en realidad, el segundo libro de Mañach. Pues el primero fue la novela *Belén el Aschanti*, que apareció en La Habana, publicada por la Imprenta Prado, aquel mismo año.

Glosario es un conjunto de crónicas y estampas que Mañach escribió durante sus viajes por Europa, los Estados Unidos y el interior de Cuba, entre 1921 y 1923. Estas páginas nos presentan a un escritor que, con menos de 25 años, ya es un prosista elegante, riguroso, que ha sabido depurar su estilo antes de entregar el primer manuscrito. Guy de Maupassant recomendaba a los escritores jóvenes que afinaran su prosa por medio de la crónica, el diario, los cuadernos de viaje y las cartas. Estos géneros, en los que la narración y el análisis deben coexistir, servían como entrenamiento para llegar a la novela y el ensayo. Mañach, después del fracaso de *Belén el Aschanti*, parece seguir este consejo, como lo demuestra no sólo en su *Glosario*, sino en sus excelentes *Estampas de San Cristóbal*.

Las crónicas de *Glosario* están escritas en forma de cartas a una “señora”. Recurso que le permite al autor insertar, cómodamente, su persona en el texto: colocarse en el centro de las sensaciones que transmite cada ciudad, cada pueblo, cada paisaje que visita. Así, se logra el efecto del *flâneur*, que Walter Benjamín observaba con Baudelaire, y que, entre nosotros, tiene dos antecedentes decisivos: las crónicas habaneras de Julián del Casal y las neoyorquinas de José Martí.

Llama la atención que Mañach haya agrupado sus estampas sobre Europa bajo el título de “Sensaciones exóticas”. Lo *exótico*, atribuido a Colonia, París, Chantilly, Chateau Thierry y Santiago de Compostela, resulta una eficaz ironía. En la estética ilustrada y romántica, y aún en la modernista, que es con la que Mañach polemiza, la región *exótica* siempre se ubica fuera de Europa: en el *Otro* de Occidente. Para Baudelaire el exo-

tismo estaba en el trópico. Para Casal, criatura del trópico, estaba en Japón. De ahí que trasladar la extrañeza, lo *exótico*, a Europa, denote una apropiación intensa del espacio de origen, una familiaridad mayor con lo cubano: otra vuelta de tuerca al discurso de la identidad.

Así lo confirma la segunda serie de crónicas, titulada “Sensaciones de la tierra”. Mañach recorre la isla, desde La Habana hasta Bayamo, pasando por Cárdenas, Sagua la Grande –su pueblo natal– Santa Clara, Trinidad, Camagüey y Santiago de Cuba. El cronista es ya un habanero empedernido, que, siendo “del interior”, adopta la capital como su patria –actitud que abunda en la literatura de la isla: Guillén, Carpentier, Cabrera Infante, Reinaldo Arenas– y la celebra con el fervor del inmigrante. En la noche habanera, caminando por el Prado hacia el Malecón, divisoando la vieja farola del Morro, Mañach habla consigo mismo: es él mismo. De ahí que el viaje sea un reencuentro con el “interior”: una peregrinación en la que cada pueblo “se le revela con una fresca novedad de amanecer”.

En Trinidad, Mañach encuentra la “marca de España”, “el milagro retrospectivo de una villuela andaluza en el Caribe”. Sus temores de que, en Cuba, el pasado colonial no dejara huellas tangibles, como en México, Colombia o el Perú, se amainan un poco al llegar a este “*souvenir* español”. Bayamo, en cambio, es el desvanecimiento de esa huella: las ruinas de la ciudad criolla, que fuera incendiada por sus patricios en un gesto *numantino*, son ahora las alegorías de una ciudad taciturna y heroica. “¿Acaso es otra cosa –escribe Mañach– este rastro de ciudad que una tumba ilustre? Hay un denso silencio, silencio de pueblo fatigado de leyendas...”

Pero la villa, típicamente cubana, es Cárdenas, Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba. En estas ciudades, donde, según Mañach, lo “histórico-estético” es débil, se da ese entramado de modernidad y tradición que caracteriza a la experiencia cubana. El monte, la naturaleza, es todavía una presencia, que se ofrece al vecino a sólo cuatro o cinco cuadras del centro. El parque con su

glorieta, la iglesia, los edificios públicos encarnan una cómoda mezcla entre el barroco colonial y el neoclásico republicano. Son los “pueblos provinciales prósperos”: creaciones de un “pujante nietzscheanismo municipal”.

No hay dudas de que en este libro temprano de Mañach se insinúan su estilo y, también, como un anuncio de lo que vendrá, sus tópicos recurrentes. Aquí se habla ya de la “falta de integridad moral y política de la República”; de la difícil y, a la vez, inevitable, aceptación del “verdadero y riguroso cinismo”; de los peligros de un “frenesí modernista” que no deja rastro de las tradiciones.

Pero hay un tema decisivo en toda la obra de Mañach, que aparece desde *Glosario*, y que, finalmente, quisiéramos comentar: se trata de su flexible y, a ratos escéptico, nacionalismo.

Al final de su estampa “Como la vieja farola”, dedicada a La Habana, surge la figura nocturna de un centinela: “pero un centinela de la República, que tiene criterio con qué juzgar a los suyos, al par que avizora al enemigo malo de afuera. Su gran ojo encendido, visto desde el océano y en el instante en que mira al Norte, fulgura agresivamente; en cambio, cuando se torna hacia la ciudad, unas veces parece que hace guiños irónicos; otras, que se vela lacrimosamente”. Se observa aquí el problema central de *La crisis de la alta cultura en Cuba*, de *Indagación del choteo*, de *Historia y estilo*, de *El drama de Cuba*, de la *Teoría de la frontera*, esto es, la difícil definición de una nacionalidad que colinda con un imperio multinacional.

Frente a este dilema Mañach intentó razonar como Martí, eludiendo la exaltación y el chauvinismo, la humillación y la deshonra. En otro pasaje de *Glosario*, dedicado a Nueva York, queda clara su postura. Rechaza a “quienes no entienden el latinismo sino diciendo tonterías superficiales sobre los rascacielos y comparándolos a cajones volcados, o bien condenando el tráfico febricitante, la intensa trepidación de la gran ciudad”. Y propone *contemporizar*: “comprender las bisectrices de la opinión” y “evitar que una actitud, por el hecho de parecer falsa e incierta, sea llevada al extremo, con tal de fortalecerla”. ■

La implacable energía de Caín

ALAN WEST

Jacobo Machover
*El heraldo de las malas noticias:
 Guillermo Cabrera Infante (Ensayo a dos voces)*
 Ediciones Universal,
 Miami, 1995, 151 pp.

CONFIEGO QUE EMPECÉ A LEER A GUILLERMO Cabrera Infante no sólo para conocer el mundo de mis padres en Cuba, sino también lo que les rodeaba y *no* conocía. Luego intervinieron otros motivos que todavía no dejan de conmovirme: un amor a la palabra, un embeleso con el cine, pasiones políticas. Me intriga su facilidad en cruzar y deshacer los géneros (literarios, claro) con asombrosa picardía. Pero Caín cansa. La fatiga que induce en parte se debe a sus obsesiones: Cuba, sexo, Fidel aunque no siempre en ese orden; a su retórica de roña, y tal vez a su inimitable y corrosiva monomanía (personal y política). El autor diría que Cuba es eso, una repetición alucinante de unos pocos temas o realidades. No importa. Al escritor le corresponde que sus obsesiones despierten no sólo interés sino fascinación en sus lectores. Autor obsesivo por excelencia, Virgilio Piñera nos legó una obra que produce en el lector una especie de delirio de persecución, y, como dice María Zambrano, cuando nacen/aparecen los dioses hay una persecución del hombre. (Tal vez para ambos ese perseguidor es el dios de la literatura). Cabrera tiene su lugar en las letras cubanas asegurado hace tiempo, pero su producción en los últimos diecisiete años deja mucho que desear. Desde el coco rallado de *Tres Tristes Tigres* (TTT) ha venido el disco rayado de *Mea Cuba*. Su *Delito por bailar el Chachachá*, con tres relatos, recicla dos cuentos de hace veinte y treinta y cinco años respectivamente. Esta queja no es agravio ni regañón sino lamento sobre un autor cuya obra

he admirado toda mi vida. Mientras más se le ha alejado de la isla, mayor ha sido la pérdida de amplitud en visión y creación.

El libro de Jacobo Machover cavila sobre las dos pasiones de Cabrera: literatura y política. Escrito en un lenguaje periodístico (en el buen sentido), con algunos brotes poéticos, Machover es un buen antídoto a los análisis postestructuralistas que abundan en la crítica más académica sobre la obra de Cabrera, sea en vertiente derrideana, bajtiniana, o barthesiana. Con evidente destreza, Machover va desde la biografía a la crónica, del análisis literario al comentario político, en un ensayo de noventa y tantas páginas, seguido por tres entrevistas a Cabrera Infante. El retrato de Cabrera escritor y persona es matizado: una persona contradictoria, que a veces es hostil o bondadoso, ora intransigente, ora flexible, entregado al rigor y al laberinto de su memoria, e igualmente entregado a denunciar la injusticia y reclamar por los derechos humanos de los cubanos. Más que nada su estampa revela un escritor de una honestidad admirable, devoto a (¿y devorado por?) la literatura con una pasión que raya en el delirio

Machover escribe con soltura y perspicacia, ya que tiene amplio conocimiento de Cabrera como persona y escritor. Para los que no conocen bien la obra y vida del autor sirve como introducción; para el especialista es un buen repaso sucinto e informativo. Comenta distintas obras del autor, pero sobre todo *Tres Tristes Tigres*, *La Habana para un infante difunto*, *Delito por bailar el Chachachá* y *Mea Cuba*. Es curioso que trate poco su trabajo sobre cine salvo cuando discurre sobre *La Habana...* Es una lástima porque entre las mejores páginas de Cabrera están las que ha escrito sobre cine. Cuando versa sobre *Vértigo (De entre los muertos)* de Hitchcock, sobre todo en *Arcadia todas las noches*, Caín vincula la cinta con lo órfico y la historia de Tristán e Isolda. Tal vez allí esté la clave de la obra de Cabrera: su inquietante (y a veces fatigante) exploración de la memoria es un descenso órfico donde La Habana (o cierta parte de ella) vuelve viva en la palabra, en la recreación de la oralidad rica y sonora de lo cubano. Se abrazan Orfeo y Scottie

Ferguson en un soneo de los cincuenta, vacilando por el Malecón. Scottie literalmente recrea a Madeleine cuando conoce a Judy, y de igual manera Cabrera trata de convocar a La Habana antes de su desastroso regreso en 1965. La “Madeleine” nunca existió, fue un simulacro interpretado por Judy para encubrir el asesinato de la esposa de Gavin Elster, quien contrata a Scottie como detective. Sin duda, La Habana de Cabrera existió como también la actual (aunque él la considera irreal), pero cabría preguntarse si esa Habana de los treinta, cuarenta y cincuenta no es un simulacro del deseo (¿histórico?) de Cabrera, ya que, como ha dicho el autor, “La Habana es una metáfora de Cuba”. Un lacaniano se daría un banquete (platónico y lezamiano) con estas asociaciones. Este aspecto fantasmático de La Habana como encarnación del deseo está en ese mismo ensayo sobre Hitchcock cuando Cabrera cita a Valery: “Los mitos son las almas de nuestras acciones y amores. Sólo podemos obrar moviéndonos hacia un fantasma. Sólo podemos amar lo que creemos”. Y Cabrera cree en ese fantasma llamado La Habana y la memoria es la forma de rodearla, amarla en ese coito fuera del tiempo que anhela su escritura como acto conmemorativo. Cabrera ha dicho que “la nostalgia es la puta del recuerdo” y a la vez que “la nostalgia es la memoria del alma”. ¿Cómo entender estas dos frases? Volvamos a Hitchcock: Judy es realmente una “puta”, a *hired gun*, o más exacto, a “hired Cupid(oll)” para darle el flechazo (sólo de carne) a Scottie. Pero el flechazo es un rol, un disfraz, que no funciona porque se enamora de él. Al reverso de Parsifal, la lanza no cura la herida, sino que la abre más. Traiciona su disfraz y si no, se traiciona a sí misma. (Hay un subtexto, o mejor, contra-texto feminista en *Vértigo* que Cabrera, y claro, Hitchcock ignoran). Cabrera dice que la memoria es infiel, lo cual es cierto (aunque nada original), pero si la nostalgia es la puta del recuerdo, no quiere decir que todas las putas son nostálgicas, o memorables. Cabrera parece contradecir su propia postura histórica (¿histórica? —el histérico es un rebelde nos dice Lacan), donde la memoria sí tiene una función de ser fiel a lo que pasó o

testimonió, en particular cuando desmiente el silencio o el embuste. Creo que Cabrera andaba en tierra menos movidiza con el epígrafe de Lewis Carroll que da comienzo a TTT: “Y trató de imaginar cómo se vería la luz de una vela cuando está apagada”.

Machover dedica algunas páginas a un ensayo de *Mea Cuba* sobre el suicidio como ideología política cubana. Escrito polémico y argumentado con lujo de detalles, en resumen es un ensayo reduccionista y aplanador. Tanto la muerte de Martí como la de Haydée Santamaría o la de Carlos Prío Socarrás son echados en el mismo saco conceptual, lo cual me parece un disparate descomunal, para no hablar del trato superficial de Freud, Camus y otros en la parte final del ensayo. No obstante, el artículo suscita una discusión importante sobre el papel de la violencia en la historia de Cuba, retomando, a mi parecer, su más lúcida meditación sobre la historia del país, *Vista de amanecer en el trópico* (1974). Tanto Cabrera como Machover podrían aprovecharse de los comentarios de René Girard (*La violencia y lo sagrado*) sobre la naturaleza social del sacrificio y del ensayo de Nelson P. Valdés “La cultura política cubana: entre la traición y la muerte”, para mejor comprender esa relación con la muerte y la violencia, matizándolo no sólo con lo histórico sino con lo personal. Por ejemplo, no dudo de que el suicidio de Haydée Santamaría tenga una dimensión política, pero el 26 de julio no es sólo el “heroísmo” o “suicidismo” del Moncada; para Haydée Santamaría como persona, hermana, mujer y amante, es la fecha de la doble muerte de su hermano y ex-novio. Esa dimensión personal y *traumática* (por encima de ideologías) está ausente en el ensayo de Cabrera.

También es curioso que un escritor tan atento a la palabra como Caín, analice la expresión “Patria o Muerte” de forma tan parcializada, es decir, suicida. Si mal no recuerdo el lema es “¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!” Esté de acuerdo o no con el lema, esa última palabra revela mucho y no sólo un culto a la muerte. Claro, implícito está que morir por la patria es tarea gloriosa, pero sobre todo la suprema convicción de que los revolucionarios

ríos *van a ganar*. Serán locos, voluntaristas, hasta descabelladamente precipitados los revolucionarios, pero no son pendejos. Su llamado culto a la muerte es el reverso de su optimismo y triunfalismo descomunal es que siempre convierten la muerte en un talismán del futuro. Si hay culto a la muerte es porque en el fondo no creen en la muerte; por eso existen los mausoleos comunistas (el cuerpo muere, la ideología no). El pesimismo de Cabrera en este ensayo demoleedor va más allá de su contenido, y cumple su misión de antídoto al falso optimismo (cuasi religioso) del régimen, tal como lo hacía la obra de Virgilio Piñera, décadas antes, en otros contextos.

Más sorprendente es que Machover recoja los comentarios de Cabrera que equiparan a la Cuba castrista con el Tercer Reich nazi sin la menor reserva o comentario. Pocos pueden dudar a estas alturas que el régimen de Cuba es unipartidista, antidemocrático, y carente de ciertos derechos humanos, pero de eso a decir que es el equivalente a un país que conquistó a otras tierras, esclavizando a millones, cuya ideología racista exterminó con furia genocida a millones de judíos, gitanos, homosexuales, etc., y que desató una guerra mundial donde murieron más de 50 millones de personas, es irrisorio e insultante. Tan igualmente extremista como las acusaciones que ha hecho el gobierno cubano en contra de Cabrera, tildándolo de fascista, reaccionario y agente de la CIA, cuando no es remotamente ninguna de las tres cosas. ¿Cuándo vamos a aprender los cubanos esa advertencia de Canetti de que “las guerras primero se preparan con palabras”? En otra parte he aludido a la pobreza de esta comparación, pero creo que los escritores que contribuyen a esta revista son una muestra concreta de que no es cierto. Si me he detenido en lo histórico-político, es porque creo que tanto el empiricismo aplaudidor del ensayo sobre el suicidio y la analogía nazismo-fidelismo le resta especificidad y complejidad a la realidad cubana, igual que el vacío científismo del Partido Comunista de Cuba, vinculado a un voluntarismo “heroico”, abstracto, acartonado. Parece que la nostalgia del exiliado y la arrogancia

del comisario convergen: congelan el tiempo, desprecian la historia. Cada una produce su “izquierdismo infantil”, una como el sueño, volcada al pasado; la otra una locomotora disparada al futuro, ¿dónde está el presente?

Estas críticas surgen de un libro que suscita muchos temas de discusión siempre bienvenidos. El libro invita a examinar tanto la literatura como las posturas políticas del autor; pero es importante no invalidar su importancia literaria por algunos aspectos de su pensamiento político, como tampoco es provechoso darle brillo a su política por el prestigio literario que tiene el autor. Machover, retomando a Cabrera, no usa la palabra persecución hasta el final, pero de eso trata su libro: de todas las grandes y pequeñas persecuciones que constituyen lo que es Cuba. Virgilio también las documentó con hilarante y pavorosa minuciosidad: los juegos del poder, el erotismo y la muerte, los sucesos cotidianos que revelan abismos absurdos. Pensando en esas persecuciones (y en María Zambrano), habría que decir que Cuba es un país donde los dioses siempre están naciendo. Le debemos a Cabrera su implacable energía en lidiar con (y liquidar a) algunos de esos dioses, entre paroxismos y paranomasias. ■



Una mirada habanera

NOEMÍ LUIS GUTIÉRREZ

Antonio José Ponte
Un seguidor de Montaigne mira La Habana
Ediciones Vigía,
Matanzas, Cuba, 1995, 81 pp.

ANTONIO JOSÉ PONTE ES POETA Y ENSAYISTA. Nació en Matanzas en 1964 y vive en La Habana. Unos pocos libros constituyen la obra publicada en Cuba por este escritor. Sus libros son, por lo demás, breves. Una

mano basta para contarlos, apenas una tarde para leerlos. Pero aún ese justo límite de páginas permite acercarnos a la calidad esencial de su escritura. Ahora he traído al alcance de mi mano esos finísimos ejemplares. Proviene de colecciones de poesía joven o son sencillas plaquettes. Algunos han surgido de la editorial *Vigía* –única de su género en Cuba– y que destaca por la ingeniosa manufactura de sus libros, pues todo el proceso editorial se lleva a cabo de forma artesanal. De ese curioso taller es el libro de Ponte que aquí nos ocupa. Este libro es –como sus anteriores– breve, detenido, tangencial y hecho tal vez como en voz baja. Marca un itinerario sobre ruinas tangibles y nostalgias interiores, sobre otros libros y otros ojos que las recorrieron. La Habana se hace itinerario íntimo y vuelve a ser inventada, ahora con la vigilia de los ojos entreabiertos de la poesía.

Ponte lleva algunos años publicando en revistas literarias cubanas excelentes ensayos y poesías y alguno de sus poemas están incluidos en antologías hispanoamericanas. También existen textos suyos en algunas revistas no cubanas, pero el lector interesado en su obra –de limpia y fecunda brevedad– tendrá que buscar en la ciudad que mira este escritor para dar, con esos “tomitos de futuras obras completas”, como diría él mismo con ironía. Su primer libro publicado es *Trece poemas*, en 1989. Otro cuadernillo, *Poesías*, reúne las de ese primero y otras nuevas tituladas *Poesía en Miradero*.

Desde esos primeros *Trece poemas*, Antonio José Ponte se sitúa en el punto de mira de un grupo naciente de jóvenes poetas. Con sus poesías y algunas colaboraciones de crítica y ensayos en revistas literarias cubanas, inicia su periplo dentro de un reducido círculo que desde entonces ha ido creciendo y que lo sitúan ya entre los mejores de la literatura escrita en Cuba en los últimos años.

Este libro es uno de esos de asunto frágil, de volátil levedad. Tiene signos de viaje, pues transita una ciudad; de memorias, pues se detiene en confesiones, en hábitos menudos, en diálogos con otros libros y otras Habanas literarias. Está construido ba-

sándose en fragmentos. Poesía, ensayo y memoria se interfieren, se interconectan y el sujeto y el objeto, o la voz y el espacio recorrido por la prosa, se hacen de una sustancia indistinta, común.

Lo que a un habanero podría sorprender es la ausencia de los lugares emblemáticos con que solemos identificar a esa ciudad. La Habana de Ponte está como en la lejanía, es una ciudad hecha de deseo, de la soledad de algunos hábitos, surcada de nostalgias. Vida y creada a partir de un itinerario privado y convertida en espacio interior, espacio de la imaginación y de la memoria, aún cuando nos hable de un árbol del Paseo del Prado o de un parque del Vedado, nadie podría identificar tal árbol o tal parque, pues la referencia ha sido sustituida por la evocación y cierra para el viajero ansioso de turismo la posibilidad de tales hallazgos.

Estructuralmente el libro se divide en ocho sesiones, la primera de ellas es “Ciudades del origen”. Ese punto inicial es el fragmento del libro de mayor hondura profesional. Cuenta el adolescente que fue, desasosegado por las preguntas sobre el origen del mundo. De esa infinitud –nos dice no sin cierta ironía– optó por mudarse a preocupaciones más modestas; hacia el origen de su nacimiento. Pero ese paso lo lleva a otro sobresalto metafísico; a la idea de que todo nacimiento así como toda pertenencia a una genealogía privada es tan sólo el fruto de una exacta, inescrutable y fatal coincidencia de innúmeros azares. Las páginas iniciales van degradando, uno tras otros, algunas formas de lo infinito con el propósito de ir hasta una medida que no sobrepase –como lo hace ese concepto tan resistente– la medida humana. Mi nacimiento, nos dice el autor –el de cualquiera era el big-bang, el primer libro de las escrituras. Y añade que para no hacerlo infinito, limitó ese mundo a una ciudad... Llega así hasta donde nació, Matanzas, y más tarde a la ciudad de su segundo nacimiento, La Habana.

Continúa la segunda parte con “Un poco de desasosiego”. Ahora la ciudad no es ya el vientre primigenio, sino que se ha trasmutado en libro. Sale a caminar las calles

conocidas con la inquietud de ver lo que tal vez haya cambiado en ellas o lo que, en anteriores recorridos, su distracción le había ocultado. Las camina como se vuelve a la lectura que nos hace ganar nuevos significados. Lo dice con prosa transparente, pulida. El “yo” gramatical y el relato de sus hábitos confieren un intimismo, un tono de confesión que nos trae la ilusión de la palabra oída. En todos los fragmentos escritos en prosa aparecerá ese yo. En otros fragmentos del libro, sin desprenderse del todo de lo referencial, los nexos con un yo lírico se hacen más intensos.

El autor había comenzado su libro obligándose a una sucesión de claudicaciones ante los desasosiegos que despiertan las preguntas sobre el origen, y había llegado a una especie de certeza, de posesión de un espacio medible. Pero esa ganancia, a partir de la tercera parte del libro titulada “Lugares perdidos”, se disolverá en capítulos de nostalgias. Aparecen aquí los lugares transitados y vividos, los lugares irrecuperables. La pérdida del amor se asimila a la imagen de una ciudad tragada por el tiempo, por la violencia de los dioses, de los cráteres o de los hombres en contienda: Atlántida o Cartago o Guernica o Pompeya, dice el poeta. Un poema titulado “En el antiguo barrio de las putas” cierra esta parte del libro.

He seguido una trayectoria lineal, he ido a través de las diferentes partes que componen *Un seguidor de Montaigne...* agrupando y enlazando los sentidos según la sucesión, el orden del texto. Tal vez lo he hecho así por el prejuicio de que toda estructura oculta o pretende un significado, de que todo orden establece un principio de interpretación.

Sin embargo, no es una ciudad u otra (La Habana o Matanzas) lo que ofrece la resistencia poética a este libro, no es la complacencia en esos portentos de cualquier género, en esas marcas que hacen atractiva o singular una geografía dada. Lo que importa aquí es la adquisición estética, imaginativa y vivencial de los espacios. No es por ello casual que un ensayo como el de “La Habana en Paradiso” sea uno de los más reveladores de esa “poética de los espa-

cios” que reivindica *Un seguidor de Montaigne...* Ese ensayo contiene los signos por los que ha transitado el protagonista. En el imaginario personal de Lezama la ciudad, extensión donde el hombre participa (podría decir él mismo), puede expresar y realizar lo ficcional, lo mítico, lo más constante y creador de lo humano. En ella el hombre es capaz de vivir y experimentar la dimensión del imago, de esa potencia activamente creadora que hay en ese concepto tan caro a Lezama. Reglas secretas, prohibiciones, acechanzas, adivinaciones con que los juegos infantiles signaban las calles de asfalto, es el punto de partida con que Ponte nos acerca a esa idea, que luego ampliará refiriéndose a la ciudad-bosque, la que se vuelve espacio de fábula, ganancia de la imaginación. Aquí, Ponte sigue los pasos transitados por los personajes de *Paradiso*. Establece los circuitos y símbolos que adquiere la geografía habanera en esta novela de Lezama y, un ágil contrapunto, distingue entre las habanas de Cemí, Fronesis y Foción, y la de *Tres tristes tigres*, de Cabrera Infante. Nos dice que mientras la de Lezama es la ciudad de intramuros, donde cumplen sus ritos iniciáticos, sus andanzas por la amistad, los demonios y las luces los personajes de *Paradiso*, y donde más allá de esa topografía, los peligros acechan, la de Cabrera Infante es la joven Habana de El Vedado. Es por esa zona que transita la notámbula farándula de TTT.

Cierra las páginas de *Un seguidor de Montaigne...* una bella apología del “ser” habanero, un toponímico que cobra tintes de enteletequia, que haciendo con sus hábitos de ruido y su vicio de mirar y ser mirado, el espíritu vivo de la ciudad. “*El habanero vive napolitanamente al aire libre, abre grandes ventanas a la calle, se anuncia a gritos, dialoga en voz alta, trata de intimidar...*”. Y en otra parte dice, “*El habanero mira a la cara y pone en ello todo. Mirar a los ojos es una pasión habanera. Mirar y ser mirado. Casi ofender con la mirada, y a su vez, recibir la ofensa devuelta*”. Esa paradoja final nos revela medio título de este libro de Ponte. Nos dice que son los habitantes de La Habana los que le dan la existencia a la ciudad, porque van marcando un estilo de ser y de sentir que es-

hiben en nombre de ella. “*Todos los días se hace creer que vive y cada uno de sus gestos, de sus hábitos y de sus sorpresas suman La Habana. Parece decir: soy el único hijo de esta ciudad más miserable cada día...*”. La ciudad se desdibuja, esta vez por la doble acción de la ficción poética y la imagen real de sus edificios en ruinas. “*La Habana es una ciudad de paredes tan despintadas que parece estar siempre bajo la lluvia. Y es que en ellas, sin pintar desde hace años, queda impresa la lluvia. Quedan en ellas las mismas manchas de limo que en las fuentes de agua secas... En La Habana, donde parece estar lloviendo siempre en las paredes, el tiempo echa su aliento demasiado pegado a los muros. Tumba vigas, desprende balcones, y en tanto el habanero (...) opone al tiempo su único hijo, el hijo de vivir*”. Simulacro de vida, ruidos, gestos y voces que ocultan el vacío de lo que no se quiere exhibir: el temor de sentir que por todas partes falta algo de la sustancia real de la vida. Ciudad universo, ciudad libro, ciudad de rincones vistos y perdidos, y al final, ciudad tragada por la lluvia, por el abandono y el tiempo, tragada por los gestos y los ojos de quienes viven en ella. Esa, y otras cosas que toca a cada uno descubrir es la mirada habanera de Antonio José Ponte. ■

Del héroe gallo al héroe gayo

MARIO MERLINO

Ian Lumsden
Machos, maricones and gays:
Cuba and homosexuality
Temple University Press
Philadelphia, 1996.

ENTRE EL HÉROE MAYÚSCULO Y LA MASA SUCEDEN, aunque en breve espacio, los heroísmos individuales. La *ecclesia* como asamblea del pueblo, como comunidad, ha derivado en Iglesia, reunión de masas, pla-

gada de Ministros de la verdad, funcionarios inapelables, empresarios de la razón, que sólo es tal si la administra un iluminado Yo Supremo. Un Yo que se atribuye el sentimiento de la colectividad y que, por tanto, es ajeno a los azares de lo subjetivo; un Yo que es Estado de Ánimo, con células destinadas a vigilar y contener las desviaciones, las salidas de tono, y que admite una sola perversión posible: la *père-version*, la versión del Padre. Monoteísmo, monolitismo, monismo. Y, en una lucha que parece no terminar nunca, otros Padres con apariencia comprensiva, se presentan como los salvadores capaces de acabar con este Estado de Cosas. Recalcitrantes de varia tendencia (Papás, Billies o Johnnies, Fieles de teta inagotable) aspiran a cuidar de la salud de sus Bebés que, desde luego, son infantes (ya lo dijo María Elena Walsh hablando de Argentina como “país jardín de infantes”) y necesitan, por tanto, consejos y guías para la acción.

Si los bebés nacen “normales”, la tarea resulta mucho más sencilla. Si son “machos”, están por su naturaleza destinados a la función heroica. Si son “hembras”, al hogar; a respaldar con su esfuerzo el proceso revolucionario, con lo que rozan peligrosamente los bordes de lo masculino; a procrear, en lo posible héroes fervorosos. Pero si nacen “raros”, si no se ajustan rigurosamente a las pautas del género, si gustan de machihembrar u oscilan entre lo hombruno y lo hembruno, la cosa se complica: hay que vigilar, medir, indicar de grado o por fuerza la vía recta (no la rectal, que apunta a Sodoma). Y, al fin y al cabo, ¿cómo es posible realizar una tarea heroica si no se pertenece a un género definido? Quienes así se preguntan, seguramente olvidaron las cuitas del fornido Hércules por la pérdida de su amado Hylas. Quienes todavía insisten en tales silogismos, acaso piensan que la Razón Macha reside en que un “hombre” no debe entregarse del todo (abismarse, perderse, ser fugazmente el otro) ni siquiera a una “mujer”. Si así fuera, habría que expurgar un buen número de boleros en los que Él lamenta y llora la ausencia de Ella.

Es hora de que nombre a Ian Lumsden, el autor del libro que aún no he reseñado. Gracias a su lectura, he podido desgranar los apuntes anteriores. Profesor canadiense de ciencias políticas, ha publicado un libro sobre la homosexualidad en México y prepara otro sobre la misma cuestión en Costa Rica, investigaciones éstas que le sirven para establecer comparaciones con la situación de los homosexuales en Cuba. Él mismo señala en la introducción que su interés por el asunto concreto de la marginación y las trabas que los gays han sufrido históricamente, no excluye tener en cuenta los aspectos contradictorios de la revolución cubana y, en un marco más amplio, la situación política y social de los países latinoamericanos. Por otra parte, según sigue señalando, a diferencia de los americanos, los canadienses “no tenemos a convertir en héroes ni en demonios a los políticos de nuestro país o del extranjero”. Estos rasgos otorgan al libro un rigor y una visión equilibrada –diría mejor inteligente–, lejos de cualquier fundamentalismo ideológico (sexual o político).

El libro abarca nueve capítulos: sobre la Cuba contemporánea, el machismo y la homosexualidad antes de la Revolución, la homofobia institucionalizada, la homosexualidad y la ley, la homosexualidad y la educación sexual en los años 80, la erosión del machismo tradicional, la vida gay en La Habana de hoy, el impacto del Sida y una revolución imperfecta en un mundo imperfecto. Estos temas se complementan, además de con las notas y la bibliografía, con tres apéndices que incluyen el artículo de Tomás Fernández Robaina sobre “Valores sexuales cubanos y creencias religiosas africanas”, el texto de la canción “El pecado original” de Pablo Milanés y el Manifiesto de la Asociación Gay Lesbiana de Cuba.

Entiende Lumsden que no se puede comprender ni abarcar el tema de la opresión de la homosexualidad masculina (después de dejar en claro que carece de elementos para abarcar también la cuestión lesbiana) desprendida de su contexto histórico y político, en Cuba y fuera de Cuba. Y en este sentido fallan las críticas que se realizan al respecto, tanto desde la derecha (Arman-

do Valladares) como desde la izquierda (Duncan Green). Una mirada lúcida y desapasionada permitirá captar mejor los logros de la revolución cubana, sus desviaciones burocráticas y autoritarias, su a veces cerril negativa a incluir los derechos individuales dentro de un proyecto colectivo, la homofobia aún presente en ciertas leyes y entre algunos funcionarios, justificada en ocasiones por el propio Fidel como un límite de la propia conciencia popular. Pero, se pregunta Lumsden, ¿cómo una revolución que se precia justamente de haber difundido salud, educación y cultura para la mayoría, de haber estimulado el sentimiento de la propia dignidad, puede apoyarse de manera tan cínica en ese “límite”? Es evidente que aún quedan muchos pasos que dar en el camino de la autocrítica, en el reconocimiento de los excesos cometidos, en no haber sabido ni querido educar en un nuevo modelo de familia y no en el común a muchos países (de Estados Unidos a otros menos desarrollados), el de “célula básica”, basado en la reproducción del valor de los géneros tradicionales.

Por todo ello el autor deja entrever que el futuro de Cuba está en encontrar un camino que no caiga en el juego de los modelos antinómicos al uso. Y eso sólo es posible haciendo una revisión rigurosa de los logros y de los fracasos, de las razones de la esclerosis y de los intentos aislados por superarla. En los últimos años, entre otros motivos tal vez por las urgencias impuestas por el acoso y la escasez, la vida de los gays se ha vuelto más libre, libertad visible en la calle y en las fiestas (de diez o cinco pesos), que se organizan no sólo en La Habana, sino también en Santiago y Santa Clara. Desde el punto de vista de las artes y el espectáculo, el éxito de la película *Fresa y chocolate*, la recuperación editorial de Virgilio Piñera y José Lezama Lima, la presentación del musical *Ocaña, pasión infinita* (cuyo texto original pertenece al español Andrés Ruiz López), el estreno de películas extranjeras con tema gay, son algunos de los hechos prometedores que prueban lo que Lumsden llama “erosión del machismo tradicional”. A estos datos, puede agregarse la convivencia respetuosa

en “becas” o residencias universitarias con los estudiantes gay, hecho inconcebible en los períodos de mayor persecución y también difícil de encontrar en ciertas universidades norteamericanas, por no hablar de otros países latinoamericanos. Esta mayor libertad se explica, paradójicamente, porque la misma Revolución que reprimía la homosexualidad, hizo nacer “la expectativa del desarrollo personal, una ambición ausente en las vidas de los que están sumergidos en las miserables condiciones materiales y sociales que prevalecen en gran parte de Latinoamérica”.

La homofobia en Cuba procede, como la de otros países, de varios siglos de cultura machista y, en su propio contexto, de la existencia de ciertas corrientes de las religiones afrocubanas que no admiten mujeres, marginan o condenan lisa y llanamente a los homosexuales. Si se lograra la democratización total de la vida cubana —a pesar de muchos indicios que atentan en su contra—, difundiendo como valores el respeto a las diferencias (de opinión, de conducta sexual); si Estados Unidos hiciera un esfuerzo por despejar la situación abandonando leyes destructivas y concediendo una pausa a su vocación de Padre Salvador —deseos que lamentablemente parecen remitir al mundo de los sueños—, si cierto sector del exilio superara su visión nostálgica y maniquea, tal vez se podrían conservar y ampliar los logros obtenidos (educación y sanidad fundamentalmente) y, además satisfacer las nuevas necesidades de una sociedad reformada distinta a la de hace 37 años y a la actual. Y además, especialmente con respecto al tema del que hablamos a partir del apasionante estudio de Ian Lumsden, sería la ocasión de proclamar un nuevo heroísmo, el heroísmo gay (o gayo, que dice la Real Academia) en su doble sentido: alegre y dueño de hacer el amor de hombre a hombre. Y también mujeres gayas, de mujer a mujer. Habrá en todo caso héroes con minúscula, no por menores, sino porque no tendrá lugar Héroe Mayúsculo que todo lo decida. No tendrán lugar Iglesias señalando con mano admonitoria la vía recta. No habrá línea recta. ■

Ancas de rana a la criolla

FERNANDO VILLAVERDE

Mayra Montero
Tú y la oscuridad
Editorial Tusquets
Barcelona, 1995.

PARA LLEGAR A TÚ, LA OSCURIDAD HAY QUE DISIPAR primero las tinieblas exteriores. De ahí, un consejo al interesado en saber por qué caminos anda de verdad esta nueva novela de Mayra Montero: omitir la contratapa puesta por la editorial, que pretende explicarlos. Aunque no dice mentiras, su manejo es tramposo. Es un párrafo demasiado cargado de malos presagios literarios, muestra del equipaje preferido por ese vendedor de collares exóticos en que se ha convertido tanto editor con pretensiones primermundistas de la literatura que decide tercermundista. Los ingredientes esenciales del brebaje de feria están dados ahí, en un comercial patrón: folclore, pintoresquismo, barruntos sociales, ese rastro de los esquemáticos paternalismos legados por tantas opacas luces francesas del XVIII. Como para asustar a cualquiera, el anuncio de que la novela fue escrita por una cubana que vive en Puerto Rico y presentarla con el embadurnado maquillaje geográfico de llamarla uno de los máximos exponentes de la literatura caribeña escrita en español, buena manera de insinuar a Mayra Montero que no se salga de su prescrito nicho. Y como la novela sucede en Haití, el pie es forzado: gente de supersticiones y leyendas, país de sangre y muerte, hombres armados hasta los dientes.

Pero hay que olvidar este vocerío engañoso; esta vez, el producto es legítimo: pocas páginas bastan para notar que aunque estos ingredientes de la superchería están presentes, aquí no hay más engaño que la fábula, sin turismo literario. La autora se conoce su mundo y su propósito no es pre-

parar una receta donde el picante excesivo disimule la falta de sustancia sino un buen plato con sazón criolla y con el punto suyo: su secreto.

En su apariencia más exterior, *Tú, la oscuridad* narra las aventuras de un herpetólogo –palabra saboreada, que designa biólogo especializado en ranas– que, acompañado por un guía del lugar, se lanza en busca de un ejemplar de rana, puede que extinto, por varios montes de Haití que fueron su hábitat; a la vez, recuerda con apagado disgusto recientes incidentes de su matrimonio también en vías de extinción. Junto a este relato narrado en primera persona aparece de inmediato otro, también en primera persona y también, así sea la autora mujer, de boca de varón, el centro del libro, su fluir más fascinante: la historia familiar –efectivamente, de amor y de muerte– de este guía que el científico extranjero se ha buscado para que lo ayude a encontrar la desvanecida *grenouille du sang*. Este hombre, Thierry, es la voz de Haití en la novela y su logro más definitivo.

Más atrás de este dúo, un telón de fondo que tarda en aparecer y cuyo aleteo, haciéndose con los capítulos cada vez más alarmante, pretende a ratos dominar la escena: la conmoción social vivida por Haití a principios de los años noventa, en su faceta más devastadora: la violencia militar.

Y un ingrediente menudo pero esencial: si la narración que hace Thierry de amores y desamores familiares, engaños e incestos, es la masa más suculenta del libro, por otro lado le viene su mayor aroma. Parecido al perfume que destiló Süskind, ese toque último es el respunteado de datos sobre herpetología, breves informes intercalados a lo largo del libro acerca de especie de ranas y sapos que se han ido extinguiendo por el mundo en las últimas décadas. Acierto doble: con la última página de la novela comprendamos del todo hasta qué punto han sido emotivamente cruciales estos informes científicos y cómo Mayra Montero los cosió en su nudo final al núcleo de su trama; pero otra carga también traen: con ellos y con los demás datos sobre el mundo de las ranas que esparce el científico por el libro, a todas

las páginas de esta novela no les queda más remedio que terminar a caballo entre la ficción y el tratado, justamente un poco a la manera de Süskind y sus perfumes o Eco y sus alquimias medievales. Más todavía: al hacernos una narración contemporánea en un contexto histórico conocido y sumarle de paso este caudal biológico, Mayra Montero logra una interpenetración de realidad y ficción que amalgama la novela entera y consigue que cualquiera de sus episodios, por real o imposible que parezca, pueda ser cualquiera de ambas cosas.

Una decisión fundamental salta pronto a la vista: haber convertido a Thierry, el guía, en Scheherezada de la narración sobre Haití y, a la vez, en su protagonista, relator y actor de un minucioso microcosmos: la lenta y dramática pendiente por la que, viviendo desde el principio en una miseria de supervivencia, se va descomponiendo su familia, unida esencialmente por los lazos de unas relaciones amorosas que se hacen y se deshacen, en una sucesión de episodios alternativamente trágicos y picarescos que seducen al lector, y no por gusto: en este enredillo de zigzagueos sexuales Mayra Montero no dedica una línea a arrepentirse ni pesadumbres, como no sean las de los escasos amores no correspondidos. El universo narrativo del amor es de una sensualidad sin constricciones, un impulso vital energético y deleitoso que arrastra al lector junto con el frenesí de sus personajes.

Mayra Montero hace avanzar el tejamanaje amoroso con la gozosa desenvoltura de unos personajes en los que late, con sordina o a las claras, un disfrute siempre sabrosón, y que ella recoge en frases, descripciones, imágenes, a ratos carnosas y sensuales y, más de una vez, de entretenido relajo, como cuando Thierry recuerda el *dictum* de su padre acerca de la mujer que merece confianza: debe tener tres matas de pelos abundantes, dice, y aclara dónde. También da mucha vivacidad a su narración una constante de la escritura: el cuidadoso orden de su sintaxis es alterado sólo por la persistente coda de frases que, cuando parecen a punto de acabar, embragan en una coma y siguen sin pausa adelante, hasta

concluir un párrafo de dos alientos en uno, como cuando dice; “Frou-Frou estaría seca y se vería distinta, pero los labios los tenía igual que siempre, muy sabrosos y muy pintados, sentí la rabia mía y la de mi padre muerto porque aquel haitiano de Port-au-Prince la pisó todo lo que quiso”.

Para salirse en este libro con la suya, metiéndose por rumbos de cansados estereotipos y no dejar sin embargo de dar carne y hueso a sus personajes y escenas, Mayra Montero tomó una decisión fundamental: ésa de que el relato sobre Haití, tanto familiar como legendario o histórico, esté puesto en boca de Thierry. Se desliga así un paso del texto y responsabiliza a su personaje de lo que narra, con la misma decisiva distancia con que un autor que escribe con gramática perfecta puede poner en boca de sus personajes las jergas más descompuestas sin necesidad de integrarse él mismo a una literatura costumbrista o folclórica. Y sin perder vistosidad, la narración tiene mesura: desprovista de elementos baratos, como podrían ser ubicuas citas en vocabulario abakuá, recetarios de hierbero o descripciones de ritos vudú. La narración de Thierry, en muchos aspectos muy universal, posible en cualquier parte, da a lo haitiano, en sus episodios más increíbles, la duplicidad que les conviene: aceptables como superstición de un crédulo, ganan a la vez credibilidad al superponerse a los textos científicos del herpetólogo: ¿serán estos cuentos sobre montes de niños perdidos o zombis errantes pura invención o datos cuidadosamente recogidos y transcritos sobre leyendas de la gente? La respuesta no importa, la incógnita es la gracia de la novela, perdido el lector por esas posibles fantasías. Elaboración que tiene un cabal remache: salvo en los episodios que cuentan, en bien poco se diferencian los discursos del científico y del guía; sus gramáticas son próximas y las palabras de ambos tienen igual prestigio, sin crear piadosas diferenciaciones entre primitivo y civilizado.

Medidamente escasas las apariciones remotas, como de distantes tiroteos, de la violencia militar, quedan en lo que deben ser: no un documento de circunstancias que ha-

bría podido oler a folleto de las Naciones Unidas sino una constante terrible de la vida en Haití, sin importar nombres, un rasgo permanente que supera las acotaciones periodísticas.

Una parte de la narración que, aunque sirve de contraste, está mucho menos lograda y sí se queda en contrapunto elemental, es la trastienda familiar del científico. Quizá Mayra Montero quiso darle su aburrida aridez para precisamente contrastarlo con la energía que reluce en los episodios vividos por la gente haitiana. Es posible pero ninguna de sus habilidades novelescas logra hacer atractivo este drama tan falto de vigor. Queda en apunte borroso, escritura sin color, una presencia casi transparente. También se echa de menos a la larga en el libro un poco de calado; se deja, con excesiva confianza, que el relato contenga por sí mismo la carga necesaria como para, más allá de la idea inicial, brindar una lectura que entregue ideas originales, personales. Pero aunque tan hondo no va el libro, es engañoso: en medio de su suave ligereza que da una huella, ese rastro agradecido que deja quien sabe contar cuentos.

Por todos estos curiosos caminos recorridos por la autora para impulsar su narración, la lectura de *Tú la oscuridad* es un grato encuentro. Bastaría su tema, una novela que no se parece a otras. Doblemente grato me resulta, y digo esto en primera persona, el que lo haya escrito una cubana, por mucho que puedan haberla cosmopolitizado sus emigraciones o destierros. Metida como está la literatura cubana, de dentro y de fuera, por la fuerza de un destino de características y asuntos uniformes desde hace décadas, en como un túnel donde la temática resulta agotadoramente monocorde muchas veces, consuela encontrar escritores con voz propia, capaces de navegar por encima de las circunstancias sin permitir que alteren sus propósitos. Me regocija por eso que esta aventura en los montes haitianos en busca de ranas sea parte de la literatura escrita por cubanos o de raíz cubana o lo que sea, que ya ni siquiera sabemos cómo definir esto y necesitamos más palabras de la cuenta. ■

El premeditado azar de la cuerda

LUIS MANUEL GARCÍA

Atilio Caballero
El azar y la cuerda
 Editorial Letras Cubanas
 La Habana, 1996. 92 pp.

EN LA COSTA NORTE DE CUBA CENTRAL HAY una región donde cualquier espeleólogo se perdería con gusto para siempre. Miles de cavernas: archipiélago subterráneo que subyace al otro. En aquellos tiempos me interesaban tanto los laberintos de la Tierra como los de la imaginación, y tuve el privilegio de recorrer algunas. Tras la lectura de *El azar y la cuerda*, cuentos de Atilio Caballero (nacido frente por frente a esas cuevas, en la costa sur de la Isla) una de ellas convoca mi memoria. Discurría, extensa y casi horizontal, a poca profundidad. Dado su tortuoso juego de galerías, la oscuridad era total. Pero de repente podías chocar contra una columna de luz: una claraboya, abierta por un desplome de la bóveda, permitía minúsculos pero frondosos bosquecillos. Los tránsitos entre la intimidad de la sombra y la lujuriosa fronda que poblaba la luz, eran tan súbitos (y memorables) como efímeros.

Ya se sabe que de los escritores cubanos, y en especial de los que viven en Cuba, se espera incluso una sintaxis política. Pero quien busque en este libro, escrito y publicado en Cuba, una narrativa al servicio de la circunstancia –circunstancial, diríamos–, quedará felizmente defraudado. Desde *Dark Side of the Moon*, declaración de intenciones, arte narrativa que hace las veces de pórtico, Atilio nos advierte que no se trata de describir, testificar o enjuiciar. La subjetiva visión individual, lo exterior trasuntado a través de la agónica experiencia personal, son las materias primas con que intenta construir sus ficciones:

“La percepción se legitima a través de lo par-

ticular, porque la realidad exterior nunca es la misma cuando es observada por más de una persona” (p. 8)

De modo que el ejercicio narrativo se convierte en espeleología de la naturaleza humana, búsqueda de los resortes más oscuros e inmanentes, signado a trechos por atisbos de luz, cuando la realidad exterior asoma en las colas que la mujer del amigo exiliado en Rusia no desea hacer (*Un aire que bate*), en el presunto trueque de tenedores de plata por quincallería y shampoo (*Una tranquila sobremesa...*), ininteligible para ajenos, en la kafkiana muerte sin confirmación burocrática (*Los caballos de la noche*) o en el inquietante final de *Manguaré, buena música*, “*porque, del otro lado, los policías cruzaron la calle*” (p. 40).

Como nos dice Atilio en la página 9, “*Observo a mi alrededor y no puedo hacer otra cosa que interpretar*”. Pero su ejercicio de interpretación es el equivalente metafórico de comprobar que el siete y medio de su pie encaja perfectamente en la huella fósil de quien huyó corriendo sobre la lava. No se trata de datar la erupción o diseccionar el metabolismo del volcán, sino de convocar la angustia, el miedo, la soledad o la esperanza de salvación.

Tampoco deberá pretender el lector de *El azar y la cuerda* una dramaturgia al uso, ni el obediente sumplimiento de decálogos u otras preceptivas cuya validez no discuto –los hombres, niños al fin y al cabo, necesitamos que nos cuenten una historia, mastinando pernil de mamut a la orilla de una hoguera o vía Internet–; pero que distan de la intención y el cumplido propósito de Atilio: operar con la materia prima en su estado prístino: el juego de espejos entre la vida y la muerte en *Los caballos de la noche*, la evasión salvadora en *Manguaré, buena música*, la amistad y esas trampas que tiende la distancia en *Un aire que bate*, o la soledad abisal que trasunta *Steinway & Sons*. No se trata de contar una historia, sino de arrancar un fragmento de la realidad (incluyo en este concepto continentes completos de la imaginación) y condensarlo de tal modo que las evidencias salten, como tigres, al cuello de los lectores.

El tratamiento del idioma dista tanto, por su parte, de cierto *slang* facilongo como del protagonismo barroco (que en ocasiones oculta el vacío del qué bajo la cáscara del cómo: puro cobertor de palabras). El idioma es aquí una herramienta, no exenta de dosificadas alegrías y lujos verbales. Aunque no se pretende la implacable precisión de un láser, sino el efecto de círculos concéntricos y espirales que nos van conduciendo de los arrabales al centro, ya que, según Atilio:

“Mallarmé pensaba, con mucha razón, que nombrar un objeto priva al lector del placer de ir descubriéndolo poco a poco, ayudado por la sugerencia de las palabras que no lo nombran.” (p. 12)

Efecto conseguido a pesar de la reincidencia filosofante, raras veces imprescindible y frecuentemente innecesaria. Vicios ensayísticos o alardes bibliográficos, lo cierto es que restan fluidez a los textos, adensan el discurso sin añadir otra cosa que acotaciones al margen, ofensivas para la percepción del lector atento e inteligente. El lector que, precisamente, exige este libro, dada su necesidad de hallar cómplices y no de conquistar mercados.

Al final del libro, tropezamos con *De Rerum Novarum*, cuyo sorprendente arranque nos saca de un discurso cuidadosamente homogéneo para dejarnos caer en los pastizales de la alegoría, pero no es sino el prólogo a *La escalera de Jacob (Coloquio-Pieza Narrativa Dialogada)*, que apela al ejercicio de la parábola sin explicitar moraleja alguna, dejando caer esa inquietante cuerda, como una invitación.

Confirmación de algo que ya Atilio nos anunciaba al inicio:

“Yo perseguía una ilusión, y ahora padezco la inmovilidad del perseguido. No hay testigos, y tengo la impresión de estar tartamudeando la visión del último invitado. Bien visto, nunca los hubo, aunque pienso que de esa forma es mucho mejor: la presencia del otro convierte en espectáculo lo que desde el inicio está concebido como experiencia personal.” (p. 9)

Libro, en suma, que exige con la misma intensidad que entrega, que devela sin reve-

lar, persiste en cierta anfibología conceptual porque, como todo buen texto literario, nos descubre que la ambigüedad es no sólo una materia prima respetable, sino imprescindible. Un libro que no se conforma con la superficie esmeralda del mar lamiendo un arenal vigilado por escuadrones de palmeras (cuando vienes a ver ya estás preso dentro de una postal turística camino a Hamburgo Vía Air Mail); sino que intenta bucear, no sólo porque el mar es su espesor más que su superficie, sino porque a ras de fondo yacen los peces y los corales vivos, no etiquetados en la vitrina del bazar. Aunque los folkloristas de la literatura puedan argumentar en su defensa, que es una temeridad aventurarse a la vecindad de los escualos. ■

La historia después de la batalla

LEOPOLDO FORNÉS

Enrique Meneses

Castro: Comienza la Revolución

Espasa-Calpe

Madrid, 1995

ENTRE LA ABUNDANTE BIBLIOGRAFÍA YA publicada acerca de la personalidad de Fidel Castro y de la revolución cubana sobresale este testimonio histórico directo, producto de la visión de un periodista europeo de gran formación y experiencia. Quizás a ello se deba su comprensión global del proceso cubano actual, de cuya gestación fue testigo privilegiado durante los once meses que vivió con los guerrilleros de la Sierra y con los combatientes clandestinos del “llano”, pertenecientes al Movimiento 26 de Julio, durante los años cruciales de 1957 y 1958.

El ensayo está redactado en 19 capítulos breves de rápida lectura e insertadas en su parte central ofrece nueve de las mejores fotografías que de los principales jefes guerri-

llos el autor hizo. Gracias a su publicación en la revista *Paris Mach*, estas imágenes dieron la vuelta al mundo.

El estilo directo, periodístico y la agilidad narrativa del autor, y su privilegiada posición como testigo del pensamiento de Castro, de Guevara y de Raúl en este período, hacen el relato doblemente interesante, ya que refleja el pensamiento de los guerrilleros en aquella etapa. Curioso es percatarse de la coherencia de las ideas y posteriores actitudes de Guevara y Raúl. Al Che se le atribuye, cuando reproduce sus conversaciones, simpatías por la experiencia china, su extremismo quizá romántico y sus indudables inclinaciones campesinas, coherencia que mantiene hasta morir en Bolivia en octubre de 1967. Raúl queda retratado como el hombre duro pero pragmático, revelador de una visión sociopolítica proclive a las experiencias históricas de los soviéticos. Al parecer, la visita a los países del Este a principios de los cincuenta dejó en el menor de los Castro una profunda huella.

Llama la atención que las manifestaciones que entonces escucha de Fidel Castro parecen las de un justiciero autoritario de raíz cristiana pero con un aparente respeto por la democracia y la tolerancia, algo totalmente incoherente con su comportamiento posterior. Ese discurso moderado, al parecer, fue la fuente del enorme apoyo que sus planteamientos consiguieron en el fatídico período de 1959-1962.

Meneses sostiene que es imposible desde el punto de vista psicológico que un hombre, por carismático y autoconsciente de su destino que sea, “consiga no filtrar a nadie sus verdaderos pensamientos, ni siquiera a sus más allegados. Nadie es capaz de predecir su destino y Castro tampoco sabía que la suerte y su voluntad le acompañarían hasta convertirlo en conductor casi absoluto de los destinos de los cubanos”. Las confesiones de Fidel Castro, expresadas a un periodista hispano-francés en un momento bajo para la guerrilla, cobran una enorme importancia para demostrar que fue la necesidad, nada romántica, de su permanencia en el poder y la consecuyente y pretendida eternización de su proyecto po-

lítico, los factores que determinaron el golpe de timón que sus pensamientos experimentaron a partir del triunfo revolucionario en 1959.

En la primera parte del libro se hace un breve relato de la historia de la isla en la segunda mitad de nuestro siglo, un parangón entre los dos dictadores: Batista y Castro; las vivencias de éste último en México y el peligroso viaje del yate *Granma*. Dos capítulos completos dedica el autor a la trágica y fallida huelga general del 9 de abril de 1958 de la que el periodista fue testigo.

Entre los líderes del “26 de Julio” con los que convivía en La Habana se encontraba Faustino Pérez, organizador de la huelga, al que exculpa en parte de no haber dado a tiempo las órdenes para desarrollar las acciones de sabotaje por temor a filtraciones entre los cuerpos represivos batistianos. Donde sí concentra las culpas es en la conducta que durante la huelga tuvieron los militantes del Partido Socialista Popular (PSP), los comunistas históricos. Dado que Castro y el “26 de Julio” no les garantizaban una futura posición política, sus militantes llegaron a boicotear sus acciones tal como hicieron a las puertas de la emisora CMQ Radio, destacando –dice el autor– piquetes antidisturbios contra el comando del 26 y reventando así la acción saboteadora en la mañana del 9 de abril. Esta “desavenencia” interna costó más de cien muertos entre los jóvenes militantes del “26 de julio” en las represiones inmediata y posterior de la huelga.

Durante los cruciales meses que el periodista pasa en la Sierra junto a Castro, llega a la conclusión de que éste no tenía un ideario comunista y que era un hombre que se manifestaba convencido de las virtudes democráticas y civiles. Para ello reproduce frases que afirma le oyó decir:

“¡Somos un ejército de civiles que volverá a sus ocupaciones tan pronto termine esta lucha sangrienta!”

“¡Los comunistas representan un imperialismo peor que el yanqui, y tan extraño a nuestras costumbres y a nuestra fe como éste último...!”

“¡Odio tanto al imperialismo yanqui como al soviético!”

Narrando los estertores del régimen batistiano y los albores de la revolución, el autor señala que uno de los principales elementos que perturbarían a Castro para el resto de su vida fue la embriaguez moral que le produjo el viaje de una semana que realiza desde Holguín hasta La Habana después del 1º de enero. Un verdadero baño de multitudes y popularidad donde el líder se percata a fondo de la envergadura del poder que el pueblo cubano le confiere. Esta circunstancia –estima el autor– sería fatal para el futuro destino de la democracia en Cuba.

Sin embargo, el entusiasmo popular generado por la caída del odiado régimen batistiano comienza a nublarse por los numerosos fusilamientos de militares, confidentes y civiles vinculados a la tiranía. Los medios de comunicación nacionales e internacionales reproducen en imágenes estos actos, realizados en un país donde todavía no existía jurídicamente la pena de muerte. La reacción no se hizo esperar pues creó en el exterior, y tímidamente en el interior, una atmósfera de críticas y rechazo. Esto generó en Castro la agresividad verbal del fundamentalista “justiciero” que se cree en la posesión de la verdad.

Meneses afirma que ya por entonces se hacía evidente, dada la limitada visión política de Castro y sus escasos viajes, que: “... no sabe distinguir entre opinión pública y Departamento de Estado”. Así continúa manifestando que lo que Castro consiguió en su primer año de gobierno como líder fue asustar a mucha gente dentro y fuera de Cuba, cerrar todos los periódicos de oposición, posponer las elecciones democráticas *sine die* y hacer desaparecer de la escena política a las personalidades del “Movimiento 26 de Julio” que hubieran podido contrarrestar la influencia emergente de los líderes del Partido Socialista Popular, impopulares por su apoyo a Batista entre 1938-1944, por el boicot que ejercieron en la huelga del 9 de abril y por su escasa participación guerrillera.

¿Qué sucedió con Fidel? –se pregunta– ¿Había engañado a la opinión pública y al pueblo sobre su anticomunismo? ¿Le con-

vencieron “los de fuera del 26 de Julio”? Aquilatando la personalidad del líder Meneses sentencia: “es un teorizante, un hombre incapaz de llevar a cabo sus propias ideas y plasmarlas en la realidad. Su egocentrismo, su sentido mesiánico, su afán de publicidad le convierten en un monologuista que rehúsa toda clase de diálogo, cualquier crítica por constructiva que sea. Los únicos que lo han comprendido y no discuten con él son los comunistas. Sus antiguos compañeros discrepantes ya no lo son. Son saboteadores de la revolución”.

El periodista tampoco se explica cómo la evidente dependencia de Cuba del mercado norteamericano no hizo reflexionar y atemperar a los dirigentes de La Habana. Y explica que, al parecer, debido a sus charlas en círculos cerrados, donde todos opinaban más o menos lo mismo, reforzaron en él la idea de que el culpable del supuesto subdesarrollo de Cuba eran los EE UU.

Así, sin apenas buscar apoyos en América Latina o en Europa Occidental, Castro convierte a Cuba en un portaaviones de los comunistas a sólo 150 km de los EE UU. El periodista también cuenta en detalles los pormenores del ataque realizado por la brigada 2506 compuesta por 1400 exiliados cubanos, atribuyendo su fracaso principalmente a la falta de apoyo aéreo, probablemente prometido por la anterior administración de Eisenhower y nunca cumplida por Kennedy. Más de 1.100 de los invasores son hechos prisioneros en Bahía de Cochinos. Con ellos Castro entabla –inculpa el periodista– “una operación de trueque entre seres humanos y mercancías que no tiene paralelo en los tiempos modernos”.

El autor trata en su ensayo de ser justo y equitativo con las dos tendencias en que se encuentra dividida la familia cubana. Por un lado estima tarea muy loable que el proceso revolucionario haya realizado ingentes esfuerzos en pro de una educación gratuita al alcance de todos. También celebra un sistema sanitario que, aunque ha perdido algo en profundidad y adelantos, lo ha hecho llegar a los más recónditos puntos de la geografía del *caimán*.

De la otra Cuba, la del exilio floridano,

encomia sin ambages el evidente éxito económico del millón largo de cubanos que ha hecho de la Florida, después de 37 años, un emporio de riqueza, percatándose de que es la minoría norteamericana más trabajadora y rica de todas las emigradas en este siglo a los EE UU.

Este libro, de necesaria lectura para cualquiera que desee iniciarse en la historia del período revolucionario, termina dando una visión algo esquemática de las organizaciones políticas surgidas en el exilio, a saber: la Fundación Nacional Cubano americana, que dirige Jorge Mas Canosa, a la que atribuye cierto conservadurismo y vinculación con el Partido Republicano; y la Plataforma Democrática, de corte más europeo y verdadera panoplia de las tendencias liberal, democristiana y socialdemócrata.

Sin embargo, confiere gran importancia a los grupos disidentes dentro de la isla, de los que menciona casi una docena, aunque con especial interés se detiene en tres grupos de carácter no partidista: el Comité de Derechos Humanos y Reconciliación, que dirige Elizardo Sánchez Santacruz; el Comité Cubano Pro Derechos Humanos, de Gustavo Arcos, veterano del ataque al cuartel Moncada en 1953; y pone especial énfasis en Tercera Opción / Una Alternativa de Izquierdas constituida, según dice, por jóvenes intelectuales.

Para finalizar, el autor es muy duro al enjuiciar tanto el proceso como a su líder. Aduce que aunque la isla no se asemeja a ningún otro país que conozca, a lo que más se le pudiera parecer es a la aislada Albania de sus últimos años marxistas.

Meneses esboza soluciones acerca de cómo emerger de la crisis. En ellas atribuye al exilio miamense y a su *lobby* en Washington un futuro y estelar papel en la recuperación de la atribulada isla, pero al afirmar que el estado de revolución es siempre un término temporal, indica con firmeza que la causa de que Cuba se encuentre estancada en este *impasse* finisecular es la inmensa testadurez de Castro. El viejo héroe de otros tiempos arrastra a todo un pueblo, que ya no le necesita, a la autodestrucción colectiva. ■

Un homenaje merecido

JOAQUÍN ORDOQUI

VV. AA.

Homenaje a Luis Rogerio Noguerras

El cisne salvaje

Editorial Letras Cubanas

La Habana, 1995

L UIS ROGELIO NOGUERAS (LA HABANA, 1945-1985), entra en la literatura cubana en 1967, al obtener el premio David de poesía en lo que fuera su primera entrega¹. Como sucede en muchos concursos, el libro premiado, *Cabeza de Zanahoria*, sirvió para avalar el recién nacido concurso y no al contrario. Se trataba de una ópera prima contundente y, para quienes no lo conocían, de la aparición de una nueva voz en la polifonía de nuestra poética.

Además de su talento poético, Wichi el Rojo (como era conocido por su llamante cabeza de zanahoria y sus pecas) fue también desde un principio una personalidad conspicua, un individuo cuya presencia nunca pasaba inadvertida, un animador cultural y un ser humano literalmente encantador. Como hombre de cultura que siempre fue, dejó huella de su presencia en todas las instituciones donde participó de una u otra forma: las revistas literarias *Casa de Las Américas* y *El Caimán Barbudo*, la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana (en lo que fue su último mejor momento), el Instituto de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC). Como persona tenía algunas cualidades ciertamente atípicas en nuestro medio: la carencia de grandilocuencia y el ejercicio de un fino y perenne humor que aplicaba siempre allí donde otros solían colocar solemnidad estéril; una amabilidad extrema, aun cuando discutía o –incluso– cuando asumía la necesidad de aniquilar a un contendiente; una sobria elegancia que persistía a pesar de las

¹ Compartido con *Casa que no existía* de Lina de Feria.

limitaciones materiales que todos padecemos en determinados períodos.

Por todo ello, la publicación de *El Cisne Salvaje* no sólo no es un acontecimiento extraño, sino una necesidad previsible. Se trata de una compilación de textos, casi todos publicados en diferentes revistas literarias cubanas, donde por medio de poemas, bromas, crítica, narrativa y ensayo se rinde homenaje a quien fue uno de los mejores poetas de su generación. Entre las huellas que dejó Luis Rogelio Nogueras en la cultura cubana hay que destacar sus importantes contribuciones al suplemento cultural *El Caimán Barbudo*, del que fue uno de sus principales gestores. Así resulta natural que gran parte de quienes rubrican los materiales publicados en *El Cisne Salvaje* hayan participado, de una u otra forma, en *El Caimán*: Rodríguez Rivera, Víctor Casaus, Antonio Conte, Helio Orovio, Félix Contreras, Eduardo Heras...

La lectura de *El Cisne Salvaje* permite sentir uno de los atributos esenciales de Wichi: su casi infinita capacidad de fascinar. Al parecer, todo cuanto Nogueras tocaba trascendía a perfección: Midas literario. A tal punto llega la mitificación, que el lector termina por preguntarse si Wichi era un ser humano o un personaje literario, menos real que Yves Moor, su propia criatura. Según la compilación, Nogueras —amén de amigo cabal, amante de ensueño y el formidable poeta que realmente fue— era también un gran guionista cinematográfico y un novelista intachable. El personaje literario El Rojo —homenaje de Jesús Díaz a Luis Rogelio Nogueras en su novela *Las Palabras Perdidas*— es más real que el personaje real Luis Rogelio Nogueras que emana del homenaje al Rojo que encontramos en las páginas de *El Cisne Salvaje*.

Sin embargo, no se trata sólo de la vocación de encantador de serpientes del poeta; en nuestros países iberoamericanos, en general, y en Cuba, en particular, practicamos dos curiosos ritos que obnubilan todo posible juicio estético: el primero es la consagración de la fama; el segundo, la consagración de la muerte.

Con Luis Rogelio Nogueras temo que está pasando lo mismo. Sus mejores amigos —alguno de los cuales comparto— escriben

acerca de su poesía, sus novelas policíacas y sus guiones cinematográficos, equiparándolos, lo cual es un gran insulto a la poesía de Wichi. Vi las dos películas para las que escribió el guión (*El Brigadista* y *Guardafronteras*) e incluso escribí una versión radial de la última; tenían momentos divertidos y, en general, no eran aburridas. Son los dos mejores elogios que puedo emitir acerca de estas dos obras de encargo. De *Y si muero mañana...* no me atrevería siquiera a tanto. Es cierto que se trata de un homenaje y en los homenajes nunca falta el ditirambo. Sólo que me pregunto si es ditirámico comparar la mediocridad de encargo con la mejor poesía que escribió la generación que nace en la década del cuarenta, aun cuando ambos eventos hayan llevado la misma rúbrica.

Con excepción de estos excesos —y de algunas ausencias— *El Cisne Salvaje* es un libro grato y un bello y merecido homenaje a una de las personalidades más singulares y queribles de nuestra cultura. ■

Palabra de Kozer

ORESTES HURTADO

José Kozer
et mutabile
Graffiti, Jalapa,
Veracruz, 1995.

DE LO SIN REGRESO, DEL CAMBIO QUE NOS cambia, de ese contaremos a nuestros nietos (a nuestros poemitas vacilonos y sufrido). De asomarse y seguir siendo tú y yo, pero no ser los mismos, nos habla José Kozer en su más reciente libro.

De qué y de dónde nos podrá hablar este poeta nacido en La Habana del año 40. Digamos que aquí importa el quién. José Kozer, hablamos de José Kozer. Del poeta hijo de judíos centroeuropeos que nace en Cuba por el exilio de sus padres, que vive en

la Isla veintipocos años y se va a Estados Unidos a principios de los 60. No hace falta subrayar el peso de la palabreja exilio en su vida. El exilio de siempre, el de su sangre. El exilio de su infancia y juventud, con sus cosas pequeñas y queridas. El exilio de su lucidez y de su crear. Y más innumbrables desplazamientos, roturas, distancias.

Kozer ha mencionado su lejana situación cuando se intenta fácilmente domarlo bajo la denominación de poeta cubano. Lo traidor que puede ser decir "José Kozer, poeta cubano", así y ya. Pero con igual destreza aclara que su lejanía es cubana. Que esa costumbre de lo remoto pertenece a la isleta caribeña. Ese ir, irse, estar allá, del cubano.

Todo *a priori* es traidor y alivio. Kozer nos obliga a no desperdiciarnos en sentencias más o menos pobres. A que leamos, no tememos, reaccionemos. Al final casi diremos lo mismo, pero no.

Cuando enumeramos algunos de los libros de Kozer casi podemos eslabonar un poema con sus títulos. Su insistente, su paciente obrar sería: *De Chapén a La Habana*—escrito junto al poeta peruano Isaac Goldemberg— (1973), *Este judío de números y letras* (1975), *Jarrón de las abreviaturas* (1980), *Bajo este cien* (1983), *La garza sin sombras* (1985), *Carece de causa* (1988), *De donde oscilan los seres en sus proporciones* (1990), *Trazas del lirondo* (1993). Hoy nos ocupa *et mutabile*.

Si tuviéramos que envolver a su autor en generaciones y estirpes literarias, resistiría. Sin embargo, lo podríamos aclimatar a sus contemporáneos latinoamericanos. A los que se uniría en entender la escritura como dificultad, cartografía, mescolanza, duda, impertinente avanzar. Necesitan autonomía, espacios creados desde sus poemas. Sometidos a una estética de lo deteriorado, pretenden ofrecer el hundirse en la alocada circunstancia, en una búsqueda machacona conque las cosas digan sus nombres, las ya enterradas nominaciones. Un regreso sucio y bárbaro a donde puede estar lo cierto o lo sagrado. La vía elegida es su inmersión dinamitadora en el lenguaje. Antonio Cisneros o Severo Sarduy estarían en el grupito de que se habla en este párrafo.

Utilizadas como instrumentos que nos

acerquen a Kozer, las anteriores frases nos meterían someramente en zona esencial del poeta comentado: el sentido de la palabra, sus poemas como maniobras del lenguaje. Lo real surgido desde el verbo. El poema: paisaje lingüístico, país, entidad alentada con las necesidades y posibilidades del decir.

Colocado por Jorge Rodríguez Padrón en su *Antología de la poesía hispanoamericana* (1915-1980) dentro del grupo de nacidos entre el 20 y el 45, hemos acudido a la generalización para anotar estancias que Kozer comparte y así nos acercamos a sus posesiones solitarias. Precisamente *et mutabile* es enumeración de posesiones, la dictada sucesión de verdades que pueden tenerse.

Mientras transcurremos por el libro, los poemas se mueven. Son movimientos, cuerpos. Cada poema, cerrado lugar en que sucede un mundo. Casi recibimos la lección de que moverse es conocer. De que en nuestros actos vamos nombrando, mirando las cosas como si nadie antes lo hubiera hecho.

En el afortunado caso de que *et mutabile* llegue a Cuba, el lector que conocía a Kozer a través de sus escasos poemas en una revista cubana o le hubiera sorprendido en antologías, recibiría con este libro a todo Kozer. Creo que leer uno de sus textos es dar lectura a toda su obra. Ante nosotros tenemos anotaciones, testamentos, furtivas palabras que se irán cuando se hable de nuevo. Kozer va acumulando apuntes, muestras que considera ciertas para escribir su tránsito.

Lo primero que verá ese hipotético lector de la Isla es que no se trata de una acumulación de poemas, sino de una aventura con su inicio y su fin (o viceversa). Desde "Preludio" a "De exaltación" sabemos que ha vivido algo.

Antes dijimos que en cada poema sucedía un mundo. Ellos, los versos, nos dicen más. Se refieren al hombre como al escenario de la batalla, sitio de encuentros, vientre del huracán. El lenguaje, entre las manos, se nos ha hecho naturaleza. Nos rodea, nos manda, nos ocurre. Dice Kozer: "... solo me / bojeo y recompongo, bostezo, sonrío, dormito / en muelle lecho insomne (doy vueltas) (doy / vueltas) (deja ya de dar tantas vueltas) (te / estarás quieto ya de una vez

por todas) a la/ luz de una luz eléctrica o natural (persianas) / procuro la rotura que se filtra astronómica”.

Este es el final de su poema “Clueco”, y me sirve para proponer que veamos su libro como una rendija. Un atender a la intemperie del hombre, al cambio. Un diálogo entre muchos. Y un único personaje. Las cosas en su estando. El personaje en su siendo. Nos suena a recuperada conversación del hombre con sus adentros y con sus dioses.

Estamos asistiendo a un testimonio. El testigo lanza su habladuría. Su resucitar discurre hacia el origen. En sus poemas, Kozer va desde el segundo en que escribe (con sus obvios sonidos burdos, su momentáneo delirar) hacia lo infantil inamovible (donde todo parece grande, elevado, inmortal, abundante sonrisa de trópico) y, más allá, a sus padres (a la diáspora que marca toda permanencia, a las reminiscencias europeas vidas casi bíblicamente).

Su mirada siempre acude a la tierra. José Kozer lanza su habladuría. Aquí veo un enumerar que se convierte en descripción, ese barullo que el cubano arma para atesorar lo cercano. Parece un frenético baile desde el que vemos girar el mundo a nuestro alrededor. Una verdad que se *siente* a nuestro lado. Recurre el poeta a lo que la tierra trae desde siempre. Lo telúrico. Lo que, apartado y sepultado el hoy, todavía está ahí. Kozer insiste en rancios vocablos de turbio linaje, en dichos de diablo viejo, en todo aquello que solía decirse y ya no se mastica más que en la pequeña voz de un verso. Entonces, esas certezas de la tierra aparecen.

et mutabile, decíamos, es cambio, rendija. Agregamos barullo. Nos detendríamos con rapidez en tres libros que podrían ser también minuciosas algarabías sabias: el *Diario* de Martí, las *Memorias de Lola María* o *La isla en peso* de Piñera.

La palabra de Kozer, inquieta, bífida, balsámica, se adentra en lo que parece ser a descubrir centros, nacimientos. Una travesía entre lo remoto y la costumbre. La costumbre: la sociedad exacta de lo común, lo presidido una y otra vez por lo mismo, la cotidianidad con toda su raquílica mitología. Lo remoto: la inmaculada borradera de la

circunstancia en favor del presente, el hundimiento del momento frente a la claridad del instante, la trascendida búsqueda, el espíritu. Nos adentramos en una epidemia. Al fondo arribamos a la renuncia. Nos encontramos ante las brumosas fronteras (piensa el autor mientras fuma y habla su poema) entre lo que sucede sin importar y lo que importa (sólo en la mirada sucede). Quizá se vea al poeta conquistando y extraviando a un tiempo el antídoto, la salud. En esos vaivenes se reconoce y nombra.

El libro de José Kozer, poeta cubano, ofrece la armonía de un presente, la musiquita de lo que es (en su forma y su fe). ■

Módelos de transición, una polémica

FELIPE RUIZ ALONSO

—
VV. AA.

La democracia en Cuba y el diferendo
Centro de Estudios sobre América,
Ediciones CEA. La Habana, 1995.

EL LIBRO QUE COMENTAMOS ESTÁ COMPUESTO de una serie de colaboraciones, fruto de las ponencias que se presentaron en unas jornadas celebradas en La Habana en marzo de 1994, organizadas por el Centro de Estudios sobre América (CEA) y que tenían por título el mismo que lleva el libro.

El tema de mayor interés desde el punto de vista de la ciencia política es el que se trata en la segunda parte del libro: las características del modelo democrático cubano. El primer problema que surge a la luz de las distintas colaboraciones es el concepto de Democracia según se entiende en Cuba, en contraposición con el que se utiliza en los países con democracia representativa y pluripartidista. En el texto se observan las dos tendencias, si bien los críticos del sistema cubano se muestran bastante moderados.

Hay que partir de la consideración de que las jornadas se celebraron en La Habana, los ponentes fueron invitados desde La Habana, y la publicación se realiza por un centro oficial cubano.

Resulta muy interesante la extensa aportación de William I. Robinson, de la Universidad de Nuevo México, Albuquerque, que desarrolló el tema de la “promoción de la democracia”, según los propósitos norteamericanos y su relación con la política exterior de los EE UU en el contexto del “nuevo orden mundial”. Analiza lo que quiere decir para los EE UU esta promoción de la democracia para Cuba y cómo puede influir en las relaciones en los próximos años.

La definición de Democracia que presenta el profesor Robinson la extrae del teórico Robert Dahl cuando se refiere a la poliarquía como el sistema en el que gobierna un pequeño grupo y la participación de las masas en la toma de decisiones se limita a seleccionar a la dirigencia en elecciones cuidadosamente manipuladas por las élites competidoras. Esta concepción de la Democracia resulta bastante estrecha y un tanto caricaturizada al momento de establecer una comparación con la práctica de la Democracia en Cuba.

El profesor de la Universidad de Puerto Rico, Jorge Rodríguez Beruf, expone los términos en que puede entenderse la democratización perseguida desde los EE UU en sus acciones de política exterior. Debería comprender un sistema electoral multipartidista, garantías de derechos civiles y políticos, resultados democráticos aceptables y, por fin, institucionalización democrática que propicie la economía de mercado.

En el libro se exponen por una serie de autores las peculiaridades que tiene el sistema cubano a partir de las reformas introducidas en la Constitución de 1992. Las numerosas críticas vertidas sobre la Constitución de 1976, que carecía de planteamientos democráticos homologables con las democracias representativas y pluripartidistas, posibilitaron algunas reformas que sirven de análisis en la mayor parte de las ponencias presentadas. El Jefe del Departamento de Relaciones Internacionales en el CEA, Rafael Hernández, sintetiza estas reformas aludiendo a la “des-

centralización y el pluralismo”, que aparece en una mayor democratización de la vida interna del Partido Comunista de Cuba (PCC), mayor peso de los órganos del Poder Popular en la dirección de la política, mayor pluralismo en los medios de difusión, la mayor presencia de los sectores ligados a la inversión extranjera directa (IED), y mayor presencia e influencia de los distintos sectores de la sociedad cubana en los órganos representativos.

Si bien estos aspectos que destaca Hernández son algunas de las modestas reformas realizadas en la Constitución, debe reconocer, también, que el PCC sigue siendo el partido único, los medios de difusión mantienen el control del Partido, y la presencia e influencia de los sectores sociales es insignificante y no se encuentra institucionalizada.

Otro investigador, Juan Valdés, del Departamento de Cambios Estructurales en el CEA, analiza la legitimidad del sistema político cubano y sus posibilidades de evolución. Trata de demostrar la legitimidad del gobierno cubano apoyándose, además de otros argumentos, en la “democraticidad” del sistema que es fruto de las elecciones mediante las cuales se establecen las instituciones y los actores que las animan. La insuficiencia de esta argumentación se deriva del déficit de libertades políticas que se manifiesta ante un sistema electoral donde no hay pluralidad de opciones y donde no se reconocen los derechos de la oposición de programas políticos. Valdés se apoya en la idea de que la sociedad cubana está en transición y el propio sistema político se encuentra en esta fase de evolución. Las sociedades en transición no se dan exclusivamente en las formaciones sociales sometidas a la dialéctica marxista. Esta característica es propia de todas las sociedades y las que realizan una transición más dinámica son aquellas donde las libertades políticas son plenas y la participación plural.

Valdés considera que la transición cubana en el momento presente plantea dos opciones: perfeccionar el sistema o constituir uno nuevo. Su opinión se dirige hacia el perfeccionamiento del sistema y en esta línea sitúa los cambios introducidos por el IV Congreso del PCC, los cambios constitucionales de 1992 y las elecciones para los órganos del Poder

Popular en 1993. Esta transición resulta totalmente insuficiente y retrasada en el camino hacia la democratización como consecuencia del mantenimiento del partido hegemónico y un cúmulo de carencias constitucionales que no permiten hablar de un estado de derecho democrático. La vía de la transición democrática está bloqueada por dogmatismo ideológico, la ausencia de división de poderes y la centralización burocrática de funciones sometidas al rigor de los controles del PCC.

La ponencia presentada por Jorge Domínguez, de la Universidad de Harvard, plantea el problema de la democratización de Cuba con un profundo sentido crítico partiendo de la inexistencia de verdadera democracia en Cuba y del deseo de que se den todos los pasos necesarios para llegar a ello "para el bien de todos", como diría Martí.

Entre los defectos que descubre en el ordenamiento constitucional y electoral cubano destaca: ausencia de derechos para las minorías políticas, imposibilidad de elegir libremente a los diputados para la Asamblea Nacional, falta de transparencia electoral, falta de asociacionismo político y libertad de hacer campaña política de sus ideas con vistas al proceso electoral, deficiente funcionamiento de la Asamblea Nacional que se reúne pocos días y carece de tiempo para realizar funciones legislativas, y no se garantizan las libertades políticas.

Desde el punto de vista de Jorge Domínguez no puede haber verdadera democracia en Cuba si los ciudadanos no tienen opciones libres y concretas de seleccionar o de rechazar candidaturas y programas de gobierno, si no existe la posibilidad de una elección competitiva en la que los electores tengan libertad de seleccionar otro programa, si no hay garantía de que los resultados electorales no se puedan conocer de antemano, y si no hay elecciones libres y competitivas donde puede en efecto ocurrir un cambio del equipo gobernante.

Las ponencias que presentaron Luis Suárez Salazar, Haroldo Dilla y Hugo Azcuy, elogian el modelo constitucional actual de 1992, aunque están abiertos a reformas.

Haroldo Dilla se apoya en el concepto de democracia que explica Joseph Schumpeter

para enfatizar la idea de que en el orden político de los sistemas pluralistas solamente gobiernan las élites políticas y que la democracia es el gobierno de los políticos. Explica la configuración del sistema cubano mediante el recurso a la "sociedad en transición" y las circunstancias geopolíticas que condujeron a Cuba a una alianza con el bloque soviético. Para Dilla los cambios introducidos en la sociedad cubana actual, como consecuencia de la desaparición de la URSS y otras crisis, hacen necesarios cambios en la organización económica y política. La dinámica del cambio prevé modificaciones en la organización política inducidos por las reformas económicas.

En la interpretación de Dilla, Cuba requiere una mayor democracia y debe aceptar la economía de mercado, pero rechaza que el mercado deba ser el principio organizador de la sociedad y de la política. No acepta de buen grado la necesidad objetiva del pluralismo político con la inclusión de varios partidos alegando el clásico prejuicio, o excusa, de que son "fórmulas liberales". Se pierde de vista que también el socialismo progresista ha aceptado el multipartidismo y, no solamente ha participado en la actividad nacional e internacional, sino que ha contribuido de una manera decisiva a la consolidación de los sistemas democráticos.

El capítulo con el que se cierra el libro, perteneciente a Luis Suárez Salazar, Director del CEA, analiza el sistema electoral cubano. Interesa referirnos a la presentación que hace del sistema actualmente vigente, a partir de la Ley Electoral de 1992. El autor hace un gran elogio del alto grado de participación electoral que supera el 90% del electorado, pero según los analistas políticos, esto no debe entenderse como un síntoma de salud democrática, más bien al contrario. Debe constatar un grado de abstención técnica normal entre el 20% y el 30%, en ocasiones algo más, como algo característico de un buen funcionamiento democrático y que nunca se corresponde con las elecciones o referéndums que organizan las dictaduras.

Se elogia también la fórmula de partido único, como pretende Suárez Salazar, pero no es fácil justificar la legitimidad del poder ni la representatividad. Las democracias po-

pulares de la Europa central y oriental practicaron el mismo sistema de partido único y en cuanto fue posible el pluripartidismo, los Partidos Comunistas tuvieron que renunciar radicalmente a su papel hegemónico ante la amenaza de una posible desaparición.

El libro que comentamos contiene un aspecto positivo al enfrentarse con un tema político polémico que es muy difícil discutir en Cuba con objetividad. Al haberse realizado en La Habana tanto el debate como la publicación, al amparo de un organismo oficial como es el CEA, es normal encontrar una corriente favorable hacia el modelo de democracia que se diseña en el ordenamiento constitucional derivado de las Constituciones de 1996 y 1992. Este modelo dista mucho de ser homologable con las democracias establecidas en la mayor parte del mundo desarrollado.

Un rápido análisis de la Constitución de 1992 nos permite encontrar aspectos discrepantes con las Democracias pluripartidistas. En el preámbulo se declara al PCC empeñado en el objetivo final de edificar la sociedad comunista; el Art. 5 mantiene el calificativo de marxista-leninista para el PCC; el Art. 7 asigna al Estado socialista el estímulo de las organizaciones de masas para la edificación, consolidación y defensa de la sociedad socialista; en el Art. 10 se obliga a todos los cubanos a observar estrictamente la legalidad socialista; el Art. 12 reconoce la legalidad de las luchas por la liberación nacional; el Art. 39 promueve la formación comunista de las nuevas generaciones; en el Art. 53, al reconocer la libertad de palabra y prensa, se puntualiza que debe ser conforme a los fines de la sociedad socialista; el Art. 62 limita las libertades si se ejercen contra la existencia y fines del Estado socialista o contra la edificación del socialismo y el comunismo. Entre las atribuciones de la Asamblea Nacional, el Art. 75 cita la de reformar la Constitución con una mayoría de los votos de los dos tercios, así como decidir sobre la constitucionalidad de las leyes.

En la Constitución no está definida la división e independencia de los distintos poderes, recayendo los más importantes sobre el Consejo de Estado (34 miembros) que

sustituye a la Asamblea Nacional entre sesiones y toma decisiones por mayoría simple (Art. 89). El Consejo de Estado da instrucciones directas al Fiscal General de la República (Art. 123). Las atribuciones asignadas al Presidente del Consejo de Estado, Fidel Castro, entre otras, son las siguientes: Jefatura del Gobierno, Jefatura Suprema de las Fuerzas Armadas, determinar la organización general de las mismas, presidir el Consejo de Defensa Nacional, declarar el Estado de Emergencia y "las demás no atribuidas por la Constitución y las leyes" (Art. 93).

En la Constitución de 1992 se han introducido dos Consejos que tiene gran poder en injerencias sobre los Órganos de Poder Popular y que no son elegidos directamente por la población: los Consejos Populares (Art. 103) y los Consejos de Defensa Provinciales, Municipales y Zonas de Defensa (Art. 119). Los primeros constituyen una organización paralela al Poder Popular elegido, y los segundos al depender del Consejo de Defensa Nacional (presidido por Fidel Castro) que los organiza, también representan una injerencia personal sobre los órganos elegidos.

Al considerar la posibilidad de homologación del ordenamiento constitucional cubano con las democracias pluripartidistas deberían modificarse, como mínimo, los siguientes artículos: el Art. 1, que establece el reconocimiento de una sola clase (trabajadores); el Art. 5, que reconoce el poder hegemónico del PCC; los Arts. 6 y 7, que son derivados del anterior y asigna funciones similares a la Unión de Jóvenes Comunistas y las organizaciones sociales y de masas; el Art. 10, que fundamenta la legalidad socialista como exclusiva; el Art. 12, en sus referencias al antiimperialismo e internacionalismo; los Arts. 14 y 15, que fundamentan la propiedad socialista; el Art. 16, sobre la planificación de la economía; y prácticamente todos los siguientes, hasta el 28, que regulan el sistema productivo con una fuerte centralización.

Un mejoramiento de la democracia en Cuba precisaría de reformas en el Capítulo VII sobre derechos y deberes, para garantizar las libertades fundamentales, entre ellas deberían reconocerse los derechos políticos de asociación. ■

Homenaje a Gastón Baquero

El poeta Gastón Baquero recibió un homenaje en el Ateneo de Madrid, en el marco de la Jornada de "Poesía Hispánica ante la Crítica", con la participación de los intelectuales cubanos Pío E. Serrano, Felipe Lázaro y Orestes Hurtado. Serrano dictó una conferencia sobre "Poesía Cubana en el siglo xx", el contexto inmediato de la obra de Baquero; Lázaro se extendió sobre la significación de la obra del autor homenajeado en el marco de la poesía de lengua española de este siglo; y Hurtado hizo una introducción a José Kozer, otro de los grandes poetas cubanos actuales. ●

Zoé Valdés, finalista del Planeta

La narradora cubana Zoé Valdés resultó finalista de la edición de 1996 del Premio Planeta, el más importante premio económico de las letras hispanas, con su novela *Te di la vida entera*, que evoca la vida de una mujer cubana desde los años treinta hasta los noventa. "Es una novela con mucha música y supone una reflexión sobre la sociedad cubana a partir de la vida de una mujer". ●

Pen Club Internacional

El Pen Club Internacional informa que el escritor cubano Cecilio Ismael Sombra Hubert, condenado a diez años de prisión en 1993 por el delito de "rebelión" (distribuir octavillas críticas sobre el gobierno cubano), sufrió un ataque cardíaco como consecuencia de una huelga de hambre en protesta por las condiciones carcelarias. Sombra Hubert se encuentra en la cárcel de Boniato, pese a su precario estado de salud, y el Pen Club Internacional subraya la necesidad de que sea trasladado a un centro donde pueda recibir la atención médica que necesita. ●

Reporteros Sin Fronteras

Fernando Castellona, presidente internacional de la organización europea Reporteros Sin Fronteras, hizo entrega en la Embajada

de Cuba en Madrid de un escrito interesándose por la situación de los periodistas independientes en Cuba, ya que cerca de cuarenta profesionales han sido detenidos, desterrados o exiliados en lo que va de año. Rafael Solano, director de HabanaPress, y Roxana Valdivia, directora de Patria, se vieron forzados al exilio; Norma Brito y José Manuel Canciano, del Buró de Prensa Independiente de Cuba, Rafael Solano y Héctor Peraza, de HabanaPress y Bernardo Fuentes, de Patria, estuvieron detenidos más de dos días, Héctor Peraza y Olance Noguera fueron desterrados a provincias. ●

Un balseiro en París

El poeta cubano Armando Valdés ha llegado a París, ayudado por un grupo de amigos, tras cuatro intentos fallidos de abandonar la isla en balsa. Valdés, que cooperó con el Buró de Prensa Independiente de Cuba, desea que la crisis cubana se resuelva de forma pacífica, pero ve difícil el diálogo. ●

Presentada en Madrid la Fundación Hispano-Cubana

El diputado Guillermo Gortázar, el economista Alberto Recarte, el escritor peruano Mario Vargas Llosa, el diplomático José Antonio San Gil y el eurodiputado José Ignacio Salafranca son algunas de las figuras que encabezan la nueva Fundación Hispano-Cubana que según una nota de prensa publicada en Madrid, promoverá el desarrollo de los "principios y valores de la libertad" en todos los aspectos de las relaciones entre Cuba y España. ●

Debate televisado Alarcón-Mas Canosa

Los cubanos Ricardo Alarcón, presidente de la Asamblea Nacional del Poder Popular, y Jorge Más Canosa, presidente de la Fundación Nacional Cubano Americana sostuvieron un debate televisado por cámaras norteamericanas que se difundió en más de veinte países de Europa y América, pero que no se ha visto en Cuba. Alarcón y Más Canosa ex-

pusieron sus visiones diferentes acerca del presente y el futuro de su país, incluidas unas hipotéticas elecciones pluripartidistas. Es la primera vez que un representante del gobierno cubano y otro del exilio discuten públicamente sobre la nación cubana. ●

Leganés honra a Titón

La Asociación Cultura, Paz y Solidaridad, de la madrileña localidad de Leganés, organizó una Semana de Cine dedicada a la obra de Tomás Gutiérrez Alea. El escritor cubano Senel Paz inauguró la muestra cinematográfica contando a los espectadores su amistad con Titón y anécdotas de la filmación de *Fresa y Chocolate*, filme que se exhibió a continuación. ●

Cineasta cubano en París

Ricardo Vega, un joven realizador cubano, ha mostrado en Francia su medimétraje (65") *Te quiero y te llevo al cine*. Vega comenzó su filmación hace siete años en Cuba y terminó la edición en París, donde reside desde hace dos años. ●

Mi divina guajira...

La película *Guantanamera*, de los directores Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, ganó los premios a la Mejor película y Mejor actor (Carlos Cruz) del Festival Internacional de Cine de Gramado, que cada agosto acoge esa ciudad brasileña.

Cruz, que se mete en la piel de un funcionario obsesionado con la gloria oficialista, sobresale en el elenco dramático que contó con figuras como Jorge Perugorriá, Mirta Ibarra, Raúl Eguren y Conchita Brando, entre otros. ●

24 horas en "Fin de Siglo"

La productora belga Paradis Film, en colaboración con el Programa MEDIA de la Comunidad Europea, ha distribuido el documental "Fin de Siglo", un reportaje sobre una jornada laboral en la que fue una de las mayores tiendas por departamento de La Habana. Sus directores, Szymon Zalasky y

Marilyn Watelet, filmaron y obtuvieron testimonios de los dirigentes y empleados de la tienda, sin incluir comentario alguno de su parte. El resultado expone, con la crudeza del *cinema vérité*, la precariedad de las ofertas y la recurrente explicación que los empleados dan ante la ausencia de las mercancías solicitadas. El reportaje incluye una asamblea sindical que se pronunció por garantizar agua fría a los trabajadores y cubos de agua para los servicios sanitarios, así como que se les permita visitar la planta destinada a los trabajadores de vanguardia. El filme ofrece imágenes de un desfile de modelos, una asamblea para elegir la Trabajadora Ejemplar y su recomendación para el ingreso en el Partido Comunista. ●

Pogolotti contra Matanzas

La cultura Arará fue debatida en un primer encuentro celebrado en La Habana, patrocinado por la Fundación Fernando Ortiz y la Asociación Jovellanense de la capital cubana. Los grupos de Matanzas y Pogolotti –barrio habanero– tuvieron un mano a mano de danzas y canciones al estilo de los viejos cabildos que abundaron en la Isla en los siglos XVIII y XIX, pero sin poder traerse los instrumentos de "fundamento" (culto), pues su liturgia prohíbe que crucen ríos y entre el Yumurí y el Almendares hay varios.

Perico, Agramonte, Jovellanos, Matanzas y Pogolotti son los focos más activos de cultura Arará en Cuba, declaró Lino Neira, presidente de la Sociedad PerCuba, y copatrocinadora del evento. ●

Ramón Alejandro expone en Caracas

El pintor Ramón Alejandro ocupa hasta noviembre próximo una de las salas de la Torre La Previsora, en Caracas, con catorce piezas repletas de frutos cubanos entre los que sobresale la papaya, fruto carnoso donde los haya e imaginativo más allá del lienzo.

Guillermo Cabrera Infante es uno de los que escribe en el catálogo de la muestra y dice así: "...Pocos pintores, sin embargo, han colocado las frutas (o una sola fruta repetida, la papaya) como centro de su

universo plástico. Ese pintor es Ramón Alejandro, cubano de París, que así disfruta. La Papaya es para él la presencia, no el recuerdo, de un Edén particular pero no privado: el pintor regala al ojo que mira y no ve y a la vez ve. Se trata de un nuevo Arcimboldo animado no por la paranoia sino por un erotismo desmesurado porque es barroco. Es decir, un orden pictórico que regula el desorden de los sentidos o de un solo sentido". •

Ana Mendieta a la búsqueda de las Meigas

Si una artista cubana tiene todas las papeletas para encontrarse con una Meiga (bruja) gallega esa es la pintora Ana Mendieta que con 37 años se fue al cielo con sus pinceles y obsesiones desde la mítica Nueva York. Unos dicen que se suicidó, otros que la suicidaron, pero su obra está repleta de símbolos tan abarcadores como la naturaleza y de detalles tan íntimos como la huella de una de sus manos.

La crítica española parece encantada con el embrujo de Ana, a la que dedica sendas páginas en los periódicos ABC y El País, invocando su estrecha ligazón de lo afrocubano –quizás ya un término muy manido– y las influencias neoyorquinas de los setenta-ochenta donde creció la pintora y su pintura. La muestra pictórica viajará este otoño e invierno a la ciudad alemana de Düsseldorf, a la Fundación Tàpies de Barcelona y al Center for Fine Arts de Miami. •

Waldo Balart

El pintor cubano Waldo Balart presentó una exposición de su obra plástica en Miami, de la que el crítico Aldo Menéndez dijo: "Presenta formas, diría ligeras, geometrificaciones sintéticas que se concretan y evolucionan mediante un ejercicio disciplinado, controlado, donde parece que solo al color le corresponde el despliegue imaginativo y el juego". •

Narciso sueña y Bordelois expone

Augusto Bordelois González –premio Servando Cabrera 1995– expuso catorce óleos

sobre lienzo y nueve dibujos en la galería Domingo Ravenet, de La Habana, bajo el título de *Los sueños de Narciso*, que abarca la más reciente creación de uno de los pintores cubanos con mayores lauros y reconocimiento de la crítica especializada. •

La nave va, pero sólo con siete

Un grupo de pintores y especialistas del Instituto Superior de Arte (ISA) de La Habana organizó una muestra pictórica para conmemorar el veinte cumpleaños de Cubanacán, como se conoce a esa institución desde su fundación.

Según el catálogo, la exposición trata de ofrecer un panorama de la creación plástica auspiciada por el ISA, al que califica como "algo más" que un centro docente, aunque reconoce que la muestra es pequeña en correspondencia con la cantidad de egresados.

Los curadores creen que debe "rescatarse la memoria de los años de esplendor", cuando el ISA era un fenómeno que rebasaba sus muros y era "un campo detonador" de irreverencias y carácter crítico.

La nave va, título de la muestra, acoge algunas obras, entre las que destacan las de Agustín Bejerano, Saidel Brito, Ernesto Pujol, Tania Bruguera y una conjunta de Raúl Cordero y José A. Vincench.

La crítica dijo que *La nave va* confirma la variedad de estilos y recursos expresivos y formales de la plástica cubana más actual, a la que considera el resultado de poéticas muy diferentes. •

Aglutina, aglutinador

La galería Aglutinador –único espacio de gestión privada de las Artes Plásticas en La Habana– ha mantenido sus puertas abiertas durante el primer semestre de 1996 con una variedad de muestras que incluyeron un homenaje al desaparecido Chago Armada, exposiciones individuales de Alberto Casado, Jorge Luis Marrero, Lázaro Saavedra, Manuel Vidal, Colette Rodríguez, Glexis Novoa, Sandra Ceballos, Carlos Garaicoa, Pedro Álvarez, Benito Ortiz, Ponjuan y René, Luis Gómez, Marta María Pérez, Cleva Solís, Manuel Alcaide, Ernesto Pujol, Ernesto Leal, Umberto Pe-

ña, Raúl Martínez, Carlos Rodríguez Cárdenas, Samuel Feijoo, Ángel Delgado, Lisette Matalón y Carlos José Alfonzo.

Sus gestores afirman que Aglutinador es una trampa, aunque luego aclaran que a lo único que le huyen como a la sarna es a la coherencia, “esa aburrida y nauseabunda bondad de la conciencia”. ●

Piano con sabor

El pianista cubano Enrique Chia ha sacado al mercado su nuevo compacto *Piano con sabor*, que cuenta con la colaboración de Israel López, *Cachao*, y del flautista Néstor Torres en la grabación de los danzones y de *Papito* Hernández, René Luis Toledo, Teddy Mulet, Mario Escobar, Juan Pego, Nelson Padrón, Eggie Castillo y Orlando Hernández

Son de la loma, Almendra, Ahora seremos felices, La última noche que pasé contigo, En el mar, La Mora, Frenesí, Virgen de Regla, A la loma de Belén, Pica mi caballo, ¿Quién será la que me quiera a mí?, La múcura, Cógele bien el compás y Me voy pa'l pueblo, entre otras piezas, componen el nuevo disco del músico cubano radicado en Miami. ●

Andy García; elige tú que canto yo

El actor Andy García debutó como cantante y compositor en la banda sonora de la película *Días de Fortuna* y quienes la han escuchado elogian su timbre e inspiración, aunque lo siguen prefiriendo como actor. Para su debut musical, la estrella cubana estuvo acompañado por un equipo todos estrellas: Albita Rodríguez, *Cachao*, Armenteros y Paquito D’Rivera. ●

Mi vida sexual

El saxofonista cubano Paquito D’Rivera publicará próximamente un libro de memorias con el título de *Mi vida sexual*, que recoge anécdotas y recuerdos desde su infancia hasta su madurez musical y personal, con prólogo de Guillermo Cabrera Infante.

D’Rivera confiesa que en 1980, cuando decidió abandonar al grupo *Irakere* en una gira europea, su vida estaba acabada en Cuba y recuerda con agradecimiento a un gru-

po de músicos españoles que lo acogió de inmediato en Madrid.

“Estoy tratando de buscar un antídoto contra el síndrome de Carmen Miranda” para convencer a los norteamericanos de que la música latina consiste en algo más que *La Bamba* o *La Cucaracha*, declaró el músico a Carlos Galilea en la capital española, a donde acudió el pasado verano a presentar su *The Caribbean Jazz Project* junto a Dave Samuels (marimba y vibráfono) y Andy Narell (tambores metálicos de Trinidad). ●

Lecuona: seis mujeres y un maestro

Seis mujeres se juntaron para enamorar a Miami con música de Ernesto Lecuona, bajo la batuta de Marlene Urbay y el genio de Rosario Suárez (*Charín*), autora de la coreografía. La profesora Urbay fue la promotora del homenaje al gran músico cubano, conducido por Caridad Ravelo, y que contó con las interpretaciones de la soprano Brenda Feliciano, acompañada al piano por Zenaida Manfugás, y las ejecuciones de *Charín* y Aydmara Cabrera que estrenaron el ballet *Contrapunto*.

Suite Andalucía, *Danza Negra*, *Siempre en mi corazón*, la Romanza de *María la O*, *La Comparsa*, *Para Vigo me voy*, *Rapsodia negra*—donde Urbay desbordó la emoción sin perder la virtuosidad, en palabras de Luis Felipe Marsans— *Crisantemo*, *Encantamiento*, *Conga de Medianoche* y *Habanera* fueron las piezas ejecutadas por la orquesta y la pianista Manfugás, incluidos algunos arreglos del orquestador cubano José Ramón Urbay.

La velada concluyó con *Aires de Cuba*, de Frank Purcel, que unió a las seis mujeres en el escenario del *Dade County Auditorium*.

El maestro Alfredo Munar acaba de reconstruir en Miami la opereta cubana *Lola Cruz*, cuya partitura original se conserva en La Habana. Munar reconstruyó, partiendo de una grabación, acorde por acorde, esta obra de Lecuona con textos de Gustavo Sánchez Galarraga y la presentó los días 27 y 28 de julio, con gran éxito de público y crítica.

Es el cuarto trabajo de este tipo que realiza el músico cubano, que ha reconstruido de igual manera *Cecilia*, de Gonzalo Roig, *Amalia Batista*, de Rodrigo Prats, y *El cafetal*, también de Lecuona. ●

Segovia al paso de Flores Chaviano

El compositor y guitarrista cubano Flores Chaviano, fundador y director del Ensemble Ciudad de Segovia, clausuró la xxvii Semana de Música de Cámara que cada año se celebra en el Patio de Armas del Alcázar de esa ciudad castellana.

De la contradanza al danzón, es el título de una suite en la que Chaviano ha integrado páginas de Lecuona, Cervantes, Romeu, Delfín, García Caturla y Avilés, adecuándolas al estilo del Ensemble. El concierto fue completado con tangos de Astor Piazzolla y la *Suite onírica* del compositor madrileño Ángel Luis Rodríguez. ●

Chucho Valdés y Arturo Sandoval se reencuentran en un disco

Los virtuosos Chucho Valdés y Arturo Sandoval se han reencontrado al más puro estilo de Jazz latino en el disco *Straight Ahead*, cuarenta y cinco minutos de un concierto ofrecido por ambos músicos cubanos en el *Ronnie Scott's* de Londres, la meca europea de los jazzistas de raza.

Dos piezas de Sandoval y dos de Chucho se complementan con dos piezas de la mítica New Orleans, *My Funny Valentine* y *Blue Monk*. Todo ello salpicado con la chispa cubana del piano y la trompeta de estos hombres que un día tocaron juntos y ahora vuelven a hacer de las suyas. ¡Que se repita! ●

A solas con Meme Solís

Es un decir, pues con él estuvieron Malena Burke, Luis García y sus vocalistas acompañantes: Susana Ramos, Diana Denis y Lizette Hernández, más el público de Miami que acudió en masa a escuchar al compositor y cantante cubano.

Bolero, balada, feeling, son y guarachas fueron la columna vertebral del concierto, que tuvo sus mejores momentos cuando Malena y Luis se juntaban al piano de Meme. ●

Decía que yo no venía y aquí usted me ve

El Festival Internacional de Música Popular Benny Moré se celebró en Santa Isabel

de las Lajas (pueblo natal del Bárbaro del Ritmo), Cienfuegos y La Habana con músicos de Estados Unidos, Venezuela, Puerto Rico y los cubanos Isaac Delgado –que presidió el festival– Rolo Martínez, Fernando Álvarez, Elena Burke, Pablito y su Élite, y Manolín, el Médico de la Salsa.

Los estudiosos de Benny Moré se reunieron en un coloquio en la ciudad de Cienfuegos para debatir sobre su repercusión en la música popular latina.

Por su parte, la empresa Milan Entertainment lanzó en México un disco compacto con diecinueve canciones de Benny Moré. Los promotores escriben en la carátula que el músico cubano no sólo fue un buen cantante, sino un compositor de calidad y elogian la versatilidad del Benny al crear su Banda gigante, con formato de Jazz Band, pero con células rítmicas cubanas. ●

La Sinfónica en Broadway

La Orquesta Sinfónica Nacional ofreció varios conciertos en el teatro Broadway de Buenos Aires con el pianista Jorge Luis Prats, que cerró el ciclo de actuaciones con *Preludio Coral* y *fuga de Franck* y la *Sonata en Si menor de Lizst*. Para la presentación en la capital argentina –en agosto– la orquesta estrenó *Misa en Do menor a Buenos Aires*, del compositor de ese país Martín Palmieri.

En septiembre, la agrupación sinfónica cubana viajó a Lima para asumir el acompañamiento, por segundo año consecutivo, de la temporada que organiza la Sociedad Pro Arte Lírico. En opinión de su directora ejecutiva, María Bárbara Sampera, la gira sudamericana representa “un escalón en la madurez del conjunto” y recordó las difíciles condiciones en las que trabajan sus músicos –la mayoría con menos de cinco años en la orquesta– y sin una sede fija en La Habana. ●

El Atlas de Changó

El Centro de Investigaciones y Desarrollo de la Música Cubana tiene listo para su publicación el Atlas de Instrumentos de la Música Folclórica Popular Cubana, que incluye un análisis de la composición etno-demográfica

de la nación cubana desde sus orígenes hasta nuestros días. El libro, dividido en secciones temáticas, describe y comenta diecisiete tipos diferentes de instrumentos musicales, algunos de ellos en desuso, y a varias agrupaciones folclóricas cubanas. ●

Compay Segundo, la Vieja Trova Santiaguera, G + 4, etc., etc.

Los españoles todavía no pueden bailar como los cubanos, pero tanto da Compay Segundo a Madrid hasta que lo consigue. Y no está solo en el empeño, pues de Cuba parece haber llegado un barco cargado de buenos músicos: la Vieja Trova Santiaguera, que se despidió recientemente del *Foro*, como llaman a la capital española; las vocalistas que componen el cuarteto *G + 4*, Isaac Delgado, Vox Sampling, El Médico de la Salsa, Irakere, Giraldo Piloto, Farah María, Jacqueline Castellanos, Los Van Van, y así hasta el mismísimo Tropicana, que ha ocupado el otoño del teatro Apolo. ●

Alicia no bailó

El Ballet Nacional de Cuba actuó en Madrid durante el verano que acaba de concluir, con éxito de público y crítica y bajo la atenta mirada de su directora general, Alicia Alonso, que hasta el último momento mantuvo en suspense su decisión de bailar o no. Al final optó por no salir al escenario del teatro Albéniz de Madrid, donde declaró que ella baila hasta cuando respira.

Para la crítica local, lo mejor fueron Lorna Feijoo, Alihaydee Carreño y la labor del coreógrafo Alberto Méndez, que no acudió a Madrid, y la mayor decepción fue el hasta hace poco mítico *Lago de los cisnes*, con el que la escuela cubana llegaba al virtuosismo. ●

Macbeth francés y cubano

La directora francesa Claudine Hunault reunió a los cubanos Tito Junco, Hilda Oates, Mario Balmaseda, Alden Knight y Asseneh Rodríguez para llevar a escena *El Macbeth* en el Gran Teatro de La Habana, con la esperanza de que sus actores se alejen de Shakespeare y bailen con “tambores internos”.

Hunault confesó que su dramaturgia transita caminos nada convencionales respecto del quehacer en las tablas francesas, pero reivindicó su derecho a conseguir actores y actrices cuya formación cultural “esté relacionada con la esencia de sus obras”.

Luego de su presentación en La Habana, *El Macbeth* recorrerá África, Europa y América, en una gira auspiciada por el Consejo Nacional de las Artes Escénicas y Judith Production, de la ciudad de Nantes. ●

Héctor Quintero sigue esperando

Héctor Quintero acaba de estrenar en La Habana su última obra, *Te sigo esperando*, que ha hecho reír y llorar al público, según las opiniones vertidas por los asistentes a la prensa cubana.

La pieza es una comedia dramática en dos actos protagonizada por Corina Mestre, Paula Alí y Elio Mesa, que recrean a cubanos de los años 90 sin “polisemias ni disfraces posmodernistas”, según la vio la crítica Ada Oramas. ●

La virtud del asesino

El actor José Antonio Rodríguez está rodando en Madrid el serial policíaco *La virtud del asesino*, una coproducción de Televisión Española y Verso Films, en la que el cubano comparte escena con Patxi Andión, Sancho Gracia y el bailarín Nacho Duato, que acaba de colgar las zapatillas y quiere dedicarse a la actuación.

Rodríguez, uno de los más prestigiosos actores cubanos, aprovecha su estancia en Madrid para presentar en salas alternativas monólogos y fragmentos de piezas del teatro universal. ●

Un papalote para México

Los titiriteros Rubén Darío Salazar y Senén Calero Medina, del grupo de teatro infantil matancero *Papalote* viajaron a México para colaborar en el montaje del primer museo de títeres del norte de ese país, que estará ubicado en la ciudad de Monterrey.

Darío Salazar actuará ante el público mexicano con la obra *Historia de burro*, de René Hernández Santana. ●

Artesano cubano recibe homenaje en Toledo

El artesano cubano Juan Francisco Cires López recibió un homenaje en la Feria de Artesanía de Castilla La Mancha (FARCAMA), que se celebró este octubre en la ciudad de Toledo, donde está enterrado el artista cubano.

FARCAMA mostró una de las lámparas estilo Art Noveau de Cires López en el vestíbulo principal de la muestra y dedicó un stand, atendido por su viuda e hijos, para exponer la obra del desaparecido artesano cubano.

Juanito, como le llamaban los más allegados, residía temporalmente en España desde 1993 y falleció el 12 de enero pasado en un hospital madrileño. ●

Rine Leal in memoriam

Y del corazón

Rine Leal se ha muerto en Caracas. Y del corazón. Yo no sé qué hacía en Caracas ni por qué lo traicionó ese músculo que se ensaña con los fumadores y los gastrónomos, pero que suele dejar en paz a los profesionales de la investigación.

Claro está que no a todos ni en las mismas circunstancias. Rine vivió en Cuba todos estos años de escaseces y sustos. Todavía recuerdo que en 1968 lo dejaron fuera de la Escuela Nacional de Arte sin otro motivo que el de haber hecho un par de chistes, por cierto oportunos. Él tomó aquello con su espíritu casi asiático, displicente, sin darle mayor importancia. Ahora pienso que puede ser que le doliera mucho y que por elegancia encubriera su sentimiento. Y no es que le gustara estar “por encima de”; es que había desarrollado un sentido de la fatalidad, un respeto a los hechos consumados que en apariencia lo curtía.

Yo lo conocí antes de que cumpliéramos los veinte años; amigos de Silvano Suárez, Matías Montes Huidobro, cercanos a Francisco Morín. Rine veía mucho a Guillermo Cabrera Infante y se complacía en manifestar una cierta opacidad.

Era sensato, nada temerario en sus juicios. Pero se casó varias veces y se divorció otras tantas. En el transcurso de uno de esos matrimonios recuerdo que lo visité y la conversación duró hasta la madrugada. No se me olvida el momento en que me señaló una butaca y me dijo que su aspiración era permanecer en su ámbito de comodidad para reflexionar tranquilamente.

Como crítico teatral fue riguroso y hasta duro. Creo que se sentía mejor entre los modernos que entre los clásicos. Y que sería interesante recoger en un volumen lo que escribió sobre los dramaturgos cubanos de nuestro tiempo. Pero su gran obra ha sido la historia del teatro cubano. Rine se metió en los archivos y las bibliotecas, se cubrió de polvo, leyó y releó manuscritos, publicó uno o dos volúmenes de esa obra, ahora no tengo la certeza. De lo que sí la tengo es de que ha dejado otro volumen o dos manuscritos y que eso no se puede perder, espero que haya quienes recojan la obra dispersa y procedan a publicarla. Él fue siempre cordial, de trato inteligente y nunca exagerado ni extremista.

La cultura cubana ha perdido uno de sus valores y quienes lo conocimos hemos perdido a un amigo. Creo que reconociendo esto es como mejor lo despedimos. ●

Mario Parajón

Fin de partida

Rapindey, dicen que no es vida...

El compositor, guitarrista y cantante Marcelino Guerra, murió a los 82 años en la ciudad de El Campello, en el Levante español. *Rapindey*, como le conocían los más allegados y entendidos, abandonó Cuba en 1944 y voló directamente a Nueva York donde trabajó con Frank Grillo, Machito y su hermana Graciela y asistió al noviazgo entre la música cubana y el *be pop* de Estados Unidos, donde actuó junto a Dizzy Gillespie, Chano Pozo y Tito Puente.

Valorado, además, por su sentido de la amistad y ética, en 1995 –tras largos años de

retiro— la empresa discográfica Nubenegra le propuso grabar un disco junto a Omara Portuondo, Compay Segundo, Jacqueline Castellanos y Reinaldo Hierrezuelo para ser lanzado en el macrofestival Bilbao Tropical del pasado verano. *Rapindey* no llegó a tiempo para ver su renacimiento musical, pero quizá él mismo se encargó de tranquilizarnos a todos: “quiero cuando quiero...”. Descanse en paz, Maestro. ●

José Soler Puig

El escritor José Soler Puig murió el pasado 30 de agosto en Santiago de Cuba, donde había nacido hacía 79 años. Premio Casa de las Américas en 1960 con su novela *Bertillón 166*, Soler Puig es uno de los novelistas cubanos más importantes de la segunda mitad del siglo xx.

Aunque su novela más conocida fue la premiada por el jurado de Casa, incluso traducida a más de cuarenta idiomas, sus lectores más fieles y los críticos consideran a *El pan dormido* su mejor aporte a la novela moderna en América Latina.

Si Lezama únicamente se sentía a gusto en La Habana, y mejor aún en la casa de Trocadero, Soler Puig sólo se concebía en Santiago de Cuba, ciudad en la que oyó las mejores historias y luego se las devolvió hechas literatura. Era un oidor atento, como se definió a sí mismo una noche en un costado del parque Céspedes, tras presenciar una acalorada discusión sobre pelota. ●

Tucho Rodríguez

Ha muerto en Madrid Antonio *Tucho* Rodríguez Galego, pionero de la fotografía, el montaje y la técnica de laboratorio cinematográficos en Cuba. Nacido en Galicia, llegó a La Habana en 1933 y desde 1946 hasta 1969 no dejó de aportar innovaciones al cine cubano. Desde su salida al exilio y hasta su muerte continuó su labor de fotógrafo y técnico cinematográfico. La labor de *Tucho* en Cuba se inició como fotógrafo de cortometrajes, experiencia que amplió en los canales 6 y 2 de la televisión cubana donde dirigió los departamentos de cinematografía. Para el ICAIC, *Tucho* fue director de fotogra-

fía de varios documentales, entre los que se encuentran “Habla un campesino”, “Trincheras de Azúcar” y “Ciénaga de Zapata”, de los largometrajes *Giselle*, de Enrique Pineda Barnet y *El Bautizo*, de Roberto Fandiño. Entre otros trabajos realizados en España sobresalen la fotografía de *Sócrates* de Roberto Rossellini y del cortometraje *Expediente*, Premio Concha de Oro del Festival Internacional de San Sebastián (1977). ●

Pasar revista

■ ARSMAGAZINE. (Núm. 4. Primavera-Verano, 1996. Págs. 78). Revista bilingüe básicamente dedicada a las artes plásticas. Cubierta y artículo central dedicados al pintor y arquitecto cubano Hugo Consuegra. Además, ensayos sobre los artistas cubanos Amelia Peláez por Carlos Franqui, Osvaldo Lugo por Zoé Valdés y un extenso homenaje al creador cubano Félix González-Torres por Marcia Morgado y Xavier de Castro Mori. También extensas reseñas sobre el filme *Te quiero y te llevo al cine* del realizador cubano Ricardo Vega y sobre la puesta en escena en La Habana de *Calígula* de Albert Camus. Raúl E. Romero en “La Lupe o la Cuba rota” aborda la figura de la mítica cantante cubana. Director Gustavo Valdés. ● Dirección: 220- 45th St. Suite 3, Union City, NJ 07087, EE UU.

■ ARTECUBANO. (Núm 2, 1995. Págs. 96). Revista de artes visuales. Contiene: homenaje a Fidelio Ponce por Juan Sánchez y Toni Piñera. También, ensayos sobre el arte negro cubano por Lázara Castellanos, sobre Antonia Eiriz (fallecida recientemente en Miami) de Mercedes Santos Moray, sobre Carlos Enrique Prado. Reseñas de las exposiciones de René Francisco Rodríguez y Eduardo Ponjuán de Jorge Rivas Rodríguez, de Flora Fong por Marta Rojas y de Gustavo Echevarría por Mariela Pérez Valenzuela, entre otros. Noticias sobre plásticos cubanos residentes en México y Santo Domingo. Directora: Margarita Ruiz. ● Dirección 3ª Ave. 1205, Miramar, La Habana, Cuba.

■ APUNTES POSTMODERNOS. (Vol. 6. Núm. 1. Otoño, 1995. Págs. 76). Publicación semes-

tral. Número monográfico dedicado a la lectura del texto de Reinaldo Arenas y su temática. Entre otros trabajos: "Arenas: homoerotismo y crítica de la cultura" de Víctor Fowler; "La catarata" de Carlos Victoria; "Traducir a Arenas" de A. Hurley, L. Hasson, K. Laabs y Monika López. La obra gráfica que acompaña al número es obra original para esta ocasión del pintor cubano Jorge Camacho. Su editor es: José A. Solís Silva. • Dirección: P.O. Box 654305, Miami, FL 33165, EE UU.

■ BOLETÍN DEL COMITÉ CUBANO PRODERECHOS HUMANOS. (Núm. 19, Otoño, 1996) Incluye la declaración firmada en La Habana por Gustavo Arcos, Martha Roque, Vladimiro Roca, René Gómez, Félix a Bonne y Jesús Yáñez Pelletier, de la "Plataforma del grupo de trabajo de la disidencia interna cubana", donde se propone la libertad de los presos políticos, regreso de un estado de derecho y fortalecimiento de la sociedad civil, plena independencia económica para los trabajadores cubanos, legalización de los grupos disidentes, reconocimiento de otras corrientes ideológicas organizadas dentro y fuera del país y plena vigencia de los derechos humanos. El actual presidente checo, V. Havel, reflexiona sobre el significado de "Carta 77"; Ricardo Bofill resume el nuevo informe presentado ante el Relator Especial de la ONU para Cuba; Leopoldo Fornés escribe sobre el destino de la disidencia cubana; Ana M^a Grille mira hacia el futuro y reflexiona sobre la figura del Defensor del Pueblo en una nueva sociedad democrática; Antonio Cobelo sobre las vías para la reconciliación entre cubanos; y Manuel Fernández resume los diez libros que, a su entender, son básicos para la comprensión de la historia de Cuba. Directora: Dra. Martha Frayde. • Dirección: Apartado de Correos 45011, 28080, Madrid, España.

■ CARTA DE CUBA. LA ESCRITURA DE LA LIBERTAD. (Núm. 1. Verano, 1996. Págs. 36). Revista de información política y cultural que tiene como fuente primaria textos producidos por distintas agencias de prensa independiente en el interior de Cuba. Entre ellas: CubaPress, HabanaPress, Buró de Periodistas Independientes de Cuba, Agencia de Prensa Independiente de Cuba, Agencia Pa-

tria y Centro Press. Destacan en este número las denuncias recibidas desde las cárceles de La Caoba y Boniato, en Santiago de Cuba; así como poemas de Raúl Rivero y Reinaldo Arenas. Entre otros, Yndamiro Restano reflexiona sobre Concilio Cubano, Ulises Cabrera analiza el fracaso azucarero cubano y Tania Quintero informa sobre la persecución a los trabajadores por cuenta propia. Director: Carlos Franqui. • Dirección: P. O. Box 9352, Santurce, San Juan, Puerto Rico 00908.

■ COLORS. (Núm. 16. Julio-Agosto, 1996. Págs. 107). Revista del Grupo Benetton. Dedica este número monográfico a la ciudad de Baracoa, en la región oriental de Cuba. Centenares de fotos, textos y entrevistas hurgan en el imaginario de una población que se descubre ante la mirada extranjera. Director: Alex Marashian. • Dirección: 70, rue des Archives, París 75003, Francia

■ CONTRACORRIENTE. (Año 1. Núm. 2. Diciembre, 1995. Págs. 137). Revista auspiciada por el Ministerio de Cultura de Cuba y por la UNEAC. Destacan entre sus colaboraciones: "Nación y sociedad en Cuba" de Fernando Martínez Heredia; "Cuba: ¿Museo Histórico o Laboratorio social?" de Juan Antonio Blanco; "Tres divertimentos y otras seriedades" de Emilio Ichikawa; "Debate entre Cintio Vitier y Arcadio Díaz Quiñones sobre La Ciudad Letrada", presentación de Jorge Luis Arcos; y "Entrevista a Mario Benedetti" por Enrique Ubieta y Rubén Zardoya. Director: Enrique Ubieta Gómez. • Dirección: Calzada 807. Ciudad de La Habana. Cuba.

■ CUBA NUESTRA. (Año 2. Núm. 5. Agosto. Págs. 32). Incluye dos trabajos de carácter histórico: uno sobre la ciudad de La Habana y otro sobre la vida de José Antonio Saco, ambos de Carlos Manuel Estefanía; una polémica sobre la figura de Fidel Castro entre Iris Flores y Alberto Landa. Además, amplia reseña sobre *La nada cotidiana* de Zoé Valdés, discurso de María Elena Cruz Varela al recibir el Premio "Mariano de Cavia" en Madrid y resumen de informaciones procedentes de la prensa independiente cubana, entre otros. Es una publicación vinculada a una sección de la Unión Liberal Cubana. Director: Carlos M. Estefanía. • Dirección: Krongardsväg 3, BV 143 46, Varby, Suecia.

■ **DEBATES AMERICANOS.** (Núm. 1. Junio, 1996. Págs. 113). Revista semestral de estudios históricos y socioculturales promovida por profesores universitario y científicos sociales de Cuba. Destacamos de su índice: “En el tricentenario de Voltaire: Voltaire y la ansiedad americana” de Emilio Ichikawa; una entrevista a Fernando Martínez Heredia bajo el título “Pensar es un ejercicio indispensable”; el ensayo “¿Qué marxismo está en crisis” de Jorge Luis Acanda; “Necesidad de la historia”, conversación de varios historiadores con Julio Le Riverand. Director: Eduardo Torres-Cuevas. • Dirección: Ave. 31, n° 1413. Playa. La Habana. Cuba.

■ **DISIDENTE.** (Año X. Núm. CX. Agosto, 1996. Págs. 20). Revista independiente y pluralista que informa sobre los Derechos Humanos en Cuba. Incluye entrevistas con Elizardo Sánchez, presidente de la Comisión de Derechos Humanos y Reconciliación Nacional, donde discrepa de las tesis rupturistas de algunos sectores del exilio y crítica la política de sanciones económicas de EE UU; y con Manuel Cuesta, nuevo presidente de la Corriente Socialista Democrática, también desde La Habana. Además, palabras de Oswaldo Payá Sardiñas, coordinador del Movimiento Cristiano Liberación, ante la Comisión del Parlamento Europeo durante su visita a Cuba y reflexiones sobre Cambio Cubano por Eloy Gutiérrez Menoyo, entre otros. Director: Ángel W. Padilla. • Dirección: P.O. Box 360889, San Juan, Puerto Rico 00936-0889.

■ **HERENCIA.** (Vol. 1, número 4. Edición Especial). Publicación en inglés y español patrocinada por la Asociación Cuban National Heritage, presidida por Alberto S. Bustamante, con el fin de preservar los archivos, edificios y otros bienes del patrimonio cultural y artístico de Cuba. Editor: Miguel Rodez. • Dirección: 300 Aragón Avenue, Suite 260. Coral Gables, FL. 33134, Estados Unidos.

■ **EL CAIMÁN BARBUDO.** (Año 30. Núm. 278, s/f. Págs. 32). Edición dedicada al 30 aniversario del que fuera suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*, fundado por Jesús Díaz, Luis Rogelio Nogueras, Guillermo Rodríguez Rivera, Raúl Rivero, Orlando Alomá, Víctor Casaus y Eduardo Heras León, entre otros. Contiene, además, homenaje a Gutiérrez Alea por Bladimir Zamora, frag-

mento de novela de Elio Fidel López, extensa entrevista al dibujante José Luis Posada, ensayo sobre el neobarroco por Omar Calabres y entrevistas de B. Zamora al artista cubano Javier Guerra, radicado en Madrid, y al músico Adalberto Álvarez por Carlos M. Pérez. Director: Fernando Rojas. • Dirección: Prado 553, Habana Vieja, La Habana, Cuba.

■ **EL HERALDO CUBANO.** (Núm. 16. Agosto, 1966. Págs. 22). Publicación de temas culturales, religiosos, políticos y de actualidad cubana. Incluye un dossier, “Realidad Cubana”, sobre la violación de los derechos humanos en Cuba. Desde La Habana, Oswaldo Payá Sardiñas, Coordinador del Movimiento Cristiano Liberación, denuncia el acoso de la policía política cubana a miembros de su organización. Director: Rigoberto Artilles Ruiz. • Dirección: Fridhemsgatan 66, 112 46 Estocolmo, Suecia.

■ **FUNDACIÓN.** (Año 5. Núm. 15, s/f. Págs. 64.). Órgano de la Fundación Nacional Cubano Americana. Edición conmemorativa de los 15 años de vida de la organización. Incluye “A los 15 años de una lucha digna” de Jorge Mas Canosa, Chairman de la FNCA. • Dirección: P.O. Box 440069, Miami, FL 33144-9926, EE UU.

■ **LA GACETA DE CUBA.** (Año 34. Núm. 4. Julio/Agosto, 1996. Págs. 64). Publicación bimestral de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Número homenaje a Tomás Gutiérrez Alea en el que colaboran, entre otros: Artur Lundkvist, Mirtha Ibarra, Senel Paz, Ambrosio Fornés y Roberto Fernández Retamar. Además, entrevista a Ernesto Sábato por Nelsón Herrera Ysla, ensayo sobre el grupo plástico “Los Once” por Pedro de Oraá, cartas inéditas de Regino Pedroso y una amplia muestra de jóvenes poetas de Holguín. María Antonieta Henríquez y Humberto Arrenal rememoran la figura y la obra de Alejandro García Caturla en el 90 aniversario de su nacimiento. Director: Norberto Medina. • Dirección: 17 n° 354. Habana 4. Cuba.

■ **LA HABANA DOS MIL.** (Núm. 1. Segundo semestre, 1996. Págs. 72). El subtítulo anuncia su propósito: “Mito, ilusión y licencia de una poética en cubano”. Es una publicación independiente dedicada íntegramente a la

poesía. Este primer número reúne obra de 20 poetas cubanos que viven en la geografía plural del exilio cubano. Entre ellos: José Kozer, Mercedes Cortázar, Mauricio Fernández, Pablo Le Riverend, Teresa María Rojas, Rita Geada, Orlando Rossardi y Nicasio Silverio. Editora: Silvia Eugenia Odio. • Dirección: 661 N.W. 102 Court., Miami, FL 33172, EE UU.

■ LA REGLE DU JEU. (Año 7. Núm. 19. Mayo, 1996. Págs. 276). Revista francesa de literatura, filosofía, arte y política. Dedicada un dossier de 57 páginas a Guillermo Cabrera Infante, integrado por una introducción de Jacobo Machover y una entrevista del mismo autor a GCI. Se completa con "Entre la Historia y la Nada" de Cabrera Infante. Director: Bernard-Henri Lévy. • Dirección: 23, rue Nollet, 75017 París, Francia.

■ LINDEN LANE MAGAZINE. (Vol. XV. Núm. 2. Junio, 1996. Págs. 28). La revista literaria cubana de mayor continuidad publicada fuera de Cuba. Este número conmemora el centenario de la muerte de Juana Borrero con texto de Belkis Cuza Malé y poemas de Manuel Díaz Martínez, Maya Islas, Pablo Medina y Rafael Bordao. Pedro A. Yánes recuerda el reciente fallecimiento del poeta cubano Miguel González. Además, un fragmento de las memorias de la escritora cubana Ofelia Gronlier, fallecida en diciembre pasado; reproduce las palabras del poeta Armando Alvarez Bravo en la presentación de su libro *Al curioso lector* y César Leante reflexiona sobre "el caso Padilla". Directora: Belkis Cuza Malé. • Dirección: P. O. Box 331964, Fort Worth, Texas 76163, EE UU.

■ PALABRA NUEVA. (Año V. Núm. 49. Agosto, 1996. Págs. 20). Publicación del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana. Destacan, entre otros: "La tolerancia y el sentido común", entrevista realizada por Miguel Castellvi al teólogo dominico Georges Cottier; un análisis económico de la última zafra, "La hora de contar", por Andrés Rodríguez y Salvador Larrúa; e "Imágenes de la otra orilla", resumen de las experiencias de Mons. Carlos Manuel de Céspedes durante su estancia en Miami para asistir a la sesión anual del Instituto de Estudios Cubanos. Director: Orlando Márquez. • Dirección: Calle

Habana nº 152, esq. a Chacón, La Habana Vieja, C.P. 10100, Cuba.

■ TEMAS. (Núm. 4. Diciembre, 1995. Págs. 136). Publicación trimestral, dedicada a la teoría y el análisis de los problemas de la cultura, la ideología y la sociedad contemporáneas. Diez autoras cubanas completan un dossier focalizado en la mujer desde distintos ángulos -sociológicos, históricos, psicológicos, culturales- y diversidad de criterios. Entre las colaboradoras: Luisa Campuzano, Mirta Yáñez, Mayra Vilasis, Nara Araujo y Margarita Castro Flores. En la sección "Controversia" se debate el tema "La globalización: una mirada desde la izquierda". Director: Rafael Hernández. • Dirección: Calle 4 Núm. 205, El Vedado, Ciudad de La Habana, C.P. 10400, Cuba.

■ TRAZOS DE CUBA. (Año 2. Núm. 13. Agosto, 1996). Revista de reflexión política y cultural. Incluye una carta de protesta de Reporteros sin Fronteras ante el hostigamiento del gobierno cubano a los periodistas de la agencia independiente Cuba Press; "El ojo de Almendros", un homenaje al cineasta cubano de Jacobo Machover; "Comandante Cero: Guerrillero y demócrata", entrevista con Edén Pastora, realizada por Patrick Massayá; "Caritas Cuba, un bello ejemplo", reconocimiento a la labor que realiza la institución en la Isla, por Isaura M. Marié (Habana Press); Lázaro Jordana entrevista al poeta Armando Valdés, recién salido de la cárcel. Directores: Lázaro Jordana y Jacobo Machover. • Dirección: 15 Av. de la Garenne, 77270 Villeparisis, Francia.

■ TROPICANA INTERNACIONAL. (Núm. 1. 1996, s/f. Págs. 64). Publicación bimestral de la Asociación Cubana de Compositores y Autores Musicales de Cuba. Destacan, entre otras colaboraciones, entrevistas a Chucho Valdés, director de los Irakere; a José Luis Cortés, director de NG La Banda; a Paulo Hernández Gallo, director del grupo Elite; a David Calzado, director de La Charanga Habanera; y a Giraldo Piloto, director del grupo Klímax. Leonardo Padura escribe sobre Mario Bauzá, el padre del jazz latino, muerto en Nueva York en 1993. Homenaje a dos clásicos de la canción cubana: Roberto Espí, vocalista de el Conjunto Casino; y Tito Gómez, cantante de la orquesta Riverside.

Director: Néstor Mili. • Dirección: Calle 6, núm. 313, Vedado, La Habana, Cuba.

■ UNIÓN. (Año VII. Núm. 23. Abril-Junio, 1996. Págs. 96). Órgano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Contiene una selección de los textos leídos en el Coloquio-Homenaje a Ezequiel Vieta (La Habana, diciembre, 1995), destacan entre ellos: "Ezequiel Vieta: siendo" por Beatriz Maggi, "Y por qué no vivir en Candonga" por Mirta Yáñez y "Poética" por Alberto Garrandés. Además, homenaje a Gutiérrez Alea por Alex Fleites, Carlos M. Luis escribe sobre "Sexualidad y violencia en la obra de Carlos Enriquez", Francisco López Sacha reproduce el prólogo a su antología *La Isla Contada*, Jaime Saruski recuerda "La aventura de los suecos en Cuba" y José Prats Sariol reflexiona sobre la obra pictórica de José Luis Fariñas. Director: Jorge Luis Arcos. • Dirección: Calle 17, núm. 354, Vedado, La Habana, Cuba.

.....

Libros recibidos

■ ALVES CARBALLOSA, COSETTE, *Mi infancia en Cuba*, Ediciones Universal, Miami, pp. 122. Un libro singular, escrito por una adolescente (nació en 1980), cuyo subtítulo precisa su contenido: "Lo visto y lo vivido por una niña cubana de doce años". Una crítica aguda al sistema desde una mirada que temprano perdió la inocencia.

■ AGUIRRE RENCURRELL, RAFAEL A., *Amanecer. Historias del claudestinidad*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 119. Relato novelado sobre la lucha de la resistencia contra Castro dentro de Cuba.

■ CORÉ, FERNÁNDEZ ORLANDO y DE LUI FERNÁNDEZ, MARÍA B., *El universo de los escritores cubanos*, Asociación de profesores jubilados de escuelas universitarias, Madrid, 1995, pp. 77. El volumen reúne ensayos sobre la relación entre la Astrofísica y la obra de los cubanos José Martí, Carlos Manuel Loynaz, Reinaldo Arenas y Severo Sarduy.

■ ANÓNIMO, *El cocinero de los enfermos, convalecientes y desganados. Arreglado todo al gusto de la Isla de Cuba*, Prólogo de Eusebio Leal, Betania, Madrid, 1996, pp. 184). Edición facsi-

milar de la primera edición fechada en 1862. Si los pueblos son lo que comen, esta es una buena muestra del discurso gastronómico cubano. Memoria de una abundancia perdida en el tiempo y que se sueña melancólicamente. Decenas de imaginativas recetas. Incluye un Glosario sobre los términos de la cocina criolla.

■ BAZÁN DE HUERTA, MOISÉS, *La escultura monumental en La Habana*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1994, pp. 166. Panorama escultórico y monumental de la ciudad de La Habana hasta 1959. El ámbito principal escogido es el de La Habana Vieja, Centro Habana y el Vedado. La obra se desarrolla en una secuencia temporal continuada, reflejo de la evolución ambiental y política del país. Incluye algunas referencias urbanísticas y trabajos de ornamentación en edificios públicos. Ampliamente ilustrado.

■ CABRERA INFANTE, GUILLERMO, *Ella cantaba boleros*, Alfaguara, Madrid, 1996, pp. 309. Cuenta el autor que en 1994, Vargas Llosa le aconsejó que publicara "Ella cantaba boleros" no como el hilo conductor de *Tres tristes tigres*, sino como un texto independiente; posteriormente el novelista español Javier Marías, recién aparecida *La Habana para un infante difunto*, le sugirió que publicase por separado su último capítulo, pues lo consideraba perfecto. "Y aquí están, juntos pero revueltos" consigna Cabrera Infante.

■ CÓRDOVA, EFRÉN, *Clase trabajadora y movimiento sindical en Cuba*, Vol. II (1959-1996), Ediciones Universal, Miami, 1966, pp. 462. El autor, ex profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana hasta 1960, enseña en el Centro de Investigaciones y Estudios Laborales de la Universidad Internacional de la Florida. El primer volumen de esta obra se publicó en 1995 y cubre el período 1819-1959. Este segundo volumen abarca el período 1959-1996. Se trata de un documentado estudio sobre la disolución del movimiento obrero cubano y su posterior institucionalización.

■ DE DIEGO, EMILIO, coord., *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*, Editorial Complutense, Madrid, 1996, pp. 346. Un análisis multidisciplinar (Historia, Geografía, Sociología, Economía, Ciencia Militar, etc.) que reúne dieciséis estudios sobre los

antecedentes y las consecuencias para Cuba y España del período 1895-1898. Especialmente interesantes para los estudiosos del tema cubano: “La Administración española en Cuba y la economía cubana” de M^a S. Gómez de las Heras, “La cuestión cubana en el Parlamento de 1895” de Antonio Fernández, “El ejército español y las operaciones militares en Cuba (1895): La campaña de Martínez Campos” de Miguel Alonso y “Cuba en las publicaciones periódicas: Un capítulo de historiografía hispánica” de Luis E. Togores.

■ DE LA CUESTA, LEONEL A. y HERRERA, M^a CRISTINA, editores, *Razón y pasión. Veinticinco años de estudios cubanos*, Ediciones Universal, Miami, 1996, pp. 313. Con este volumen el Instituto de Estudios Cubanos celebra un especial aniversario. Dieciséis extensos y rigurosos ensayos, entre cuyos temas encontramos estudios sobre la identidad cubanoamericana, la función de la Iglesia Católica en Cuba, modelos de democracia en Cuba, el desarrollo del turismo, azúcar y desarrollo, la dolarización de la economía cubana, aspectos de la obra de Martí y Varela, entre otros. Poemas de Gustavo Pérez Firmat y Emilio C. Cueto completan el volumen. Entre sus colaboradores: Jorge I. Domínguez, Mauricio A. Font, Carmelo Mesa Lago, Lisandro Pérez y Marifeli Pérez-Stable.

■ DE LA CUESTA, LEONEL A., *Martí, traductor*, Cátedra de Poética “Fray Luis de León”, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1996, pp. 236. Prólogo de Gastón Baquero. Epílogo de Alfonso Ortega Carmona. Un exhaustivo estudio de la labor de Martí como traductor y de sus ideas sobre traductología. Incluye las versiones martianas de poemas de Emerson, Horacio, Longfellow y E. A. Poe; un informe completo sobre las traducciones de las obras de Martí; una amplia bibliografía y tablas cronológicas.

■ FERIA, LINA DE, *Los rituales del inocente*, La Rueda Dentada, La Habana, 1996, pp. 89. El libro mayor de una autora que nos ha acostumbreado a una escritura que transcurre siempre debajo de su piel. Íntima, pudorosamente desolada, su palabra segrega un retrato, un paisaje, apenas el proyecto de un sueño. Pero no se distrae. Su memoria nos repite con Anna Ajmátova “soy el reflejo de vuestro rostro”.

■ GIL, LOURDES, *El cerco de las transfiguraciones*, La torre de papel, Coral Gables, 1996, pp. 51. Quince poemas de limpia escritura que hurgan en la memoria, remueven, metuculosos, fragmentos de una conciencia que se niega a olvidar. Pesadilla, gozo, fulguración. Y un excelente texto en prosa, “Confesiones de la condesa de Merlín o lamento de la escritora cubana que regresa a la isla”.

■ HOROWITZ, IRVING L., FALKOFF, MARK y CASTRO, RAÚL, *Cuba: Political Pilgrims and Cultural Wars*, The Free Cuba Center of Freedom House, Washington, 1996, pp. 42. Horowitz y Falkoff desarrollan en sendos ensayos la visión de la élite intelectual norteamericana que continúan viendo en Cuba la realización de un destino utópico, al tiempo que deforman en sus análisis la realidad del proceso cubano. Los editores añaden fragmentos del informe de Raúl Castro al Comité Central del PCC (23.03/96).

■ ICHIKAWA MORÍN, EMILIO, *El pensamiento agónico*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, pp. 78. El autor, joven profesor de Filosofía, aborda algunos de los extravíos y frustraciones del pensamiento latinoamericano y se acoge para ello a un discurso inquisitivo que no excluye la actitud escéptica y dubitativa. Desde esa disposición de ánimo suspensiva Ichikawa desgrana, al tiempo que problematiza, temas que acoge en títulos como “Elogio de la desnudez (Para una ética de la investigación social)”, “América Latina y el Occidente: la postmodernidad” y “Occidente: las trampas de la decadencia”, entre otros.

■ LÓPEZ LEMUS, VIRGILIO y LONGO, GAETANO, *Poetas de la Isla*, Portada Editorial, Sevilla, 1995, pp. 222. Selección de veintinueve poetas cubanos, desde José Z. Tallet a Miguel Barnet. Polémica como toda antología, sin embargo, López Lemus, pese a la brevedad de su prólogo, informa con eficacia sobre las principales corrientes poéticas del siglo. El lector sentirá la ausencia de Emilio Ballagas, Heberto Padilla, Armando Álvarez Bravo y Luis Rogelio Noguerras, entre otros.

■ MADRIGAL, ROBERTO, compilador, *Voces del silencio*, Término Editorial, Cincinnati, 1996, pp. 136. Un volumen que recoge ensa-

yos de Roberto Valero, Reinaldo García Ramos, Manuel Ballagas y Roberto Madrigal, cuyo tema central es “el de la subordinación de la expresión literaria a los dictados de la política cultural”. Los trabajos aquí recogidos aparecieron en las revistas literarias del exilio *Término y Mariel*.

■ MÉNDEZ ALPÍZAR, SANTIAGO L., *Plaza de Armas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1996, pp. 55. Un paradójico poemario donde de la ternura y una humanísima calidez, escapadas de la anécdota, se abrazan en un lenguaje que busca la limpidez de la categoría filosófica.

■ MENDOZA, PLINIO APULEYO, CARLOS ALBERTO MONTANER Y ALVARO VARGAS LLOSA, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*, Plaza & Janés, 1996, pp. 318. Un texto que se inscribe en la tradición del panfleto para abrir una polémica confrontación con los tópicos de la izquierda latinoamericana al tiempo que expone las virtudes del neoliberalismo.

■ ORSENNNA, ERIK, *Mes aventures du Paradis*, Seuil, París, 1996. Relato de las aventuras y desventuras del autor durante su viaje a Cuba para rastrear flecos de la genealogía familiar. El autor, acompañado por el fotógrafo Bernard Matussiére, logra una obra donde el claroscuro posibilita un testimonio honesto, donde no faltan el humor, el frenesí amoroso y la frustración desgarrante.

■ PELÁEZ HUERTA, ANTONIO R., *Imágenes de La Habana antigua*, Aguilar Editores, Madrid, 1996, pp. 160. Una colección de 154 fotos de La Habana correspondientes a los primeros años de la República, acompañadas de breves textos que ofrecen la historia y la evolución de la arquitectura habanera de principios de siglo.

■ PÉREZ, ALBERTO, *Nietzsche dibuja a Cósima Wagner*, Casa Editorial Abril, La Habana, 1966, pp. 83. Un libro de poemas que es puro apetito inteligente, sensibilidad que todo imanta. Minucioso, el poeta levanta una espiral donde las palabras se abrazan y encadenan a una realidad que parece no tener límites; se abrazan y reducen en un sueño que se agota en sí mismo.

■ VÁZQUEZ DÍAZ, RENÉ, *Berused Kyckling* (Pollo borracho), Editorial Bonniers, Estocolmo, 1996, pp. 160. Noventa recetas de

cocina cubana acompañadas de textos literarios. Contiene además una treintena de cócteles de ron, así como una historia del “rey de las Antillas”, desde Colón hasta nuestros días, pasando, por supuesto, por los aportes de E. Hemingway. La editorial El País-Aguilar publicará la versión española en 1997 bajo el título de *Plátanos de tentación*.

■ WEISS, JOAQUÍN E., *La arquitectura colonial cubana*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Junta de Andalucía e Instituto Cubano del Libro, Sevilla, 1996, pp. 510. Se trata de la fundición, revisada y ampliada, de dos clásicos de la historia del arte arquitectónico cubano, *La arquitectura cubana de la época colonial* y *La arquitectura cubana del siglo XX*, realizada por su autor en 1968 y que ahora, por primera vez, ve la luz en un solo tomo. Weiss fue profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana, y esta obra, la más importante de su género, es la culminación de una vida dedicada a una investigación llena de pasión y de rigor.



Convocatorias

INVESTIGACIÓN

■ Premio de Investigación “Álvarez Tendeiro”. Ciento cincuenta mil pesetas. Ayuntamiento de Arjona. Delegación de Cultura. Cervantes, 9 23760 Arjona, Jaén, España. Hasta el 31 de diciembre.

NARRATIVA

■ Premio “Baporea” de Literatura infantil. Un millón de pesetas para el ganador y doscientas mil para el finalista. Fundación Santa María Vizcaya. C/ Txaco Auzoa, 3, 48480, Arrigorriaga, Vizcaya. Novela con extensión mínima de treinta y cinco folios. Pueden enviarse cuantas obras se deseen. Hasta el 15 de noviembre.

■ Premio “Plaza & Janés” Internacional de Novela. Diez millones de pesetas. Editorial Plaza & Janés. Hasta el 31 de noviembre.

■ Premio “Ciudad de Morón” de Literatura infantil y juvenil. Cincuenta mil pesetas. Más

de diez y máximo de treinta folios, incluidas las ilustraciones. Hasta el 15 de diciembre.

■ Premio “Cáceres” de Novela corta. Medio millón de pesetas. Instituto Cultural “El Brocense”. Diputación Provincial de Cáceres. Ronda de San Francisco s/n. 10005, Cáceres, España. Hasta el 19 de diciembre.

■ Premio “J. L. Castillo Puche” de Novela corta. Trescientas mil pesetas. Instituto de Educación Secundaria J. L. Castillo Puche, Asociación de Padres de Alumnos. C/ Játiva, s/n, 30510, Murcia, España. Más de cincuenta y hasta cien folios. Por duplicado y convenientemente cosidas. Hasta el 22 de diciembre.

■ Premio “Pérez Galdós”. Trescientas cincuenta mil pesetas. Comisión de Cultura del Cabildo Insular de Gran Canaria. Hasta el 30 de diciembre.

■ Premio “Juan Pablo Forner” de Novela. Un millón de pesetas. Ayuntamiento de Mérida, Biblioteca Municipal, c/ Moreno de Vargas, 16, 06800, Mérida, Badajoz. España. Más de ciento cincuenta folios y hasta trescientos. Hasta el 31 de diciembre.

■ Premio “Infanta Elena” de Literatura juvenil. Cuatro millones de pesetas. Fundación Privada Biblos. Dirigirse a: Toray. Escuelas Pías, 103-108. 08017 Barcelona. Hasta el 31 de diciembre.

■ Premio “Álvarez Tendero” de Relato Breve (“Arjona”). Doscientas mil pesetas. Ayuntamiento de Arjona. Delegación de Cultura. Cervantes, 9 23760, Arjona, Jaén, España. Hasta el 31 de diciembre.

■ Premio “Ateneo de Valladolid” de Novela corta. Un millón de pesetas. Ateneo de Valladolid. General Ruiz, 1, 47004 Valladolid, España. Hasta el 31 de diciembre.

■ Premio “La Felguera” de Cuentos o Narración corta. Un millón de pesetas. Sociedad de Festejos y Cultura San Pedro. Ingeniero Fernández Casariego, 16. 33930, La Felguera, Asturias, España. Hasta el 31 de diciembre.

■ Premio “El Eria” de Novela. Treinta mil pesetas para el ganador y veinte mil para el finalista. Editorial El Paisaje. C/ La Peñorra, 8, 48850, Aranguren, Vizcaya, España. Más de cincuenta y menos de setenta folios. Pueden enviarse cuantas obras se deseen, firmadas con seudónimo y en sobre aparte los da-

tos del autor y la(s) novela(s) enviada(s). Hasta el 8 de enero.

■ Premio “Llorienzu Novo Mier”. Cincuenta mil pesetas y publicación de la obra. Academia de la Llingua Asturiana. C/ Marqués de Sta. Cruz, 6-2º, 33007, Oviedo, Asturias. Extensión mínima de cincuenta folios. Hasta el 16 de enero.

■ Premio “Miguel Cabrera”. Edición de la obra y cien ejemplares. Fundación Municipal de Cultura “Fernando Villalón”. Apdo. Correos 48, 45530, Morón de la Frontera, Sevilla. Más de ocho y menos de quince folios. Hasta el 19 de enero.

■ Premio “Sonrisa Vertical” de Novela erótica. Un millón de pesetas. Tusquets Editores. Hasta el 31 de enero.

■ Premio “Ana María Matute” de Relato para mujeres. Ciento cincuenta mil pesetas para la ganadora. Ediciones Torreozas. Hasta el 28 de febrero.

■ Premio “Lena” de Cuentos. Cincuenta mil pesetas. Ayuntamiento de Lena. Casa de la Cultura. 33630, Pola de Lena, Asturias. España. Hasta el 28 de febrero.

POESÍA

■ Premio “Ciudad de Palma”. Quinientas mil pesetas. Ayuntamiento de Palma de Mallorca, Negociado de Cultura. Almudaina, 7, 07001, Palma de Mallorca. Islas Baleares, España. Hasta el 5 de noviembre.

■ Premio “Joan Alcover”. Medio millón de pesetas. Ayuntamiento de Palma de Mallorca. Almudaina, 7, 07001, Palma de Mallorca, Islas Baleares, España. Hasta el 5 de noviembre.

■ Premio “Barro” de Poesía. Publicación de la obra. Grupo Poético Barro, c/ Otoño, 1, 41009, Sevilla. Quinientos versos como mínimo y hasta setecientos cincuenta máximo. En sobre aparte, datos del autor con breve nota bio-bibliográfica. Hasta el 15 de noviembre.

■ Premio “Ciudad de Alcorcón” de Poesía. Seiscientos veinticinco mil pesetas y edición de la obra. Un accésit de ciento veinticinco mil pesetas para un autor menor de 30 años. Ayuntamiento de Alcorcón, c/ Mayor, 50, 28920, Alcorcón, Madrid. Mínimo de trescientos versos. Hasta el 15 de noviembre.

■ Premio “Ciudad de El Ejido”. Doscientas cincuenta mil pesetas. Círculo Cultural y Re-

creativo, c/ Granada, 123, 04700, El Ejido, Almería. Mínimo de doscientos versos por cuadruplicado. Hasta el 15 de noviembre.

■ Premio “Esteban Manuel de Villegas” de Sonetos. Cien mil pesetas para el ganador y cincuenta mil para el finalista. Asociación Cultural de Amigos de Matute, c/ Sta. Ana, 15, 26321, Matute, La Rioja. España. Sólo para exaltar al poeta Esteban Manuel de Villegas. Por sextuplicado. Hasta el 1 de diciembre.

■ Premio “Gabriel y Galán”. Cincuenta mil pesetas. Patronato Casa-Museo Gabriel y Galán, de Guijo de Granadilla, 10665 Guijo de Granadilla, Cáceres, España. Hasta el 15 de noviembre.

■ Premio “Martín Descalzo” de Poesía mística. Treinta mil pesetas y placa conmemorativa. Grupo Literario “De par en par”, Apartado de correos 4, 28340 Valdemoro, Madrid, España. Entre catorce y cincuenta versos. Hasta el 20 de noviembre.

■ Premio “Gerardo Diego”. Doscientas cincuenta mil y cien mil pesetas para el ganador y finalista, respectivamente. Universidad Nacional -Aula Tercera Edad. Argentina, 6 39008 Santander. España. Hasta el 30 de noviembre.

■ Premio “José Luis Hidalgo”. Trescientas mil pesetas. Ayuntamiento de Torrelavega, Cantabria. España. Hasta el 30 de noviembre.

■ Premio “Luis Cernuda”. Un millón de pesetas. Ayuntamiento de Sevilla. Pajaritos, 14. 41004, Sevilla, España. Hasta el 30 de noviembre.

■ Premio “Hiperión”. Publicación de la obra ganadora. Ediciones Hiperión. Hasta el 15 de diciembre.

■ Premio “Jara Carrillo” de Poesía y narrativa corta. Ciento treinta mil pesetas para el ganador, noventa mil pesetas para el finalista y una escultura para un accésit. Biblioteca Municipal de Alcantarilla., c/ Cartagena, s/n. “Casa de las Cayitas”, 30820, Alcantarilla, Murcia. España. Entre cincuenta y seis y ciento cincuenta versos. Cada concursante sólo podrá enviar dos trabajos por cada género. Hasta el 18 de diciembre.

■ Premio “Provincia de León”. Setecientas cincuenta mil pesetas. Institución Fray Bernardino Sahagún, c/ Puerta de la Reina, 1, 24003 León. España. Mínimo de setecientos cincuenta versos. Hasta el 31 de diciembre.

■ Premio “El Eria” de Sonetos. Cuarenta mil pesetas para el ganador y veinte mil para el finalista. Revista “El Eria”, c/ Arangoiti, 8, 2º izq., 48850, Aranguren, Vizcaya. Mínimo de 90 sonetos y máxima de ciento cincuenta. El Jurado puede designar a más de un finalista. Hasta el 1 de enero.

■ Premio “San Lesmes Abad” de Poesía. Un millón de pesetas. Ayuntamiento de Burgos, Comisión de Cultura, Turismo y Festejos. Plaza de José Antonio, s/n, 09071 Burgos, España. Mínimo de quinientos versos. Originales por quintuplicado con las hojas unidas y numeradas. En sobre aparte datos del autor con breve currículum. El Ayuntamiento de Burgos editará las obras premiada y finalistas. Hasta el 15 de enero.

■ Premio “Angelinas” de Poesía. Ciento cincuenta mil pesetas. Junta Vecinal de Barcenaciones, 39590, Reocín, Cantabria, España. Máximo de cien versos de métrica libre. Hasta el 31 de enero.

■ Premio “Campo de Cartagena” de Juegos Florales. Ciento cincuenta mil pesetas y una flor. Centro Cultural y deportivo. C/ Ignacio Aznar, 2, 30593, La Palma, Cartagena, Murcia, España. Por sextuplicado. La obra premiada quedará en poder de los organizadores que se reservan todos los derechos. Hasta el 11 de enero.

ENSAYO Y VARIOS

■ Premio “Fundesco” de Ensayo. Tres millones de pesetas y publicación de la obra. Fundesco Gabinete de Comunicación y Publicaciones, c/ Alcalá, 61, 28014 Madrid. Los trabajos deben abordar las relaciones entre comunicación, tecnología y sociedad con una extensión mínima de ciento cincuenta folios de treinta líneas. Hasta el 31 de octubre.

■ Premio “Joan Maragall” de Investigación o Ensayo. Un millón de pesetas. Fundación Joan Maragall, c/ Rivadeneyra, 3 baixos, 08002, Barcelona, España. Referido a ética y cristianismo. Mínimo de ciento veinticinco páginas y máximo de trescientas. Originales por quintuplicado. Hasta el 31 de octubre.

■ Premio “Sant Ramon de Penyafort” de Ensayo científico. Cien mil pesetas. Museo de Vilafranca, Plaza de San Jaume I, 1, 08720, Vilafranca del Penedés, Barcelona, España.

Mínimo de quince folios. Hasta el 10 de noviembre.

■ Premio “Jovellanos” Internacional de Ensayo. Tres millones de pesetas. Ediciones Noble, c/ Asturias, 8, 33004, Oviedo, Asturias, España. Máximo de trescientos folios. Las obras podrán enviarse en disquetes informáticos en lenguaje de cualquiera de los procesadores de textos de uso común. El autor que lo prefiera puede firmar con seudónimo, pero enviando en sobre aparte sus señas. El tema es libre, pero se valorarán especialmente los ensayos referidos a la problemática de la sociedad actual, en cualquiera de sus aspectos, sea en la dimensión universal o nacional de España. Hasta el 15 de noviembre.

■ Premio “Lilí Álvarez” de Ensayo. Doscientas cincuenta mil pesetas. Fundación Lilí Álvarez, c/ Alberto Bosch, 3, 28014, Madrid, España. Entre cinco y siete folios. Originales por quintuplicado. Hasta el 30 de diciembre.

■ Premio “Jaume Nualart” de Ensayo. Medio millón de pesetas. Comunidad Autónoma de Cataluña, Dirección General de Acción Cívica. Plaza Pau Vila, 1 -2n (Palau del Mar), 08003, Barcelona. España. Los ensa-

yos sólo serán referidos al “tema del año” que designe Naciones Unidas. Mínimo de cien folios y por cuadruplicado. Hasta el 31 de enero.

■ Premios “ABC”. “Mariano de Cavia” (Periodismo). “Luca de Tena” (Historia) y “Mingote” (Ensayo). Doscientas cincuenta mil pesetas para cada modalidad. Prensa Española. Serrano, 61, 28006, Madrid. Hasta el 28 de febrero.

■ Premio “Anagrama” de Ensayo. Un millón de pesetas en concepto de anticipo de derechos de autor, estipulados en el diez por ciento de la venta para el autor hasta los primeros diez mil ejemplares y del doce por ciento a partir de esta cifra. Editorial Anagrama, c/ Pedro de la Creu, 458, 08034, Barcelona. Las obras podrán desarrollar un tema o varios agrupados de forma orgánica. En ningún caso se admitirá la simple recopilación de artículos. El jurado preferirá los trabajos de imaginación crítica a los de carácter erudito o estrictamente científicos. Se valorarán especialmente los que representen una apertura en el concepto literario de ensayo. Hasta el 1 de enero.



Villalobos
Nelson Villalobos

Cartas a

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA

☒ ENCUESTRO se regó por acá entre no saben cuánta gente. Este empeño demuestra el talento de los intelectuales —de acá y de acullá— para ésta y otras empresas culturales. En este número, donde hay un *sancocho* apetecible, nos damos cada vez (más) cuenta de que el contexto cultural, independientemente de los perfiles ideológicos, resulta apropiado para promover lo que todos, en definitiva, deseamos: un país democratizado. (...) Es posible que les enviemos materiales relacionados con la actualidad cultural de la isla. Sobre todo de música, que, a mi modo de ver, le faltó a la revista. **José Rivero García** (La Habana).

☒ Voy a criticar “duramente” el primer número; grosso modo: decidirse o no por la ficción, no es bueno ver dispersos esos corticos y escasos poemas en la revista; encargar, tal vez, dossiers especiales —así el proyecto se vería más claro— incorporar un veinte por ciento de ficción, pensar que la ficción no piensa es un error, y le daría un atractivo a la revista; no moverse tanto a favor de los —últimos acontecimientos— políticos alrededor de Cuba (...) Y cerrar filas en busca de calidad y, sobre todo, calidad. Pero en general creo que es la única revista cubana legible en la actualidad. **Rolando Sánchez Mejías**, (La Habana).

☒ Sirva esta para manifestarles mi agradecimiento por haberme enviado el primer número de ENCUESTRO, una buena publicación, a tono con los tiempos que vivimos. **Orlando Márquez Hidalgo** (La Habana).

☒ Qué emocionado estoy leyendo ENCUESTRO. No se lo pueden imaginar. Aún me quedan cosas por leer, mas de momento, qué desgarrador lo de Eliseo Alberto, qué bella reminiscencia la de Adriano González León, qué bien reflexionado todo lo de Domínguez y Pérez-Stable. Han hecho *la* revista: soñemos ahora con la conti-

nuidad. Una multiplicación de encuentros es lo que necesita Cuba, y no esa improvisación de encontronazos que nos viene marcando desde hace tiempo. **José Kózer** (Nueva York).

☒ ENCUESTRO llena un espacio importante para la ya tan diseminada y maltratada cubanidad y puede llegar a convertirse en un punto de referencia cultural y de reunión de la intelectualidad cubana y puede, en fin, hacer mucho por nuestra cultura, tanto por el grupo de intelectuales que de inicio ha logrado aglutinar a su alrededor, como por las expectativas que despierta el fin mayor que se ha trazado: abrir un espacio democrático serio a la expresión cultural cubana. **Andrés Jorge** (Ciudad de México).

☒ ENCUESTRO... me parece un hito histórico en las relaciones *pancubanas*. He leído con interés y deleite el primer número que, a mi juicio, parece haber cumplido cabalmente con su propósito de contribuir a que la cultura cubana aparezca en su diversidad, ya que incluye temas muy variados desde el ámbito político y religioso hasta el literario y artístico, y desde varios puntos de vista (...) Puedo informarles que me encontraba en Cuba cuando ENCUESTRO empezó a circular y pude comprobar un gran y vivo interés entre los que habían tenido acceso a la revista, a la vez que se rumoreaba que las autoridades habían prohibido su circulación, lo cual me parece muy lamentable. **Willy Rasmussen** (Noruega).

☒ Creo que vuestra iniciativa es digna de todo aprecio, bien ensamblada gráficamente y de contenido lo suficientemente vario como para darle libre y respetuosamente cabida en sus páginas a opiniones y posturas incluso muy distintas. Está bien que los de “dentro” y los de “fuera” tengan a su alcance un medio que, precisamente por salirse de los cauces más acostumbrados y no estar manejado por entidades políticas ni centro de poder alguno, se encuentra en condiciones, fomentando un debate serio y civilizado, de prefigurar aquella venidera “sociedad plural” a la que hacéis referencia en la introducción (...) La revista no ignora que no podrá haber paz ni verdadera reconciliación (y tampoco, con anterioridad, diálogo fructífero) sin plantearse, desde hoy, la exigencia de conjugar la convivencia y el restablecimiento de los derechos con la justicia... En fin, ¡muy bien y adelante! **Daniele Capanelli** (Universitá di Pisa)

COLABORADORES

- Luis Aguilar León**, (Manzanillo, 1925), Profesor jubilado de Georgetown University. Ha publicado cinco libros sobre la Historia de Cuba, entre ellos *Cuba y su futuro*. Es director de las páginas de Opiniones del *Nuevo Herald*. Reside en Miami.
- Ramón Alejandro**, (La Habana, 1943). Pintor. Reside en Miami, después de una larga estancia en París.
- Constantino Arias**, Fotógrafo de prensa. Desarrolló su actividad en los principales medios periodísticos cubanos.
- Gastón Baquero**, (Banes, 1918). Uno de los grandes poetas vivos de la lengua. Pertenece a la generación de *Orígenes*. En 1995 publicó los volúmenes *Poesía y Ensayos*, en los que reúne su labor en ambos géneros. Reside en Madrid.
- Wilfredo Cancio Isla**, (Cuba, 1960). Fue profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana durante doce años. Actualmente es profesor de Barry University, en Miami.
- Enrique del Risco**, (La Habana, 1967) Escritor e historiador. Ha publicado *Obras encogidas y Pérdida y recuperación de la inocencia*. Reside en Madrid.
- Mihály Dés**, (Budapest, 1950) Director de la revista *Lateral*. Reside en Barcelona.
- Maite Díaz**, (La Habana, 1963) Pintora y dibujante. Pertenece al grupo Aglutinador. Reside en Zaragoza.
- Manuel Díaz Martínez**, (Santa Clara, 1936) Poeta y periodista. Premio UNEAC de poesía, 1968. En 1991 firmó la llamada Carta de los Diez, donde se hizo pública su ruptura con el régimen de Fidel Castro. En 1995 recibió el Premio de Poesía Ciudad de Las Palmas por su libro *Memorias para el invierno*. Reside en Las Palmas de Gran Canaria.
- Manuel Fernández Santalices**, (La Habana), Licenciado en Periodismo por la Escuela de Madrid. Miembro fundador del Instituto de Estudios Cubanos en Estados Unidos. Dirige la revista *Mensaje iberoamericano*. Reside en Madrid.
- Leopoldo Fornés**, (La Habana, 1938). Historiador y escritor. Reside en Madrid.
- Luis Manuel García**, (La Habana, 1954). Narrador y periodista. Premio Casa de las Américas 1990 por su libro de relatos *Habanecer*. Reside en Jaén.
- Luis G. Fresquet**, (La Habana, 1946). Dibujante, diseñador y caricaturista. Reside en Madrid.
- Julio Girona**, (Manzanillo, 1914) Pintor, escritor y poeta. El dibujo reproducido pertenece a la serie "La Guerra" (París 1944-45). Reside en La Habana.
- Guillermo Gortázar**, (San Sebastián, 1951), Profesor universitario de Geografía e Historia. Secretario de Formación del Partido Popular. Miembro del Congreso de los Diputados de España. Reside en Madrid.
- Ofelia Gronlier**, (La Habana, 1931–Las Palmas de Gran Canaria, 1995). Escritora y pintora.
- Orestes Hurtado**, (La Habana, 1972) Periodista y escritor. Reside en Madrid.
- Emilio Ichikawa**, (Bauta, 1962). Ensayista y poeta. Ha sido profesor de Filosofía en la Universidad de La Habana. Reside en Bauta, Cuba.
- César López**, (Santiago de Cuba, 1933) Poeta y ensayista. Premio de poesía Ocnos (1971) por *Segundo libro de la ciudad*. Reside en La Habana.
- Noemí Luis Gutiérrez**, (Sancti Spiritus, Cuba, 1967), Graduada en Filología Hispanoamericana por la Universidad de La Habana. Prepara tesis doctoral sobre la poesía de "Orígenes". Reside en Madrid.
- Luis Marín**, (La Habana, 1948). Pintor y dibujante. Reside en Miami.
- Orlando Márquez**, (Cuba) Director de "Palabra Nueva" y "Vivarium", publicaciones de la Arquidiócesis de La Habana, donde reside.
- Mario Merlino**, (Argentina, 1948) Traductor literario, ensayista y poeta. Director del grupo Ache de acción poética. Reside en Madrid.
- Eduardo Muñoz Ordoqui**, (La Habana, 1964). Fotógrafo. Fue curador de la Fototeca de La Habana. Reside en Arizona.
- Fabio Murrieta Rodríguez**, (Pinar del Río, 1970), graduado de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Ha publicado *La esperanza en Pailock* (ensayo), Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994. Reside en Cuba.
- Joaquín Ordoqui**, (La Habana, 1953). Escritor, cineasta y director de televisión. Reside en Madrid.
- Enrique Patterson**, (Holguín, 1950) Ensayista y profesor. Publica en medios de prensa norteamericanos y de América Latina. Reside en Miami.

- Ricardo Alberto Pérez**, (La Habana, 1961). Poeta. Ha publicado tres poemarios y aparece en otras tantas antologías. Premio de la Crítica 1994 por su libro *Nietzsche dibuja a Cósima Wagner*. Reside en La Habana.
- Pedro Pérez Sarduy**, (Santa Clara, 1943) Poeta, ensayista y periodista. Su último libro publicado, *No longer Invisible/Afro-Latin Americans Today* (1995). Reside en Londres.
- José Prats Sariol**, (La Habana, 1946). Ensayista y narrador. Ha publicado, entre otros, *La materia artizada* (Madrid, 1996), donde reúne la crítica de arte de José Lezama Lima. Reside en La Habana.
- Raúl Rivero**, (Morón, Cuba, 1945) Poeta y periodista. En 1991 firmó la llamada Carta de los Diez, donde se hizo pública su ruptura con el régimen de Fidel Castro. Desde entonces colabora desde La Habana, donde reside, con varias publicaciones en Estados Unidos y Europa. Dirige la agencia de prensa independiente CubaPress.
- Efraín Rodríguez Santana**, (Palma Soriano, 1953) Ensayista y poeta. Ha publicado, entre otros, *Cuentos de la risa del horror*, (Bogotá, 1993), una selección de cuentos de Virgilio Piñera que también prologó. Ha quedado entre los catorce finalistas que aspiran al Premio *Fernando Lara*, 1996, con su novela *La mujer sentada*. Reside en La Habana.
- Rafael Rojas**, (La Habana, 1965). Historiador y ensayista. Completa su doctorado en el Colegio de México. En la actualidad disfruta de una beca en EE UU.
- Felipe Ruiz Alonso**, (España), Profesor Titular de Historia de las Ideas Políticas y Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid. Reside en Madrid.
- Rolando Sánchez Mejías**, (Holguín, 1959). Poeta, narrador y ensayista. Desde 1993 dirige el Proyecto Diáspora(s), de escritura alternativa.
- Carlos Victoria**, (Camagüey, 1950) Su última novela publicada es *La travesía secreta* (1994). Reside en Miami. En este número publicamos el primer capítulo de una novela en preparación.
- Nelson Villalobo**, (Cienfuegos, 1956) Pintor, dibujante y poeta. Reside en Zaragoza.
- Fernando Villaverde**, (La Habana, 1938) Narrador y periodista. Su volumen de cuentos, *Los labios pintados de Diderot*, fue Premio Letras de Oro (Miami, 1992). Reside en Miami.
- Alan West**, (La Habana, 1953). Poeta, ensayista y profesor. Prepara un libro, *Tropic of History*, sobre literatura, arte y música del Caribe. Reside en Estados Unidos.

D I S T R I B U I D O R E S

Alicante

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Pintor Otilio Serrano, 25
03010 Alicante
Tel.: (96) 525 83 46

Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Floridablanca, 69
30002 Murcia
Tel.: (968) 26 73 90

Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.
Castan Tobeñas, 74
46018 Valencia
Tel.: (96) 379 31 51

Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz,

Ceuta, Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Polígono La Chaparrilla, parcela 3436
41016 Sevilla
Tel.: (95) 440 63 66
Fax: (95) 440 25 80

Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA
Polígono Industrial Nave 5
Roces, 33211 Gijón
Tel.: (98) 516 30 96

Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Guadalajara

DISTRIFORMA, S.A.
Abtao, 25, patio interior
28007 Madrid
Tel.: (91) 501 47 49

País Vasco, Santander

UMBE, S.L.
Novia Salcedo, 10
48012 Bilbao
Tel.: (94) 427 43 32

Valladolid, Salamanca,

León, Segovia, Palencia, Zamora, Avila, Burgos

LIDIZA, S.L.
Avda. de Soria, 15
La Cistèrniga
47193 Valladolid
Tel.: (983) 40 13 18

Cataluña y Baleares

DISTRIBUC. PROLOGO, S.A.
Mascaró, 35
08032 Barcelona
Tel.: (93) 456 20 00

Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES
Catedral, 29
38204 La Laguna
Tenerife, Canarias
Tel.: (922) 25 32 44

Aragón, La Rioja, Soria, Navarra

ICARO DISTRIBUC., S.L.
Polígono El Plano, calle A nave 39
50430 María de Huerva
Tel.: (976) 12 63 33

Granada, Almería, Jaén,

Málaga, Melilla

NADALES LIBROS, S.L.
Camino Bajo, 25
18100 Armilla, Granada
Tel.: (958) 55 00 80

Galicia

M. ALONSO LIBROS
Vía Faraday, 41 bis
Polígono del Tambre
15890 Santiago de Compostela
La Coruña
Tel.: (981) 58 86 00

E X P O R T A D O R E S

DELMO LIBROS

Conde de Romanones, 5
28012 Madrid
Tel.: (91) 369 45 32
Fax: (91) 369 44 61

CELESA

Moratines, 22, 1º B
28005 Madrid
Tel.: (91) 517 34 81
Fax: (91) 517 34 81

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

HOMENAJE A ELISEO DIEGO



DOS OPINIONES SOBRE LA HELMS-BURTON



TANIA QUINTERO

Desde La Habana



JOSÉ KOZER

Martí, una ansiedad



ALBERTO GARRANDÉS

Lino Novás Calvo



SIN CENSURA:

Rolando Sánchez Mejía, Ricardo Alberto Pérez,
Pedro Marqués de Armas, Omar Pérez



ENRICO MARIO SANTÍ

Cuba y los intelectuales:
la reflexión necesaria